



MITA MARCO

*mil de
amores*

Mm chick lit

MIL DE AMORES

MITA MARCO

©2018 Mita Marco

Portada: Por Gerry Roxby de Pexels

Diseño portada: Mita Marco

Maquetación: Mita Marco

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para mi querida amiga Lorena.
Qué suerte tengo de tenerte en mi vida. Te quiero.

CAPÍTULO 1

Violeta Parrish tamborileaba con sus uñas sobre la impoluta mesa de madera de haya del despacho de su jefe. Si su esteticista la hubiese visto, lo hubiera tachado de sacrilegio, pues había estado trabajando en su manicura francesa casi dos horas hasta que quedó perfecta.

Se acomodó la americana, de un elegante color burdeos y miró a su alrededor. Era una estancia amplia, con un gran ventanal que asomaba hacia la Gran Vía y por la que se veía el gentío y el tráfico recorriendo aquella famosa calle de Madrid, como si de hormiguitas se tratasen.

Sentada en aquel sillón, se sentía pequeña. La opulencia del despacho era desproporcionada en comparación con los pequeños cubículos en los que trabajaban ella y sus demás compañeros. Sin embargo, no era extraño que lo fuese. Dornios era una multinacional puntera en el sector textil y su sede, recientemente trasladada a la capital, tenía que imponer respeto.

Desde que llegó a la empresa, dos meses atrás, había estado en el despacho de su jefe en varias ocasiones, así que, aquella llamada tan repentina no le sorprendió. El presidente era amigo íntimo de su padre y, a veces, la citaba para preguntarle si se sentía cómoda en su puesto de trabajo y para que le diese recuerdos a sus progenitores.

Como era usual, Richard se retrasaba. Por su cargo en la empresa, era un hombre muy ocupado y requerido en distintas partes de la sede. Así que, siempre acababa esperando su llegada alrededor de media hora.

Esa mañana, por el contrario, el presidente llegó unos minutos después de que lo hiciese ella.

Vestía como lo requería su cargo. Traje chaqueta, corbata y zapatos negros. Era un sesentón de muy buen ver: alto, de cuerpo espigado, pero con un porte y unas facciones patricias que lo hacían parecer de la nobleza.

Cuando la vio sentada esperándolo, le sonrió con amabilidad.

—Buenos días, Violeta, ¿qué tal está Jacob? —la saludó el presidente preguntándole por su padre.

—Como siempre. —Le sonrió—. Tan ocupado con su trabajo que apenas se le ve el pelo.

—Si fuese de otro modo, no estaríamos hablando del mismo hombre —rio y tomó asiento al otro lado de la mesa.

Su padre y él se conocían desde la adolescencia. Ambos eran americanos, de Houston para ser más exactos, pero no llegaron a coincidir hasta el primer curso en la Universidad de Texas, en Austin. Entablaron una gran amistad. Y cuando su padre se marchó a España, siguiendo a la mujer de la que se había enamorado perdidamente, permanecieron en contacto.

Eran grandes empresarios que habían construido sendos imperios desde lo más bajo. Sin embargo, la empresa de su padre nada tenía que ver con el sector textil.

Richard se recolocó la corbata y rebuscó dentro de uno de sus cajones. De allí, sacó un pequeño sobre de color naranja que le pasó a Violeta deslizándolo por la pulida mesa de madera.

El sobre en sí estaba pegado por la banda engomada de la solapa y, por si esto no fuera poco, sobre ella había estampado un sello de cera roja con el logotipo de la empresa Dornios. Le pareció de lo más arcaico que su jefe siguiese usando aquello. En la época de los castillos y reyes medievales era lo que se estilaba, para asegurarse de que la misiva era abierta solo por su destinatario, pero en pleno siglo veintiuno... ¡Y pudiendo mandar un e-mail!

Cogió el sobre y miró a su jefe alzando una ceja.

—¿Esto es para mi padre?

—Sí. El próximo fin de semana celebro una barbacoa en casa, para festejar el compromiso de mi hija mayor.

—¿Se casa Rebecca? ¡Enhorabuena! —dijo con una sonrisa tan falsa como la nariz de Michael Jackson. La hija de Richard era una esnob de cuidado, la típica doña perfecta que nadie quería tener como amiga pero a la que todo el mundo lamía el culo por la fama de su padre. Ninguna de las dos se aguantaba, cuanto más lejos estuviesen la una de la otra, mejor. Como siempre decía su amiga Paula, esa tía era de un gris que cortaba el cutis. Pero, de cara a sus familias, se comportaban con amabilidad, como si por dentro no estuviesen deseando arrancar las extensiones de la otra a bocados—. Felicítala de mi parte, es la mejor noticia que me han dado en todo el día.

Richard sonrió y asintió satisfecho.

—Tú también estás invitada.

—¿Yo? —preguntó con un grito, por el susto. Se pasó una mano por la

boca y forzó una sonrisa—. Uy, no sé, Richard, creo que tengo planes ese fin de semana.

—Pues cancelalos. Ya verás qué sorpresa se lleva Rebecca cuando te vea allí.

—Me lo estoy imaginando —susurró para ella, poniendo los ojos en blanco.

—¡Entonces, perfecto! Cuento contigo para la barbacoa.

—Sí... bueno... —¡Dios! ¿De verdad iba a tener que ir? ¡No, por favor! Aquella era la peor noticia que le habían dado en mucho tiempo, estaba casi a la altura del disgusto que se llevó cuando se separó The Corrs, su grupo de música favorito. Se humedeció los labios, intentando no mostrar la repulsa por lo que acababa de pasar y le sonrió a su jefe—. Pues, Richard, muchas gracias. ¿Necesitas algo más o puedo regresar ya a mi puesto de trabajo?

—No te vayas todavía, tengo algo más que comentar contigo.

—Muy bien, tú dirás.

Cruzó los brazos sobre el pecho y observó cómo el amigo de su padre volvía a meter otra vez la mano al cajón. ¡Otra invitación no, por favor! No podría soportarlo, estaba segura de que le iba a salir un asqueroso grano por la angustia.

Su jefe dejó unos papeles sobre la mesa y, como hizo la vez anterior, los deslizó sobre ella para que Violeta los cogiese. Cuando los tuvo en las manos los ojeó por encima y abrió los ojos sin poder creer lo que había escrito en ellos.

—¿Me despides?

—Lo siento, Violeta, pero tenemos que prescindir de tu trabajo en Dornios.

—Pero... ¿qué? —Apenas podía hablar después de aquel shock.

—No es nada personal, adoro a tu familia y tú me pareces una chica buena y amable.

—¿Entonces?

—Eres un desastre —añadió con seriedad.

—Solo llevo dos meses trabajando aquí. No me ha dado tiempo a familiarizarme con la empresa —se explicó intentado mantener la calma.

—Es más que suficiente. Créeme que para mí es tan difícil este momento como para ti. Es muy incómodo, y todavía más cuando tu padre es como mi propio hermano.

Se llevó una mano a la frente y cerró los ojos con fuerza.

—No me lo puedo creer. ¿Tan mal lo he hecho?

—Rompiste una fotocopiadora porque se te coló un pintalabios dentro.

—Eso fue un accidente. —¡Claro que lo fue! Todavía recordaba con nostalgia lo que le gustaba el color de esa barra de labios y lo cara que le costó.

—Averiaste dos ordenadores por entrar en una página de contactos en tus horas de trabajo. Dos troyanos en cada uno de ellos.

—Eso le puede pasar a cualquiera, en Internet ocurre cada dos por tres — se defendió usando su lógica. Además, ¿quién no se distraía del trabajo de vez en cuando? Eran muchas horas con papeleo de la empresa, necesitaba hablar con alguien, pero había quedado demostrado que chicocaliente2018 no había sido una buena opción. ¡Y parecía buena gente el majadero!

—Y la gota que colmó el vaso fue esto. —Violeta puso los ojos en blanco cuando lo vio meter por tercera vez la mano a su cajón. ¿Qué era ese mueble? ¿El bolso de Mary Poppins? Richard le tendió un recorte de revista que le resultó muy familiar.

—¡Oh, el diseño que había perdido! —exclamó Violeta con el rostro iluminado por la ilusión. Aquel diseño en cuestión, lo arrancó de su revista de moda favorita. Había pensado ir a por él en cuanto pudiese, pero lo extravió. Era un vestido monísimo de corte imperio, desmangado y con la parte trasera más larga que la delantera—. ¿Qué tiene que ver esto con mi despido?

—Esto —dijo poniendo énfasis en la palabra—, estaba dentro de la carpeta que le llevaste a mis modistos, junto con los diseños de nuestra empresa. Pensaron que era nuestro y comenzaron a confeccionarlo en cadena.

—Vaya, pues fue un despiste —dijo ella tapándose la boca.

—Ese despiste nos ha costado miles de euros. Tenemos en stock doscientos vestidos diseñados por una firma de la competencia. ¡Imagínate el escándalo que se hubiese armado si ninguno nos hubiésemos dado cuenta! Lo hubieran tachado de plagio. Y eso sí que es imperdonable.

—No sabes cuánto lo siento.

—Más lo siento yo, que me veo obligado a hacer lo que nunca imaginé. —Le tendió un bolígrafo, con el nombre de la empresa grabado en él—. Firma el despido, Violeta.

Ella, con una enorme culpabilidad colgada de los hombros, lo hizo sin rechistar. Le devolvió el bolígrafo al amigo de su padre y suspiró.

Salió del despacho y se dirigió hacia el cubículo en el que había estado trabajando esos dos meses. Recogió sus pocas pertenencias y salió del

edificio.

Caminó por la Gran Vía sin poder dejar de pensar en su mala suerte. Vale que quizás había sido un poquito despreocupada, ¡pero no sabía ser de otra forma! A pesar de sus veintisiete años, era su primer trabajo, estaba desentrenada y lo único que necesitaba era coger el ritmo y centrarse.

No tuvo que caminar demasiado hasta llegar a su apartamento, porque este estaba a unos escasos cincuenta metros de la sede de Dornios.

Era un edificio antiguo, pero rehabilitado. No era especialmente grande, pero los acabados le encantaron en cuanto lo vio. Fue amor a primera vista. Era tan coqueto y tan céntrico que se tiró a por él de cabeza.

Dejó la caja en el recibidor y llegó hasta su cuarto de baño, decorado en blanco y rosa, con una enorme bañera con jacuzzi en una de las esquinas. Se sentó en su silla, frente al tocador, el cual tenía luces alrededor del espejo, como el de las estrellas de cine, y se miró fijamente en él.

La imagen que le devolvió fue la de siempre, pero las ojeras oscurecían su rostro. ¡Odiaba que le diesen esa clase de disgustos, su cutis sufría por ello, y tenía que gastar un dineral en cremas para arreglarlo!

Cogió una goma del pelo y recogió su melena castaña en una coleta alta y despeinada. Abrió una mascarilla y la esparció por su cara. Cuando la tuvo cubierta, apenas pudo reconocerse. Casi no se distinguía la forma oval de su rostro, ni su fina naricilla respingona, ni ese divertido hoyuelo del mentón. Lo único que quedó al descubierto fueron sus labios finos pero redondeados y sus ojos verdes, herencia de su madre.

Después del mal trago que había pasado en la oficina, necesitaba serenarse y desconectar de todo.

Se quitó la americana, desabotonó la camisa y abrió el agua para llenar la bañera. Una vez dentro cerró los ojos. Las burbujas masajearon su fino cuerpo y la llevaban a un estado de relajación absoluta. Allí todo parecía menos importante. No tenía por qué preocuparse, todo acabaría arreglándose, como lo hacía siempre.

El primer pensamiento que pasó por su cabeza cuando despertó la mañana siguiente, fue que su padre la iba a matar. Acabaría desheredada y cortada a pedacitos con los que alimentaría a Draco, el enorme pitbull que campaba a sus anchas por el jardín de la casa familiar. Terminaría siendo carpaccio de

Violeta y lo único que quedaría de ella serían los pendientes. Aunque, no estaba segura de que esa mala bestia no acabase comiéndoselos también.

Se llevó las manos a la cara y la cubrió con ellas. Al menos, sabía que alguien iba a echarla de menos. Sushi lo haría.

—¡Sushi! —llamó a su gato con voz aguda—. ¡Cosita bonita, pelusito!

Pocos segundos después, su precioso gato persa, color calabaza, asomó la cabeza por el marco de la puerta y se la quedó mirando con su habitual cara de enfado.

—¡Ven con mami! —lo animó dando un par de golpecitos sobre el colchón en el que estaba acostada.

Sin embargo, el gato no se movió. Continuó mirándola como si le estuviese perdonando la vida y dio media vuelta, regresando por donde había venido.

¡Ni su gato la quería!

El día que fue a la protectora de animales, para acompañar a Oscar, uno de sus mejores amigos, se enamoró de él. ¡Era tan mono y tan achuchable! ¡Y tenía una carita de pena y asco a la vez, que no fue capaz de dejarlo allí! Pensó que su comportamiento arisco cambiaría con sus cuidados y mimos, pero se equivocó. Sushi era un animal solitario y antipático que solo se le acercaba cuando tenía hambre. Aun así, ella no cejaba en su empeño de que algún día acabaría queriéndola. Le compraba el mejor pienso, ropita monísima y collares brillantes a juego con los suyos. ¡Era una cucada!

Al ver que por mucho que llamase al animal este no se dignaba en volver, saltó de la cama y fue hacia su cocina. Se preparó un batido detox y lo bebió, sin poder evitar poner cara de asco con cada trago. Aquellas bebidas serían lo más trendy del momento, pero había que ver lo asquerosas que estaban. Sin embargo, tenía que cuidar la línea.

Se dio una ducha y se colocó un modelito nuevo que compró dos días atrás. Era un ligero vestido blanco y azul, estilo marinero.

Tenía comida familiar, e ir a la vivienda de sus padres era como hacerlo a La Casa Blanca, las reuniones eran casi de estado, pues casi siempre su progenitor acababa invitando a algún socio o accionista a pasar la velada con ellos.

Se aseguró de que Sushi tuviese comida suficiente para pasar el día y bajó al garaje a coger su coche, pues la casa de sus padres se encontraba ubicada en la Moraleja, un barrio híper exclusivo de Madrid.

Era un chalet de cuatrocientos metros cuadrados, de una sola planta, y dos

hectáreas de jardín. La casa preciosa, de estilo clásico, con los adornos adecuados en cada sitio. Aunque, claro, todo el mérito era de los decoradores que contrató su madre, a pesar de que ella presumiese delante de sus amistades de que la decoración de su casa había salido totalmente de su cabeza. Y no aceptaba ni una réplica al respecto. Violeta la comparaba con esas amigas que pasaban por cirugía estética: a todas se les notaba algo diferente, pero ninguna aceptaba que se hubiesen hecho nada.

Mientras esperaba a que le abriesen la puerta, pensó en las explicaciones que tendría que dar sobre su trabajo. Ya podía imaginar la cara de su padre, la bronca que le iba a caer por irresponsable. ¡No, no quería hablar sobre el tema! Para ella también fue una sorpresa mayúscula que Richard la despidiese tan de repente.

Necesitaba pensar. Tenía que ganar un poco de tiempo para aclararse y poder contarle todo aquello sin que montase un circo.

Una idea pasó por su cabeza.

¿Y si...?

¡Claro, esa era la solución!

No diría nada. Actuaría como si todo fuese normal y buscaría un nuevo trabajo. Entonces les contaría a sus padres que fue ella la que dejó Dornios para poder trabajar en algo mejor.

¡Sí, era un genio! ¡Una mente privilegiada! Su padre se alegraría y se sentiría orgulloso de ella, por la iniciativa de mejorar su calidad de vida. No tendría que pasar por semejante vergüenza.

Muy animada por lo que acababa de maquinarse, saludó a Berta, la señora que limpiaba la casa.

—Buenos días, Violeta, cuánto tiempo sin verte.

—Sí, bueno, es que mi trabajo me tiene súper ocupada. —Le dio un beso en la mejilla y la abrazó.

—Tu madre está en el salón, con tu hermana.

—¿Ya ha venido Eugenia?

—Hace quince minutos.

—¿Y papá?

—En su despacho. Esta mañana estaba bastante alterado por unos asuntos con la empresa y se encerró allí hace tres horas.

—Este hombre no descansa. —Metió la mano en su bolso y sacó la carta que le dio Richard—. ¿Puedes llevarle esto? Es una invitación para una comida.

Berta asintió y cogió la carta. Violeta caminó por el recibidor, recubierto de mármol brasileño, y pasó el arco que lo separaba del salón. La gran sala era cuadrada, casi como una plaza de toros de grande y con un enorme ventanal que ocupaba toda la pared que daba al jardín, y por el que se veía la piscina olímpica. Otro capricho de su madre.

Desde su posición, divisó el gigantesco sofá en el que estaban sentadas ella y su hermana, las cuales miraban fijamente la alargada mesa de centro, de alabastro.

—¿Estás segura de que esa mujer no se equivoca, Eugenia? —le preguntó su madre a su hermana, mientras la miraba con los ojos entornados.

—Es la segunda vez que me lo dice. Yo creo que ya no hay margen para el error.

—Pues yo aquí sigo viendo a dos —insistió señalando una carta que había sobre la mesa.

—¡Hellooo! —las saludó Violeta alzando las manos.

Las dos mujeres se levantaron dando un gritito. Se dieron un beso en la mejilla y volvieron a sentarse en el sofá, haciéndolo Violeta junto a su hermana.

—¡Cuánto tiempo sin verte! Creo que haré... —Eugenia se quedó pensando.

—Dos meses —añadió Violeta terminando la frase por ella—. Desde que empecé a trabajar en Dornios. —Alzó la cabeza y se cruzó de brazos, orgullosa—. Es que, es un trabajo tan absorbente y soy tan, tan, tan necesaria en la empresa... que apenas tengo vida social.

—¿Verdad que es enriquecedor ganar tu propio sueldo? —dijo su madre, con una sonrisa—. Yo trabajé tres meses en una perfumería y es el mejor recuerdo de mi juventud.

—Lo sabemos, mamá, lo repites constantemente.

—Y solo fueron tres meses. —Eugenia puso los ojos en blanco.

—Pero es que fue maravilloso —dijo juntando las manos—. Después de eso, viajé a América para perfeccionar mi inglés y... conocí a tu padre.

—Y desde entonces no has pegado palo al agua —comentó su hermana, que trabajaba desde hacía ocho años, codo con codo, junto a su esposo, en la gestión de una cadena de supermercados.

—Tuve el trabajo más importante del mundo. Criaros a vosotras. —Les sonrió.

Violeta cogió la mano de su madre y la apretó, sonriéndole. Se fijó en la

mesa que había frente a ella y frunció el ceño.

—¿Cartas? ¿Ya te ha dado otra vez por ellas, mamá?

—Le estaba leyendo el tarot a Eugenia.

—Y asegura que voy a tener gemelos —dijo su hermana, poniendo los ojos en blanco mientras se acariciaba su abultado vientre.

—Las cartas no fallan.

—¿Qué no? —chilló Violeta abriendo mucho la boca—. ¿Acaso ya no te acuerdas de cuando se las echaste a Isabel, la ex de Julio? Le aseguraste que a su perro le quedaban dos meses de vida, y se gastó un montón de dinero en veterinarios.

—Y por eso no se murió el animal.

—No, mamá —la contradijo Eugenia—. Todos los veterinarios le repetían que su perro estaba más sano que una rosa.

—No me lo creo, ese perro ya olía a crisantemo. Le salvé la vida. Hasta tenía los ojos con estrabismo.

—Tenía los ojos así porque era un carlino.

—Que sepas que conmigo te equivocas —continuó Eugenia—. No voy a tener gemelos. En la ecografía se veía con claridad.

—Quizás el otro estaba escondido y por eso no pudiste verlo.

Violeta y su hermana se miraron con cara de fastidio. Su madre era una persona buena y comprensiva, la querían más que a nadie y siempre recurrían a ella cuando necesitaban consejo. Pero su afición por el mundo de lo oculto... las llevaba de cabeza. Desde hacía casi un año echaba las cartas, leía los posos del té y quitaba el mal de ojo. O al menos eso aseguraba ella. Llevaba meses sin ponerse vestidos y su armario se llenó de túnicas. Las usaba incluso cuando tenía alguna cena benéfica a la que asistían personas importantes del sector comercial de su padre.

Agustina Parrish siempre fue una mujer guapa. Quizás no de una belleza clásica, pero desde su juventud sus facciones gatunas habían llamado la atención de todos los jóvenes que vivían en el pequeño pueblo de Valencia en el que se crio. Violeta y su hermana se parecían mucho a ella, a excepción de la barbilla y el hoyuelo, que eran herencia de su padre.

Su madre había sido una persona discreta, e intentaba educar a sus hijas con rectitud y cariño al mismo tiempo. Nunca había dado un escándalo, su presencia en reuniones y su actitud con los medios de comunicación era intachable. Por esa razón, a Violeta y a Eugenia, les parecía de lo más surrealista ver a su madre de esa guisa.

—Estoy aprendiendo vudú —soltó esta para rematar.

—Bueno, ya es lo que te faltaba.

—No es nada malo. Las películas exageran mucho, además, es responsabilidad de cada uno el cómo usar sus dones —se defendió.

—¿Qué dones, mamá? —dijo Eugenia, cansada.

—Creo que no estoy preparada para verte matando gallinas o haciendo un muñeco con los pelos de alguien. —Violeta se llevó una mano a la frente y se la frotó.

—No voy a hacer eso —contestó Agustina de inmediato. Sin embargo, sonrió por lo bajo y susurró para sí—: De momento.

Berta apareció por el salón sonriendo con timidez, por haber irrumpido en medio de la conversación sin haber sido invitada.

—Violeta, el señor Parrish me ha pedido que te mande a llamar. Quiere hablar contigo.

—Gracias, ya voy. —Miró a su madre y su hermana y se encogió de hombros—. Voy a saludarle, todavía no lo he hecho.

Dejó a las dos mujeres hablando sobre el futuro bebé y caminó por el pasillo que llevaba a las escaleras para acceder a la planta de arriba, lugar donde estaba situado el despacho de su padre.

Traqueó la puerta y pasó sin esperar a que contestase.

Fue hasta su lado, le dio un beso en la mejilla y se fijó en la cara sombría de su progenitor. Aunque no le extrañó, pues cuando se encerraba a trabajar se convertía en una persona distinta a la que era.

No es que Jacob Parrish fuese el más tierno de todos los padres, pero era cariñoso con sus hijas y las cuidaba y mimaba todo lo que él consideraba oportuno. Que no era poco.

Todavía conservaba la apostura de cuando era joven. A sus sesenta y dos años, era la envidia de todos sus amigos por su escultural cuerpo, trabajado en el gimnasio, y la juventud de su cara. Siempre fue un hombre muy apuesto y con el paso de los años aquello no había cambiado. Las canas en su pelo moreno, le daban un toque interesante y las arruguitas que se le formaban debajo de los ojos eran muy sexys, según las amigas de Violeta.

Su mujer e hijas lo adoraban y, en su empresa, era respetado y temido, como buen jefe.

Jacob observó a su hija pequeña mientras esta tomaba asiento a su lado y jugueteó con la carta de Richard que había traído.

—¿Qué tal te va todo, Violeta? —se interesó, mirándola fijamente.

—Uy, pues muy bien, creo que le estoy tomando el gustillo a eso de vivir sola. —Sonrió y le guiñó un ojo—. Claro, que ahora tengo que llevar más cuidado con el dinero que me gasto, porque hay que pagar facturas.

—Con el dinero que te mando todos los meses y con tu sueldo, tendrías que tener más que suficiente.

—Lo es, lo es —se apresuró a asegurar—. Pero ya sabes que siempre he sido muy caprichosa.

—Como todas las mujeres de la familia —añadió Jacob poniendo los ojos en blanco.

—Estoy muy contenta, daddy. Me encanta mi nuevo piso, está en un lugar tan céntrico y tan cool... Mis vecinos son un encanto, vivo al lado del torero este que se retiró hace unos años. —Se quedó pensando a ver si recordaba su nombre, pero no fue capaz—. Ya sabes... ese que tuvo una hija con una rubia muy escandalosa que sale en la tele.

—No me suena.

—Bueno, da igual, la cuestión es que estoy tan happy...

—Y el trabajo, ¿cómo va?

Violeta tragó saliva y notó cómo su corazón se aceleraba. Sin embargo, forzó una sonrisa y se encogió de hombros.

—Genial —mintió—. Creo que es un lugar ideal en el que trabajar, ¿sabes? Richard ya me considera su mano derecha. Dice que soy muy diligente y eficaz en el área en la que estoy. Yo creo que me va a ascender dentro de poco.

—Vaya, entonces todo perfecto, ¿no?

—Pff... daddy, el mundo de la moda es lo mío. Tú sabes que no puede haber nadie mejor que yo para un puesto como aquel.

Jacob entrecerró los ojos y puso el sobre que le había dado Richard sobre la mesa.

—Entonces, ¿por qué me ha mandado esto?

—¿Es que no lo has leído? Es una invitación para la fiesta de compromiso de nuestra querida Rebecca.

—No me estoy refiriendo a la invitación, Violeta —aclaró con seriedad—, sino a la otra hoja que venía incluida.

—¿Qué otra hoja?

—Esta. —Puso sobre la mesa un folio escrito por las dos caras e hizo que lo cogiese.

Violeta leyó el mensaje de este y el color de su piel fue mutando a blanco

nuclear. Aquella hoja era una carta en la que Richard le explicaba a su padre el motivo de su despido. Tragó saliva y dejó la hoja de nuevo sobre la mesa.

—Ups.

—¿Ups? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Ups? —gritó Jacob dando un golpe sobre la mesa—. ¿Me pones en ridículo delante de mi mejor amigo y ni siquiera me das una explicación?

—¡Lo intenté, te lo juro! Puse todo mi empeño en hacer bien mi trabajo.

—¿Tú empeño? ¿Rompiendo impresoras, leyendo revistas en horas de trabajo, chateando en páginas de contactos? ¡Di la cara por ti, te conseguí un trabajo por el que la mayoría de personas pelearían con uñas y dientes! ¿Y qué es lo que has hecho tú para agradecermelo? —Jacob cogió el papel y lo rasgó, tirando los trozos sobre la mesa—. ¡Ridiculizarme!

—¡Es mi primer trabajo! ¡Es normal que tenga algún fallo!

—¡Esos no son fallos! ¡Eres una irresponsable que lo ha tenido todo en la vida y no ha sabido aprovechar las oportunidades que le han dado!

—¡Solo tengo veintisiete años!

—¿Y te parecen pocos? ¡Yo, a tu edad ya tenía una empresa a mi cargo y una esposa a la que mantener! —chilló—. ¡Qué crees que hubiese sido de nosotros si me hubiera pasado las horas de trabajo viendo revistas!

—Necesitaba despejarme un poco, eran muchas horas frente al ordenador.

—¡Goddammit! —maldijo su padre en inglés. Se llevó una mano a la frente y cerró los ojos con fuerza—. La culpa es mía.

—No, daddy, no digas eso.

—¡Cállate! —le ordenó de inmediato—. No debí de haberte malcriado. Eres una mujer que no sabe valerse por sí misma.

—Aprenderé.

—Cada vez que tienes un problema vienes a que te lo solucione y tú tan tranquila. ¡Tienes veintisiete años, estás divorciada y no has movido un dedo en tu vida!

—Puedo trabajar contigo. En tu empresa seguro que hace falta alguien.

—¿Y tú qué sabes de energías renovables?

—Nada —admitió mordiéndose el labio inferior.

—No, Violeta, se acabó el apoyarse en papá para todo. Desde hoy vas a saber lo que es trabajar para vivir, porque si no lo haces vas a pasar hambre.

Violeta se llevó una mano al pecho y abrió la boca.

—¿Por qué dices eso?

—Se acabó el darte dinero todos los meses. De ahora en adelante, tendrás

que ganártelo tú misma.

—Pero... ¿y si no lo consigo?

—Será problema tuyo y no mío.

—¡Me acabo de comprar un piso!

—Pues, ya estás tardando en ponerte a buscar trabajo para poder mantenerlo sin mi dinero.

CAPÍTULO 2

Iker Martínez se miraba en el espejo del gimnasio al que asistía religiosamente cada tarde. No había día que faltase a su cita con las máquinas y su entrenador personal. Vivía de su imagen y no pensaba dejar que en su cuerpo hubiese ni un gramo de más de grasa de lo que debía.

Levantó el brazo derecho y sacó músculo, admirando cómo las venas se le marcaban en ellos. Puso cara de hombre interesante y se hizo varios selfies en esa postura. Caminó hacia los vestuarios mirando las fotos, eligió una en la que salía más favorecido y la subió a Instagram, donde tenía más de tres millones de seguidores. Sonrió con chulería al ver que, ni medio segundo después, sus fans ya comenzaban a comentarla.

Se metió en una de las duchas individuales y dejó que el agua cayese sobre su cabeza. Frotó su cuerpo a conciencia, para desprenderse del sudor acumulado por las casi dos horas de entrenamiento y, al finalizar, cogió su toalla y salió del pequeño cubículo cubierto solo de cintura para abajo.

—¿Qué hay, Iker? ¿Mucho machaque hoy? —le preguntó uno de sus compañeros de gimnasio.

Chocó su mano con la del recién llegado y le sonrió.

—Lo justo, hoy tengo un compromiso.

—Con alguna mujer, ¿eh? ¡Eres un crack!

—Se hace lo que se puede.

Intercambiaron un par de palabras más y el recién llegado ocupó la ducha de la que acababa de salir.

Al quedarse solo se fijó en su reflejo. A pesar de sus treinta años, en su pelo moreno comenzaba a asomar alguna que otra cana. No le gustaban demasiado, pero su representante le aseguraba que le daban un aire de dandi irresistible.

Se frotó la toalla por su cuerpo, secándose el fuerte torso y sus piernas musculadas. Se la pasó levemente por el cabello y la guardó en su macuto. Acarició con una mano la escasa barba que asomaba tras un par de días sin

afeitarse y alzó la cabeza, para mirar con detenimiento la cicatriz que tenía en su mentón. Se la hizo de niño, cuando se cayó de una bicicleta, aunque a sus ligues les contaba historias tan increíbles sobre ella que todavía no sabía cómo podían creerlo. Sonrió, y sus blanquísimos y perfectos dientes asomaron desde el interior de su boca.

Era un tío guapo. Mucho. Lo sabía y no dudaba en aprovecharse de ello para conseguir sus fines. Tenía el rostro cuadrado, con una mandíbula fuerte y mentón orgulloso. Unos finos ojos negros que parecían traspasar cuando miraba fijamente, nariz patricia con un punto aguileño y labios finos pero bonitos, que hacían volverse locas a sus fans, y mucho más a sus amantes.

Tenía porte de galán, con su casi metro noventa de estatura, y un cuerpo varonil y fuerte que despertaba los celos de la mayoría de sus compañeros de profesión.

—¡Hey, máquina! —exclamó otro de sus compañeros de gimnasio cuando entró al vestuario—. No te he visto por la sala.

Iker chocó su mano, como hizo con el otro, y le sonrió.

—He estado todo el tiempo fortaleciendo brazos y piernas. —Alzó el brazo, sacó músculo y alzó una ceja.

—No me extraña que cada día tengas a una metida en la cama, es impresionante —lo alabó—. Por cierto, ¿te importa si me hago una foto contigo? En la oficina no se creen que vamos al mismo gimnasio.

—Claro.

El otro hombre sacó el móvil y se immortalizó con él.

—Gracias, colega. —Le chocó la mano de nuevo—. Eres un monstruo.

Cuando se volvió a quedar a solas se puso a reír. Todavía le hacía mucha gracia que la gente actuase de aquella forma con él.

Se vistió con rapidez y miró su reloj de muñeca. Cuando estuvo a punto de salir del vestuario, se cruzó con Ariel, uno de sus pocos amigos. Era extraño que siendo tan conocido y admirado pudiese contar con los dedos de una mano a las personas en las que confiaba plenamente, y Ariel era una de ellas.

Su amigo tenía la cara roja como la sangre y su respiración era rápida y trabajosa. A diferencia de Iker, era un hombre delgado y nada trabajado en el gimnasio, porque no era nada constante. Sin embargo, tenía una cara tan apuesta y fina, que a las mujeres apenas les importaba que no tuviese el cuerpo perfecto de Iker.

—Parece que vas a morirte de un momento a otro —bromeó Iker dándole

una palmada en la espalda.

—Esto no es para mí. Yo prefiero un Martini y una mamada.

—Tú lo que eres es un cabrón. ¿Y quién no lo prefiere? —Rieron los dos.

—¿Tienes prisa? Te invito a una cerveza.

Iker se volvió a mirar el reloj de muñeca y se encogió de hombros.

—Si no tardas en cambiarte tengo veinte minutos.

Se colocaron las gafas de sol al salir del gimnasio, y no porque hiciese sol sino para que no los reconocieran por la calle. Era un fastidio tener que parar cada dos pasos para hacerse una foto con algún fan. Montaron en el coche de Ariel y llegaron a un pub situado en el barrio de Chamberi. Tomaron asiento dentro del local, en el que había muy poca gente y música chill out, y pidieron sendas cervezas. Miraron a su alrededor reconociendo el terreno y buscando a mujeres interesantes, pero al no encontrarlas se limitaron a beber y a charlar de cosas sin importancia.

—¿Adónde vas ahora tan bien vestido? —se interesó Ariel, alzando una ceja.

—He quedado con mi representante, tenemos que hablar sobre el futuro.

—¿Tienes algún proyecto a la vista?

—Todavía nada —respondió Iker con una mueca en los labios.

—Es que fue muy fuerte lo que pasó, y ya sabes que el mundo del cine, aunque presume de liberal y moderno, es uno de los sectores más puritanos que hay.

—¡No fue mi culpa, joder, yo qué iba a saber!

—Iker, le pusiste los cuernos a tu ex con otra mujer.

—¿Y qué hay de nuevo en eso? Ella sabía cómo era yo cuando empecé conmigo —se defendió.

—Pero se los pusiste con una prostituta y a esta le faltó tiempo para airearlo por los programas de televisión.

—Todos cometemos locuras. Además, esa noche iba con unas copas de más, era la despedida de soltero de Miguel Ángel, y ya sabemos que sin tetas no hay paraíso —se carcajeó haciendo un juego de palabras con la famosa serie de televisión.

—Fue un escándalo.

—Se les olvidará pronto —contestó convencido.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? ¿Cuatro? ¿Cinco meses?

—Seis.

—Y desde hace seis meses solo has recibido rechazo por parte de las

productoras y directores.

Iker puso los ojos en blanco y dio un trago a su cerveza.

—Soy humano y cometo errores.

—Esa frase ya está muy trillada, más vale que cambies esos aires de víctima, tío.

—¿Prefieres que vaya llorándoles para que me den un papel en cualquier película de clase b?

—No. Eres un buen actor, pero tus exigencias y tu impuntualidad, sumado a los constantes escándalos con las mujeres, no juegan a tu favor.

—¿Y qué quieres que haga yo para arreglar esto?

—No lo sé, no soy Dios —rio Ariel poniendo los brazos en cruz—. Pero si quieres que vuelvan a confiar en ti y seguir con tu carrera, tienes que cambiar.

—Tonterías, algo saldrá. Tengo buena apariencia, muchos fans y a pesar de todo, hago bien mi trabajo. Estoy seguro de que no voy a tardar en empezar con otro proyecto. El cine perdería a un gran actor si yo no estuviese.

Pasaron tres semanas y las cosas no mejoraron para Violeta.

Buscaba trabajo, sí, pero lo hacía casi con desgana. Lo que encontraba no se ajustaba a lo que buscaba y lo que buscaba eran puestos que no estaban a su alcance. Tenía la carrera de administración de empresas por insistencia de su padre, pero a ella no le gustaba nada todo ese rollo. Demasiadas horas encerrada en una oficina frente a un ordenador, pero sin poder hacer con él lo que de verdad le gustaba: ver sus redes sociales y leer blogs de moda.

Así que pasaba el tiempo, no conseguía nada y sus ahorros iban menguando a una velocidad de vértigo.

Estaba acostumbrada a los lujos, a tener una vida fácil y cómoda, pero no estaba dispuesta a trabajar en cualquier cosa. Ella venía de una familia bien y no pensaba ser la única que tuviese que partirse el lomo para poder seguir adelante con su vida. Tarde o temprano, su padre acabaría cediendo. Lo conocía. Sus hijas eran su debilidad. No permitiría que lo pasase mal por su culpa. Ya había ocurrido algo parecido con el tema de su divorcio, sin embargo Jacob no dejó pasar mucho tiempo para tenderle una mano y volver a acogerla en casa. Aunque, claro, la situación no era la misma ni de casualidad.

Abrió la despensa y buscó las galletas de canela que tanto le gustaban a

Oscar, pero casi no le quedaban. De hecho, en su despensa apenas había comida para subsistir un día. Tendría que pasar por el supermercado a reponer comida y... ya de paso se compraría un labial del que se enamoró. Y crema para la cara. Y mascarilla de arcilla. Y un sombrero súper mono con un pañuelo en tonos azulones que había expuesto en un comercio de los alrededores del supermercado.

¡Oh, vivir sola era tan caro!

Llevó las pocas galletas que le quedaban al salón y las dejó junto a la tetera, que humeaba, pues acababa de quitarla del fuego.

Estaba esperando a sus mejores amigos para tomar el té de los viernes. Era una tradición. El mejor momento de la semana. Hablaban, reían, criticaban a sus conocidos, a los conocidos de sus amigos, a los que no conocían de nada...

Era la mejor terapia para el estrés.

Cuando terminó de colocar las servilletas, el timbre de casa sonó. Corrió a abrir la puerta con una sonrisa en los labios y, cuando lo hizo, se encontró con las personas que esperaba.

—¡Hellooo! —gritó Paula abriendo los brazos con teatralidad.

Violeta observó a su preciosa amiga, que llevaba un divertido vestido de Prada que realzaba sus piernas largas y estilizadas. Era rubia de bote, aunque jamás lo admitiría, con unos enormes ojos azules y una sonrisa grande y permanente.

Se dieron un beso en la mejilla, pero sin llegar a rozarse.

—Habéis sido puntuales, acabo de terminar de poner la mesa.

—Agradécemelo a mí —saltó Oscar abriéndose paso para llegar a su lado y darle otro beso en la mejilla. Su amigo era un hombre alto, apuesto y con un gran sentido de la moda. Muchas personas pensaban que era gay, por su sensibilidad y sus modales refinados, sin embargo, tenía novia desde hacía varios años—. Si no llego a meterle prisa, Paula seguiría buscando el vestido que ponerse.

—Of course —admitió esta—. ¡Ya sabéis que yo siempre tengo que ir hipper nice cool!

—Siempre estás fantástica, Paula, te pongas lo que te pongas —la alabó Violeta.

—Con la clase se nace, sweetie. —Miró a su alrededor y se llevó una mano al pecho—. ¿Te he dicho ya lo que me gusta tu casa? ¡O sea, esto es otro nivel!

—Se lo repites cada vez que venimos —respondió Oscar poniendo los ojos en blanco.

—Pero pasad, que se va a enfriar el té.

Tomaron asiento junto a la mesa y se sirvieron el caliente líquido en sendas tazas.

Oscar tomó una de las galletas y se la llevó a la boca. La degustó con placer y miró a Violeta sin dejar de negar con la cabeza.

—Lo mejor de los viernes en tu casa son las pastas de canela. Están deliciosas.

—Las compro especialmente para ti, cielo.

—¡Qué mona eres! —dijo, acariciándole una mano.

Paula dio un sorbo a su taza y se limpió la boca con la servilleta de tela. Se aclaró la voz y apoyó la barbilla sobre su mano derecha.

—No sabéis de lo que me enteré ayer.

—¿Qué ha pasado? —dijo Violeta prestándole toda la atención.

—Marcela ha dejado a Mauro por su masajista.

—¡No! —exclamaron los otros dos con cara de asombro.

—¡Que se hunda Opening si miento! Los pillaron en medio de la faena. — Se tapó la boca con una mano y rio por lo bajo—. Fue un súper escándalo. Never in my life me hubiese esperado algo así de ella.

—¡Qué fuerte! —dijo Violeta, alucinada.

—Pero tía, ¿con su masajista? —continuó Paula muy contrariada—. ¡Socorro, o sea, socorro! Es un barriobajero sin dinero.

—Se habrá enamorado, cariño —comentó Oscar, cogiendo la última galleta del plato y llevándosela a la boca.

—El amor no lo es todo. Lo que ha hecho ha sido una cagada... como que muy grande, ¿vale?

Oscar se volvió hacia Violeta y señaló el plato vacío.

—Cielo, ¿no tendrás más galletas?

Ella se mordió el labio inferior.

—Lo siento, tengo la despensa vacía. Mañana pensaba ir al supermercado.

—¿Sigues tu padre con la tontería esa en la cabeza de que trabajes? —la interrogó Paula después de darle otro sorbo al té.

—Sigue en sus trece.

—¿Y qué dice tu madre?

—Pues... nada. En casa lo que dice daddy es lo que se hace.

—¿Has encontrado algo? —Continuó Oscar, interesado.

—Nada —contestó Violeta con una mueca en los labios—. Bueno, a ver, trabajo sí que hay... pero no se ajusta a lo que busco.

—Te comprendo, tía. —Paula le puso una mano en el hombro para darle ánimos—. No puedes rebajarte a trabajar en cualquier sitio. Mi mejor amiga no puede ir sirviendo hamburguesas en el McDonald's.

—¡No, por Dios! —la secundó ella con cara de asco. Los miró a los dos y suspiró—. ¡Qué suerte tenéis vosotros! Vuestros padres sí que son enrollados.

—¿Y cómo vas de liquidez? —se interesó Oscar.

—Pff... todavía me queda algo en el banco para poder pasar unos dos meses, pero después ya no sé qué voy a hacer.

—Seguro que encuentras una solución —la animó Paula—. Y si no la encuentras, sabes que puedes contar con nosotros. Para nada vamos a dejar a nuestra amiga hundirse en la miseria. ¿Verdad, Oscar?

—Por supuestísimo que no, reina.

—Lo sé, chicos, sé que os tengo para lo que necesite. —Se llevó una mano a los ojos y apretó los labios—. Pero... estoy chof... Esto ha sido algo que no me esperaba de daddy. Y si a todo esto le sumo lo de mi divorcio...

—Todavía te duele, ¿verdad? —le preguntó Oscar, con pena.

—Es que... fue todo tan fuerte... y tan repentino.

—Fue un súper palo. Pero sweetie, ya sabes lo que siempre te digo: que te afecte cero multiplicado por cien.

—No puedo remediarlo, Paula. El mal de amores es así.

—Ya sabes que no me gusta esa expresión —la regañó Paula—. Nosotros somos demasiado ideales para tener mal de amores. En todo caso, mil de amores. Suena mucho mejor y no es tan deprimente.

—Pues, mil de amores, o lo que tú quieras. Pero todavía me afecta.

—A ti lo que te afecta fue la vergüenza que te hizo pasar tu ex —dijo Oscar, convencido.

—Es que me utilizó.

—Love, no dejes que ese desgraciado te haga perder tu V.I.T. —la animó Paula.

—¿Mi V.I.T.?

—Tu very important time, por supuesto. Que se compre un bosque y que se pierda.

Oscar abrió los ojos como platos cuando se acordó de algo. Se llevó las manos al pecho, como un actor de teatro, y las miró con una sonrisa en el

rostro.

—Girls, se me ha ocurrido algo súper para animarnos.

—¿El qué? —preguntó Violeta intrigada.

—Han inaugurado un nuevo club en la Moraleja, y me han dicho que es ideal. Podríamos ir esta noche. —Sonrió y se encogió de hombros—. Yo invito.

Iker no podía evitar que el enfado se reflejase en su cara. Hacía casi tres semanas que había ido a hablar con su representante sobre el futuro de su carrera y todavía no había conseguido ningún papel. Estaba empezando a desesperarse y eso era malo, mucho. No estaba acostumbrado a estar de brazos cruzados. Empezó en el mundillo televisivo hacía ya siete años y desde entonces no pararon de lloverle las ofertas. Había trabajado con grandes directores y compartido reparto con actores y actrices de fama mundial. Era bueno, muy bueno, y todo el mundo que veía sus películas quedaba encantado con su actuación y enamorado hasta las trancas de él. Tenía garra, personalidad y una forma de actuar sin precedentes. No entendía por qué un puñetero escándalo había llevado todo aquello a pique. No era el primero, ni sería el último, que protagonizase algo semejante.

Un error. Un puñetero error.

Se había acostado con una prostituta y aquella lo había aireado por todas las revistas y platós de televisión.

Siempre tuvo fama de malo, de rompecorazones, y lo era. Sin embargo, había traspasado esa delgada línea de lo que era aceptable a ojos del mundo del cine.

Cada vez que se cruzaba con algún compañero de profesión, le daba ánimos y decía que la tormenta pasaría. Aunque, por la espalda, despotricaba contra él y se regodeaba del escándalo.

Varias semanas antes estaba muy seguro de sí mismo. Creía que todo pasaría y que quedaría en una simple anécdota. Pero no había sido así. Habían pasado casi siete meses del altercado. Su ex no dejaba de hablar de lo ocurrido en revistas, relatando sus infidelidades, las cuales siempre perdonó.

No quería admitir que si seguía por ese camino su carrera acabaría, y todo el trabajo de esos años y el esfuerzo invertido no habrían servido de nada.

Podía vivir cómodamente con el dinero que tenía ahorrado, no era cuestión de solvencia. Era orgullo y pasión por su trabajo. Le encantaba ponerse delante de las cámaras, ser el centro de atención.

—¡Hey! —La voz de Ariel lo distrajo de sus pensamientos—. Deja ya de darle vueltas a todo.

—Tengo que hacer algo para lavar mi imagen —murmuró más para sí que para que lo escuchase su amigo.

—En eso estamos de acuerdo, ya te lo dije la otra vez que nos vimos —le recordó.

—Todavía no sé cómo, pero tengo que mover ficha.

—Deberías ser más cuidadoso con los asuntos de las mujeres, Iker.

—Lo intento, pero sabes que me pierden. —Sonrió.

—Y perderás también tu carrera si no cambias.

—¡Ya lo sé, joder!

—Tienes que demostrar que eres un buen tipo.

—Pues, estamos jodidos —se carcajeó.

—Me refiero a buscar estabilidad, no ir dando tumbos. Tienen que ver madurez en ti, ver que has cambiado. Y, sobre todo, pedir perdón públicamente.

—¿Por follarme a una tía?

—No, por engañar a tu ex novia y por contratar a una prostituta. Ya sabes que eso es ilegal.

—Y yo qué iba a saber que era puta, ella no dijo nada, se acercó como una fan más.

—Eso no se lo va a creer nadie, y más conociendo tu fama de mujeriego.

—Es verdad, no te estoy mintiendo. Ocultó su profesión para sacar partido después. —Se pasó una mano por el pelo—. ¡No soy un santo! Era una mujer impresionante y... como me dio pie... me la follé.

—Lo hubiésemos hecho todos, pero a ti te salió mal la jugada. —Ariel miró hacia adelante y le dio una palmada a su amigo en el hombro—. Vamos, esta noche no pienses más en ello. No te he traído aquí para que estés dándole vueltas.

Iker miró a su alrededor y se fijó en la gente bailando.

—Es un club demasiado elitista para mi gusto.

—Esto, amigo, es lo que tú necesitas. Rodearte de gente con clase, que te vean en buena compañía y ser discreto.

—No sé si estoy de humor.

—Pues, más vale que lo estés, porque no pienso dejar que te vayas hasta que nos hayamos tomado un par de copas y relacionado con gente de las altas esferas madrileñas.

—Esto es Pijolandia —resopló.

—¡Exacto!

—No voy a poder poner buena cara en toda la noche.

—¿En serio? ¿Has sido nominado a dos Oscar y no vas a ser capaz de fingir un rato que te lo estás pasando bien? —Ariel alzó una mano y la camarera se acercó a ellos desde el otro lado de la barra. Les sirvió un par de cócteles—. Toma, bebe. A ver si se te quita ya esa cara de vinagre.

—Esta gente es demasiado estirada para mí.

—Míralo por el lado bueno, ¡vamos a echarnos unas risas a su costa! ¡Ven, sígueme!

Pasearon por la gran sala y ficharon a todas las personas que había en ella. Futbolistas, modelos, empresarios, cantantes, niños de papá...

Aquella noche iba a ser muy larga. Lo presentía. No le gustaban esa clase de fiestas, él prefería organizarlas en casa, en la intimidad, sin tantos ojos que pudiesen observar sus movimientos.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Ariel sin dejar de reír.

—¿Qué pasa?

—Mira en aquel reservado. ¿Ves a esa rubia?

—Sí.

—Es Paula de la Fuente.

—Y la tengo que conocer porque...

—¡No! Tú no la conoces de nada, me la presentaron hace unas semanas. Es una niña rica, repelente y pija.

—¿Entonces por qué estás tan contento?

—Porque tenemos la diversión asegurada, amigo. —Le hizo una señal con la mano—. Vamos con ella.

—Genial —gruñó por lo bajo, pero lo siguió sin rechistar.

Llegaron a aquel reservado y se encontraron con aquella chica en compañía de un hombre. Bailaban, reían y bebían champagne sin parar.

Ariel se acercó a ella y le tocó el hombro. Paula se dio la vuelta y al verlo abrió la boca, asombrada.

—¡O sea, qué fuerte! ¡Ariel Marchante, cuánto tiempo sin verte! —Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, linda?

—Pff... pues ahora bien, pero hace unos minutos se ha acercado un chico de un gris que cortaba el cutis. ¡Never in my life había visto a nadie tan pesado!

—¿Os molesta si mi amigo y yo nos quedamos un rato con vosotros? —le preguntó dirigiéndose también a Oscar.

Paula se fijó en Iker y se puso a dar saltitos y palmas al mismo tiempo.

—¡Oh my god! ¡Pero si es Iker Martínez!

—¡Qué fuerte! —exclamó Oscar tapándose la boca. Se acercó al oído de Paula y le susurró—: ¿Este no es el actor que se acostó con una mujerzuela de la calle?

Sin embargo, Paula no le contestó, sino que se acercó a Iker con su mejor sonrisa. Sin avisar le dio dos besos en las mejillas.

—¡Porfaplís, dime que eres real!

—Lo soy —contestó él resoplando.

—¡Es que esto es tope guay! ¡Súper súper! —Se abanicó con las manos —. ¡Iker Martínez!

Iker miró a Ariel, que no dejaba de reír al escuchar a Paula. Puso los ojos en blanco y cruzó los brazos sobre el pecho. Se reiteraba: iba a ser una noche de mierda.

La incesante cháchara de Paula se alargó casi una hora. Esa tía era imparable y él sentía que la paciencia se le iba esfumando muy rápido.

Ariel se lo estaba pasando en grande. La rubia lo divertía mucho y se le notaba en la cara. Quizás, en algún otro momento, él también se lo hubiese pasado de muerte riéndose de ella, pero esa noche, no. No tenía el ánimo para tonterías ni para niñas pijas de papá.

Cuando ya no pudo aguantar ni un minuto más, acabó con el contenido de su copa y se disculpó con ellos. Se encaminó hacia la otra parte del reservado, donde la demás gente V.I.P. bailaba y se lo pasaba bien. Divisó en una de las esquinas un sofá y decidió ir a sentarse en él para hacer algo de tiempo hasta que Ariel se cansase y le propusiese marcharse.

Sin embargo, al llegar, vio a una morenita sentada en él.

Miraba hacia el vacío, con una copa en la mano.

Era guapa. No tanto como las mujeres con las que estaba acostumbrado a follar, pero no estaba mal. Tenía facciones felinas, con un gracioso hoyuelo en

la barbilla. El cabello suelto, lacio, le enmarcaba la cara, y sus ojos parecían aburridos, como si tampoco le apeteciese demasiado estar allí.

Sin más pretensiones que las de alejarse de la tal Paula, llamó la atención de la morena.

—Oye, ¿está ocupado ese lado del sofá?

Violeta alzó la vista hacia la persona que le hablaba y se encontró de frente con un hombretón de los que quitaban el hipo. En otra ocasión, quizás hubiese sido agradable o hubiera intentado coquetear con él, pero no estaba para tonterías de esas. Estaba súper chof por todo lo que había pasado y, para colmo, estaba ovulando. La combinación perfecta.

Se quedó en silencio durante unos segundos y, finalmente, se encogió de hombros.

—Siéntate, si quieres. No soy la dueña del sofá. —Iker tomó asiento a su lado y miró hacia el frente. Ella suspiró y añadió—: De todas formas, no creo que aguante demasiado tiempo aquí.

—Pues, ya somos dos —comentó, sin ni siquiera mirarla.

—Pero yo me iré antes, puedes estar seguro.

—No creas.

Violeta lo miró unos segundos y se cruzó de brazos.

—Sí, sí lo creo. Llevo una temporada de mierda y lo último que quiero es estar aquí.

—Seguro que no es ni la mitad en comparación con lo mío. —Apoyó el mentón sobre su puño y continuó mirando hacia el frente.

—¿Que no? —Violeta rio con amargura—. Mi ex marido me engañó para que mi padre le prestase dinero, para abrir su puñetera empresa.

—Mi ex novia se enteró de que la engañaba con varias mujeres.

—Me han echado del trabajo.

—Yo llevo siete meses sin trabajar —añadió Iker, como si lo de Violeta fuese una nimiedad a su lado.

—Mi padre ha dejado de darme dinero y tengo un piso que mantener.

—Me acosté con una puta, aunque yo no sabía que lo era.

Violeta giró la cabeza para mirarlo de nuevo y lo encontró haciendo lo mismo. Se quedaron varios segundos en silencio hasta que, sin poder aguantar las ganas, se echaron a reír.

—¿Te pillaron con una prostituta? —se carcajeó Violeta agarrándose el estómago.

—No sabía que lo era —se defendió, aunque muerto de risa—. Y tú...

¿qué tienes... siete años para seguir viviendo de papá?

—Según él... sí. Soy una inmadura y una irresponsable.

—Y yo un putero y un paria en mi trabajo.

Violeta frunció el ceño al escuchar aquello.

—¿Dónde trabajas?

—¿No sabes quién soy? —preguntó sin creérselo del todo—. ¿No te suena mi cara?

—¿Me tendría que sonar?

—¿No ves la tele?

—¿Sales en la tele? —Se encogió de hombros—. Es que yo soy más de revistas de moda.

Iker sonrió y la miró como si fuese un bicho raro. ¡Tenía que saber quién era!

—Soy Iker Martínez.

Violeta abrió los ojos como platos y se llevó las manos a la boca.

—¡Vale! ¡Ya sé quién eres! ¿Tú no hacías el programa ese de la nave del misterio... o algo de eso?

—Ese es Iker Jiménez. —¡No se lo podía creer! ¡No sabía quién era!—. Soy actor.

—Ah, ni idea, lo siento.

—Me nominaron a dos Oscar.

—Me alegro por ti —dijo, sintiéndose tonta. Parecía que era bastante famoso—. No me gusta el cine demasiado.

Iker sonrió con ganas por primera vez en toda la noche.

—¿Sabes? Me alegro de que no me conozcas. La gente se comporta de forma extraña cuando están cerca de un actor famoso.

—Y yo me alegro de que tú tampoco me conozcas a mí. Te irías corriendo, soy un desastre de persona en todos los ámbitos.

—Todavía no me has dicho tu nombre, quizás me suene.

—Violeta Parrish.

—Pues, no —admitió. Sin embargo, le tendió la mano para estrechársela—. Pero estoy encantado de conocerte, Violeta Parrish.

—Lo mismo digo, actor famoso Iker Martínez.

Volvieron a reír y se miraron unos segundos.

—¿Te apetece que te invite a una copa?

—Con la condición de que nuestra noche siga siendo patética y aburrida.

—Eso por descontado. —Sonrió y se levantó del sofá.

Violeta lo hizo a su vez y caminaron hasta la barra.

Esperaron en silencio a que la camarera se acercase a ellos. Mientras tanto, estuvieron observando a las personas de su alrededor. La gente parecía pasárselo en grande. Qué suerte la de ellos.

—¿Champagne? —le preguntó Iker una vez la camarera estuvo disponible.

—Necesito algo más fuerte.

—No se hable más —asintió guiñándole un ojo. Pidió un par de cócteles y le dio uno a Violeta—. ¿Has venido sola?

—No. —Le dio un trago a su copa e hizo una señal con la cabeza hacia donde se encontraban sus amigos—. Con ellos.

—¿Eres amiga de la pij...? —se contuvo antes de acabar la palabra—. ¿De Paula?

—Sí, ¿la conoces?

—Me la acaban de presentar —Rio—. Y se ha puesto a dar saltos cuando me ha reconocido.

—Pau es un sol, te gustará.

—Me gustan las personas más... sencillas, Pijolandia no es para mí —dijo con retintín.

—¿Y por qué has venido aquí, a este club? —preguntó molesta por sus palabras.

—Me han traído a la fuerza, yo suelo ir a otros sitios.

—Con prostitutas.

Iker se quedó callado al escuchar su respuesta. No se esperaba aquel ataque.

—¿A qué viene eso? ¿He dicho algo que te haya molestado?

—No, nada. —Le sonrió sin ganas y alzó el cóctel—. Ha sido un placer conocerte, Iker Martínez, gracias por la bebida. Bye.

Dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el reservado donde estaba antes. Pero apenas pudo dar un par de pasos cuando notó una mano que le agarraba el brazo.

—Espera, ¿qué pasa? No sé qué he dicho para molestarte.

—Lo que pasa, es que yo soy parte de Pijolandia, como tú lo llamas. Y no quiero molestarte con mi compañía.

—No me refería a ti, Violeta.

—Pero sí a mis amigos y conocidos.

Él suspiró y asintió con la cabeza.

—Lo siento, no estoy acostumbrado a estos clubes tan elitistas. En ningún momento fue mi intención insultarte. —Le sonrió para ver si conseguía ablandarla un poco. Ese club era un bodrio aburrido y esnob, y Violeta era la mejor opción para esa noche. La necesitaba para divertirse un rato. Quizás también fuese una niña de papá, como los demás, pero en comparación con los otros, era de lo mejorcito que podría encontrar allí—. Estoy fuera de lugar en este sitio.

Ella se quedó mirándolo sin decir palabra. Aunque finalmente asintió.

—Está bien. Volvamos a la barra.

Bebieron su cóctel en silencio. A Violeta no le apetecía hablar demasiado e Iker no sabía qué decir para romper el hielo. Siempre eran las mujeres las que se lanzaban a por él como buitres. Estar en silencio con una y que lo estuviese incluso ignorando era nuevo para él.

Al ver que Violeta acababa con su copa y la dejaba en la barra, pidió otras dos a la camarera.

—No te molestes, yo me voy ya —le dijo ella, agitando las manos en señal de negación.

—No es molestia, quiero compensarte por mis palabras. No quise insultarte.

—Ya me pediste perdón, no tienes que pagarme las copas toda la noche. Estás sin trabajo, ¿recuerdas?

Iker apretó los labios y puso los ojos en blanco.

—Se me había olvidado por un momento, gracias por recordármelo.

Violeta se echó a reír al ver su expresión. Le apoyó la mano sobre su hombro y señaló hacia la bebida.

—Venga, la última. —Cogió su nuevo cóctel y lo alzó para brindar con él —. ¡Por esta noche fatídica!

—¡Por estar sin trabajo! —continuó Iker alzando la copa también.

—¡Y por nuestro mil de amores!

—Espera, ¿por nuestro qué? —la interrogó contrariado.

—Nada, es un juego de palabras de Paula. —Sonrió—. Odia eso de “mal de amores”.

Iker se quedó pensando y asintió.

—Me gusta. —Sí, le gustaba, aunque él no tenía eso del mal de amores. Hacía seis meses que ya no estaba con su ex, sin embargo, jamás sintió amor por ella. Se lo pasó bien el tiempo que estuvieron juntos, igual que con las otras con las que estuvo a la par que con ella.

Hablaron de cosas sin importancia hasta que Violeta se acabó su copa.

—¿Sabes una cosa? Estoy un poco piripi —admitió.

—Qué poco aguante —rió él.

—Creo que me voy a ir a casa, porque, si sigo bebiendo, mañana voy a despertar con ojeras, y no va a haber mascarilla que arregle eso.

—¿Vas a avisar a tus amigos para que te lleven?

—No, no quiero ser la loser que les estropee la fiesta. Cogeré un taxi.

—Yo puedo llevarte —se ofreció, con una débil sonrisa.

—Tú has bebido también.

—Sería otro escándalo que sumar a la interminable lista que tengo. Por uno más... —La agarró de la mano y la condujo hacia el exterior del club—. Además, así puedo estar más tiempo contigo.

—¿Y para qué quieres estar más tiempo conmigo? —Alzó una ceja y lo miró con fijeza.

—Bueno, lo admito, es una excusa para poder salir de ese sitio.

—Eso está mejor. No transformemos esta noche de mierda en otra cosa.

—Jamás se me ocurriría intentarlo —se carcajeó.

Llegaron al coche de Iker y él se quedó esperando alguna reacción por su parte. Lo señaló con una mano y le sonrió.

—Bueno, ¿qué me dices?

—¿Qué te digo de qué?

—El coche.

—¿Qué le pasa? —preguntó sin entender.

—Es un Bugatti Veyron.

—¿Y?

—Todas las mujeres os quedáis locas cuando lo veis.

Violeta ladeó la cabeza y lo miró con aburrimento.

—Mi padre tiene dos. Y son súper incómodos.

—No me puedo creer que acabes de decir eso —comentó llevándose las manos a la cabeza—. Es un coche deportivo.

—Y súper ultra incómodo. Prefiero conducir su Porsche Macan.

—¿También tiene un Porsche?

—Y un Aston Martin.

—¿Quién coño es tu padre? —la interrogó alucinado.

—El mismo hombre que ha decidido quitarme mi paga mensual. —Se cruzó de brazos y lo volvió a mirar a los ojos—. ¿Nos vamos ya?

—S... sí.

Iker condujo la mayor parte del tiempo en silencio. No sabía qué decir. A la mayoría de mujeres a las que conocía les hubiese bastado con enseñarle su coche para que terminasen de rendirse a sus pies, si no lo hacían antes por su esplendoroso físico, pero con Violeta el alardear de lujos no parecía funcionar, pues ella estaba acostumbrada a tenerlos a diario.

Le apetecía echar un polvo esa noche. Y, por lo visto, la única oportunidad que iba a tener sería con ella. No quería regresar al club y lidiar con las otras niñas tontas de allí. Violeta era una opción aceptable para pasar un buen rato. Era guapa, divertida, simpática y con un punto mordaz que lo entretenía. Se lo podrían pasar bien juntos. Sin embargo, ella no se le había acercado con intención de intimar ni una vez. Y eso lo descolocaba. Era Iker el que tenía que quitarse a las chicas de encima.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Violeta giró la cabeza para mirarlo y alzó una ceja.

—Lo mismo que tú.

—¿Ah, sí? —dijo socarrón, quitando una mano del volante y acercándola a su muslo.

—Dormir.

Su mano dejó de acercarse de golpe y volvió al volante. Apretó los labios con fastidio.

—Yo estaba pensando en tomarnos la última copa en tu casa.

—No tengo alcohol.

—Pues un café.

—Solo tomo té.

—Un té, entonces —gruñó.

—No, ya es tarde.

Él cerró los ojos con fuerza.

—Había pensado que, quizás, te gustaría que hablásemos un rato antes de dormir —insistió.

—¿Lo que intentas decir es que quieres que nos acostemos?

—Bueno... y lo que surja.

—Puedes hablarme claro, no me voy a asustar. Si lo que quieres es un polvo... dilo.

—Quiero un polvo —dijo de inmediato.

—Lo siento, yo no me acuesto con nadie el primer día.

Iker tuvo que aguantar las ganas de reír por lo irreal de la situación. Lo acababan de rechazar. Así, sin vaselina ni nada.

—¿Y cómo es eso?

—No soy una mujer fácil. Primero tengo que conocer a la persona y me tienen que conquistar.

¡Pues, se acabó! Pensó Iker. Él no era de los que hacían de Romeo. Y mucho menos iba a estar esperando a que una mujer se decidiese a darle unas migajas. Tenía a millones de tías deseosas de abrirse de piernas.

Llegaron al edificio de Violeta y se sonrieron.

—Ya estamos aquí.

—Sí, ya lo veo —comentó, más decepcionado de lo que quería admitir. Se quedaba sin polvo.

—Ha sido interesante pasar esta noche contigo.

—Lo mismo digo, ha sido la noche más rara de mi vida.

Ella estiró el brazo y le estrechó la mano.

—Ya nos veremos algún día de estos.

—Puede ser.

—Ojalá te vaya bien, consigas trabajo y no te acuestes con más prostitutas.

—Y espero que tú convenzas a tu padre, para que te vuelva a dar dinero y poder seguir dándote la vidorra.

—Yo también lo espero, aunque lo veo difícil.

Violeta salió del coche y lo saludó con una mano antes de abrir la puerta de su edificio. No pudo evitar mirarla durante unos segundos antes de volver a arrancar el motor.

Sabía que no volverían a verse. No se movían por los mismos círculos sociales y él no era de los que buscaban a nadie. La casualidad los había hecho coincidir esa noche y, aunque no hubiesen llegado al sexo, la velada fue bastante más divertida de lo que esperó cuando llegó a ese club.

Pisó el acelerador y condujo hacia su casa. Le quedaban más de diez minutos de trayecto hasta llegar al Barrio Salamanca, lugar dónde vivía. Sin embargo, y a pesar de todo, reconocía que había sido interesante conocer a Violeta Parrish.

CAPÍTULO 3

—¡O sea, never in my life me hubiese imaginado que te liarías con Iker Martínez!

Violeta resopló a través de la línea telefónica y se llevó una mano a los ojos. Había despertado con la llamada de Paula. Estaba preocupada por ella porque la noche anterior había desaparecido sin avisar. Cuando le relató que había conocido a Iker y que la llevó a casa, la mente de Paula comenzó a conjeturar sin que dejase que le diese explicaciones. Ella era así. Le daban pájaras mentales y su cerebro se nublaba.

—No me he liado con él. Parece mentira que no me conozcas.

—¡Es que, jopetas, tía, no me puedo creer que no hicieses nada de nada con ese hombretón!

—Ya sabes que yo no soy de las que se acuestan con nadie la primera noche.

—Pero Iker Martínez es otro nivel. Es tan ideal...

—Sí, es guapo, ya lo sé. Tengo ojos en la cara. Pero también es un mujeriego y un descarado. —No dejaba de recordar sus intentos por llevársela a la cama cuando la llevó a casa—. ¿Qué pinto yo con un hombre así?

—¿Helloo? ¡Yo no estoy hablando de boda, solo digo que hubieses pasado una noche hipper nice cool con él!

Violeta se recostó en la cama y recolocó las rodajas de pepino de sus ojos. Tal y como vaticinó, se había levantado con unas ojeras monumentales y el rostro cansado.

—Además, iba piripi y estaba chof. Me tomé varias copas de champagne con vosotros, más los dos cócteles a los que me invitó él. ¡Y tú ya sabes que cuando bebo me pongo más borde de lo habitual!

—Yo lo único que sé es que has perdido una oportunidad... como que muy grande, ¿vale? Es un actor súper súper famoso, es tan guapo que sería capaz de hacer que las mujeres nos olvidáramos hasta de pintarnos las uñas y... ¡se fijó en ti!

—No sabía ni quién era.

—Sweetie, Oscar y yo llevamos hablando de él desde que comenzó su carrera. Hemos visto todas sus películas, pero tú nunca te vienes a las premieres con nosotros.

—No me va el cine.

—¡Pues, debería! ¿Has visto lo que te pierdes, tía?

¿Que si lo sabía? En la última hora había tenido que repetirse más de cincuenta veces que había tomado la decisión acertada, porque su cabeza cada vez estaba más confundida. Es que, era tan guapo...

—Me da igual —dijo en sus trece, aunque por dentro algo se removiese al sentir lo contrario—. Yo tengo mis principios y aquello no hubiese sido más que una noche loca.

Cuando la pasada noche llegó a casa, lo primero que hizo fue buscarlo por Google. Se quedó casi una hora embobada mirando sus fotos. Quería convencerse de que había hecho lo correcto, pero cada vez que su cara volvía a asomar por su mente, no podía evitar pensar en lo que hubiese pasado si al final lo hubiese dejado subir con ella.

—¡Ay, Violet! ¿Y sí...?

—Ya vale, Paula. Hice lo que hice y me siento orgullosa de mi decisión. Fue divertido conocerlo y pasar un rato con él, pero ahí se acaba la cosa. No creo que lo vuelva a ver.

Hubo un silencio entre las dos, hasta que Paula añadió con convencimiento:

—Te arrepientes, ¿verdad?

—¡Sí! —exclamó de inmediato con voz dramática—. ¡Me arrepiento, jolines! Pero, ¿qué querías que hiciese? ¡No lo conocía de nada!

—¡Hello! Tía, ¡improvisa!

—No me salió en ese momento. Es que... ¡me lo soltó así de repente! No hubo tonto, ni nada... Estaba piripi y fría.

—Deberías llamarlo, now —le aconsejó.

—Creo que llevas demasiada laca en el pelo y no puedes pensar bien. Me moriría de la vergüenza. ¿Qué se supone que voy a decirle?

—Darling, piensas demasiado. Por eso tienes tan mala suerte.

Colgaron casi una hora después. Cada vez que Paula telefoneaba, era así. Quería con locura a su amiga, pero a veces le cargaba la cabeza con su parloteo.

Se incorporó de la cama y se quitó las rodajas de pepino de los ojos. Caminó hacia el aseo y se lavó la mascarilla que teñía su cara de un tono rosa

palo. La hidrató, se colocó la BB cream y se pintó las uñas.

—¡Bebé! —gritó llamando a Sushi. Desde hacía dos días no veía a su gato. Lo escuchaba moverse por la casa, pero se escondía cuando Violeta se acercaba para darle mimitos—. ¿Dónde está mi trocito bonito de peluche? ¡Ven con mami!

Esperó a que el animal apareciese, pero no lo hizo.

Lo dejó en paz, pensando que en el momento menos pensado aparecería, y se vistió. Se colocó unos pantalones vaqueros Guess y una blusa ligera de Miu Miu. Algo sencillito para estar por casa. No pensaba salir. La bebida le había provocado dolor de cabeza y necesitaba un día de relax, bebiendo batidos detox.

El timbre de casa la interrumpió mientras pelaba una pera.

Fue a abrir y se encontró con su madre.

Agustina Parrish, como de costumbre, vestía una túnica muy colorida. Violeta le sonrió y le hizo una señal para que entrase en casa.

—¿Qué te trae por aquí, mami? —le dio un beso en la mejilla.

—Ay, hija, es que estoy nerviosa por todo el tema este de la pelea con tu padre. —Le acarició la mejilla—. Llevas sin aparecer por casa casi un mes.

—Estoy dándole tiempo a daddy para que cambie de opinión.

—Violeta, cielo, tu padre está más decidido que el primer día.

Al escuchar eso, tuvo que sentarse.

—No me digas. —Se llevó una mano a la boca—. Pero se ablandará, ¿verdad?

—No lo sé. Está dispuesto a que te ganes la vida y sepas lo que cuesta un peine.

¡Dios bendito! Esto no podía estar pasando.

—Necesito un té —susurró. Se estaba poniendo nerviosa—. ¿Quieres uno?

—Por favor.

Con sendas tazas en las manos, se sentaron en el sofá del salón. Agustina miró a su alrededor y sonrió por el buen gusto de su hija en cuanto a decoración. Dejó la taza en la mesa auxiliar y la cogió de la mano.

—¿Has encontrado trabajo?

—Estoy en ello.

—¿Has ido a tiendas?

—A algunas, lo que más busco es por Internet, pero lo que hay no me convence del todo. No se ajusta a lo que busco.

—Hija, es que es al revés: eres tú la que tiene que ajustarse al trabajo. De esa forma no vas a lograr trabajar nunca. —Su madre se humedeció los labios y suspiró—. ¿Cómo vas de dinero?

—Bastante mal, me quedan mil euros en el banco.

—Toma. —Del interior de la túnica se sacó un sobre que puso en su mano—. No he podido coger mucho, para que no se entere tu padre, pero si lo administras bien puede durarte unas semanas.

—¡Gracias, mami! —La abrazó con fuerza—. No sé qué haría sin ti.

—Me siento culpable. En cierto modo, hemos sido nosotros los que os hemos consentido demasiado a tu hermana y a ti. —Dio otro sorbo a su té—. Pero Violeta, no creo que pueda darte mucho más. Ya sabes que tu padre revisa todas las libretas de ahorros con lupa.

—Lo sé.

—¿Sabes una cosa? Yo confío en ti y sé que vas a encontrar un buen puesto.

—Eso espero yo también.

—¿Has terminado con tu taza de té?

—Sí, ¿por...? —Al ver la sonrisilla de su madre chasqueó la lengua—. ¡No empieces otra vez con esas tonterías!

—Solo quiero leer los posos de tu taza. No voy a echarte mal de ojo.

Agustina le cogió el recipiente de las manos, lo removió y lo miró con detenimiento. Frunció un poco los ojos y asintió.

—Veo cambios.

—Espero que sean económicos al menos.

—No, la economía no aparece por aquí. —Volvió a remover los restos de la taza—. Cambios en ti.

—No me volverás a preguntar si estoy embarazada, ¿verdad? Porque cada vez que me lees la mano me acusas de ello.

—Esta vez no. Veo... como un remolino.

—Son restos de té, mamá, ¿cómo vas a ver remolinos? —Se carcajeó sin creer nada de lo que decía.

—Puedes reírte si quieres, pero lo veo. —Entrecerró los ojos—. Inestabilidad, cambios y algo más.

—Pues, como sea tan bueno como lo anterior, no sé si quiero saberlo.

—Un hombre —añadió al fin.

—Para hombres estoy yo. —Aunque por dentro pensó en cierto actor con el que se encontró la pasada noche.

Agustina dejó la taza sobre la mesa y se cruzó de brazos.

—Alguna vez tendrás que conocer a uno bueno, ¿no?

—Me da miedo volver a enamorarme, mamá.

—Violeta, lo que te pasó con tu ex marido fue mala suerte, no tienes que construir una coraza contra todos los demás.

—Lo que me pasó con Pau fue por ingenua, por confiar en quien no debía. Lo pasé fatal, lo quería muchísimo y él solo quiso utilizarme.

—Cambiarás de opinión cuando encuentres al que es para ti. Eres joven, preciosa y buena persona, y si los hombres no son capaces de ver todo eso... es que no te merecen.

Nada más terminar de hablar, el maullido de Sushi las hizo mirar hacia la puerta.

El felino se sentó en aquel mismo lugar y las observó, con su habitual cara de enfado y desprecio.

—Tu gato me da escalofríos —dijo Agustina apretando los labios.

Violeta soltó una carcajada y fue hacia él. Lo cogió en peso, a pesar de los movimientos del animal para que lo volviese a soltar, y le dio un beso en la cabeza.

—Pues yo pienso que es una monada. —El gato le mordió la mano y ella la apartó para frotársela. Sin enfadarse con él por ello, lo acarició con cariño y miró a su madre, que observaba al felino sin querer acercarse demasiado—. Pero tenías razón con lo de los posos del té. Ya tengo a mi hombre, y es el más mono, peludito y cosita hermosa.

Dejó al gato en el suelo y este salió corriendo hacia la puerta, como si estar al lado de ellas fuese una tortura. Al llegar a ella, giró la cabeza para mirarlas por última vez con ojos sombríos.

—De verdad, Violeta, no has podido recoger a un gato más malo.

—Ya cambiará.

Iker y Ariel observaban con atención cómo el tenista español se disponía a hacer el primer saque del partido. Se jugaba el Campeonato de España y, como no podía ser de otra forma, no iban a perderse aquel evento. Eran fieles seguidores de ese deporte. Además, Iker era muy amigo de aquel mallorquín que tanto éxito tenía, como jugador, a nivel mundial.

Se recolocó las gafas de sol y dio un trago a su café. Sintió una vibración

en el muslo y sacó su teléfono móvil. Leyó un mensaje, sonrió y contestó, añadiendo al final varios emoticonos con significado obsceno.

—¿Otra de tus conquistas?

—Es la dulce y sensible Bella.

—¿La modelo con la que te fotografió la prensa hace dos días?

—Sí. —Se mordió el labio inferior—. Está triste por la ruptura con su novio.

—Y tú la intentaste animar, ¿no?

—Quiero pensar que lo logré, aunque solo fue durante un rato —dijo con suficiencia y una sonrisa pícara en los labios.

Guardó su teléfono móvil en el mismo bolsillo de donde lo sacó y se concentró de nuevo en el partido, aplaudiendo cuando el tenista español remató y se llevó el punto.

—Todavía no te tomas en serio tu carrera, ¿verdad?

—¿Eso a qué viene ahora? —pregunto Iker entrecerrando los ojos.

—Te quejas de que no te dan papeles por tus escándalos amorosos, dices que tienes que hacer algo para que eso cambie... pero sigues igual que siempre.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Dejar de tener sexo para contentar a la meca del cine? ¡Tú sabes que me encantan las mujeres!

—Y eso es fantástico —asintió—. A mí también me encantan, pero jamás se ha hablado de mí en la televisión.

—Tú no eres actor.

—Soy un empresario de éxito, la prensa también me persigue.

—No es lo mismo —añadió en sus trece.

—Lo que tú digas. —Ariel se cruzó de brazos—. Pienso que deberías ser más cuidadoso con tus amoríos.

Iker se quedó en silencio observando a su amigo.

—Todavía no sé lo que hacer para arreglar todo este asunto y que vuelvan a llamarme para trabajar.

—Podrías empezar por no involucrarte en un escándalo sexual cada semana. Algunas revistas te tachan de adicto al sexo.

—No lo soy —se defendió.

—Pues das una imagen muy diferente.

—¡No me jodas, Ariel!

Apartó la mirada de la de su compañero y se concentró en el tenis, aunque con la mente en otro lugar. No comprendía cómo la prensa magnificaba todo

de aquella manera. Solo quería pasárselo bien. Estaba de acuerdo en que había cometido errores, pero, ¿quién no lo había hecho ni una vez en su vida?

—Todavía no me has dicho por qué te fuiste el otro día del club sin avisar.

—No estaba de humor —gruñó todavía molesto por su anterior conversación—. Ese sitio no era para mí.

—Yo pienso que sitios así son lo que necesitas para dar un cambio a tu imagen.

—Moriría de aburrimiento.

—¿Es que Paula de la Fuente no te pareció divertida? ¡Esa tía es la leche, puedes reírte a su costa todo el tiempo que estés a su lado! —dijo Ariel desternillándose de risa.

Iker cerró los ojos con fuerza recordando la verborrea de la niña de papá y se pasó una mano por el pelo.

—Tuve que irme de su lado, no aguantaba más.

—Yo me lo pasé bomba. Es tan pija...

—¿Tienes su teléfono?

—Sí, ¿para qué lo quieres? —se interesó Ariel.

—Yo, para nada. Pero necesito que hables con ella y le pidas el número de móvil de Violeta Parrish. Creo que son amigas.

—¿De qué conoces tú a Violeta Parrish?

—Cuando me fui huyendo de Paula, me senté en el mismo sofá donde estaba ella. —Sonrió brevemente al recordar la escena—. Estuvimos hablando y se dejó su chaqueta en mi coche.

Ariel abrió los ojos como platos al escuchar las palabras de su amigo.

—¿Te tiraste a Violeta Parrish?

—¡No! Bueno... lo intenté, pero me rechazó.

—¿Te ha dado calabazas una mujer? —lo interrogó sin poder dejar de reír.

—No se acuesta en la primera cita, según dijo.

—¿Fue una cita? —Ariel no podía dejar de reír.

—¡No, joder! Estuvimos hablando y bebiendo por nuestra noche de mierda y nuestros mil de amores, o algo así.

—¿Mil de qué?

—¡Yo qué sé! Tú consigue su teléfono para que le devuelva la chaqueta, y punto.

—¿Te gusta? Es un buen partido: discreta, guapa y con un padre

multimillonario.

—No, Ariel, no me gusta. —Se cruzó de brazos—. Es una mujer mona e interesante, pero no va conmigo. Yo prefiero a chicas como yo.

—¿Facilonas, narcisistas y promiscuas?

—¡Exacto!

La comida estaba exquisita, tenía que admitirlo.

A pesar de que en la invitación ponía que era barbacoa, la celebración de la hija de Richard era de todo menos eso. Los invitados vestían con atuendo formal, los camareros pasaban por su lado ofreciendo canapés y bebida, y una pequeña orquesta amenizaba la comida con una preciosa música clásica.

La fiesta por el compromiso de Rebecca estaba siendo todo un éxito, todos se lo estaban pasando genial, incluso sus padres, que hablaban y reían con Richard y su esposa.

Todos disfrutaban menos ella.

Violeta hubiese pagado por estar en cualquier otro lugar. Bueno, pagado... no hubiera podido pagar mucho, pues su cartilla de ahorros estaba casi en números rojos, pero habría salido corriendo sin pensarlo.

Cuando llegó, había saludado a Richard casi por obligación. Estaba disgustada por la carta que le había mandado a su padre junto con la invitación. Nada más saludar al anfitrión, se apartó de allí y se quedó en un rincón, junto a la mesa donde los camareros terminaban dejando las bandejas con la comida que la gente no quería.

Lo observaba todo desde la distancia, intentando que nadie la viese y tener que entablar una conversación. Su estrategia era sencilla: pasar desapercibida, intentar no coincidir con Rebecca y marcharse en cuanto le fuese posible hacerlo.

Cuando pasó uno de los camareros por su lado, cogió otra copa de champagne. Quería saborear a conciencia aquella exquisita bebida, porque sabía que con el dinero que le quedaba no podría hacerlo en mucho tiempo.

No encontraba trabajo en nada que le pareciese aceptable y su padre seguía negándose a ayudarla. Daba gracias a que su madre fuese a visitarla a menudo con algo de dinero para que pudiese pasar varios días sin preocupaciones.

—Vaya, vaya, vaya, ¿pero a quién tenemos aquí, en la mesa de las sobras?

Violeta giró la cabeza y se encontró con ella, con su archienemiga, Rebecca.

La hija de Richard era una bonita pelirroja de pelo lacio y cuerpo escultural, de la misma estatura de Violeta y con los mismos modales refinados. Llevaba un precioso vestido en color marfil, largo hasta las rodillas, como mandaba el protocolo, y zapatos con tacón de aguja en color dorado. Estaba espectacular, aunque Violeta jamás lo admitiría.

—Hola, Rebecca. —La saludó Violeta con falsedad, viendo de reojo que sus padres las observaban—. Me encanta tu vestido. Yo tenía uno igual hace diez años, pero ahora lo usa la mujer que limpia mi casa para quitar el polvo. Es una tela ideal para hacerlo.

Rebecca apretó los labios y alzó la cabeza, con orgullo.

—Pensaba que no vendrías, ya sabes, por... aquello de que ya eres una vieja solterona y podría sentarte mal eso de ver mi cara de felicidad.

—Ya estuve casada, por si no lo recuerdas. La solterona eres tú.

—¡Oh, sí! Claro, ¿cómo olvidar que tu ex marido se fue volando en cuanto os sacó el dinero que necesitaba? —se carcajeó.

—Yo al menos no me casé con un hombre con cara de caballo estreñido. Pero claro, o tú haces eso... o empiezas a vestir santos —comentó con burla.

Rebecca resopló con desprecio y se cruzó de brazos.

—¿Para qué has venido, Violeta? Yo no te he invitado.

—Ojalá no lo hubiese hecho, pero tu padre insistió.

—Pues, ya has cumplido, puedes irte.

—En cuanto me tome el champagne. —Dio un sorbo a su copa y sonrió—. Al menos, tengo que admitir que hay algo bueno en esta fiesta. Este Dom Pérignon Rosé está de muerte.

—Sí, claro, adelante. Quizás sea el último que tomes en mucho tiempo. —Se acercó a su oído y le susurró con malicia—. Mi padre me ha puesto al corriente de tu... problemilla con el dinero. Entre nuestros progenitores no hay secretos, son casi como hermanos... ¿Qué tal va la búsqueda de tu nuevo trabajo? ¿Alguna hamburguesería a la vista? ¿O también has roto las freidoras con una barra de labios?

La vista de Violeta se nubló de repente y, sin poder contenerse, vació el contenido de su copa sobre el vestido de Rebecca. Esta se quedó con la boca abierta, alucinada por lo que acababa de ocurrir.

—Vaya... qué torpe soy. —Sonrió, tapándose la boca con fingida vergüenza—. Ahora lo que más se me escapa de las manos son los cócteles, y

no los pintalabios.

—¡Cómo te has atrevido! —dijo entre dientes.

Giró en redondo y cogió lo primero que encontró sobre la mesa que tenía a su lado. Con rabia se lo estampó a Violeta en el vestido manchándola entera de salsa verde con ajo.

Sonrió con suficiencia y la señaló.

—Fíjate, ahora tu vestido y tú oléis igual: ¡a apestoso ajo!

Violeta miró cómo la salsa resbalaba por su vestido, manchándolo todo a su paso. Había arruinado el mejor vestido que tenía. Para dejarlo como nuevo, debería llevarlo a la tintorería, y tendría suerte si la mancha salía del todo.

Entrecerró los ojos y apretó los labios. Esto no se iba a quedar así. Dio un paso hacia la mesa para coger otro cuenco de salsa, sin embargo, una voz la detuvo.

—¡Chicas, qué alegría veros juntas!

Violeta y Rebecca miraron en dirección a la voz y descubrieron a Richard. El amigo de su padre caminó hasta su lado y abrazó a su hija. Observó a Violeta manchada y la señaló.

—¿Qué ha pasado?

—Ay, papi —saltó de repente Rebecca—. Ya sabes que nuestra Violeta es un poco torpe, se le ha derramado toda la salsa de ajo en el vestido.

—Y tú hueles como si te hubieses bañado con champagne —dijo el hombre arrugando la nariz.

—Me choqué con un camarero —mintió—, pero voy a cambiarme ya. —Le dio un beso en la mejilla a su padre y miró a Violeta por última vez, apretando los dientes—. Adiós, Violeta, me ha encantado verte.

—Lo mismo digo, Rebequita —añadió esta, intentando que no se notase su enfado.

Cuando la bruja desapareció de su campo de visión, el amigo de su padre suspiró y le sonrió con simpatía.

—El baño está detrás de la piscina, por si quieres limpiarte un poco.

—Gracias.

Al llegar al cuarto de baño, se apoyó en la pared y se miró al espejo, que estaba justo enfrente. Su vestido estaba hecho un asco y el olor era tan fuerte que parecía que se había duchado con ajo.

Cogió un trozo de papel y, mojándolo con agua, frotó sobre la enorme mancha intentando disimularla un poco. Cuando se dio por vencida, decidió que lo mejor sería regresar a casa. ¡No debería haber venido! Llevaba toda la

semana deseando que lloviese y se suspendiese la celebración, pero no. Allí estaba ella, en el aseo de la odiosa Rebecca, limpiándose una mancha olorosa y rezando para que su vestido saliese de esas sin consecuencias.

Su teléfono móvil comenzó a sonar justo en el mismo instante en el que se disponía a salir al jardín. Lo sacó del bolso y ojeó la pantalla para ver quién era la persona que llamaba. Sin embargo, el número no le era familiar. Pensó en si contestar. Estaba harta de las llamadas de las compañías telefónicas que querían venderle paquetes que no le interesaban. Nunca era capaz de colgar y dejarlos a medias. Se sentía mal por ellos, aunque fuese estúpido hacerlo. Así que, siempre acababa tragándose todo el rollo sobre tarifas y datos.

Haciéndose la valiente presionó la pantalla y se puso el aparato al oído. Prefería mil veces hablar con un tele operador que salir de nuevo a esa fiesta odiosa a la que había sido invitada.

—¿Diga?

—Hola, ¿eres Violeta Parrish?

—Sí, soy yo —contestó de inmediato—. Pero sintiéndolo mucho, no voy a comprar nada, ni a cambiar mi tarifa.

—¿Perdón? —preguntó su interlocutor, confundido.

—Que no me interesa lo que quiere vender. Estoy muy contenta con mi compañía telefónica.

—Pues dime cuál es, porque la mía es un desastre.

Al escuchar aquello, Violeta entrecerró los ojos e hizo una mueca con los labios.

—¿Quién eres?

—Iker Martínez.

Abrió la boca por la sorpresa y se llevó la mano al pecho.

Desde que habló por última vez con Paula sobre él, había estado sin parar de darle vueltas al momento en que se conocieron. Había perdido la cuenta de las veces que había buscado su nombre en Google, mirado sus fotos y leído su biografía. Y cada vez que lo hacía, se llamaba tonta por no haber querido invitarlo a su piso a tomarse la última copa, aunque después no hubiese pasado nada entre ellos, porque su regla de no tener sexo la primera noche, era sagrada.

Cada vez que veía una foto suya, le parecía más guapo e irresistible. Iker Martínez era todo lo contrario a ella: un personaje público, descarado, sinvergüenza, polémico en su vida privada y... ¡estaba más bueno que un queso!

No quería admitirlo, pero cuando le había dicho su nombre, se había puesto nerviosa, mucho. Había rememorado tantas veces la noche en la que se conocieron, que incluso la había idealizado. Sin embargo, sabía que ese hombre de caballero andante no tenía nada.

Cuando se acordó de respirar, lo hizo dando una bocanada. Se humedeció los labios y se peinó el cabello con rapidez, a pesar de que no pudiese verla.

—Ah... hola, Iker, ¿qué tal estás? —preguntó aparentando indiferencia.

—Bien, ¿y tú?

—Tirando —comentó como si nada—. Oye, ¿quién te ha dado mi número de teléfono?

—Tu amiga Paula.

—Ah... vale. Y... ¿para qué me llamas?

—Te dejaste la chaqueta en mi coche.

—¿Mi... chaqueta? —¡Pero si esa noche no llevaba!

—Sí, una de cuero marrón con unos flecos en las mangas.

Violeta pensó en decirle que se estaba equivocando, pero decidió seguirle el juego. No todos los días te llamaba al móvil un actor famoso.

—¡Claro, mi chaqueta... marrón de cuero con flecos en las mangas! ¡Qué despiste, con lo que me gusta esa chaqueta tan, tan... marrón de cuero con flecos en las mangas! —Puso los ojos en blanco después de su comentario. Si no mentía mejor, se daría cuenta.

—Te llamaba para devolvértela.

—Sí, claro. Si quieres te veo en una hora. —Tenía que cambiarse ese vestido y desprenderse del horrible olor a ajo.

—Imposible, en una hora tengo un compromiso. ¿Puede ser ya?

Violeta se miró el vestido y se mordió el labio inferior.

—Bueno... pues, vale.

—¿Estás en tu casa?

—No, en Chamberí, en la casa de una de mis mejores amigas —mintió. Jamás admitiría delante de él que estaba allí por obligación. Seguro que le parecería una niña tonta si lo hacía.

—Voy para allá, espérame en la parada de autobuses.

—Perfecto.

Iker se miró el reloj de muñeca mientras llegaba a Chamberí. Tenía que

darse prisa y devolverle rápido la chaqueta a esa niña pija. Había quedado con una preciosa cantante rubia, de nombre exótico, que movía las caderas como nadie. Estaba deseando ver cómo se retorció para él.

Aparcó junto a la parada de autobús y se colocó las gafas de sol, para que nadie lo reconociese. Estuvo revisando su teléfono móvil para hacer algo de tiempo hasta que llegase aquella mujer. Cuando se cansó, dejó el aparato dentro de la guantera y alzó la vista. Al hacerlo, la vio caminando hacia él.

Lo primero que llamó su atención fue el contoneo de sus caderas al andar. Después, sus ojos se posaron sobre su cuerpo. Iba enfundada en un elegante vestido de cóctel, en color rosa palo, que le quedaba como un guante y se ceñía a su cuerpo. No era una mujer de curvas, de hecho, era más bien estrecha de caderas, sin embargo, le agradaba.

El cabello lo llevaba recogido en un moño, tirante y formal, con la raya en medio, y el maquillaje era discreto y suave. Estaba guapa. No guapa del estilo de mujer que a él le volvía loco, pero iba bastante mona.

Violeta, al reconocer el coche, alzó una mano y lo saludó.

Él salió a la calle y se acercó para darle un par de besos. Sin embargo, Violeta le dio uno, como tenía costumbre, y se apartó.

—¿Siempre vistes así para ir a ver a tu amiga? —preguntó él, sin dejar de observar su vestido.

—No, qué va. Hoy celebraba su fiesta de compromiso —aclaró, sin poder evitar mirarlo de arriba abajo y notar cómo su corazón golpeaba con fuerza en el pecho.

—Entonces, no quiero molestarte demasiado. —Abrió la puerta del coche y cogió la chaqueta—. Toma, regresa con ella.

—¡Uy, no te preocupes! Si ya me iba, puedo quedarme un rato contigo —argumentó para que no se fuese tan rápido. Cogió la chaqueta y, al mirarla, tuvo que contener la mueca de asco por lo fea que era. La dueña tenía un gusto horrible, fuera quien fuese—. ¡Cuánto la había echado de menos! Es una chaqueta única, de mis favoritas.

—¿Y por qué no te pusiste en contacto conmigo para te la diese? Cuando te he llamado, incluso parecías extrañada.

—Es que... —¿Qué le decía?—. No tenía tu número de teléfono y no sabía cómo localizarte. Además, tengo dos chaquetas igual a esta.

—¿No decías que era única? —la interrogó alzando la ceja.

—S... sí, sí, claro. Es que las otras no son tan... marrones, ni tienen tantos... flecos.

Iker sonrió al escuchar su contestación y Violeta notó cómo su boca se secaba ante aquellos labios sonrientes. ¿Cómo no se dio cuenta de lo impresionantemente guapo que era? La bebida no le hacía ningún bien, lo reconocía. Ese tiarrón era un dios pagano con culito prieto.

Le devolvió la sonrisa y pestañeó con coquetería.

—¿Te apetece tomar algo?

Iker se miró el reloj por cuarta vez consecutiva.

—No puedo, ya te he dicho que tengo un compromiso. Otra vez será. —La miró a la cara y observó cómo pestañeaba—. ¿Tienes algo en el ojo?

—¿Yo? —Sonrió intentando parecer sexy—. Pues, no sé, creo que no.

—Hoy estás... diferente —comentó él recordando a la chica mordaz y divertida que conoció en el club.

—Cuando bebo me pongo un poco estúpida. Pero en realidad soy un amor. —Continuó pestañeando y poniendo ojitos.

Iker frunció el ceño. Si no la hubiese conocido y pasado parte de la noche con ella, en aquel club, hubiera pensado que intentaba ligar.

—Ven aquí, debes tener algo metido en el ojo. —Se acercó a su lado y abrió un poco el lacrimal para ver si había dentro alguna pestaña. Sin embargo, a su nariz llegó un fuerte olor. Se apartó con rapidez e hizo una mueca con la boca—. ¿Te has comido un campo de ajos?

Violeta se pasó una mano por el cabello, muerta de vergüenza.

—Es mi vestido el que huele así.

—¿Es un nuevo perfume? Porque, si lo es... vaya peste.

—Se me derramó un recipiente con salsa en la fiesta de mi amiga.

—¿Y no te ha prestado uno de sus vestidos?

¡Sí, claro, la bruja de Rebecca iba a dejarle un vestido! Antes prefería vivir toda su vida con ese olor.

—Es que... me gusta el mío.

Iker la miró como si tuviese tres cabezas. Era muy rara. Lo mismo era mordaz, que divertida, que sonreía como una loca y lo miraba con fijeza, y que, para rematar, era capaz de espantar a todos los vampiros con solo acercarse.

—Me tengo que ir.

—¿Ya?

—Sí, ya nos veremos en otra ocasión, si eso —comentó dándole largas.

Violeta sonrió y asintió con alegría.

—Espero tu llamada.

Se acercó a su lado y se despidieron con otro beso en la mejilla.

Iker montó al coche y se alejó con rapidez de allí. Había conocido a millones de mujeres, todas distintas, pero ninguna tan rara e imprevisible como Violeta Parrish. A ver, era un hombre y reconocía que no hubiese estado mal echar un polvo con ella la noche que la vio en el club. Sin embargo, su momento ya había pasado. No había ocurrido nada entre los dos y, ahora, no ocurriría porque él no tenía interés en que sucediese.

Le había devuelto su chaqueta. Podía continuar con su vida y... con la exótica cantante que movía las caderas como si estuviese bailando un hula hoop.

Si Violeta Parrish pensaba que volvería a llamarla, se haría vieja esperando junto al teléfono.

CAPÍTULO 4

Paula de la Fuente era una mujer que vivía el día a día como si del último se tratase. Tenía dinero propio por una herencia de su abuela materna y una paga mensual que recibía por los beneficios que obtenía la empresa dirigida por su madre.

Nunca, a sus treinta y tres años, había movido un dedo para buscar trabajo. Desde pequeña le inculcaron que no tenía por qué hacerlo. Era tanto el capital del que disponía su familia, en sus innumerables cuentas bancarias, que no le hubiese hecho falta trabajar aunque se empeñase en derrochar a conciencia.

Había nacido entre el lujo y la opulencia, su familia se codeaba con altos cargos gubernamentales y de la alta sociedad, y estaba convencida de que se casaría con alguien importante y poderoso con el que aumentar su imperio.

A pesar de todo eso, Paula apenas hablaba sobre su dinero. El capital exacto del que disponía su familia solo era conocido por los miembros más allegados. La prensa, alguna que otra vez, había hecho algún cálculo sobre ello, pero no se acercaban ni de broma.

Vivía en las afueras de Madrid, en un esplendoroso chalet de quinientos metros cuadrados y una hectárea de parcela. Le encantaba recibir visitas y hacer fiestas en casa con sus mejores amigos, los cuales podían contarse con los dedos de una mano.

Era una persona amigable, abierta, habladora y culta, sin embargo, le divertía que la gente pensase que era la típica niña tonta que no sabía hacer la o con un canuto.

¿Y porque la juzgaban de esa manera? Por su forma de hablar. Lo sabía y le traía sin cuidado. Quien la conocía de verdad sabía que no era ninguna bobita. Algo frívola... era posible, pero tonta no.

Esa mañana se había despertado temprano debido a una llamada de teléfono. Estuvo maldiciendo a la persona que la despertó hasta que reconoció la voz de Violeta, una de sus best friends. Según le dijo a través del teléfono, había vuelto a ver a Iker Martínez. Le relató lo ocurrido brevemente, pero

claro, Paula necesitaba saber todo lo ocurrido con pelos y señales, así que quedaron en verse en una cafetería cerca de la casa de su amiga.

Al llegar, dejó el coche en un aparcamiento de pago y se miró en el espejo retrovisor para comprobar que su maquillaje estuviese perfecto.

Ese día, como el calor apretaba, se puso un sencillo vestido de Tommy Hilfiger que compró en sus últimas vacaciones en Los Ángeles, recogió su esplendoroso cabello rubio en una cola alta y se puso una BB cream para que su rostro tuviese algo más de color, lápiz de labios y rímel, para realzar sus pestañas.

Caminó por el concurrido aparcamiento y salió a la Gran Vía, con el bolso colgado de su hombro. Recorrió unos cuantos metros buscando el lugar en el cual había quedado con Violeta y estuvo dando vueltas al no dar con el sitio en cuestión. Cansada, abrió el bolso para sacar su teléfono y llamarla, sin embargo, antes de poder alcanzar el aparato, recibió un empujón y su bolso cayó al suelo.

—¡Perdone, lo siento! —le gritó una mujer que corría como si llegase tarde a donde se dirigiese.

Paula chasqueó la lengua y miró hacia el suelo, donde todas sus pertenencias acababan de desparramarse a sus pies.

—¡Qué caquita! ¡Esto es la monda lironda! —exclamó frustrada.

Se arrodilló para recogerlo todo y meterlo de nuevo en el bolso. Rezó para que su móvil no hubiese sufrido ningún daño, y no por el hecho de tener que gastar dinero en comprarse otro, sino porque estaría incomunicada hasta que lo hiciese. ¡Y eso de no poder hablar con quien le apeteciese, era un fastidio!

Por suerte, el aparato estaba en perfecto estado.

Cuando terminó de meter todo en el bolso, se apartó a un lado de la acera y marcó el teléfono de Violeta.

—Oiga, señorita.

Paula dejó lo que estaba haciendo para prestar atención a la persona que estaba llamando su atención. Al hacerlo se encontró con un hombre joven. Según sus cálculos, no tendría más de veinticinco años. Era alto, de ojos azules, pelo castaño, cara aniñada y sexy, y un cuerpo delgado pero fuerte. Vestía con unos pantalones de chándal, camiseta deportiva y paseaba a tres perros, con sus respectivos bozales y correas.

El joven le sonrió y señaló su bolso.

—He visto cómo la empujaban.

—¡Obvio! Me ha visto toda la Gran Vía. No he pasado tanta vergüenza desde que me puse unas medias de invierno en verano —dijo llevándose una mano a los ojos.

—Bueno, tampoco ha sido para tanto. A todos nos ha pasado alguna vez, no solo a usted.

—¡Oh my god! No me hables de usted, please, que me da un mini parraque.

Él sonrió.

—¿Te parece bien que te llame por tu nombre?

—Of course.

El joven se quedó callado esperando a que se lo dijese. Al no recibir la información, rio y frunció el ceño.

—Y... ¿cómo te llamas?

—Paula. Paula de la Fuente.

—Muy bonito nombre —la alabó—. Yo soy Vasile Dalca. —Al ver la cara de sorpresa de Paula, el joven prosiguió—. Soy de Rumanía, pero vivo en España desde los cuatro años.

Ella asintió casi sin interés y le sonrió por compromiso.

—Qué súper guay, Vasile, pero tengo un poquito de prisa, ¿ok? Así que, si no quieres nada más...

—De hecho, te he llamado porque te faltó coger del suelo esto. —Alzó la mano y le enseñó su monedero.

—¡Jopetas! —Lo cogió con rapidez y se llevó una mano al pecho—. No sé qué hubiera hecho si llego a perderlo. —Se miró el reloj de muñeca y chasqueó la lengua—. Eres muy cuqui, Vasile, pero tengo que irme ya. Todavía no he encontrado la cafetería donde he quedado con una amiga, y voy a tener que llamarla para que me guíe.

—¿Cómo se llama la cafetería?

—Café Ágora.

—La conozco —se apresuró a decir—. De hecho, me pilla de camino a casa. Si quieres, te acompaño.

—¿Really? —lo interrogó con asombro y esperanza.

—Claro. Vamos.

Paula caminó al lado del joven, pero sin acercarse demasiado. Los tres perros que llevaba podían mancharla y le daba un poco de asquito. Anduvieron en silencio varios minutos y notaba cómo Vasile la miraba de vez en cuando. Paula no lo hacía. Lo único que quería era llegar de una vez a la

cafetería, así que caminaba todo lo rápido que le permitían los tacones.

—¿Eres de Madrid?

Ella giró la cabeza levemente para mirar al joven, que esperaba su respuesta con una sonrisa en los labios.

—Sí, pero nunca he vivido en el centro.

—Es que me resulta raro que no conozcas esa cafetería, es bastante popular por aquí.

—Yo suelo frecuentar otro tipo de lugares. O sea, algo más cool e ideales —dijo como si nada—. Pero my friend está mal de dinerito y se está volviendo hippie.

Vasile sonrió al escuchar su forma de expresarse y prosiguió:

—Yo, cuando no trabajo, suelo ir a la cafetería Europa, que está en Sol. Lo digo por si algún día te apetece ir.

Paula lo miró en silencio varios segundos.

—Sorry, pero no creo que vaya.

Él se encogió de hombros y continuó andando como si nada.

Poco después, dejó de caminar y señaló hacia su izquierda.

—Ya hemos llegado al Café Ágora.

Paula comenzó a dar palmas, sonriendo.

—¡Fenomenal! —Abrió su bolso y de su monedero sacó un billete de cinco euros. Se lo puso en la mano al joven—. Toma, es una propina por las molestias.

—No tienes que darme nada, me pillaba de paso.

—Acéptalo, porfapllís, si no me hubieses devuelto el monedero hubiera perdido más dinero que esto.

Vasile miró el billete de su mano y suspiró.

—Como quieras.

Paula cogió el pomo de la puerta de la cafetería y, antes de abrir, volvió a mirar al joven.

—Que te vaya súper súper bien, eres un chiquillo encantador.

Tras decir aquello, entró en el local dejando a Vasile parado en la puerta.

Cuando se quedó a solas, el chico acarició a los perros y continuó andando en silencio por la gran Vía.

—¿Y si mamá tuviese razón? ¿Y si, de verdad, los posos del café son

efectivos? —preguntó Violeta repantigada en el sofá de la casa de su hermana.

—Entonces yo estaría embarazada de gemelos —contestó la otra sin poder dejar de reír.

—Eugenia, me dijo que encontraría a un hombre... y, de repente apareció Iker.

—Solo es una casualidad. Además, no creo que lo vuestro llegue demasiado lejos.

—¡Me llamó!

—Para devolverte una chaqueta.

—¡Que no era mía! —Violeta se llevó una mano al pecho y continuó—: ¿Y sabes lo que eso significa?

—Pues no.

—Que fui la primera persona de la que se acordó cuando la vio.

Eugenia suspiró y bebió un sorbo de su vaso de granizado de limón.

Cuando llamó a su hermana para que fuese a su casa, jamás hubiese imaginado que acabarían hablando sobre un hombre, y mucho menos de uno tan conocido y polémico.

Iker Martínez no era el típico chico que los padres buscaban para sus hijas. Violeta era su hermana menor y, como tal, se preocupaba por ella. Desde su divorcio había estado muy apagada. Eugenia llegó a pensar que podría caer en una depresión por el gran impacto que tuvo sobre ella la traición de su ex marido, sin embargo, le había demostrado que era una mujer muy fuerte.

—Pensaba que, después de lo de Pau, querías esperar algo más de tiempo para salir con hombres.

—Y quería, de verdad, pero... ¡es que es tan guapo! —Sonrió como una tontita—. La noche que lo conocí en la discoteca, como iba un poco piripi, no le presté demasiada atención, pero hablando con Paula...

—¡Uy, otra que tal! —exclamó su hermana poniendo los ojos en blanco—. No sé quién me da más miedo, si tú o ella.

—La cuestión es que Paula se puso como una loca cuando le dije con quién había estado en el club. Estuve mirando fotos suyas, reportajes sobre el making of de sus películas y... ¡creo que me encanta!

—Es un hombre problemático, papá se llevaría un buen disgusto si te enredases con él, ya sabes lo que valora él la discreción, cosa que no tiene Iker Martínez. Además, es un mujeriego y se le ha visto con una señorita de compañía.

—Él me dijo que no sabía que lo era —lo defendió.

Eugenia miró a su hermana con fijeza.

—No me gusta para ti, Violeta, tú te mereces un hombre de los pies a la cabeza, y no un actor sinvergüenza.

—Las personas cambian.

—Está bien, las personas cambian —aceptó intentando no perder la paciencia—. Pero dime una cosa, ¿cómo estás tan segura de todo? Os habéis visto dos días, no sabes cuáles son sus intenciones.

—Me dijo que me llamaría —respondió convencida.

—Eso dicen todos.

—¡Lo hará! Está interesado en mí, puedo notarlo.

—Violeta, puedes hacer lo que quieras, para eso eres una mujer hecha y derecha. Sin embargo, tienes problemas más importantes a los que enfrentarte como para que solo estés pensando en ese tío.

—¿De qué hablas?

—De dinero.

Violeta contrajo la boca al recordar el dichoso temita.

No había manera, no encontraba ningún trabajo que le complaciese lo suficiente. Estaba empezando a desesperarse porque su madre esa semana no había podido darle nada de dinero y... ¡no le quedaba crema facial, ni acondicionador para el cabello, ni tampoco pastillas para el lavavajillas! Tenía que lavar los platos a mano, ¡a mano! ¡Como en la prehistoria!

—Odio a papá.

—No, cielo, él ha hecho lo que debía hacer, eres tú la que tiene que ponerse las pilas.

—Pero... es que... Eugenia, es muy difícil valerse por una misma. Y, todavía más si nunca lo has hecho. Necesito un periodo de adaptación, es un cambio muy brusco.

—Solo tienes que trabajar, como hacemos todo el mundo.

Violeta se dejó caer hacia atrás y apoyó la cabeza sobre el respaldo del sofá. Cerró los ojos de forma dramática y se los tapó con las manos.

—Cambiaré, solo necesito un poco de tiempo.

Iker apretó con sus fuertes manos el trasero desnudo de su compañera de cama.

La conoció la noche anterior en un bar, cuando fue a cenar con unos

amigos y, tras un par de tragos, la llevó a su casa.

Era una joven guapísima de piel morena, cuerpo redondeado y bonito, cara de diosa africana y temperamento divertido pero lujurioso, como le gustaba a él.

Desde que llegaron a casa, habían practicado tanto sexo que incluso había perdido la cuenta. Estaba exhausto y lo único que le pedía el cuerpo era dormir. Sin embargo, ella se incorporó un poco y se colocó a horcajadas sobre su regazo.

—¿Estás despierto?

—Estoy entrando en coma —reconoció él con los ojos cerrados.

—¿Entonces no quieres echar otro?

Iker abrió los ojos y le colocó las manos en las caderas.

—Nena, si follamos otra vez, se me va a deshacer el pajarito. —Tras decir aquello, la desmontó de encima y la volvió a acostar a su lado—. Duerme un rato, ¿quieres?

—Vale —dijo ella, sonriéndole con adoración.

Todas las mujeres actuaban de la misma forma con él. Les parecía tan impresionante e irresistible, que acababan pareciendo corderitos en sus manos. Hacían lo que decía sin ni siquiera tener que repetirlo. Querían complacerlo, querían ser las elegidas para ser su pareja formal, sin embargo, él tenía otros planes. Solo buscaba sexo. Las relaciones y él no casaban del todo, quedó demostrado con su última novia. La pobre acabó con más cuernos que un toro de lidia.

Cayó dormido en cuestión de segundos y despertó desorientado unas cuantas horas más tarde.

Notaba que el alcohol había hecho estragos en su cuerpo. La resaca hacía que su dormitorio diese vueltas.

Se levantó de la cama dejando a la diosa africana dormida y salió caminando hacia la cocina.

Vivía en un apartamento en el Barrio de Salamanca. Su casa no era excesivamente grande, ni lujosa, pero a él le gustaba que fuese así. Provenía de una familia humilde, que jamás tuvo dinero para darse demasiados lujos. Cuando su carrera en el mundo del cine comenzó a dar sus frutos, compró un chalet enorme en Chinchón, sin embargo, se dio cuenta de dos cosas: la primera, que no le gustaban las casas tan grandes y, la segunda, que prefería estar entre el bullicio de la ciudad. La vida en el pueblo le aburría. Así que, alojó en el chalet a sus padres y estos dejaron su humilde casa en Lavapiés

para irse a vivir al tranquilo Chinchón.

Abrió el frigorífico y sacó un refresco. Necesitaba azúcar. La noche de sexo salvaje y alcohol lo había dejado hecho un cachorrillo tembloroso.

Encendió la televisión, sin tener en cuenta que el volumen no despertase a su invitada, y tomó asiento en uno de los taburetes que había frente a la isla de la cocina.

Cuando apenas había dado el primer trago, su teléfono móvil sonó. Se llevó una mano a la cabeza, pues el sonido chillón de la melodía se le metía hasta el hipotálamo.

Alargó la mano para alcanzar el aparato y, pulsando la pantalla, desactivó el sonido. Al mirar en ella, vio el nombre de Ariel. Se lo puso al oído y contestó.

—¿Qué pasa? Tú no duermes, ¿o qué?

—¿A la una del mediodía? —rio el otro al escuchar la voz gruñona de Iker.

—La noche fue dura, tío.

—¿Una fiesta más que apuntar en tu diario?

—Un fiestón.

—¿A quién te has tirado hoy?

—No me acuerdo de cómo se llama, pero es una morenaza insaciable.

—Entonces, estarás contento.

—Si pudiese reírme sin desmontarme en pedazos, lo estaría —bromeó—. Es una fiera, quizá la llame alguna que otra vez para repetir.

—¿Qué cabrón eres!

Iker rio con Ariel y dio otro trago a su refresco. Parpadeó un par de veces a ver si podía conseguir que la cocina dejase de girar.

—¿Y para qué llamas? ¿Quieres algo? Te advierto que hoy no voy a poder moverme de la cama.

—Solo quería preguntar qué tienes con Violeta Parrish.

—¿Cómo? ¿Que qué tengo con ella? —repitió sin comprender—. Nada.

—¿Seguro? A mí incluso me pediste su teléfono.

—¿Para devolverle su chaqueta! Ariel, esa tía está colgada. En la discoteca me pareció divertida, pero el otro día... me miraba raro y... olía a ajo que echaba para atrás.

—Entonces es una falsa alarma.

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando?

—¿Es que no lees la prensa? —lo interrogó su amigo con incredulidad.

—Yo no presto atención a esa mierda.

—Pues, salís en las portadas de casi todas las revistas.

—¿Yo... con ella?

—Dándoos un beso.

—¡Fue en la mejilla!

—No se aprecia bien, en la foto salís de espaldas.

—¡Cago en todo, tío! Yo no tengo nada con esa niña pija.

Ariel se carcajeó y dejó que su amigo se despachase a gusto sobre ella.

—Pero Iker, no sabes lo mejor de todo —continuó.

—¿Qué pasa ahora? —Iker se llevó las manos a la cara. Le jodía toda esa mierda que la prensa publicaba sobre él. Esos paparazzis lo perseguían y se escondían mejor que las liebres en sus madrigueras. Estaban destrozando su carrera a base de exclusivas que lo dejaban en evidencia.

—Sales bien parado en las publicaciones.

—¿Qué? —¿Hablaban bien de él? ¿Por qué? Jamás lo habían hecho cuando lo pillaban con las manos en la masa.

—Según las publicaciones, “el chico malo del cine tiene una cita con una buena chica” —Ariel dejó de hablar y se aclaró la voz—. Dicen que es posible que estés cambiando, que te empiezas a rodear de buenas influencias y cosas por el estilo.

—No me lo puedo creer —dijo Iker con la boca abierta—. ¿Esa niña de papá tiene buena imagen con la prensa?

—Violeta Parrish no tiene imagen pública, esa es la cuestión. Su familia no es dada a los escándalos, a salir en revistas, ni a nada de eso.

—¿Quién cojones son los Parrish? —lo interrogó con más curiosidad de la que nunca imaginó.

—Su padre es un pez gordo de la energía renovable. Un norteamericano trabajador, honrado y discreto. Colabora en causas benéficas y tiene amigos poderosos y socios que podrían arruinar a cualquiera con tan solo una orden.

—Vaya, vaya, con la niña de papi —se carcajeó Iker al conocer toda la información—. No solo está loca, sino que es una loca influyente.

Después de hablar varios minutos más con Ariel, colgó el teléfono y continuó bebiendo su refresco sin dejar de darle vueltas a lo que acababa de enterarse. Tiró la lata al cubo de la basura y se dispuso a salir de la cocina, sin embargo, su móvil volvió a sonar.

—¿Diga? —contestó cansado y con ganas de volver a la cama.

—Iker, soy Pascual.

—Ey, hola, ¿cómo va todo?

Pascual Sepúlveda era el representante de Iker desde que comenzó su andadura en el cine. Era un hombre mayor que, por su edad, debería de haberse jubilado hacía unos cuantos años, pero que amaba tanto su trabajo que se mantenía al pie del cañón como el que más. Hacía casi un mes que no tenía noticias de Pascual. La última vez que hablaron, el hombre le informó de lo mal que iba su negociación con una compañía de zapatillas para que protagonizase su anuncio televisivo. Era una marca seria y no le gustaban los líos que se traía Iker con las mujeres.

—Tengo noticias que darte —continuó su manager.

—Adelante.

—Hoy se ha puesto en contacto conmigo el relaciones públicas de Calvin Klein. Te quiere para el spot de su nuevo perfume.

Iker se tiró al suelo de rodillas y empezó a hacer como si tocase una guitarra. ¡No se lo podía creer! Después de siete meses de sequía laboral, esa gran empresa lo quería a él.

—¡Diles que acepto!

—Ya se lo he dicho —rio Pascual—. Estaba seguro de que te interesaría.

—¡Claro que me interesa!

—Además, hace unos veinte minutos, telefoneó a mi despacho el mismísimo Amenábar para hablar sobre ti, pero dijo que volvería a llamar, porque me encontraba reunido. —Pascual rio—. No sé lo que has hecho para arreglar tu situación, chico, pero sigue por ese camino.

Dejó el teléfono sobre la encimera de la cocina, cuando terminó de hablar con su manager, y se dejó caer en el suelo. Acostado boca arriba, con los brazos en cruz y una espléndida sonrisa en los labios, asintió con decisión.

Pascual le acababa de decir que no sabía qué había ocurrido para que se obrase aquel cambio, ¡pero él sí!

Todo aquello se lo debía a que la prensa lo había visto con Violeta Parrish.

Todavía no comprendía cómo esa niña tonta tenía el favor de la prensa y demás, lo único que tenía claro era que, ahora que conocía la clave para volver a llegar al éxito, no iba a soltarla.

CAPÍTULO 5

Estaba nerviosa. Sí.

Y el motivo no era la llamada que recibió de su padre, preguntándole el porqué de su aparición en todas las revistas del corazón con aquel actor de tan mala reputación.

Lo que en realidad le ocurría era que acababa de recibir una llamada telefónica de ese mismo actor. ¡La quería invitar a salir!

Metida en la bañera se apresuraba por mezclar el poco champú que le quedaba con agua, para que pudiese enjabonar su cabello y dejarlo perfecto.

Canturreaba de felicidad. Sabía que esa llamada llegaría. Lo sabía, era un presentimiento que había tenido desde la última vez que se vieron. Era una mujer guapa, interesante y culta, y eso a los hombres les agradaba.

Se frotó el cuerpo con brío y salió de la bañera. Secó su pelo, se embadurnó de crema hidratante y se puso el mejor perfume que tenía. No quería volver a oler mal delante de él. El pasado día, fue un incidente aislado por culpa de la arpía de Rebecca, pero no pasaría jamás por semejante vergüenza.

Mientras se colocaba unos ligeros pantalones de pinza y una camiseta veraniega de seda, recordó la conversación con Paula, una hora atrás, mientras tomaban el té de los viernes junto a Oscar. Su amiga se había puesto a gritar y a saltar de la alegría. Le había exigido que le contase todo lo que ocurría en la cita, así que habían quedado para el día siguiente. Y pobre de ella si no aparecía. Paula era capaz de ir a casa y llevársela de los pelos.

Se hizo un semi recogido y dejó un par de mechones caer junto a los ojos. Se miró en el espejo y dudó de haber acertado con la ropa. No era sexy, ni atrevida, sino ligera y recatada. Pero como decía Paula: con la clase se nace.

No sabía a dónde la iba a llevar, qué iban a hacer, ni cuánto tiempo iban a estar fuera. Sin embargo, le daba igual. Estaba tan pletórica porque Iker Martínez la hubiese vuelto a llamar, que lo demás le daba igual.

Ya se imaginaba la cara de Eugenia cuando le contase que tenía razón y

ella no. Su hermana, a veces, se comportaba como su propia madre. Quería protegerla, lo entendía, pero Violeta ya era suficientemente mayorcita como para saber lo que le convenía y lo que no.

Miró el reloj y se dio prisa. Iker llegaría en cinco minutos, y tenía que recoger el aseo y meter la ropa en la lavadora. Si todavía hubiese podido permitirse tener a la señora que limpiaba en casa dos veces por semana... Sin embargo, como no podía tenía que hacerlo todo ella sola.

Corrió a su habitación a coger la chaqueta. No hacía frío, pero le gustaba llevarla por si acaso. Cuando entró, vio a Sushi acostado sobre la prenda, que estaba en la cama.

—¡Sushito! ¡Tienes toda la cama para ti y te pones encima de la chaqueta!

El animal levantó un poco la cabeza y la miró con desgana. Se acomodó un poco más sobre ella y continuó durmiendo.

Violeta le dio un par de toquecitos en el lomo para que se apartase.

—Vamos, minino, que me tengo que ir y me la estás llenando de pelo.

Al ver que no le hacía ni caso, lo cogió y lo dejó en el suelo. Tomó la chaqueta, le quitó tantos pelos como pudo y miró de nuevo a Sushi, que había subido otra vez a la cama y la observaba con enfado.

—Pórtate bien, mami se va a dar una vuelta con el hombre más sexy de todos, así que tardaré un poco.

El gato se dio la vuelta y le dio la espada, sin ganas de que lo molestasen.

Violeta suspiró y lo dejó tranquilo.

Cuando salió a la calle, Iker ya estaba esperando, dentro de su coche, junto a su edificio.

Sonrió, nerviosa, lo saludó con la mano y rodeó el vehículo para montarse en el asiento del copiloto. Cerró la puerta y miró a Iker con atención. Estaba impresionante con sus pantalones vaqueros, esa camiseta negra, que se ajustaba a la perfección a su fuerte torso y el cabello peinado hacia atrás, formando una especie de tupé, que lo hacía parecer el chico malote de las películas. Tuvo que recordar que debía respirar para no ponerse morada y morir delante de él de forma patética. Le encantaba ese hombre.

Se acercó y le dio su acostumbrado beso en la mejilla.

—Me llevé una gran sorpresa cuando recibí tu llamada.

—¿No esperabas que lo hiciese?

—Bueno, en realidad sí lo esperaba —admitió con sinceridad—, pero no que fuese tan pronto. Solo han pasado tres días desde que me devolviste la chaqueta. —Le dio un suave golpe en el hombro y sonrió mientras le guiñaba

un ojo—. Tenías ganas de verme, ¿verdad?

Iker parpadeó un par de veces y movió la cabeza con lentitud, mientras intentaba que en su boca no apareciese una mueca de burla.

—No te imaginas las ganas que tenía.

—¡Lo sabía!

Él no contestó, sino que contuvo una carcajada y giró la cabeza para coger el volante. ¿Ganas de verla? ¿A la loca del ajo? ¿A la estrecha que no quiso sexo con él? ¿A esa niña de papá que pensaba que el mundo estaba a sus pies porque era un ser especial?

Solo estaba haciendo esto por su carrera. Por alguna extraña razón, la prensa tenía debilidad por aquella tía y pensaba que era una buena compañía. Si por Iker hubiese sido, sus caminos no hubieran vuelto a cruzarse.

Giró la cabeza un poco y la observó un segundo.

Al menos era una chica bastante mona. Tenía unas facciones bonitas y un cuerpo aceptable, pero eso no quitaba que fuese más rara que una paloma con vértigo. No era del tipo de mujeres con las que él solía estar, ni lo sería, estaba clarísimo.

Saldría con ella un par de veces, para que los paparazzis comenzasen a dar buena información sobre él y el mundo del cine le perdonase sus... asuntos turbios con las mujeres.

—Bueno... —habló Violeta mientras se giraba para mirarlo con fijeza—. ¿Y a dónde me llevas en nuestra primera cita?

Iker estuvo a punto de pegar un bote al escuchar esa palabra. “Cita”. ¡Acojonante! Aunque, disimuló bien, e incluso sonrió.

—Vamos a ir a hacer un pícnic.

—¡Oh, qué ideal! —Aplaudió—. ¡Me encantan los pícnicos! Cuando era pequeña, daddy nos llevaba a la sierra y pasábamos el día en la naturaleza. Era súper guay estar desconectados del mundo durante horas.

—Sí, bueno, hoy vamos a ir al Retiro.

Violeta frunció el ceño.

—¿Al... Retiro? ¿Un pícnic allí... con toda la gente alrededor? Con los niños, los perros, los jubilados mirando...

—Sí —asintió él sin más. Era exactamente lo que necesitaba. ¡Gente, multitud! Que los viesen, que hablasen, que se corriese la voz.

—Bueno, supongo que también puede estar bien —dijo conformándose. Mientras estuviese con él, daba igual a dónde la llevase. Además, no todo el mundo tenía buen gusto para elegir lugar para las citas, e Iker era una de esas

personas. No todo podía ser perfecto en él.

Dejaron el coche en un aparcamiento cerca del parque y caminaron por él disfrutando de lo bonito que era. Había bastante gente paseando por allí, recostados sobre el césped mientras leían, comían o hablaban.

Violeta e Iker se sentaron cerca del lago, lugar donde se podía contemplar la belleza del Palacio de Cristal.

—Nunca me acuerdo de lo bonito que es el parque —dijo ella sin poder dejar de mirar a su alrededor—. No he venido demasiado a este lugar, pero cada vez que lo visito me arrepiento de no hacerlo. ¿Tú sueles venir por aquí?

Sin embargo, Iker no escuchó la pregunta. Estaba ocupado mirando a una pelirroja que reía junto a sus dos amigas, cerca de ellos.

—¿Iker! ¿Me estás escuchando? —insistió Violeta alzando la voz.

—Sí, sí... hay mucha gente, tienes razón —contestó con lo primero que se le pasó por la mente, al darse cuenta de que lo había descubierto mirando a otra mujer.

—No. —Violeta rio y lo achacó a que estuviese nervioso por la cita—. Te preguntaba si vienes por aquí a menudo.

—Pss... no.

Se hizo un silencio incómodo entre los dos, cosa que no agradó a Violeta. Quería que la cita fluyese, pero no se le ocurría nada que preguntarle, apenas lo conocía de nada. Sin embargo, tenía tantas ganas de saber cosas sobre él que no dudó en preguntar lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Qué pensaste de mí la primera vez que me viste?

—No mucho. Esa noche no tenía ganas de demasiadas cosas.

—Lo recuerdo. Mi humor también estaba chof —Sonrió y entrelazó los brazos alrededor de las rodillas—. Además, había bebido y... cuando bebo me pongo bastante estúpida.

—Me pareciste interesante —admitió recordando que lo había hecho reír con sus ocurrencias.

—No suelo ser tan cortante, ni pesimista. Pero eso del sexo en la primera cita, es verdad. Además, no te conocía de nada.

—¿Y ahora que ya me conoces? —tanteó Iker. Él nunca le decía que no al sexo. Aunque no le gustase demasiado su acompañante. Y si ella quería...

Violeta se quedó callada pensando.

—Todavía no te conozco demasiado.

—¿Quieres mi DNI? —Rio. Menudas tonterías decía esa mujer. Para follar no hacía falta nada más que deseo.

—Cuando me acuesto con alguien, necesito saber que esa persona siente por mí algo más que lujuria.

—Entonces lo harás poco, ¿no?

—¿Perdona? No voy a hablarte de mis relaciones sexuales. Es algo... como que muy personal.

Iker negó con la cabeza.

No. No se complementaban ni usando pegamento. Esa tía era doña “quiero a mi príncipe azul para hacer bebés” y él quería divertirse. Solo esperaba que esta situación acabase pronto y volver a su vida con gente interesante de verdad.

Tragándose las ganas de levantarse e irse, la miró.

Parecía molesta por sus palabras.

—¿Te has enfadado? —preguntó como si hablase con una niña.

—No —respondió de inmediato y frunció el labio inferior mientras desviaba la vista hacia otro lado.

—Acabas de sacar el morro más de tres metros, estás enfadada.

Violeta chasqueó la lengua. Ese hombre le encantaba, pero...

—Es que no me parece bien hablar de estos temas en nuestra primera cita. —Ladeó la cabeza y lo miró con fijeza—. Creo que somos demasiado diferentes, Iker. Deberíamos suspender el picnic.

Aquellas palabras lo sorprendieron. ¿Lo estaba rechazando? ¿Estaba dándole calabazas? ¿A él? ¡Bueno, bueno, bueno, esto ya era el colmo! Ninguna mujer había cancelado ninguna salida cuando estaban juntos! Él era Iker Martínez, un jodido dios del sexo. No iba a permitir que esa niña tontita y malcriada le diese largas como a un adolescente.

Además, la necesitaba para poder llevar a cabo su plan de regresar por la puerta grande al cine.

No estaba haciendo las cosas bien, lo reconocía. Violeta Parrish no era como las chicas con las que se veía, así que no debía de tratarla igual. Estaba acostumbrada a hombres amables que le bailaban el agua. Y, si hacía falta ser su perrito faldero las veces que la viera, ¡eso sería! ¡Su carrera cinematográfica estaba en juego!

—Lo siento, he sido muy brusco. A veces, no sé medir mis palabras.

—Sí, lo has sido.

—No quiero que acabe nuestra cita. Dame una oportunidad de demostrarte que merezco la pena —dijo poniendo su mejor cara de actor.

—No sé...

Tenía que ablandarla.

—Me gustas mucho, Violeta —mintió.

Ella se llevó una mano al pecho y lo miró con los ojos abiertos como platos. ¡Le gustaba! ¡Ay, madre mía! ¡Lo sabía, había estado segura de ello desde que se vieron! ¡Había sido amor casi a primera vista! Se habían atraído desde que se conocieron y, ¡ahora él se lo confesaba! Le iba a dar un parraque. Tenía que fingir serenidad delante de él. Tampoco era plan de ponerse a saltar como una colegiala.

Tragó saliva y se aclaró la garganta, para que no le saliese ningún gallo por los nervios.

—Está bien, me quedo. —Le sonrió y pestañeó con coquetería, aunque le salía fatal—. A mí también me gustas.

—Genial —respondió él, más tranquilo de que todo volviese a la normalidad. Y... lo mejor de todo, ella había confesado que le gustaba. Eso le daba ventaja sobre ella, tenía que ser inteligente y jugar bien sus cartas—. Venga, conozcámonos. ¿Hay algo que quieras saber sobre mí?

Violeta, deslumbrada por su sonrisa, asintió. ¡Quería saberlo todo sobre él!

—¿Qué tal te va eso de la sequía laboral que me comentaste en el club?

—Mejorando notablemente. Estoy a punto de firmar un contrato para colaborar en la campaña publicitaria del nuevo perfume de Calvin Klein.

—¡Me encanta esa marca! A ver, yo uso Channel porque, la verdad es que para mí no hay nada mejor, pero...

—Sí, y además...

Antes de que pudiese terminar de hablar, alzaron la vista. Un niño se había acercado y los miraba con algo de vergüenza. Violeta le sonrió.

—Hola, guapo, ¿pasa algo?

—Sí, señora, es que mi pelota de béisbol ha caído detrás suyo.

Violeta se mordió la lengua cuando la llamó señora. ¡Qué horrible sonaba! Con lo joven que era... Cuando llegase a casa metería la cara dentro del bote de crema.

Disimuló su disgusto y le sonrió. Giró sobre sí misma y en su espalda estaba lo que el niño había perdido. Cogió la bola en la mano y se la devolvió.

—¿Es muy difícil jugar? —le preguntó intentando ser amable—. Mi daddy siempre ve partidos de béisbol, le encantan.

—No, que va —dijo el pequeño—. Mis amigos y yo jugamos siempre y no cuesta nada.

—Qué bien.

—¿Quiere probar?

—¿Yo? —gritó ella abriendo la boca, asombrada—. No creo que se me dé bien.

—Seguro que sí —la animó el pequeño.

—Uy, pues... —Echó un vistazo a Iker, que la miraba como si estuviese loca—. Venga, una vez solo.

—No hace falta que lo hagas, Violeta —la intentó convencer él—. Seguro que el chaval lo dice por compromiso y querrá jugar con sus amigos.

—Solo va a ser una vez. Quiero saber lo que se siente —comentó levantándose del césped.

Acompañó al chiquillo y llegó junto con los otros niños, que esperaban a que trajese la bola.

Iker se llevó una mano a los ojos.

—Esto es la leche. Ahora quiere aprender a jugar.

Se levantó a su vez y los siguió a todos. El niño colocó a Violeta frente a él y le dio la bola.

—Usted va a ser el pitcher.

—¿Que voy a ser qué?

—La que lanza la bola —le aclaró—. Me la lanza y yo la golpeo.

Violeta miró a Iker y le sonrió.

—Parece fácil. —Se concentró y asintió—. Vale, voy.

Ella balanceó su brazo y lanzó la pelota, pero lo hizo tan débil que no llegó hasta el niño.

—Más fuerte —la animó el chaval.

El segundo intento fue igual de desastroso.

—Violeta, no hace falta que sigas —dijo Iker, que se encontraba detrás del niño con el bate—. Volvamos al césped.

—La última vez —le aseguró.

—¡Fuerte! —la animó el niño.

Violeta se preparó para tirar. ¿Quería que la tirase fuerte? ¡Pues, fuerte la iba a lanzar!

Balanceó el brazo y la tiró con todas sus fuerzas.

Hubiese sido un tiro perfecto... si la pelota no hubiera cambiado de dirección. Lo que ocurrió a continuación, no se lo hubiera esperado nadie. La bola golpeó a Iker en los testículos y este cayó al suelo doblado por la mitad.

—¡Ay, Dios mío! —gritó Violeta corriendo hacia él. Cuando llegó a su

lado lo oyó quejarse con las manos en el paquete—. ¡Lo siento, lo siento! ¿Te he hecho daño?

Ante esa pregunta, él la miró como si pudiese fulminarla con la mirada, pero recordó que no podía hablarle mal. La necesitaba.

—Me duele un poco.

—Pobre. Déjame que te ayude a levantarte.

—No, no, ya lo hago yo solo. —Ya no se fiaba de ella. ¡Había estado a punto de cercenarle los huevos!

Estuvieron un rato sentados hasta que Iker se recuperó un poco, mientras Violeta se disculpaba sin parar. No había sido su intención.

Abandonaron el Retiro y la llevó de vuelta a casa.

La acompañó a la puerta de su edificio y se apoyó en el mármol de la pared.

—De verdad que lo siento mucho —le pidió perdón por quincuagésima vez.

—No pasa nada, no te preocupes —le quitó importancia, pero todavía la miraba como si tuviese cara de carnicera—. Los accidentes ocurren.

—Sí, tienes razón. Ahora ya sé dos cosas más sobre mí: primero, no valgo para el béisbol y, segunda, tengo una puntería que ya la quisieran los del circo.

—Ya me he dado cuenta —dijo, acariciándose sus partes nobles, que todavía le molestaban un poco.

Tenía ganas de regresar a casa. Esa cita había sido un puñetero infierno. Y, para colmo, casi lo castra.

—Has sido muy amable, me gustará repetir otro día. El picnic me ha encantado, no me acordaba de lo bien que se estaba en la naturaleza. Mi padre nos llevaba muchas veces de acampada y recuerdo que un día, cerca de un río apareció un ciervo. Era súper súper cuqui y me miró como diciendo...

Iker la escuchaba hablar y hablar. Hacía casi dos minutos que había perdido el hilo de la conversación.

¡Por favor! ¿Cómo podía enrollarse tanto esa mujer? ¡Lo único que pedía era un respiro, poder llegar a casa y olvidarse de lo que había pasado esa tarde!

Miraba la boca de Violeta moverse con rapidez, ¡y venga, y más palabras para afuera! Necesitaba que se callase y tenía dos opciones: o conseguía una mordaza... o...

Sin pensárselo dos veces, acercó su boca a la de ella y la besó.

CAPÍTULO 6

—¿Te dio un beso? —La voz de Paula resonaba por todo su inmenso chalet, en las afueras de Madrid. Su amiga estaba contentísima con su historia con Iker Martínez. Le tuvo que relatar la cita con pelos y señales mientras, observaba cómo pegaba saltitos y se llevaba las manos al pecho—. ¡I can't believe it! ¡Es todo tan perfecto, Violeta!

—¡Lo sé! Me pilló totalmente por sorpresa.

—Ese hombre es para ti —continuó muy segura de sí misma—. Puede que haya sido un poco mujeriego, but... todo el mundo dice que los dandis reformados son los mejores.

—Todavía no confío del todo en él, acabamos de conocernos y no estoy segura de sus intenciones.

—Si hubiese querido solo sexo no te hubiera vuelto a llamar. Puede tener a la mujer que quiera para eso.

—En eso tienes razón.

—Está interesado en ti, of course. En el fondo, es igual que todos los demás hombres: les gustan los retos, y tú... sweetie, eres todo un reto para él.

Oscar chasqueó la lengua y dejó su taza de té en la mesa.

—A ver, ladies, todo eso es precioso, pero vamos a lo interesante, ¿fue con lengua?

Violeta se llevó las manos a la boca, tapándola y riendo.

—No, fue un beso muy casto.

—¡Obviously! —saltó Paula—. Quiere ir paso a paso porque Violeta le gusta de verdad.

—Apenas me rozó la boca, sin embargo... sentí tanta magia, chicos... ¡Nunca había notado nada parecido con nadie, y eso que casi ni me tocó!

Cuando sintió los labios de Iker sobre los suyos, todo su mundo pareció dar vueltas. Tuvo que agarrarse a él para estar segura de que no caería al suelo. Había sido tan bonito y tan especial...

Él se apartó enseguida de su lado y Violeta apenas pudo pronunciar una palabra a partir de entonces. Su corazón latía rápido y una maraña de

remolinos centrifugaba en su estómago. Se despidieron con rapidez, pues Iker parecía tener prisa, aunque ella lo achacó a los nervios. Seguro que estaría igual o más nervioso que ella por lo que acababa de pasar.

Le prometió llamarla en cuanto pudiese y se quedó mirando hasta que ella cerró la puerta y entró en el recibidor de su edificio. ¡Era un auténtico caballero!

—Me gusta mucho ese hombre, yo también le gusto a él y tuvimos una cita muy amena y divertida.

—En la que le pateaste las pelotas —soltó Oscar de repente, echándose a reír.

—Fue un pequeño accidente, Iker apenas le dio importancia.

—Pero se las pateaste.

—¡Cállate, Oscar! —exclamó Paula dándole un empujón a su amigo—. Por mucho que te empeñes, no vas a fastidiar nuestro ánimo.

Él apoyó el mentón sobre sus manos y suspiró. Miró a Violeta a los ojos y le sonrió.

—No quiero fastidiar nada. Sin embargo... te voy a pedir que tengas cuidado, princess, no me fio de los hombres como él, y todavía menos cuando han tenido un pasado como el suyo.

Violeta estiró el brazo y le cogió la mano.

—Sé que te preocupas por mí, Oscar, y te lo agradezco. Pero... no sé, creo que esta vez esto va a salir bien. Hemos tenido una cita genial y nuestro beso de despedida fue precioso.

—¡Y no me quedó más remedio que besarla, joder! —exclamó Iker sin parar de negar con la cabeza—. Es que no había manera de que se callase. Estaba cansado, tenía ganas de irme a casa y perder de vista a la niña cursi esa.

—Y te dolían los huevos —añadió Ariel muerto de risa.

—¡Y me dolían, claro que me dolían! ¡Imagínate!

—Te lo mereces, por cabrón. La estás utilizando.

—No voy a hacerle daño, Ariel. —Se recostó en el sofá de su apartamento—. Incluso debería estarme agradecida. Voy a salir con ella. Hay millones de mujeres que matarían por estar en su lugar.

—¿Tú crees que millones de mujeres estarían encantadas de que las

engañases para lograr tus metas?

—Visto así suena muy feo.

—¡Es muy feo!

—A veces hay que sacrificar a un peón para que viva el rey.

—Violeta Parrish es una buena chica, no se lo merece.

—¡Cállate, Ariel! Eres mi amigo, así que apóyame como tal.

—Que seamos amigos no conlleva la abnegación absoluta.

Iker cogió un puñado de frutos secos que había dentro de un cuenco, sobre la mesa. Se los echó a la boca de una vez. Masticó en silencio mientras pensaba lo que decir.

—Haré que se divierta conmigo, que se lo pase bien, la trataré como a una reina y no seré obsceno en su presencia. Solo la necesito para que piensen que es mi novia.

—¿Y si se enamora de ti y quiere profundizar la relación?

—¿Te refieres al sexo?

—A eso me refiero.

Iker rio y se encogió de hombros.

—Ya sabes que no soy un santo. No es la típica mujer con la que me acostaría, porque seguramente me aburriría con ella, pero... si me insiste... podría arriesgarme a probar de qué es capaz doña niña de papi.

Ariel miró a su amigo sin poder dejar de negar con la cabeza. No lo veía bien. Había apoyado a Iker en todo, desde que eran adolescentes, porque su relación de amistad se remontaba a cuando cursaron en el mismo instituto. Siempre había sido un chico echado para adelante, guapo y con don de gentes. Así que, cuando le dijo que pretendía ser actor, Ariel no dudó ni un segundo en que lo lograría. Desde el principio lo había admirado. Era un luchador nato... al que le perdían las mujeres. Había escalado por sí mismo en el mundillo del cine, actuado bajo el mando de los mejores directores españoles y americanos. Todo lo que había conseguido, se lo había ganado con esfuerzo y trabajo duro. Menos esto.

Sabía que estaba desesperado, pues Iker odiaba estar sin hacer nada. Pero utilizar a una pobre chica para lograr su fin. No.

—Promete que me guardarás el secreto —le pidió.

—No me parece una buena idea.

—Me da igual, solo quiero que me lo prometas, aunque no me apoyes.

—Tienes que asegurarme que no la lastimarás.

—¡Claro que no voy a lastimarla! ¿Por quién me tomas? No soy tan malo.

—¿Y qué vas a hacer con tus amantes mientras finges estar con ella? ¿Vas a pasarte una temporada en celibato?

Iker soltó una carcajada y se cruzó de brazos.

—¿De verdad me preguntas eso? —Negó con la cabeza—. No veo por qué no puedo seguir con mi vida como siempre. Tendré a las mujeres que quiera y me las tiraré como siempre. Solo tengo que ser algo más cuidadoso y discreto.

—¿Discreto? Esa palabra no va contigo.

—Pues, entonces, amigo, te vas a sorprender.

Violeta aparcó en la puerta de la casa de su familia y bajó del coche con cuidado. Los shorts que llevaba apenas tapaban lo suficiente. Jamás hubiese ido a otro lugar con ellos, pero ese día pensaba disfrutar de la piscina climatizada de sus padres e iba vestida de manera informal.

Esperó a que le abriesen. Mientras tanto, ojeó con rapidez sus redes sociales. Al alzar la vista y mirar hacia el lado, pudo ver a un hombre fotografiándola. Frunció el ceño, pues la prensa jamás había tenido interés en lo que hacía, sin embargo, suponía que, al salir con Iker se había colocado en posición de tiro.

No le dio demasiada importancia. Se cansarían pronto de ella, porque no había hablado con los periodistas en su vida, ni lo haría entonces.

Entró a casa de sus padres y saludó a Berta, que estaba pasando la fregona por el recibidor.

—Buenos días, Berta, ¿cómo va todo?

—Como siempre, hija, limpiando.

Violeta le dio un beso en la mejilla y le sonrió.

—¿Dónde están mis padres?

—Tu padre en su despacho, reunido. Y tu madre ha salido un momento a recoger a tu hermana.

—¿Por qué? Eugenia tiene coche.

—Está tan gordita ya que le da miedo conducir.

—¿Y no la puede traer mi cuñado?

—Según dijo doña Agustina, está con un virus estomacal.

—Vaya —dijo con una mueca de aprensión. Suspiró y se encogió de

hombros—. Pues, mientras tanto, voy a la piscina un rato. Si mis padres preguntan por mí, díles dónde estoy.

Cruzó parte de la casa y salió al jardín por la puerta de la cocina.

La piscina ocupaba gran parte del jardín, era gigantesca. Como todavía no estaban en pleno verano, se encontraba dentro de una carpa móvil, que retiraban cuando el calor apretaba. De esa forma, y gracias a que la temperatura del agua era regulable, estaba en activo todo el año.

Abrió la puerta de la carpa y el sonido suave de la depuradora le hizo sonreír. Le encantaba relajarse dentro del agua. Metió un pie dentro, para comprobar su temperatura y asintió. Perfecta.

Se dio una ducha rápida y se tiró al agua de cabeza.

Recorrió la piscina a nado unas tres veces y cogió una colchoneta, para acostarse encima. Estar flotando sobre el agua era una gozada. Esto era lo que más echaba de menos en su piso. No tener una piscina disponible cuando le apetecía un baño. A ver, no tenía ningún problema para bañarse en casa de sus padres, de hecho, ellos estaban encantados de que lo hiciera, sin embargo, coger el coche cada vez que quería ir... le daba pereza. Así que, se conformaba con llenar la bañera y echar sales perfumadas. No era lo mismo, pero a falta de pan...

Tal era la tranquilidad que alcanzó, que se quedó dormida sobre la colchoneta.

La despertó la voz de Berta, llamándola:

—Violeta, Violeta...

Ella abrió un poco los ojos y gruñó.

—¿Qué pasa?

—Tu padre me ha mandado que te llame. Quiere verte en su despacho.

Al escuchar aquello, se incorporó de golpe y salió del agua. Se secó con rapidez, se vistió y entró de nuevo a casa.

No podía dejar de pensar en lo que querría decirle su padre. Pero en el fondo de su cerebro, una idea se abría paso. Se estaba ilusionando. ¿Querría verla para decirle que volvía a darle su paga mensual? ¡Debía de ser eso!

Desde que le quitó la paga, había estado muy seria con él. Su daddy la quería con locura y estaba segura de que no aguantaba que estuviesen enfadados por temas de dinero.

Violeta también echaba de menos no poder abrazarlo y darle achuchones como antes, pero tenía que ser fuerte y ser firme hasta que su cuenta bancaria no tuviese liquidez, como había sido siempre. Sin embargo, ya no tendría que

esperar más. Todo se arreglaría y le daría un gran abrazo y muchos mimos.

Traqueó la puerta del despacho de su padre y entró, incluso antes de que contestase.

Jacob Parrish se encontraba inmerso en la lectura de un documento de su empresa. Al ver a su hija, la saludó con un simple movimiento de cabeza. Firmó en dicho documento y lo guardó en una carpeta que llevaría a su gestor.

Violeta se sentó en el sillón que había frente al de su padre y se cruzó de brazos, esperando a que el hombre le dijese el motivo de su llamada. Aunque estaba segura de lo que sería y ya podía escuchar el dinero correr por su cuenta bancaria.

—Hola, Violeta, ¿qué tal estás?

—Perfectamente, ¿y tú?

Jacob se encogió de hombros.

—Como siempre.

Ella asintió y le sonrió levemente.

—Me alegro. ¿Y para qué me has llamado? —preguntó esperando que sacase un talón del cajón y se lo entregase.

Jacob, tal y como esperaba Violeta, abrió el cajón y rebuscó en él. Pero no fue el esperado talón lo que puso sobre la mesa.

—¿Qué significa esto?

Violeta ojeó aquello y frunció el ceño. Era una revista.

¿Una revista? ¿Enserio? ¿Cómo iba a pagar las facturas con una revista?

—¿Me enseñas una revista y me preguntas a mí que qué significa?

—Exacto. Quiero que me expliques el por qué mi hija pequeña sale en un medio de comunicación besándose con un hombre —le exigió con dureza.

Ella arqueó las cejas y cogió la publicación.

En ella, aparecía junto a Iker el día que fueron al Retiro. Pero la foto mostraba el momento exacto en el que la besó, en la puerta de su edificio.

Se encogió de hombros y volvió a mirar a Jacob.

—Estoy saliendo con él.

—¿Con ese hombre?

—Sí, con Iker Martínez.

—Pues, vas a dejar de hacerlo —dijo con voz de mando.

—¿Perdona?

—¡Que no quiero volver a verte con él, Violeta!

—¿Y eso por qué?

—¡Porque es un sinvergüenza, polémico y te deja en muy mal lugar!

—Eso tendré que decidirlo yo, ¿no crees, daddy?

—¡No! ¡Tú vas a obedecerme, y no hay más que hablar!

—¡No entiendo por qué reaccionas así! ¡No es una mala persona! —lo defendió recordando su cita y lo bien que se lo pasó.

—¡Me da igual! Ese hombre va de un escándalo a otro. No quiero que mi familia, ni el buen nombre de mi empresa, se vean salpicadas por él!

—¡Deberías confiar un poco más en mí!

—¿Que confíe en ti? —Se echó a reír y se cruzó de brazos—. Si quieres, te recuerdo lo que ocurrió con tu ex marido. Nos costó una buena suma de dinero el confiar en tu elección.

Violeta frunció los labios al recordar lo ocurrido y bajó la vista al suelo.

—Eso ha sido un golpe bajo, papá.

—Lo sé, pero no lo hago para lastimarte, sino para que te des cuenta de que, si de una persona discreta, como lo era tu ex, no puedes fiarte, ¡imagínate de un hombre que tiene antecedentes tan malos como los de ese actor del tres al cuarto con el que sales! —Jacob miró a su hija, que parecía no saber qué decir al respecto, y continuó hablando—. Así que, déjate de tonterías. No quiero volver a enterarme de que mi hija pequeña sale en revistas, ¡y mucho menos con ese desgraciado!

Salió del despacho de su padre y abandonó la casa familiar, rogándole a Berta que la disculpase con su madre y con Eugenia por no quedarse a comer con ellas. No estaba de humor. Su padre le había quitado las ganas de permanecer en su presencia.

No entendía por qué prejuizgaba a Iker de esa forma. Él no lo conocía, solo se había hecho una idea por los comentarios de los medios de comunicación.

Sin embargo, no era un mal hombre, lo presentía. Era guapo, simpático, gracioso, estaba interesado en ella... y, ¡la había besado! Ainns, cada vez que lo recordaba se ponía cardíaca. Sus labios fueron tan tiernos y suaves...

Iker había cometido errores a lo largo de su vida, pero era humano y... cambiaría con la compañía adecuada, estaba segura.

Su teléfono móvil sonó dentro de su bolso. Cuando lo cogió, vio un mensaje de Iker. No pudo evitar sonreír y ponerse a dar saltitos de alegría. Decía que la echaba de menos y que quería verla otra vez.

Recordó las exigencias de su padre. No quería que lo viese más. Sin embargo... no iba a hacerle caso. ¡Tenía veintisiete años, era una mujer hecha y derecha y sabía lo que hacía!

Tendría una nueva cita con Iker Martínez.

Esa vez se vieron en el centro comercial Plaza Río.

Violeta se prometió elegir el lugar de la próxima cita ella misma. Aquello estaba abarrotado de gente y no era la mejor opción para quedar con nadie y conocerse. Sin embargo, estaba comprobando que Iker no era demasiado experto en esto de las citas. Si lo fuese... ¿para qué la llevaba a aquel lugar donde la tranquilidad y la privacidad brillaban por su ausencia?

Caminó por el centro comercial y encontró sin dificultad la cafetería donde la había citado. Cuando echó un vistazo, buscándolo, lo encontró haciéndose fotos con unas jovencitas, que lo miraban con adoración. Violeta no las culpaba. Ella también había tenido ídolos en su adolescencia, pero ninguno tan guapo y excitante como Iker.

Esperó a que se marchasen para acercarse a la mesa donde se encontraba su chico.

Esa tarde llevaba un polo de manga corta, color burdeos, y unos pantalones vaqueros muy desgastados. Se había vuelto a hacer aquel tupé de chico malo y la barba de un par de días sin afeitarse le daba un aspecto casi salvaje.

—Hola —lo saludó cuando apenas los separaba un metro de distancia. Tomó asiento en la silla que había a su lado y le dio el acostumbrado beso en la mejilla—. ¿Qué tal todo?

Él la miró de arriba abajo antes de contestar. Iba bastante mona con ese peto blanco, de corte informal, y unas deportivas que en realidad no lo eran. Estaban llenas de brillantes y tenían tacón. Llevaba el cabello suelto, en ondas, que le llegaban hasta los hombros, y apenas maquillaje.

Se preparó mentalmente para la tarde tan... extraña que le esperaba junto a ella. No le apetecía nada estar allí. En casa, tenía esperando a una belleza rubia, muy sensual, envuelta en un albornoz. El plan de malgastar esas horas con Violeta no le atraía para nada.

—Bien, todo como siempre —le respondió sin más.

Ella le sonrió con coquetería y ladeó la cabeza.

—He visto cómo te fotografiabas con aquellas jovencitas.

—¿Te molesta que me haga fotos con fans? —le interrogó alzando una ceja.

—No, claro que no, ¿por qué iba a hacerlo? De hecho, me ha producido ternura, se las veía tan nerviosas contigo al lado... No he querido acercarme hasta que no se han ido. A ningún fan le gusta tener a la novia de su ídolo dando vueltas a su alrededor.

Otra vez la palabra novia. Cada vez que Violeta la pronunciaba, le daban ganas de poner los ojos en blanco.

El camarero les tomó nota de lo que iban a tomar y se marchó de nuevo, dejándolos a solas.

Aquel silencio que tanto la incomodaba acababa de instalarse entre ellos. Iker miraba su teléfono móvil y parecía enfrascado en una conversación.

Carraspeó, para llamar su atención. Cuando sus ojos volvieron a ella, le sonrió.

—Y, bueno, ¿qué has hecho estos dos días que no nos hemos visto?

—Nada en particular, lo de siempre. —Y era verdad, había hecho lo de siempre: tirarse a una mujer cada noche.

—¿Qué es lo de siempre? —insistió ella—. Apenas te conozco y no sé en qué ocupas tu tiempo.

—Lo paso en casa y hablo con mi madre.

—Oh... qué tierno, eres de ese tipo de hombres.

Él abrió mucho los ojos y aguantó una carcajada.

—¿Qué tipo de hombres?

—Pues... esos hombres que por fuera son tíos duros, pero por dentro son ositos de peluche —le aclaró mirándolo con adoración.

Esa tía estaba flipada e Iker ya no sabía lo que hacer para no reírse en su cara. ¿Tierno él? ¿Osito de peluche?

—Me has pillado, lo confieso —le siguió el juego.

—¡Lo sabía! Tengo muy buen ojo para esas cosas. Yo creo que me viene de mi madre.

—¿Qué le pasa a tu madre, es bruja?

—Algo parecido.

—¿En serio? —Aquello ya era el colmo. Ya sabía de dónde le venía la vena psicópata.

—Le gusta todo lo relacionado con el ocultismo. Echa las cartas, lee los posos del té y... te parecerá extraño... pero está aprendiendo vudú. ¡Nos lleva locas a mi hermana y a mí con todas esas cosas! Aunque, tengo que reconocer que, a veces, funciona.

—No creo en esos temas.

—Pues, a mí me dijo que iba a conocer a un hombre. —Le sonrió—. Y, aquí estás.

Él se encogió de hombros. Pura casualidad. Sin embargo, no tenía ganas de entrar en un debate con ella. Sabía que al final acabaría dándole la razón, por aburrimiento.

—Estaréis entretenidos en tu familia.

—No te lo puedes ni imaginar, y ahora más, que en breve voy a ser tía. Me encantan los niños y ya le he dicho a Eugenia, que voy a malcriar a su bebé. —Le sonrió abiertamente—. ¿A ti te gustan los niños?

—No demasiado —respondió con sequedad.

Violeta se quedó en silencio, pues no se esperaba esa respuesta. A ella le volvían loca y, cuando estuviese preparada, sabía que iba a ser una madre genial.

El silencio regresó entre ellos y Violeta suspiró. Iker era guapísimo, pero no era demasiado buen orador. Aunque, todo el mundo no podía tener don de palabra.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, dispara —asintió él, resignado.

—Me da algo de vergüenza.

—Suéltalo de una vez, no será para tanto.

—Está bien. —Se mordió el labio inferior y lo miró a los ojos—. ¿Por qué me besaste el otro día?

¿En serio le estaba preguntando eso? Iker estuvo a punto de comenzar a darse cabezazos contra la mesa.

—Pues, por las mismas razones que un hombre besa a una mujer.

—Que son...

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque no me lo esperaba. Apenas nos conocemos y... nuestra cita no es que fuera súper romántica, ni nada por el estilo.

Él hizo de tripas corazón y decidió que debía poner de su parte y sacar a relucir el actor que llevaba dentro. Le agarró de la mano y la acarició, logrando que Violeta se estremeciese.

—Me gustas, ya te lo dije —le susurró, poniendo énfasis, como en una escena romántica de la mejor telenovela—. Me pareces una mujer increíble, preciosa, sensible y única.

El corazón de Violeta golpeteaba en el pecho y las piernas le temblaban.

—Vaya.

—¿Solo vaya?

Ella rio y se tapó la boca, avergonzada.

—Me encantas, Iker. Todavía no te conozco demasiado, pero creo que eres genial.

Y, para terminar con la escena, Iker frunció los labios y se acercó para darle un beso.

Este fue igual de casto que el del pasado día. No la tocó, no profundizó, ni le puso demasiada atención.

Por el contrario, Violeta parecía estar flotando. Los labios de Iker eran tímidos, suaves... No recordaba que ningún hombre la hubiese tratado con tanto respeto como él. Y eso decía mucho sobre su persona.

Cuando se separaron, varios segundos después, Violeta rio tontamente, por los nervios, y él se quedó satisfecho por su inmejorable actuación. Estaba claro por qué había sido nominado dos veces en los Oscar.

Se levantaron de su asiento e Iker pagó las consumiciones, alegando que tenía un compromiso con su manager. Sin embargo, lo que de verdad iba a hacer era calzarse a la rubia que le esperaba en casa. Esa vez, tuvo que reconocer que la cita con Violeta no había sido tan desastrosa como la anterior. Al menos lo había entretenido, y no le había dado otro golpe en las pelotas.

Salieron del centro comercial y se dirigieron al aparcamiento, para coger sus coches. Sin embargo, a lo lejos, Iker vio a dos periodistas esperándolos. Reaccionando al instante, rodeó a Violeta por los hombros y caminó muy pegado a ella, logrando que la chica le sonriese, feliz por ese acercamiento tan cariñoso.

Los periodistas llegaron a su lado en cuestión de segundos, rodeándolos.

—¿Qué tal va vuestra relación? ¿Lleváis mucho tiempo viéndoos?

Violeta recordó las palabras de su padre y permaneció callada. Ya bastante grave sería que la viese por la televisión, como para que encima la escuchase hablar sobre su vida privada.

Pero Iker fue el que rompió el silencio. Les sonrió con simpatía y asintió.

—Nuestra relación va genial, Violeta es una mujer única.

—¿Hay planes de futuro? ¿Nuevos proyectos en pareja?

—Bueno, yo estoy deseando que ella acepte vivir conmigo. Me haría el hombre más feliz —dijo haciéndose el chulo y sabiendo, por la forma de ser de ella, que jamás ocurriría.

Sin embargo, Violeta estaba en shock. No esperaba esas palabras que

acababa de pronunciar su chico. Notaba como si le faltase el aire. ¿Vivir juntos? Pero si se conocían tres semanas...

Los periodistas, al haber sacado una gran noticia, los dejaron tranquilos. Iker la acompañó a su coche, notando que ella seguía sin poder articular palabra.

—¿Estás bien? —preguntó con ganas de echarse a reír por su cara de susto.

—Es que... no me imaginaba que quisieses vivir conmigo ya.

—Sí, bueno... —le dio largas—. Ya sé que es pronto y comprendo que no quieras hacerlo. Solo he dicho que me encantaría que lo hicieras y que sería muy feliz.

Ella se soltó de su agarre y dio una vuelta sobre sí misma.

—Apenas te conozco, es una locura.

—Lo sé —le dio la razón, por nada del mundo iba a intentar convencerla. Solo lo había dicho para que la prensa tuviese noticias jugosas sobre ellos, y los productores de cine, al ver que estaba sentando la cabeza, lo llamasen—. No hay prisa para que lo hagas. Solo he expresado mis deseos. Sé que a ti te gusta ir despacio, así que, no se hable más.

—Gracias por pensar tanto en mí —le agradeció acariciando su fuerte brazo—. En cuanto esté preparada, hablaremos sobre el tema.

CAPÍTULO 7

Paula llegó al club antes que ninguno de sus amigos. Jamás solía ser la primera en llegar, pues era muy tranquila arreglándose y muy perfeccionista. Sin embargo, esa noche debían de haberse alineado los planetas para que saliese de su casa quince minutos antes de la hora en cuestión.

El lugar donde habían quedado, era un sitio muy frecuentado por ellos. El club Royal era el punto de encuentro de gente de clase alta y personas con un gran poder adquisitivo. Todos se conocían, así que, daba igual ir solo, porque en menos de dos minutos podías entablar conversación con cualquiera.

Se recolocó su deslumbrante vestido rojo y se echó el cabello hacia un lado. Caminó entre la gente, que bebía cócteles y hablaba relajadamente, pues la música no estaba demasiado alta. A su paso, saludó a varias amigas y conversó con ellas.

Se disculpó un momento para ir a la barra, tenía la boca seca y necesitaba una bebida.

Se apoyó en la susodicha y notó el frío del mármol en sus brazos desnudos.

Esperó a que un camarero la atendiese.

—Buenas noches, Paula, ¿qué te pongo para beber?

Al escuchar que el camarero pronunciaba su nombre, frunció el ceño y lo miró a la cara. Le resultaba familiar, pero...

—O sea, ¿te conozco?

Él se echó a reír y asintió con la cabeza.

—Me acaba de quedar claro que no tengo éxito con las mujeres, se olvidan de mí enseguida.

Paula arqueó una ceja.

—¿Me vas a decir quién eres o no?

—Soy Vasile, estuvimos hablando en la Gran Vía, te acompañé a la cafetería donde te esperaba tu amiga.

—¡Oh, my god! Claro, que sí. ¡El de los perros!

—Sí.

—¡Súper! —Miró hacia la estantería de los licores y perdió el interés en el joven—. ¿Me pones un coco- loco?

Vasile cogió la coctelera y mezcló los ingredientes con maestría, haciendo malabares con ella y guiñándole un ojo a Paula, que apenas le prestaba atención.

—Oye, Paula, ¿tienes planes para mañana?

Ella lo miró con extrañeza y cogió su bebida.

—¡Of course! Yo siempre tengo planes.

—Es que... me preguntaba si te gustaría que te invitase algún día a tomar algo —dijo, sin dejar de sonreír.

—O sea, vamos a ver, niño, creo que soy como que un poco mayor para ti —respondió con voz de burla—. ¿Cuántos años tienes, veinticinco?

—Veinticuatro —la corrigió.

—¿Y, según tú, qué hace una mujer de treinta y tres años con un chiquillo de veinticuatro?

—Lo mismo que con un hombre de treinta y cuatro: no sabía que para tomar un refresco hubiese una edad mínima —se defendió Vasile, para intentar convencerla.

Paula miró hacia la puerta y vio entrar a Violeta y a Oscar. Se concentró en Vasile y reconoció que era un niño guapo. Cuando se hiciese mayor, sería un hombre muy interesante. Sin embargo, ¿qué pintaba ella, una chica de buena familia, con un jovencito humilde?

—Sorry, guy, pero yo estoy a otro nivel. Mejor búscate a una niña de tu edad.

—¿Qué pierdes por tomarte una cerveza conmigo? —insistió.

—Mira, mejor dejemos el tema y no me hagas perder mi V.I.T.

Vasile la miró confundido.

—¿Tú qué?

—Mi very important time —le aclaró—. Estoy súper súper agradecida de que me devolvieses mi monedero y me acompañases a la cafetería, but... no voy a quedar contigo, nunca.

Después de aquello, dio media vuelta y fue a buscar a sus amigos. Apenas volvió la cabeza para ver cómo le había sentado su negativa al joven, pero no lo hizo porque, en cuanto lo perdió de vista, se olvidó de él. Su vida era demasiado importante como para acordarse de todo el mundo.

Violeta estaba de un humor de perros. Su cuenta bancaria definitivamente había muerto. No tenía dinero ni para comprar un bocadillo de chorizo. Cuando esa mañana fue a pagar al supermercado, había pasado una vergüenza terrible cuando la cajera le había devuelto la tarjeta de crédito, porque el datáfono la rechazaba.

Fue al banco y allí le confirmaron lo que más temía. Su cuenta estaba a cero.

Llamó a Oscar para cancelar la salida de esa noche, sin embargo, su amigo se la llevó a rastras. Pero, aun estando en aquel club, su cabeza daba vueltas en los problemas económicos que tendría de ahora en adelante. No tenía trabajo, debía de pagar el piso, no tenía dinero ni para comer...

—¿Y por qué no le pides más dinero a tu madre? —le preguntó Oscar, mientras que le acariciaba el brazo.

—Lo he hecho, pero no puede, está atada de manos. Es mi padre el que lleva la contabilidad y el dinero en casa.

—¿Y Eugenia? ¿Tu sister sabe algo? —continuó Paula, dándole un trago al cóctel.

—No me va a ayudar. Ya me advirtió de que esto pasaría... y la ignoré.

—¿Cuánto dinero necesitas? —dijo Paula, sacando del bolso un pequeño talón que siempre portaba encima.

Violeta miró a su amiga con cariño.

—No, Paula, ¿y después, qué? ¿Vas estar dándome dinero siempre?

—No me supone nada, sweetie, lo sabes.

—Pero no es correcto que me aproveche así de ti. —Se tapó la cabeza con los brazos—. Iba bien de dinero, este mes iba bien. Sin embargo, no conté con que el seguro del coche se caducaba y había que renovarlo.

Paula hizo oídos sordos y rellenó el cheque. Abrió la mano de Violeta y se lo puso sobre ella.

—Cógelo, no seas loser. Así tienes más tiempo para buscar una solución.

—No hay solución, voy a tener que trabajar en algún supermercado o en alguna fábrica. Esto es horrible —se quejó con voz dramática.

Oscar le masajeó la espalda, pues su pobre amiga lo estaba pasando mal.

—¿De verdad no tienes ninguna alternativa?

—Nada.

—¿Nadie que pueda ayudarte?

—Nadie.

—¿Y qué pasa con Iker? ¿No estáis saliendo? —comentó Paula, de repente.

Violeta alzó la cabeza y la miró con cansancio.

—¿Y qué supones que voy a decirle? ¿Que soy un desastre, que no encuentro un trabajo adecuado y que me mantenga? ¿O prefieres que acepte su proposición de irme a vivir con él?

Paula y Oscar se miraron con los ojos abiertos como platos.

—¿Te ha pedido que te vayas a vivir con él? —preguntaron al unísono.

—Sí.

—¿Y le dijiste que no? —continuó Oscar.

—Le dije que no lo conocía y que no podría hacerlo.

Paula se quedó callada varios segundos y le agarró de la barbilla, para que la mirase.

—Baby, quizás tu solución sea esa. Se acabarían todos tus problemas.

—¿Pero si apenas lo conozco!

—Pues, viviendo juntos lo podrás conocer mejor que nadie.

—Tienes que estar hablando de coña.

—Violet, querida —prosiguió Oscar—. Por una vez, estoy con Paula. Piénsalo. Vivís en su casa, tú alquilas la tuya y sacas un dinero para tus gastos.

Violeta se llevó una mano a la boca, pensativa.

—¿Alquilar mi casa? —¿Su casa? ¿La vivienda que ella mismo eligió? ¿Hacer eso para irse a vivir con Iker? Era... era... no era mala idea, lo reconocía. Seguía pensando que era demasiado pronto para hacerlo, sin embargo, si lo hacía, estaba segura de que Iker la respetaría hasta que ella estuviese segura de compartir su cama. Alquilaría su casa, sacaría dinero y... conocería en profundidad al hombre del que se estaba enamorando tan rápidamente—. ¡Sois unos genios! —gritó, contenta—. ¡Iker se va a poner eufórico, está desando que me vaya con él! A mí me encanta, ¡me encanta, chicos! ¡Es perfecto!

—Y no te olvides del dinero —le recordó Oscar, con una sonrisa en los labios.

—¡Y tendré dinero! —exclamó dando un pequeño salto en su silla.

Paula dio un grito y alzó su cóctel para brindar. Eran muy buenos amigos y le alegraba poder ayudarse mutuamente. En eso consistía la amistad, ¿no?

—¡Vamos, hazlo, porfaplís! —la animó.

—¿Que haga qué?

—¡Llámallo, dale el notición!

—¡Me imagino su cara de felicidad, Violeta! —dijo Oscar dando palmas—. ¡Coge el teléfono y hazlo de una vez!

Violeta hizo lo que sus amigos le decían y sacó su teléfono del bolso.

Segundos después, la voz de Iker se escuchó a través de la línea telefónica.

—¿Diga?

—Hola, Iker —lo saludó Violeta, con un gran nudo en el estómago—. Tengo una gran noticia que darte: ¡Me voy a vivir contigo!

—¿Cómo coño tengo tan mala suerte? —gritó Iker llevándose las manos a la cabeza—. ¡Esto me pasa por bocazas, joder!

Ariel se desternillaba en el sofá de su propia casa. Su amigo había ido a verlo a altas horas de la noche con una noticia que no se esperaba ni de lejos.

Iker tenía el rostro desencajado y no dejaba de dar vueltas por su salón, mientras maldecía. Si tenía que ser sincero, le resultaba cómico, porque se lo había buscado él solito.

—Ya te advertí que no era una buena idea jugar con esa chica.

—¡Todo iba genial, Ariel! —exclamó desesperado—. Mi manager me lleva llamando tres días seguidos para ofrecerme trabajo, la prensa empezaba a hablar bien de mí y mi vida con las mujeres no había cambiado en absoluto! —Apoyó la frente contra una de las paredes—. No sé por qué tuve que decirle eso al periodista, ¡no lo sé! Me vine arriba, quería hacerme el chulito... y ahora la niña de papá va a ocupar mi casa, ¡mi casa! El único lugar donde puedo estar tranquilo, donde puedo ser yo de verdad.

Ariel se levantó del sofá y apoyó una mano sobre el hombro de este. Iker se dio la vuelta con ojos suplicantes. Necesitaba un consejo, que su amigo lo guiase un poco con esta situación. Era sabido que Ariel era el más sensato de los dos, el que tenía la cabeza mejor amueblada.

—Deberías dejarla en paz y decirle que lo vuestro se ha acabado.

—No puedo hacer eso, todavía no. Si lo hago, todo el sacrificio hecho hasta ahora se iría a la mierda y la prensa volvería a decir que soy un sinvergüenza y que me he cansado de otra relación, como siempre hago.

—Es que eres un sinvergüenza y te cansas de las relaciones a la velocidad de la luz, no es ninguna mentira —se carcajeó su amigo,

encogiéndose de hombros.

—Ariel, joder, necesito que me ayudes, no que te burles de mí.

—¿Quieres un consejo, de verdad?

—Sí.

—Termina con esta farsa. Estás jugando con sus sentimientos.

—No puedo hacer eso.

—Pues, entonces... solo te queda una salida.

Iker lo miró muy interesado por aquello que acababa de decirle.

—¿Qué salida?

—Prepararle una cama y acostumbrarte a tener compañía.

—Menuda mierda —gruñó.

Ariel cerró los ojos y de su garganta brotó una carcajada.

—Creo que me lo voy a pasar muy bien de ahora en adelante. Cada vez que nos veamos será como ir al cine.

—Eres un cabronazo de los grandes —lo insultó con enfado.

—No, eso lo eres tú. Yo no engaño a nadie.

Iker cogió las llaves de su coche, que estaban sobre la mesa del salón y encaró a su amigo.

—Me voy a casa, al menos allí no me dan consejos de mierda como los tuyos y tengo a una preciosidad esperando para acostarse conmigo.

—¡Eso, ve con ella y aprovecha! Porque, me parece que va a ser la última vez que folles en mucho tiempo.

Al ver que Ariel no dejaba de reírse, caminó hacia la puerta y se marchó.

No podía creer que todo aquello le estuviese pasando a él. Tendría que lidiar con aquella mujer rara y pija todos los días y a todas horas. Su vida se iba a convertir en una mierda.

Carla Mancini se colocó las gafas de sol y balanceó su precioso cuerpo al ritmo de la música. Dio un sorbo a su copa, adornada con una sombrillita, y le sonrió a una de sus amigas, que bailaba dentro de la piscina y alzaba los brazos como una diva.

Le encantaban las fiestas de verano, y más si ella misma era la anfitriona. Era divertidísimo pasar el día en bikini, bebiendo y meneándose al ritmo de las canciones que pinchaba el disc jockey que contrataba para esas ocasiones.

Le gustaba vivir en España. Desde que viajó con su padre, siete años atrás, para pasar las vacaciones en la Costa Blanca, no había querido irse de allí. Compró un enorme chalet en Benidorm y fijó su residencia en aquella ciudad alicantina.

A veces, regresaba a Milán para visitar a su familia, y echarle una mano a su padre con las colecciones de ropa de la temporada siguiente. A pesar de llevarse el trabajo a casa, los últimos retoques a los modelos, le gustaba hacerlo con su padre, el gran gurú y maestro de la moda italiana, Pietro Mancini. Como buena hija, y amante de aquel mundo, siguió sus pasos y fundó su propia firma de ropa, que, no era tan conocida como la de su progenitor, pero que estaba teniendo muy buena aceptación por parte de compradoras muy jóvenes y estilosas.

Tenía una gran vida social y muchísimos amigos que la acompañaban a cada momento. Se consideraba una persona buena, simpática y amistosa, y todo el mundo que la conocía corroboraba aquello sin dudarlo.

Cuando terminó el contenido de su copa, la dejó sobre una pequeña mesa, situada junto a la piscina, y caminó hacia el porche, lugar donde había dejado su teléfono móvil.

Como buena diseñadora e influencer en redes sociales, se dispuso a tomar un par de fotos y compartirlas con sus fans. Cada vez que subía una a internet, su teléfono echaba humo por la cantidad de notificaciones que recibía.

Desbloqueó el aparato, para activar la cámara de fotos, pero antes de hacerlo, un mensaje apareció en la pantalla. Lo leyó con rapidez y frunció el ceño.

—¡Hijo de puta! —exclamó con rabia.

Dejó el teléfono y le pidió el micrófono al disk jockey. Este se lo dio con una sonrisa en los labios.

—Chicas, ¡código rojo! —gritó para que sus amigas le prestasen atención—. Dejad de bailar y vamos al salón.

Sus amigas se miraron entre sí, hicieron lo que les pedía y la siguieron dentro de la vivienda. Tomaron asiento en el sofá y la miraron con atención, pues se encontraba frente a ellas. Cuando se hizo el silencio, Carla se aclaró la voz.

—Hay una nueva víctima. —Sus amigas, sabiendo de lo que hablaba, se llevaron las manos a la boca y la miraron con incredulidad—. Me acaba de llegar un mensaje de mi amiga Lorena, que ya sabéis que vive en Madrid, contándomelo todo.

—Pero, ¿cómo es posible? ¿Es que no tiene decencia?

—Ya sabéis que ese hijo de puta no siente ni padece —contestó Carla, sin poder evitar que el asco se reflejase en su preciosa cara—. Jugó conmigo, mucho antes jugó con otras... y, ahora... hay una nueva chica que va a salir destrozada por su culpa. Porque, ese sinvergüenza no va a cambiar. —Cerró los ojos con fuerza y se abanicó un poco, apartando su flequillo rubio, para pensar en lo que decir—. Ya conocéis la historia: estuvo conmigo y, por detrás, se follaba a todo lo que se movía. ¡Iker Martínez me dejó tirada como a un pañuelo lleno de mocos! Me despreció, me engañó incluso con una prostituta, y me convirtió en una pobre mártir a ojos de la sociedad. ¡No os podéis imaginar la vergüenza que pasé, lo rota que me quedé al saber que el hombre del que estaba enamorada era un cabrón inmoral!

—¿Quién es la nueva víctima? —preguntó una de sus amigas.

—Violeta Parrish, la hija de un empresario americano que vive en Madrid —les informó—. ¿Y sabéis una cosa? ¡No me puedo quedar de brazos cruzados viendo cómo otra mujer sale escaldada por culpa de ese patán mujeriego!

—¿Qué plan tienes?

—Me voy a Madrid —declaró decidida—. Tengo que avisarla, ponerla al corriente y decirle que no confíe en él, porque, tarde o temprano, se la jugará, como ha hecho con todas. La engañará, la utilizará y acabará con más cuernos que un alce.

—Pero Carla, todo el mundo sabe ya cómo es Iker Martínez, su reputación es conocida por todo el país.

—Lo es. Sin embargo, sabe jugar muy bien sus cartas y manipular a las mujeres a su antojo. —Tomó asiento en una butaca y apoyó la cabeza en el respaldo—. Todas sabéis que tuve que ir a terapia, visitar a psicólogos para poder superarlo y, todavía, no soy capaz de confiar en ningún hombre. —Frunció la boca—. Violeta Parrish abrirá los ojos cuando hable con ella. Somos mujeres y entre nosotras tenemos que ayudarnos. Así que, voy a hacer las maletas y salgo para allá. ¡Voy a desenmascarar a ese cabrón!

Violeta giró sobre sí misma y contempló el salón del piso de Iker sin poder evitar fruncir un poco los labios. Era... grande, sí, y... moderno, también. Sin embargo le faltaba calidez y un toque femenino. Toda su casa era

demasiado varonil. No había apenas adornos, estaba decorada en colores muy oscuros y era tan impersonal que parecía que iba a vivir en un hotel. Se llevó una mano a los labios y pensó en todos los cambios que podría hacer en aquella casa. La dejaría súper cuqui e Iker estaría muy contento.

Pagó a los chicos de la mudanza con los últimos cien euros que le quedaban y cerró la puerta tras su marcha.

Pues, ya estaba todo hecho. Ahora viviría con el hombre más guapo y sexy de todos.

Cada vez que pensaba en que compartirían la casa, un nudo de nervios se instalaba en su estómago. Y, es que, no podía evitar que el corazón se le acelerase al acordarse de él. Sabía que todo había ido muy rápido. Apenas se conocían y ya estaban viviendo juntos. Sin embargo, tenía claro que había sido una buena idea. Además, su lamentable situación económica tampoco le dejó demasiadas alternativas. Ahora que vivía con él y había encontrado una inquilina para su pisito de la Gran Vía, todo mejoraría.

Aunque, le parecía muy irreal. Todavía no se podía creer que hubiese decidido dar aquel paso. Pero sus cosas ya estaban allí, solo tenía que meterlas en los armarios y acostumbrarse a su nuevo hogar.

Escuchó unos pasos dirigirse hacia ella y vio a Iker, que la miraba como si el fin de los tiempos estuviese a punto de producirse.

Violeta se acercó a su lado y le rodeó el cuello con los brazos. Le dio un suave beso en los labios y le sonrió.

—¿Cómo llevas tu jaqueca?

—Mal, creo que me pasaré el resto del día en la cama —gruñó él, mirando todas sus maletas y bolsas esparcidas por el salón.

No podía ser verdad. Aquello no podía estar pasándole a él. Su vida social se iba a ir a la mierda y no podría follar tranquilamente en su propia casa porque tenía que fingir delante de su supuesta novia. Aquello sería el infierno. Aguantar a doña mimada acabaría con él.

Gilipollas. Eso le pasaba por gilipollas y fantasma. ¿Cómo coño se le ocurrió decir aquello delante de la prensa y de Violeta? ¿Cuándo aprendería a cerrar esa boca de una puñetera vez?

—¿Me puedes indicar dónde tienes la habitación de invitados? —le pidió ella, sin dejar de sonreírle. No podía dejar de hacerlo. Cuando lo miraba... se quedaba casi embobada por lo perfecto que era.

—¿Habitación de invitados? —repitió él, sin comprender.

—De momento, y hasta que nuestra relación no avance un poco más,

prefiero que durmamos separados. —Violeta se retorció las manos y sonrió avergonzada—. Esto... ha sido una de las locuras más grandes que he hecho nunca. Jamás me había ido a vivir con un hombre que apenas conozco y... necesito tiempo. Lo comprendes, ¿verdad?

—¡Sí, sí, sí! —contestó de inmediato—. Tómame el tiempo que quieras y duerme en la otra habitación. Y, si con el tiempo te das cuenta de que no estás a gusto, puedes regresar a tu casa. Lo entenderé perfectamente —añadió esperanzado.

Ella dobló un poco la cabeza y lo miró con adoración. ¡Pero qué hombre más bueno y comprensivo!

—Me voy a quedar aquí, contigo.

Acercó su boca a la de él y le dio otro suave beso en los labios.

¡Ay, besar a Iker era la gloria! Olía tan bien y exudaba esa sensualidad tan atrayente... Todavía no habían profundizado sus besos, sin embargo, aquellos, aunque castos e inocentes, eran de otro mundo, ¡celestiales!

Iker se apartó un poco y puso algo de distancia entre ellos.

Su cabeza no dejaba de darle vueltas por todo ese tema de la mudanza de Violeta. No podía concentrarse en nada más.

La vio sonreír e intentó devolverle la sonrisa, sin embargo sus labios solo pudieron hacer otra mueca rara. A pesar de todo, ella lo interpretó de una forma diferente a la que realmente era.

—Oh, cielo, a ti te duele la cabeza y yo estoy aquí dándote la tabarra con lo de las habitaciones separadas. Corre a descansar, ¿quieres que te prepare algo para comer?

—No, lo único que necesito es un milagro —respondió Iker poniendo los ojos en blanco.

Violeta se echó a reír, sin comprender a lo que se refería.

—No seas exagerado, nadie se muere por un dolor de cabeza. —Le acarició la mejilla rasposa y abrió los ojos al acordarse de algo muy importante—. ¡Antes de que te vayas! Se me olvidó mencionar que traje a Sushi.

—Ya te he dicho que no tengo hambre.

—¡No, tonto! —Se carcajeó por su equivocación y señaló el trasportín donde estaba metido el animal—. Sushi es mi minino precioso.

—¿Un gato? ¿Aquí en mi casa?

—Sí, ya verás cómo te enamora.

—Soy alérgico a los gatos.

—Bueno, hay pastillas para la alergia.

—¿Qué tome yo pastillas para la alergia? Dáselas a él, que es quien la produce, joder.

Violeta sonrió otra vez al escuchar las palabras de Iker.

—Ya verás como no vas tener ningún problema con él. Sushito es un minino precioso, un amor de gatito. Cuando lo veas pasear por aquí, te creará una ternura impresionante.

—Mmmm... —gruñó sin querer continuar con la charla. Aquello ya era el colmo. Aparte de tener que compartir casa con esa loca, encima tendría que ir huyendo del pelo de su gato.

—Y, ahora, a la cama —lo animó ella, empujándolo suavemente hacia su habitación—. Se te nota en la cara que estás enfermo.

—Cada vez más —escupió entre dientes entrecerrando los ojos.

—Duerme, descansa y si necesitas algo solo tienes que llamarme. Yo voy a ordenar todas mis cosas en el armario. —Violeta se mordió el labio inferior—. Aunque, he visto que es algo pequeño para toda mi ropa. ¿Te importa si ocupo un poco de espacio del tuyo también?

—Haz lo que quieras.

—¡Perfecto! —Dio un par de saltitos y lo abrazó—. Ahora corre a dormir y a descansar. Cuando te despiertes, te prepararé una cena divina y veremos un películón: ¡Pretty woman! ¡No me digas que no es un planazo!

—De la emoción no puedo ni aplaudir —gruñó dando media vuelta y maldiciendo sin parar mientras se iba a su habitación.

¡Pretty woman! ¡Quería que viese Pretty woman! ¡Él, Iker Martínez!

Tenía que hacer algo para sacarla de su casa, tenía que conseguir que Violeta Parrish se largase de allí cuanto antes o... acabaría arrancándose, uno a uno, todos los pelos de la cabeza.

CAPITULO 8

Agustina Parrish miraba a su hija menor con preocupación.

Se encontraban reunidas en la casa de Eugenia, que intentaba convencer a su hermana de que aquello no estaba bien. Iker Martínez no era una buena influencia para ella, y mucho menos para la familia. Los negocios de su padre podían verse afectados si aquella relación tan mediática comenzaba a dar titulares en las revistas de prensa rosa. El magnate de la energía renovable era conocido por su seriedad, y el estar emparentado con semejante paria cinematográfico, no hacía más que restar credibilidad a su nombre.

Eugenia, que ya estaba casi de siete meses y medio de gestación, se acarició su abultado vientre y se acomodó en el sofá, pues la espalda le dolía bastante cuando permanecía demasiado tiempo en la misma posición. Dejó su taza de té y entrelazó la mano con la de su hermana, que se empeñaba en no escucharla.

—Esto es una locura, tienes que rectificar y dejar esa relación.

—¿Por qué, Eugenia? ¿Solo porque vosotros no lo aprobéis? Soy lo bastante mayorcita como para poder decidir yo misma sobre lo que me conviene, ¿no crees?

—Ese hombre nos va a perjudicar, Violeta. No es el tipo de persona que necesitamos al lado.

—¿Se gana la vida de forma honrada! ¿Qué problema puede haber con eso?

—¿Ese no es el problema! —exclamó con enfado—. ¡Es un mujeriego, un problemático!

—¿Era, Eugenia, era! Ahora está conmigo y ha cambiado. ¡Las personas maduramos!

—No entiendo cómo puedes asegurar que ha cambiado. Apenas lo conoces unas semanas.

—Yo también tenía dudas cuando lo conocí. Él mismo me puso al corriente de sus escándalos, no me lo ocultó en ningún momento.

—¿Y encima se enorgullece de ello! ¿No?

—¡No lo hace! Se equivocó con la prostituta.

—Mi hermana con un putero, de verdad, Violeta, qué bajo has caído.

Violeta miró a su madre buscando apoyo, sin embargo, Agustina desvió la mirada.

Al ver que su madre no salía en su defensa, suspiró y observó de nuevo a Eugenia.

—Euge, si alguien hubiese dudado sobre tu esposo, ¿lo habrías defendido?

—¡Pues, claro que sí! Pero no puedes comparar a mi marido con Iker Martínez.

—¡Solo pido que le deis una oportunidad! ¡Que no lo juzguéis sin conocerlo siquiera!

—La confianza se tiene que ganar.

—¡Pero si ni siquiera le dais la ocasión de hacerlo!

—Somos tu familia y nos preocupamos por ti. Ese hombre no es el adecuado, Violeta —añadió su hermana—. Te equivocaste con tu ex marido y volverás a hacerlo con Iker.

—¡No compares a Iker con aquel sinvergüenza de Pau!

—No, no puedo compararlos, porque Iker es imposible que nos engañe como hizo tu ex. Es un personaje mediático, sabemos todo sobre su vida y sobre sus antecedentes con las mujeres. Por eso, no puedo hacer otra cosa que advertirte que te alejes de su lado.

—No voy a hacerlo, es un buen hombre, estoy segura.

Agustina Parrish se cruzó de brazos, después de dejar la taza de té sobre la mesa, y se dispuso a hablar por primera vez en toda la conversación.

—Hija, ¿y qué hay de tu padre?

—Me da igual lo que piense daddy, es mi decisión, no la suya.

—Se va a poner hecho una furia.

—Eso es su problema, no el mío, mamá. Es mi vida.

Su madre se humedeció los labios.

—Creo que te estás equivocando, Violeta.

—¡Tú misma me dijiste que iba a encontrar a un hombre que cambiaría mi vida! ¿Es así o no?

—Así es, lo ponía en los posos de té.

—¡Pues, ese es Iker! ¡No me dirás que no está removiendo mi vida! —
Sonrió sin poder evitarlo.

—Los posos no dijeron su nombre, solo que aparecería alguien.

—¡Es él! ¡Lo noto, mamá! Siento magia cada vez que lo veo, cada vez que me habla, cada vez que me sonrío... Sé que lo que siento por él es fuerte, y estoy segura de que él lo siente también por mí. Si no lo es, ¿para qué me pidió que viviese con él? ¡Esto es de verdad, mamá! Aquí no hay engaños. No me quiere por mi dinero, ni por el dinero de la familia, porque él tiene a raudales. No lo necesita para nada, ¡no me necesita y, sin embargo, me quiere en su vida! —Sonrió y se miró las manos antes de volver a mirar a su madre y a su hermana—. Y, ¿sabéis una cosa? Yo también lo quiero en la mía. Apenas lo conozco, es verdad, pero todas esas cosas que me hace sentir son auténticas, y son impresionantes. Si noto todo esto ahora, que apenas sé nada de él, imagínate cómo serán mis sentimientos cuando hayan pasado un par de meses.

—No quiero que te haga daño, tú eres la que me importa —añadió Agustina, suavizando la expresión al haber escuchado todo lo que sentía su hija por aquel hombre.

—No lo hará. Me va a hacer muy feliz. Tanto, que incluso daddy tendrá que pedirle disculpas por pensar mal de él.

Iker abrió la puerta del despacho de su manager intentando parecer tranquilo. Sin embargo, no lo estaba.

La última jornada en casa había sido de lo más inquietante. Si no había sido bastante el tener a Violeta pululando a sus anchas por su vivienda, el acurrucarse en el sofá, a su lado, y cogerla de la mano mientras lloraba viendo *Pretty woman*, había sido la gota que colmaba el vaso. Acabó tan hastiado de aparentar ser el novio perfecto que agradeció al cielo cuando aparecieron los créditos en la pantalla de su televisor. Pero la cosa no quedó así. Su queridísima “novia” lo tuvo casi dos horas más despierto, hablando y hablando sin parar. Según ella, una relación se comenzaba así, conociendo a la otra persona. Sin embargo, él no tenía ganas de conocer a nadie, ni saber su vida de cabo a rabo. ¿Qué cojones le importaba a él que sus padres se conociesen y se enamorasen tan profundamente que lo dejaran todo para estar juntos? ¿Qué le podía importar que tuviese una hermana casada y a punto de parir a su primera criatura? Y, sobre todo, ¿qué leches le importaba que su familia no aprobase su noviazgo? De hecho, ¡le alegraba que fuese así! Suplicaba para que la convenciesen y se volviese a marchar de su casa, para

poder seguir viviendo en paz y tranquilidad en ella. A Iker solo le interesaba el aparentar delante de las cámaras y periodistas, ¡todo lo demás le sobraba! Lo único que quería de ella era su buena fama. ¿Qué amor ni qué ocho cuartos?

Tan concentrado estaba en sus pensamientos, que no oyó llegar a su representante. Pascual Sepúlveda sonrió al verlo sentado en su despacho, con las gafas de sol todavía colocadas sobre los ojos.

—¿Tienes miedo de que mis secretarias se te echen encima y por eso sigues de incógnito?

Iker, al reconocer su voz soltó una carcajada y se apartó las gafas de los ojos, colocándolas sobre su cabeza. Le estrechó la mano a su manager y lo miró con atención. A pesar de su edad, Pascual tenía un físico envidiable.

—Te veo bien, cada vez estás más joven.

—Pues tú tienes unas ojeras de campeonato —se burló el hombre—. ¿No será culpa de esa nueva novia de la que todo el mundo habla?

—Puedes estar seguro —resopló, aunque de forma disimulada.

—Es normal. Al principio, todas las parejas lo hacen como conejos. Después ese ímpetu se pasa.

—Como conejos, ¿no? —se carcajeó Iker. Joder, si al menos pudiese hacerlo como un conejo con alguna tía sin que su querida Violeta lo pillase...

Pascual se sentó frente a Iker y lo observó varios segundos. Entendía el por qué todas las mujeres se peleaban por él. Era el hombre más apuesto del panorama televisivo, aunque, a veces, tomase decisiones equivocadas.

—Bien, Iker —empezó a decir el representante—. Ya sabes que, normalmente, me suelo comunicar contigo por teléfono y te mando los contratos por e-mail. —Dejó de hablar y sonrió—. Pero... esta vez, he querido hacer una excepción y darte esto en persona.

Alcanzó de la cima de un montón de papeles una carpeta, y se la pasó a su representado. Iker la cogió frunciendo el ceño.

—¿Qué es esto?

—Alguien quiere que leas este guión, para ver si te interesa.

—¡Un guión! ¡No jodas, Pascual! —exclamó eufónico. Sacó el manuscrito igual de emocionado que un niño abriendo los regalos de Navidad.

—Mira el nombre de la persona que va a dirigir la película.

—¡Amenábar! ¡Le sigo interesando!

—Lo estamos consiguiendo, chico, tu carrera vuelve a ser la de antes.

—¡Esto es la hostia! ¡Amenábar! —Soltó una carcajada y cerró los ojos

—. ¿Dónde hay que firmar?

Pascual se echó a reír. La alegría de Iker lo había contagiado a él también.

—Léelo antes al menos.

—¡Me da igual el puñetero guión! ¡Quiero participar en esa película!

—Iker, léelo y en unos días contestamos. No querrás parecer ansioso delante de Amenábar, ¿verdad?

Él sopesó las palabras de Pascual y se serenó un poco, asintiendo.

—Tienes razón. No quiero ser un jodido desesperado. Me llevaré el guión a casa y lo leeré. Pero... ten claro que, pasado mañana, quiero el contrato firmado entre las dos partes.

—Así será —le aseguró su representante. El hombre se levantó de su sillón y fue al mueble bar secreto, escondido para ocasiones especiales. Sacó un par de vasos y echó en ellos una buena proporción de tequila. Le pasó uno a Iker y alzó la mano para brindar con él—. Por tu nueva carrera cinematográfica, porque no se vuelvan a repetir esos errores que te llevaron al desastre y... por supuesto, por tu nueva novia, porque esa chica te está dando suerte. ¡No la dejes escapar!

Salió del despacho de su manager casi dando saltos. Se colocó las gafas de sol y pasó por una floristería. Compró una rosa roja para Violeta. Era lo mínimo que podía darle, pues por ella todo estaba volviendo a fluir. Esa tía era una mosca cojonera y una niña de papi, pero era la culpable de que su carrera estuviese saliendo a flote.

Con la rosa en la mano, caminó por la calle sin poder ocultar la sonrisa. Estaba eufórico y decidió caminar a casa dando un paseo.

A medio camino, no pudo aguantar las ganas y sacó su teléfono móvil. Llamó a su madre y a Ariel para darles la noticia, pero... antes de guardarlo... se le ocurrió algo. Volvió a marcar y esperó a que le contestasen.

Cuando lo hicieron, al otro lado de la línea telefónica se escuchó la voz de una mujer.

—¿Diga?

—Hola, bombón, ¿estás libre?

La risa musical de Marisa, una de sus amigas con derecho a revolcón, lo hicieron sonreír.

—Ya sabes que para ti siempre estoy libre. Aunque, me han llegado ciertos rumores.

—¿Qué rumores?

—Dicen las malas lenguas que tienes novia.

—Las malas lenguas están en lo cierto, por desgracia.

—¿Y todavía quieres que vaya?

—Sí.

—¿Y qué pasa con ella?

—Nada, porque no se va a enterar. Ahora mismo no está en casa. Según me dijo, iba a pasar el día con su madre y su hermana. —Hizo una pausa y se humedeció los labios, pensando en el suave cuerpo de Marisa y lo bien que utilizaba la boca para... todo—. ¿Qué me dices, vas a venir a verme?

Se hizo un breve silencio antes de que la chica respondiese.

—En veinte minutos estoy en tu casa.

Al colgar, Iker dio un par de palmadas con las manos. ¡Estaba siendo un día redondo! Tenía una película con Amenábar, la prensa le estaba dando una tregua e iba a tirarse a la encantadora y sexy Marisa.

No tenían demasiado tiempo. Calculaba que Violeta llegaría a casa sobre la hora de cenar. Aun así, pensaba disfrutar del cuerpo de su amante todo lo que pudiese. Hacía varios días que no tocaba a ninguna mujer, exactamente el tiempo que la niña mimada estaba viviendo en su casa. Sin embargo, su suerte cambiaría en poco tiempo. Apresuró su marcha, para poder preparar el jacuzzi para cuando llegase su cita. Al pensar en ella desnuda y mojadita por el agua y la espuma... se endureció. Soltó una carcajada y continuó caminando con gran alegría.

¡Qué suerte tenía y qué vida más bella le había tocado vivir!

Paula bailaba, junto a Oscar y su novia, en el club al que siempre acudían los sábados después del almuerzo. Les encantaba aquel lugar. Eran tan cool y exclusivo, y acudía a él gente tan conocida e importante...

Esa tarde faltaba Violeta. Su amiga acababa de irse a vivir con el macizorro de Iker Martínez y comprendía que tenía que estar liada con el cambio de domicilio y organizando su armario.

Se alegraba por ella. Merecía que la vida le pusiese en su camino a un hombre interesante, después de su desastroso matrimonio con aquel sinvergüenza.

Sabía de sobra que Iker no tenía demasiada buena reputación entre las mujeres, por sus escándalos amorosos, sin embargo, Paula era una romántica empedernida y estaba segura de que aquel hombre había caído rendido a los

pies de Violeta y se volvería un novio fiel y modelo. Su amiga era todo lo que un hombre pudiese desear: era guapa, con un cuerpo bonito, simpática, de buena familia y con un corazón de oro. Un partidazo.

Cuando dejó de pensar en Violeta, se fijó en Oscar y su chica, que bailaban juntos. Se los veía muy felices, a pesar de que todo el mundo se empeñase en tachar a Oscar de gay.

—¡O sea, es que sois tan súper cuquis! —exclamó dando palmas—. Ojalá, algún día encuentre a algún chico de buena familia para formar una pareja tan ideal como la vuestra.

—Pues, vamos, sweetie, ponte las pilas —la animó Oscar abrazando a su chica—. Mira a tu alrededor, hay cantidad de chicos monos por aquí.

—Ay, Paula, con lo hipper guapa que eres basta con que digas “hola” a uno para tenerlo a tus pies —habló Johana, la novia de Oscar.

—Tía, es que... no veo a nadie interesante.

—Eso es porque todavía no has bebido lo suficiente —bromeó Oscar agarrándolas a las dos por los hombros y conduciéndolas hacia la barra—. Vamos a pedirte algo con muchos grados.

—¡Qué horror! Never in my life me verás borracha, love. ¡Que tengo una reputación que mantener!

—Pero tu vagina te lo agradecerá —comentó haciendo reír a su novia.

—¡Qué ordinario eres, my god! —lo reprendió sin poder dejar de sonreír—. Si estuviese aquí Violeta, te estaría cantando las cuarenta.

Llegaron a la barra y pidieron unas copas para los tres.

Paula se excusó con ellos y caminó hacia el servicio. Necesitaba retocarse el lápiz de labios para seguir perfecta. Con la bebida, su labial se iba borrando, y no pensaba dejar que la prensa, que esperaba en las afueras del local, la fotografiase mal maquillada.

Se miró en el espejo y buscó en su bolso el lápiz de labios. Tardó casi tres minutos en conseguir que sus labios quedasen perfectos. Salió del cuarto de baño y saludó a su paso a un par de chicas, hijas de un ex futbolista famoso.

—¡Hey, Paula!

Una voz la hizo frenar en seco.

Cuando alzó la cabeza, se encontró detrás de ella a Vasile.

Todavía recordaba la conversación que tuvieron la última vez que se encontraron en este mismo pub. Ese niño le pidió una cita. ¡Qué desfachatez! Cada vez que se acordaba, tenía que reír ante tal tontería.

Llevaba el uniforme negro que vestían los camareros y un pequeño

delantal del mismo color, para que la bebida que se pudiese derramar no le manchase los pantalones.

Le sonreía con simpatía. Sus ojos azules la observaban con admiración, cosa que no disgustó a Paula. Le encantaba que apreciaran su aspecto cuidado y elegante.

Lo saludo con un leve movimiento de cabeza y se metió un poco de su precioso cabello rubio detrás de la oreja.

—¿Qué hay, Vasile?

—Vaya, veo que ya te acuerdas de quién soy —bromeó él poniéndose a su lado.

—¿Querías algo?

—Saludarte —dijo él, sin dejar de sonreír—. La semana pasada también te vi por aquí, pero no tuve ocasión de poder hablar contigo.

—Fenomenal, ya me has saludado. Bye.

Él dio un par de pasos cuando la vio emprender la marcha y se colocó delante de ella.

—Espera, Paula, no te vayas todavía.

—O sea, niño, ¿se puede saber qué te pasa?

—Quería que supieses que la invitación del otro día, para vernos y tomar algo, sigue en pie.

Paula puso los ojos en blanco y lo miró con cansancio.

—¿Acaso no te quedó clarito que no voy a salir contigo?

—Recuerdo lo que me dijiste, pero el que no insiste no lo consigue. Eso es lo que me dice siempre mi padre —comentó sonriendo.

—Eres un baby, sweetie —dijo con una sonrisa algo forzada—. ¿Qué crees que pensaría la gente si me viesan salir con alguien como tú?

—¿Que somos amigos?

—Yo ya tengo suficientes amigos.

—Nunca se tienen suficientes amigos. —Se humedeció los labios y miró a Paula a los ojos—. Además, ya te dije que me gustas.

—¡O sea, cómprate un mapa y ubícate! Yo jamás saldré contigo.

—¿Por qué? ¿Qué tengo de malo?

—¿Quieres una lista? —preguntó con arrogancia.

—Adelante.

—Eres un niño.

—Solo unos cuantos años menor que tú —se defendió.

—No te mueves por mi mundo.

—Mírame, yo creo que estamos en el mismo lugar, ¿no? —argumentó sin dejar de sonreír.

—¡Y solo eres un camarero!

—No, no lo soy. Además de camarero, estudio, soy profesor de clases particulares de niños de primaria y paseo perros de personas que no tienen tiempo de hacerlo.

Paula se llevó las manos a la boca y lo miró con incredulidad.

—¡Oh my god! ¡Ni siquiera eran tus perros los que paseabas el otro día! —En el rostro de ella podía verse la contrariedad—. Tienes que pasear perros de otras personas para conseguir money. ¡Escudo protector, actívatelo!

—Es un buen trabajo, y además pagan bien.

—O sea, ¿perdona? ¿De verdad pretendes que salga con un niño que recoge cacas de perros ajenos?

—Es un trabajo pasajero, al igual que el de camarero. Tengo que pagarme la carrera.

—¿No tienes dinero ni para pagar una simple carrera universitaria? —Puso los ojos en blanco y agitó la mano, para que no hablase más—. Mira, guapito, vamos a hacer como que esta conversación no ha ocurrido nunca, ¿vale?

—Si me dices una oportunidad, Paula...

—Socorro, o sea, socorro, ¡no, para nada!

Paula dio media vuelta para seguir por su camino.

—Paula... —insistió.

—¡Ya vale! Cómprate un cochinitillo y ahórrate tus comentarios, porque no voy a salir contigo —le aclaró bastante molesta—. Y, ahora, haz el favor, porfaplís, de dejarme en paz.

Esperó una respuesta por su parte, pero no la obtuvo. Vasile se limitó a asentir con la cabeza y a dar media vuelta para regresar a la barra, de la que no volvió a salir en lo que le quedaba de jornada laboral.

Al quedarse a solas, Paula recompuso su expresión de diva y caminó hacia donde estaban sus amigos, que habían vuelto al mismo lugar en el que antes bailaban todos juntos. Cogió la copa que acababan de pedir y le dio un trago. Suspiró, sonrió y borró de su cabeza a ese jovencito tan insistente.

CAPÍTULO 9

Iker lamió los pechos de Marisa mientras bombeaba en su interior. El agua del jacuzzi se bamboleaba hacia los lados, llegando a desbordarse por las fuertes embestidas, mientras los jadeos retumbaban en las paredes del enorme cuarto de baño del actor.

Estaba pletórico y se notaba. Era la tercera vez en toda la tarde que follaban dentro de su bañera llena de espuma, pero era tal la adrenalina que sentía en su interior por la buena noticia, que necesitaba desfogarse del todo. Y no había una persona mejor para hacerlo que aquella insaciable mujer que gritaba y se aferraba a su cuerpo mientras cerraba los ojos por el placer que le estaba proporcionando.

—¡Más fuerte! —gimió Marisa arqueando las caderas.

Iker sonrió de forma ladeada y apretó los labios para aumentar el ritmo, notando que el clímax se aproximaba.

—¿Te gusta así?

—¡Sí, así, sigue! ¡Ah!

—Eres una fiera —la alabó llevando una mano a su sexo y pellizcando su clítoris.

Tras hacerlo, Marisa llegó al orgasmo y jadeó atrayendo la cabeza de Iker hacia sus pechos de nuevo. El placer de él llegó pocas embestidas después, dejando todo el peso de su cuerpo sobre el de ella, y respirando con rapidez por el cansancio acumulado.

Se dejó caer a su lado y la rodeó con el brazo.

Qué bien sentaba pasar la tarde haciendo buen sexo. Con Marisa lo era y, aunque aparte de eso no los unía nada más. Sus mundos y sus gustos eran totalmente diferentes, se complementaban a la perfección en la cama. Y eso era lo único que Iker buscaba de ella.

—Es una pena que no pueda quedarme contigo a pasar la noche —se quejó la chica, acariciando el pecho fuerte de él—. Podríamos pasarlo en grande.

—Lo sé, y me jode no poder disfrutar de ti todo lo que me apetece, pero Violeta no tardará en llegar, así que, lo mejor va a ser que nos vayamos

vistiendo.

Marisa se quedó callada un par de minutos y lo miró.

—¿Y por qué estás con ella? Supuestamente acabáis de empezar, deberías estar encoñado de tu chica.

Iker comenzó a reír y observó a Marisa como si fuese tontita.

—¿Alguna vez me has visto encoñado de alguien?

—No —admitió encogiéndose de hombros—. Por eso me extraña que hayas decidido traértela a vivir aquí.

—Prácticamente se invitó ella solita.

—¿Cómo es eso? Que yo recuerde, se lo dijiste a unos periodistas.

—Lo dije sin pensar —reconoció con un resoplido—. Violeta es, muy a pesar mío, una buena influencia a ojos de la prensa. Es de buena familia, discreta y se rodea de gente influyente.

—¿Me estás diciendo que lo único que buscas de ella es utilizar su buen nombre para tu propio beneficio?

—Exacto. Desde que la prensa me descubrió con ella, no han dejado de lloverme ofertas de trabajo. ¡Y hacía meses que no lo hacían!

—¡Iker Martínez, eso es horrible! —lo regañó Marisa, pero sin poder evitar echarse a reír.

—Lo sé, pero el mundo es así, ¿no? O comes o te comen —dijo alzando una ceja con chulería. La rodeó por la cintura y la acercó a su cuerpo—. Además, a ti te gusto como soy.

—A mí me gusta cómo follas —rectificó ella.

—Pues eso, y no necesito que te guste de mí nada más.

Devoró su boca con glotonería acallando su risa y la colocó a horcajadas sobre su regazo. Coló una mano entre sus sexos e introdujo de nuevo su polla dentro de ella. Marisa abrió los ojos al notar lo que estaba haciendo.

—¿Otra vez? ¡Eres insaciable!

—Lo soy.

Salieron del jacuzzi media hora después y se vistieron, dejando su pelo húmedo. Comenzaba a hacer calor y en Madrid el verano era insoportable. Marisa se quedó en el cuarto de baño, pues necesitaba maquillarse un poco, mientras Iker la esperó en la cocina, para acompañarla a la puerta. Cuando salió, lo miró con el ceño fruncido.

—Por el pasillo me he cruzado a un gato que me miraba raro.

—Es de mi queridísima novia —aclaró con retintín—. Yo les tengo alergia, así que ni me acerco, además él tampoco parece querer conocerme

porque no he llegado a verlo desde que está aquí.

—Si quieres un consejo, yo que tú escondería los cuchillos donde él no pueda cogerlos. Tiene mirada de psicópata.

—Entonces él y su dueña son tal para cual —se burló Iker.

Comenzaron a reír por su comentario y Marisa se acercó para besarlo. El beso se intensificó y acabaron acariciándose con fuerza y metiéndose mano debajo de la ropa.

—¡Cariño, ya he llegado!

Al escuchar la voz de Violeta, Iker y Marisa se separaron con rapidez y se miraron con los ojos muy abiertos.

—¡Mierda! —susurró él—. Disimula.

Violeta entró a la cocina sin dejar ni siquiera el bolso colgado en el perchero, pues tenía ganas de ver a su chico. Había pasado todo el día en compañía de su madre y su hermana, discutiendo por su relación, y solo le apetecía de llegar a casa, tumbarse en el sofá junto a Iker, hablar con él y ver alguna película romántica mientras se cogían de la mano.

Sin embargo, al llegar, encontró a su novio sentado en una silla de la cocina junto a una chica preciosa.

Se quedó parada unos segundos observando el panorama e intentando esclarecer qué ocurría allí. No estaban haciendo nada malo, simplemente estaban sentados en sendas sillas.

Iker se levantó de la suya y se acercó a Violeta. Le dio un leve beso en los labios y la rodeó por la cintura.

—Hola, cielo, ¿qué tal el día?

—Bi...bien —respondió ella sin poder dejar de mirar a la otra mujer.

Iker, al darse cuenta, le sonrió y la señaló.

—Te presento a mi hermana, Ana. Ha venido para hacer una visita y conocerte.

Marisa se levantó de su asiento, intentando contener la risa y caminó hacia Violeta.

—Encantada, cuñada, Iker me ha hablado mucho de ti.

Violeta se llevó una mano al pecho. ¡La hermana de Iker! Se peinó un poco el cabello con las manos, intentando estar adecuada para Ana y se acercó a ella. Le dio un beso en la mejilla y un abrazo cariñoso. No todos los días se conocía a una parte de la familia de tu novio.

—¡Ay, Ana, pero qué ilusión me hace conocerte! —exclamó—. No sabía que venías, Iker no me avisó.

—Se ha presentado aquí por sorpresa —respondió él de inmediato—. Pero ya se iba, ¿verdad, hermanita?

Marisa asintió con rapidez.

—Sí, sí, tengo prisa porque... he quedado con...

—Tu marido y tus hijos, ¿verdad? —terminó él por ella.

—Eso, con mi marido y mis hijos. Me estarán esperando para cenar.

Violeta suspiró con tristeza.

—Oh, vaya, pero si apenas hemos tenido tiempo de hablar. Eres la primera persona de la familia de Iker que conozco.

—A otra vez será —le aseguró ella con simpatía—. Tengo que irme ya.

La acompañaron hasta la puerta y Violeta volvió a darle un beso en la mejilla, a modo de despedida. Se quedaron mirando hasta que Marisa desapareció en el ascensor.

Iker suspiró, tranquilo, pues todo parecía haber salido al dedillo. Había conseguido una película, había echado un par de polvos para celebrarlo y su “novia” no había descubierto su engaño.

A su lado, Violeta suspiró. Se cruzó de brazos y observó a Iker, que no dejaba de sonreír mirando en dirección por donde se acababa de marchar Marisa.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—Mucho —asintió él. La tarde de sexo le había abierto el apetito y tenía un hambre canina.

Regresaron a la cocina y prepararon algo de cenar.

Se sentaron en sendas sillas y comieron en silencio. Lo único que rompía el silencio era el sonido del televisor.

Esa noche Violeta estaba algo decaída. El día con su madre y su hermana no había sido tal y como había esperado. Las discusiones sobre su relación con Iker continuaron de forma intermitente hasta que decidió marcharse. No comprendía por qué se empeñaban en juzgarlo sin haberle dado ni la mínima oportunidad. No lo conocían y lo único que sabían de él era por la prensa. Sin embargo, estaba segura de que su novio no era como todo el mundo decía. Puede que en el pasado hubiese cometido errores, pero el hombre que tenía delante, el cual le había abierto las puertas de su casa, no podía ser malo.

Por su parte, Iker miraba a Violeta de soslayo. Desde que se había

marchado Marisa, había estado muy callada. Demasiado para ella, que no dejaba de hablar ni debajo del agua. ¿Y si sospechaba algo? ¿Sería posible que se hubiese dado cuenta de que no era su hermana?

Aquel pensamiento lo dejó intranquilo. ¿Qué ocurriría si Violeta decidía dejarlo? ¿La prensa volvería a cargar contra él? ¿Dejarían de lloverle las ofertas de trabajo? ¿Volvería a ser un paria en el mundo cinematográfico?

Apoyó el tenedor sobre la mesa y se concentró en ella más seriamente. Se la veía cansada, con el rostro apagado. Su bonita cara no tenía la alegría de siempre.

Sin que se le ocurriese nada mejor que hacer, se aclaró la voz y alzó su copa, a modo de brindis. Violeta lo miró en el ceño fruncido.

—¿Celebremos algo?

—Sí, hoy me han dado una gran noticia —dijo con una deslumbrante sonrisa en los labios—. ¡Amenábar me quiere para su nueva película, y tengo el guión!

Violeta sonrió y alzó su copa.

—¡Cuánto me alegro por ti, cariño! —Se levantó de la silla y acercó su cara para darle un suave beso en los labios—. Seguro que será una película fantástica.

—¡Estoy convencido! Todavía no sé con seguridad quiénes formarán el resto del reparto, pero creo que también va a participar De Niro. En cuanto lea el guión firmaré el contrato. Ya le he dicho a mi manager que lo tenga todo preparado. —Dio otro sorbo de su copa de vino y asintió satisfecho—. Voy por buen camino.

—Sí —asintió ella, feliz por Iker—. Estoy muy orgullosa de ti.

Violeta dejó su vaso en la mesa y se volvió a concentrar en su plato, cosa que alertó a Iker. Ahí pasaba algo raro, muy raro. Ni un grito de alegría, ni un saltito...

—Em... ¿qué... te ha parecido la visita de mi hermana? —preguntó para ver si su carácter estaba raro por aquello.

—Me ha alegrado conocerla —Lo miró y volvió a sonreír—. Es una pena que se tuviese que ir tan pronto. A ver si otro día la llamas tú para que venga con su familia.

Y, tras comentar aquello, se volvió a concentrar en su plato, aunque nuevamente sería.

Vale, pues ya podía estar seguro de que no estaba mosqueada por haber visto a Marisa allí. No sospechaba nada.

Entonces, ¿qué cojones le pasaba?

Las mujeres eran todo un misterio para él. Fuera de la cama nunca estaba seguro de la forma en la que actuar con ellas. Aunque con Violeta no había habido ni cama, unos simples y castos besos en los labios. Punto.

Estaba rara, muy rara.

¿Qué podía hacer para saber lo que ocurría por el cerebro extraño de esa chica? ¿Qué se solía hacer en estos casos? ¿Cómo cojones iba a saberlo si jamás le interesaron las movidas mentales de las tías con las que estaba! Cuando se enfadaban por algo, las dejaba a su aire para que se les pasase a solas.

Sin embargo, con ella se jugaba muchas cosas. Si Violeta se cansaba demasiado pronto de él, todo se podía ir a la mierda.

Vamos Iker, piensa, piensa. ¿De qué forma esperaban las mujeres que sus novios reaccionasen ante tal situación? ¿Quizás querría hablar sobre el tema? ¿Debería preguntar? ¡Oh, joder! Es que si preguntaba le iba tocar escuchar todo lo que dijese, y prestar atención para poder darle respuestas coherentes. ¡Y eso era un coñazo! Tener a una tía dándole a la sin hueso sin parar, era peor que la varicela en los cojones.

Pero... no le quedaba de otra. Tendría que hacer de tripas corazón y escuchar a Violeta, aunque le importasen sus problemas de niña mimada una puñetera mierda.

Vale, pues allá iba, aunque luego se estuviese arrepintiendo lo que le quedaba de noche:

—Violeta, ¿qué te pasa?

Ella alzó la cabeza y se quedó unos segundos mirándolo sin hablar.

—Nada —contestó sin más, negando con la cabeza.

Claro, a ninguna mujer nunca le pasaba nada, pero después se tiraban con el morro fruncido tres días.

Debía insistir, pese a su voluntad.

—Venga, dime por qué estás tan seria. —Alzó la mano y le cogió la suya, acariciándola. A ver si así hablaba ya—. No es normal que estés tan callada.

Violeta ladeó la cabeza y lo miró con algo de tristeza.

—Es que... son tonterías, déjalo.

—Vamos, suéltalas.

Ella suspiró y apretó su mano, como cogiendo fuerzas.

—Llevo todo el día discutiendo con mi madre y mi hermana sobre ti.

—¿Sobre mí? —Frunció el ceño y prestó más atención. Aquello no se lo

esperaba.

—Sí. Están convencidas de que me vas a hacer daño. No quieren que siga aquí, contigo. Me llevan repitiendo desde esta mañana que eres un sinvergüenza, un mujeriego y un problemático.

Iker la miró con seriedad y asintió al escuchar sus palabras.

—¿Y tú qué has contestado?

—Les he dicho que se equivocan —respondió con serenidad—. Eres una buena persona, cariño, lo sé. Has cometido errores, pero todos lo hacemos. No es justo que te juzguen sin conocerte. Me duele, Iker, me duele porque mi familia no aprueba la relación que tengo con el hombre del que... me estoy enamorando —confesó con algo de timidez y lo miró con fijeza.

Al escuchar esas palabras, Iker abrió los ojos, muy asombrado. Se quedó mudo, sin saber qué decir ni qué hacer. Lo único que pudo lograr fue pensar. Pensó, pensó y pensó.

Pensó en Violeta, en que le iba a hacer un daño enorme cuando ya no la necesitase. En que era un cabrón por engañarla, en que su familia tenía toda la razón y en que... los remordimientos por lo que estaba haciendo le habían dado un guantazo en toda la cara.

Era una buena chica. Pija y mimada, pero una buena chica.

—Iker, ya sé que es muy pronto y... que quizás te asuste la idea de que mis sentimientos sean tan fuertes. Por supuesto, no espero que sientas lo mismo que yo de momento. Lo único que te pido es que me des seguridad —dijo Violeta intentando que le hablase, pues no había pronunciado ni palabra desde su declaración—. Necesito que me digas que tengo razón. Dime que no me harás daño.

Él tragó saliva, la miró a los ojos y contestó de inmediato:

—No te voy a hacer daño, Violeta. Eres mi chica.

Se quedó sin habla después de decir aquello. Él no quería novia, ni líos amorosos y mucho menos una relación con esa niña de papá. Sin embargo, no se merecía sufrir por su culpa.

Aquello era un lío enorme y, cuando acabase, alguien lo pasaría mal. Él lo haría si Violeta lo dejaba y la prensa volvía a la carga, y ella lo haría cuando su relación se acabase.

Violeta se levantó de su asiento y se sentó sobre los muslos de Iker, abrazándolo. Se sentía tan bien en sus brazos... Ese hombre era tan perfecto para ella...

—Confío en ti —dijo, muy cerca de su boca. Lo besó en los labios y

sonrió, sin dejar de mirarlo—. Eres una buena persona y me da igual lo que digan los demás. ¿Y sabes lo mejor de todo?

—¿Qué?

—Que vamos a demostrarles que se equivocan.

Iker cerró los ojos con fuerza al escuchar sus palabras. ¿Por qué? ¿Por qué estaba empezando a sentirse culpable? ¿Por qué se sentía el mayor hijo de puta del mundo?

Sin saber lo que decir por tercera vez consecutiva, alzó la mano y señaló hacia la encimera.

—Te he... te he comprado una rosa.

Violeta alzó la cabeza y, cuando la vio, dio un gritito de alegría y volvió a besarlo. Se levantó de encima y fue a por su regalo. La olió y le sonrió con felicidad.

Iker se levantó a su vez y apoyó la cadera en la encimera.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta, claro que me gusta!

—La compré cuando me dieron la noticia de lo de la película. Me acordé de ti.

Ella rio lo volvió a abrazar.

—¿Sabes una cosa? Hoy he pasado un día de mierda, peleando y discutiendo con mi madre y mi hermana. Pero cada vez que estoy contigo me convenzo más de que tengo razón y ellas no.

Iker se odiaba mentalmente. Era un tío horrible, un cabrón y un gilipollas. La estaba cagando a base de bien, la iba a destrozar. ¡Se sentía culpable, joder! Él, que jamás pensó en nadie más que en sí mismo. Él, que utilizaba a las mujeres y después las desechaba cuando se cansaba de ellas.

Aunque, la diferencia entre esta vez y las otras era bastante clara: Violeta tenía plena confianza en él, era buena y le había pedido que no le hiciese daño.

Pero aunque no quisiese hacerlo, ¿podría conseguirlo? ¿Sería capaz de terminar esa relación sin que ella se sintiese utilizada y sucia?

Asintió y se convenció de que sí. No sabía cómo, pero había llegado a la decisión de que tenía que conseguir que Violeta no sufriese por su culpa. Era lo mínimo que debía hacer por ella, ya que se estaba beneficiando de su popularidad y la buena fama de su familia.

Él, Iker Martínez, no permitiría que Violeta Parrish derramase ni una sola lágrima por él. Cuando todo acabase, ella seguiría por su camino sin dolor ni sufrimiento. Su orgullo no acabaría pisoteado.

—Iker —lo llamó para que le prestase atención. Cuando lo hizo, cogió su mano y le sonrió—. ¿Te apetece que nos acurruquemos en el sofá y veamos una peli romántica?

Él suspiró e intentó no poner los ojos en blanco. Odiaba acurrucarse con nadie y mucho menos ver pelis románticas, pero... hoy se lo debía.

—No hay nada que me apetezca más.

Carla Mancini vigilaba a su objetivo a través de sus carísimas gafas de sol.

Se encontraba paseando por el centro comercial, junto con su buena amiga e informadora, Lorena. Gracias a ella se enteró de que el “innombrable” había conseguido a una nueva chica a la que destrozar y engañar con medio Madrid.

Intentaban ser discretas. Caminar a una distancia prudencial, pero sin perder de vista a la persona en cuestión. Si ella entraba a una tienda, ellas lo hacían también. Si ella pedía un café y descansaba un rato, las otras igual.

Carla necesitaba tiempo. Tiempo y coraje para abordarla. Debía encontrar las palabras exactas, no ser demasiado cortante ni directa o saldría huyendo.

Al salir de la cuarta tienda consecutiva, suspiró y se apartó el flequillo rubio de la cara. Aguardaron pacientes a que el objetivo realizase el siguiente movimiento.

—De verdad, Carla, todavía no sé cómo esa chica ha caído a los pies de ese desgraciado, y más sabiendo que es un mujeriego de tomo y lomo.

La italiana observó a Lorena y se encogió de hombros.

—No tiene que extrañarte, querida, Iker es un manipulador nato, sabe llevarte a su terrero a la perfección. —Se cruzó de brazos y chasqueó la lengua contra el paladar—. Además, es el tío más impresionante en kilómetros a la redonda, las mujeres nos cegamos al ver tanta belleza, es algo superior a nosotras.

—¡Pero de verdad, hay que ser tonta!

Carla la miró con seriedad.

—No hemos venido a criticar a nadie, Lorena. Estamos aquí para ayudar a esa pobre chica. Yo también caí en sus redes, y no me considero ninguna tonta. El tonto es él si pensaba que, después de lo que me hizo, iba a quedarme quietecita viendo cómo destroza la vida de más mujeres inocentes como yo.

—Tienes razón —admitió—. Es que, a veces me puede el enfado.

Carla asintió, satisfecha, y bajó un poco las gafas de sol para ver con total claridad. Su objetivo acababa de entrar a otra tienda.

Asintió, decidida a ir a por él.

—Quédate aquí, ha llegado la hora de romper una relación tóxica —le dijo a su amiga.

Sin esperar contestación, caminó a paso decidido al interior de aquella tienda de ropa femenina. Era una tienda bastante exclusiva, como todas a las que había entrado hasta el momento.

Carla se recolocó el vestido, totalmente ajustado a su esplendoroso cuerpo y se dirigió hacia la persona en cuestión. Se colocó al lado de ella, como si estuviese muy interesada en adquirir la prenda que se encontraba al lado.

Giró un poco la cabeza y miró con interés a su presa. Decidida a abordarla, se aclaró la voz:

—Oh, vaya, me encanta ese vestido rojo, ¿tienen más?

Violeta levantó la mirada al escuchar que una joven se dirigía a ella.

Llevaba más de dos horas dando vueltas por el centro comercial buscando un vestido adecuado para una gala de Calvin Klein, a la que tenía que asistir junto a Iker, pues era la imagen de su nuevo perfume, y se estaba poniendo nerviosa, porque nada de lo que veía era adecuado o se ajustaba a lo que buscaba.

Así que, cuando esa mujer la interrumpió, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no poner mala cara.

Al mirarla con detenimiento, vio que era preciosa. Alta, delgada, rubia y con una sonrisa divina. Tenía el pelo corto, a la moda, con un estiloso flequillo que le cubría media parte de la cara. Al ver que señalaba el vestido que llevaba entre las manos, Violeta se lo dio.

—Toma, quédatelo, no es lo que estoy buscando.

La rubia lo cogió, con una sonrisa en los labios.

—Qué amable eres. Y, tienes razón, no es para ti. Con tu pelo y tu color de ojos lo que mejor te va es vestir como una joya.

Aquello llamó especialmente la atención de Violeta. Sonrió a la rubia y puso más interés.

—¿Qué es eso de vestir como una joya?

—Pues que te iría genial un azul cobalto o un verde esmeralda.

—¿En serio? —preguntó con simpatía—. ¿Sabes de moda?

Carla soltó una carcajada y se encogió de hombros.

—Bueno, algo tengo que saber. Aprendí del mejor diseñador italiano.

—¿De Pietro Mancini?

—¡Molto bene! Tienes buen gusto, querida.

—¿Has estudiado con Pietro Mancini?

—Más bien diría que he mamado su arte desde que nací —comentó divertida—. Es mi padre.

Violeta abrió la boca, tan asombrada que no podía creerlo.

—¡Eres Carla Mancini! —Dio un par de saltitos y palmas, emocionada—. Yo tengo varias blusas de tu nueva colección, ¡me encantan!

Carla rio.

—Me inspiré en el mar Mediterráneo. En sus colores, en su calidez... — Agarró a Violeta por el brazo y le sonrió—. Si tienes un ratito, podemos tomar un café y hablamos sobre moda.

—Ojalá pudiese —se lamentó mirándose el reloj de muñeca—. Tengo que encontrar un vestido que ponerme para esta noche, para un photocall.

—Vamos, mujer, solo va a ser un café —insistió Carla.

—De verdad que no puedo. Si quieres, te doy mi número de teléfono y nos vemos cualquier otro día.

—Violeta, tómate un café conmigo —repitió con más seriedad.

Ella, al ver que sabía su nombre, se quedó paralizada. Que recordase, no se lo había dicho en ningún momento. ¿Cómo era posible que esa mujer tan influyente la conociese?

—¿Por qué sabes mi nombre?

—Si nos tomamos ese café, te lo explico.

—No, explícamelo ya —le exigió frunciendo el ceño y cruzando los brazos sobre el pecho.

Carla suspiró y tragó saliva. Había llegado el momento de decirle toda la verdad. No era como lo había imaginado, pero era lo que había venido a hacer.

—Sé tu nombre porque he venido desde Alicante expresamente a buscarte.

—¿A mí? ¿Por qué motivo?

—Hay algo que debes saber —comentó con seriedad—. Algo que te afecta directamente y que me afectó a mí en su momento. Algo que puede hacerte mucho daño.

—¿Puedes dejar de dar rodeos, por favor? —le pidió perdiendo la

paciencia.

—Me estoy refiriendo a Iker Martínez.

—¿Qué pasa con él? Iker es mi novio.

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

Violeta entrecerró los ojos y la miró de arriba abajo.

—Dime qué quieres de una vez.

—Iker es tu novio, pero antes de serlo, fue el mío —le confesó intentando no poner cara de asco al recordar todo lo sucedido.

—¿Tuyo? —la interrogó abriendo los ojos por el asombro—. ¿Tú eres a la que...?

—A la que engañó hasta con una prostituta, sí, exacto.

—¿Y para qué querías verme?

—Para convencerte de que lo dejes. Ese hombre no se merece que una mujer buena como tú esté a su lado.

—Iker no es malo, Carla.

La italiana puso los ojos en blanco y colocó los brazos en jarras.

—¡Me destrozó, me engañó con todas las mujeres que le dio la gana, tenía más cuernos que un saco de caracoles!

—Ha cambiado —respondió convencida.

—No, Violeta, los hombres como Iker no cambian. Tienes que darle una patada en las pelotas y marcharte lo más lejos posible antes de que te haga pedazos.

—¡No me va a hacer daño! —lo defendió apretando los dientes. Creía en él, confiaba plenamente en sus palabras y no pensaba hacer caso a una ex novia despechada.

—Lo hará.

—¡No! Te equivocas. ¡Incluso he conocido a su hermana! Iker va en serio conmigo.

Carla se echó a reír.

—Cariño, todas sus ex novias hemos conocido a su supuesta hermana. Y apuesto a que es una mujer espectacularmente guapa que tenía mucha prisa por irse cuando apareciste tú.

—¡Su marido y sus hijos la estaban esperando!

—Como siempre —añadió la italiana y rio—. No me creo que todavía no haya cambiado de historia. Usa la misma desde hace años.

Violeta ya no aguantaba más. No estaba dispuesta a seguir escuchando a esa mujer que lo único que quería era destrozarse su relación por celos. Porque,

eso era lo que le ocurría a Carla Mancini, que estaba celosa porque su novio no la había tomado en serio y a ella sí.

Alzó la cabeza y miró a la ex de Iker con altivez.

—Mucho gusto de conocerte, Carla. Me tengo que ir.

Echó a caminar a paso rápido y dejó a la italiana plantada en la tienda, sin poder creer que aquello estuviese ocurriendo.

—¡Espera, Violeta, tienes que creerme! —gritó para que dejase de andar—. ¡Estuve seis meses en terapia por su culpa! ¡Ese cabrón no te merece! ¡No merece a ninguna mujer! —Cuando vio que Violeta no pensaba hacerle caso, cerró los ojos con fuerza y susurró—: Te estoy diciendo la verdad.

Cuando los abrió, dos minutos más tarde, su amiga Lorena se encontraba a su lado y la miraba con seriedad.

—Ya te he dicho que esa tía era tonta.

—No lo es —dijo Carla, con pesar—, pero está tan enganchada a Iker, que no es capaz de ver más allá.

—Bueno, pues se acabó —habló Lorena—, tú has hecho lo que has podido para avisarla. Ahora, que se apañe ella solita con todo lo que le va a venir.

Carla observó a su amiga con decisión.

—No, esto no ha acabado aquí. No he venido a Madrid solo para esto. Ese sinvergüenza no se va a ir de rositas. Todavía habrá algo que pueda hacer.

—¿Y qué has pensado?

—No lo sé, pero hasta que no consiga que esa chica abra los ojos, Carla Mancini se queda en la capital.

CAPITULO 10

Iker terminó de anudarse la corbata y se miró en el espejo para ver el resultado.

Estaba muy elegante con su traje azul cobalto y los zapatos, tipo loafer, en negro.

Quedaba menos de media hora para que comenzase la fiesta que organizaba Calvin Klein, para la presentación del nuevo perfume, y todavía no habían emprendido la marcha.

Se peinó el cabello hacia atrás y miró, con disgusto, esas primeras canas que comenzaban a asomar por sus sienas.

Se perfumó, sin querer mirarlas más, y salió al salón, esperando a que Violeta estuviese lista.

Al no encontrarla, se sentó en el sofá y aguardó. Eso sí, sin dejar de mirar su reloj de muñeca a cada pocos minutos.

—¡Violeta, vamos!

—¡Un momento, ya salgo! —contestó ella desde su habitación.

Iker puso los ojos en blanco. Las mujeres y su pesadez para vestirse.

—¡Vamos a llegar tarde!

—¡Voy, voy!

La puerta de su habitación se abrió y salió todo lo rápido que le permitían sus tacones.

Al verla, Iker abrió la boca.

Lucía un elegante vestido palabra de honor en color rojo, largo, y ajustado hasta la altura de las caderas. El cabello suelto formaba unas ligeras ondulaciones y, la parte delantera, recogida con unas pequeñas horquillas brillantes. El maquillaje sutil y delicado, contrastado con el rojo de sus labios.

Estaba preciosa.

—¡Ay, jolines! No sé si he hecho bien comprando este vestido —lloriqueó mientras se miraba al espejo que había en el pasillo. Miró a su chico levemente, con angustia en los ojos—. ¿Qué te parece?

Iker se levantó del sofá, todavía sin creérselo.

—Estás espectacular, Violeta —la alabó con sinceridad, sin poder evitar comérsela con la mirada.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

Ella lo observó con detenimiento y sonrió.

—Tú también estás muy guapo. Bueno, siempre lo estás. —Se acercó a su lado y ladeó la cabeza—. Pero el nudo de tu corbata...

Sin siquiera terminar la frase, agarró la corbata de Iker y la soltó, para volver a anudarla ella misma.

Mientras lo hacía, la miró, y entrecerró los ojos cuando el suave perfume de ella penetró en sus fosas nasales. Desde esa perspectiva podía disfrutar del escote de Violeta. No era demasiado pronunciado, pero dejaba entrever una pequeña parte de sus cremosos y suaves senos. Se humedeció los labios ante aquella agradable visión.

Al acabar de arreglar la corbata, le sonrió. Se puso de puntillas y le dio un fugaz beso en los labios.

—Ahora estás perfecto para tu gran noche. Vámonos, no los hagamos esperar demasiado.

La fiesta se celebraba en el Palacio de Neptuno, el antiguo palacete del Duque de Medinaceli, que fue restaurado y convertido en un espacio para eventos. Conservaba el esplendor pasado, aunque con un nuevo aire vanguardista y moderno.

El lujoso coche que la firma les envió para que los llevase al emplazamiento, los dejó justo en la puerta, donde los periodistas se agolpaban para ver quién echaba la mejor foto a todos los invitados, los cuales iban llegando a cuentagotas. Mucha gente importante iba a acudir esa noche a la presentación: modelos que trabajaban con la firma, celebridades, empresarios y altos cargos de la compañía.

Al ver a tantos periodistas, Violeta resopló, por los nervios. Cuando su padre se enterase...

Iker la miró y le guiñó un ojo, al notar que su cara se empezaba a descomponer.

—No estés nerviosa, no es para tanto.

—Yo... no estoy acostumbrada a todas estas cosas.

—A la prensa le encantas, solo hay que ver cómo hablan de ti en las revistas. —Abrió la puerta del coche y la miró de nuevo—. Vamos.

Él salió y, de inmediato, decenas de flashes comenzaron a alumbrarlo.

Ayudó a Violeta, para que no se tropezase con el vestido y cerró la puerta del coche. Sin dejar de sonreír, la agarró de la mano y comenzaron a caminar hacia el photocall de la marca.

Mientras su chico se hacía fotos junto al logo de la firma, ella lo miraba sonriente, saludando de vez en cuando a los periodistas que la llamaban para que posase y poder fotografiarla.

—¡Violeta, por favor, unas preguntas! —le gritó uno de ellos, desde su derecha.

Ella pensó en qué hacer, miró a Iker, que asintió con la cabeza, y caminó hacia el paparazzi, sin dejar de sonreír, pero notando que las piernas le temblaban de forma involuntaria.

Al llegar a su lado, se dejó fotografiar de nuevo y varios compañeros de diferentes cadenas le colocaron sendos micrófonos cerca de la boca.

—Violeta, ¿ha cambiado tu vida de forma drástica desde que sales con Iker?

Ella sonrió y puso los ojos en blanco, cosa que divirtió a los periodistas.

—Ha cambiado de forma brutal. Fíjate, yo hablando frente a un micrófono, ¿quién me lo hubiese dicho?

Las risas de los periodistas la hicieron sonreír.

De repente, sintió una mano en su cintura. Al girar la cabeza se encontró con Iker, que acababa de salir del photocall.

—Violeta —la llamó otro de los periodistas—. ¿Te hace sentir incómoda que tu novio fuese pillado con una prostituta?

Notó cómo Iker se ponía tenso y contenía la respiración. Ella volvió a sonreír.

—Todos cometemos errores y hemos tenido noches locas. ¿O no? —Ellos asintieron con la cabeza—. Además, ese tema ya pasó, lo importante de Iker es que es un actor fabuloso y un novio modelo, no podría pedir más.

La mano de Iker la apretó contra su cuerpo y, por el rabillo del ojo, lo vio sonreír abiertamente.

—Violeta, —preguntó el tercero—, ¿cuál de las películas de Iker es tu favorita?

—Vaya, pues... —¡Ay, Señor, no había visto ni una! ¿Qué contestaba?—. Me gustan todas y cada una de ellas.

—Pero si tuvieses que decantarte por una...

—Me decantaría por... —La iba a cagar, la iba a cagar—... esa donde él hace de... y que tiene mucha acción y... que salen tantos personajes famosos.

—Al ver la cara de póker de los periodistas, Violeta suspiró—. Vale, no he visto ninguna.

Quiso que la tierra la tragase, quiso desaparecer. ¡Pero qué clase de novia era que no había visto ni una película de su chico! Se sentía mal, muy mal. Sin embargo, la cara de los periodistas no decía lo mismo. Parecían contrariados, divertidos y encantados, al igual que Iker, que no dejaba de sonreír.

Ella intentó arreglarlo y se apresuró a seguir hablando:

—Por descontado que mañana mismo me pongo a verlas todas, porque una pregunta más de este tipo y me mandáis al cementerio. Qué estrés, por favor.

Las risas de los paparazzis la confundieron todavía más. ¿Reían porque les hacía gracia ella, la situación, porque la consideraban tonta del culo?

Tras unas pocas preguntas más, entraron al recinto, donde multitud de personas se divertían y bebían champagne. El recinto estaba decorado con gusto y, al fondo, una gran pantalla reproducía una y otra vez el spot publicitario en el que Iker aparecía en ropa interior, junto con una modelo de fama internacional, promocionando el perfume por el que esa noche se celebraba la fiesta.

Todo el mundo lo felicitaba por el gran trabajo realizado en el spot. Estaba tan solicitado, que, hablando con unos y con otros, perdió de vista a Violeta entre la multitud.

—¡Hombre, aquí está el chico de la noche!

La familiar voz de Ariel lo hizo sonreír. Estrechó la mano de su amigo, que iba acompañado de una espectacular pelirroja, una vieja conocida con la que había tenido más de un encuentro sexual, y le sonrió con picardía.

—Buenas noches, Iker, cuánto tiempo sin vernos —dijo ella, guiñándole un ojo.

—Demasiado, creo yo —asintió con una sonrisa sexy.

—Tengo número de teléfono nuevo. —Sacó de su escote un papelito doblado y se lo dio, mirándolo con coquetería—. Llámame un día de estos.

Él se lo guardó en el bolsillo y asintió.

—Lo haré.

Ariel puso los ojos en blanco. Siempre ocurría lo mismo. Su amigo las volvía locas a todas, daba igual que estuviera solo, con pareja o con sarampión. Era un imán para las mujeres.

—¿Y qué tal te va con tu chica? —le preguntó alzando una ceja, para que su amigo y la pelirroja dejasen de follarse con la mirada.

Iker se encogió de hombros y miró a Ariel.

—Ya sabes, como siempre. —Suspiró. Alzó la cabeza y encontró a Violeta hablando y riendo con un señor mayor, a varios metros de distancia. Las suaves carcajadas de ella, sumado a lo bonita que estaba esa noche, lo hicieron quedarse mirándola embobado. Cuando ella ladeó la cabeza y sus ojos se encontraron, le sonrió, logrando que el estómago de Iker diese un vuelco. Extrañado por aquello, y dándose cuenta de que estaba conteniendo la respiración, volvió a prestarle atención a Ariel—. Con Violeta todo igual.

—Esta noche está muy guapa —la alabó su amigo, girando la cabeza para mirarla con atención.

Iker alzó de nuevo la vista para observarla por segunda vez y, al recorrerla de arriba abajo, notó un ligero aleteo en el pecho. Estaba preciosa, la palabra bonita no le hacía justicia. La delicadeza de sus facciones, su pelo sedoso y brillante, su cuerpo fino y sin demasiadas curvas, esa sonrisa que iluminaba toda la estancia.

Al darse cuenta de sus pensamientos, frunció el ceño y dio un trago a su copa. ¡Qué cojones te pasa, Iker!, pensó, ¡pareces idiota mirándola de ese modo! ¡Es una niña pija, tonta y estrecha! Jamás te han gustado ese tipo de mujeres.

De repente, notó una mano acariciando su cadera.

La pelirroja estaba muy cerca de él, y se mordía el labio inferior con glotonería. Acercó la boca a su oído y le susurró con voz sexual.

—De repente, me han entrado unas ganas locas de ir al aseo a... hacer cosas sucias. —Le sopló con delicadeza y sonrió—. Si te apetece ayudarme, te espero en cinco minutos. Estaré en la tercera cabina. Toca tres veces.

Tras decir aquello, lo miró con deseo y se disculpó con Ariel poniendo una excusa barata.

Iker la vio marchar contoneando las caderas, y resopló por las ganas que tenía de ir tras ella.

Sabía que no debía hacerlo. Estaba en la presentación del perfume de la marca que lo había contratado. Su deber era quedarse allí y hablar con todos los asistentes. Pero... ¡joder!

Sin poder evitarlo, su mirada regresó a Violeta, que continuaba hablando con aquel hombre. Bajó los ojos hasta su escote y su cuerpo, enfundado en ese elegante vestido rojo. Se humedeció los labios cuando su risa musical llegó a sus oídos, y maldijo por lo bajo al notar de nuevo esa extraña sensación en el vientre.

—Esto es de locos —dijo para sí, sin dejar de mirarla.

Decidido a terminar de una vez con aquellos pensamientos tan raros respecto a su novia, dio media vuelta y caminó, saludando a su paso a todos sus conocidos, hacia el cuarto de baño, donde lo esperaba la pelirroja.

El coche los dejó en casa a las cuatro de la madrugada.

Iker abrió la puerta y se despidió del chófer, agradeciéndole el haberlos tratado con tanta amabilidad. Al salir a la calle, se dio cuenta de que Violeta se había quedado dormida dentro de automóvil.

Sonrió al verla tan tranquila y callada. Tan bonita.

Comprendía que hubiese caído en los brazos de Morfeo. No estaba acostumbrada a esa clase reuniones y sabía, por experiencia propia, que eran agotadoras. Todo el tiempo había que ser amable, hablar con todo el mundo y poner buena cara, aunque por dentro estuvieses hirviendo de rabia.

—Violeta, despierta, hemos llegado a casa.

Ella abrió levemente los ojos y asintió, sin embargo, los volvió a cerrar y continuó durmiendo.

Sin pensárselo dos veces, la cogió por la cintura y la alzó en brazos. Caminó por el recibidor de su edificio y montaron en el ascensor. Allí, mientras llegaban a su casa, la miró. Tenía los labios entreabiertos y su respiración era lenta y pausada. Abrió un poco los ojos y le sonrió, para luego acurrucar la cabeza entre el cuello y el hombro de este.

Traspasó la puerta de casa haciendo malabarismos para que no notase los movimientos y cruzó la vivienda, hasta llegar a la habitación donde dormía Violeta.

La dejó sobre su cama, con la ropa todavía puesta y la arropó un poco con la sábana, pues por la noche todavía refrescaba. La observó unos segundos dormir y, casi de forma involuntaria, se puso de cuclillas a su lado y le acarició la mejilla.

Al notar el roce, abrió los ojos y le sonrió. Tenía la mirada cansada y unas oscuras ojeras.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué? —Frunció un poco el ceño.

—Por traerme hasta aquí en brazos.

—Intenté despertarte en el coche, pero no me hiciste demasiado caso.

Ella se encogió de hombros y lo miró a los ojos.

—¿Te lo has pasado bien esta noche?

Iker rememoró la velada en general y a su memoria llegaron los recuerdos de lo sucedido en el cuarto de baño con la pelirroja. Si bien era cierto que había estado bien, recordaba que las otras veces fueron bastante mejor. Y, para colmo, con Violeta delante, se sentía culpable por lo que había hecho, aunque no comprendía el por qué. Nunca le importaron demasiado los sentimientos de ninguna de sus parejas. Sin embargo, ahora era diferente, había decidido no lastimarla y sabía que si se enteraba, se pondría mal.

—Lo pasé muy bien en la fiesta —asintió con una sonrisa.

—¿No te avergoncé? —le preguntó con algo de reparo en sus facciones.

Iker alzó las cejas al escuchar aquello.

—¿Y por qué me ibas a avergonzar?

—Por lo que pasó con los periodistas. Siento no haber visto ninguna de tus películas —se disculpó apartando los ojos de los suyos—. Seguro que habrán pensado que soy una estúpida y una mala novia.

Él rio. La agarró por las mejillas y la hizo mirarlo a los ojos.

—No se te ocurra pensar eso. Los encandilaste. Les pareciste simpática y ocurrente. Un soplo de aire fresco en aquel ambiente rancio y cuadriculado. No sé si te habrás dado cuenta de que tienes a la prensa encantada.

Ella se tapó la cara con las manos y sonrió. Miró a Iker con diversión y se mordió el labio inferior.

—¿Te diste cuenta de que uno de ellos casi se atraganta cuando dije que no había visto tus pelis? —lo interrogó intentando no echarse a reír.

Sin embargo, el que rio fue él, asintiendo, y contagiándola con sus carcajadas.

—Joder, es que fue buenísimo, yo creo que los dejaste flipando.

—¿Y yo cómo iba a imaginar que me preguntarían por eso? Si lo llego a saber, me hubiese puesto al día antes de ir a la fiesta.

—¿Cómo? Ni hablar, me hubiese perdido la diversión de ver sus caras y sus ojos saliendo de las órbitas —añadió sin poder dejar de reír.

Violeta continuó riendo y se limpió una lagrimilla que resbaló por su mejilla. Contuvo un poco la risa y observó a su chico con admiración. Nunca dejaba de sorprenderle que ese hombre quisiese estar con ella. Se sentía muy

afortunada.

—Iker, gracias.

—¿Otra vez? —dijo sin poder dejar de sonreír y frunciendo el ceño.

—Sí, gracias por todo esto, por esta experiencia. Por invitarme a conocer tu mundo, aunque solo sea una simple acompañante. Ha sido maravilloso.

Lo miró con tanta intensidad que, por momentos parecía que lo estaba haciendo flotar. Violeta alzó la mano y le acarició la mejilla rasposa, disfrutando del tacto de su barba de varios días sin afeitarse. Iker se perdió en su mirada. Había algo en la profundidad de sus ojos verdes que lo llamaba. No dejaba de recorrer esa bonita cara y pensar que era preciosa y única. No sabía qué le ocurría esa noche, pero no podía dejar de reconocer lo hermosa que era y lo poco que se había fijado hasta entonces.

Casi sin pretenderlo, juntaron sus labios en un tierno beso. Violeta entrelazó sus manos tras el cuello de Iker y se apretó contra él.

Se sentía bien. Siempre lo hacía cuando estaba con él. Era esa sensación de saber que ese era su lugar. Al lado de aquel hombre tan impresionante y bueno.

Siempre había sido una mujer segura de sí misma, aunque en las relaciones sentimentales no tanto, por eso, había decidido que siempre esperaría a estar segura para dar un paso más. Y, con él, empezaba a sentirlo, su cuerpo se lo pedía.

Violeta profundizó el beso e introdujo la lengua dentro de su boca, cogiéndolo totalmente por sorpresa. Cuando la notó jugar contra la suya, soltó un jadeo gutural. Jamás hubiese esperado sentir ese remolino de deseo recorrerlo por entero con tan solo un simple beso. La boca de Violeta era exigente y complaciente, las manos de ella abandonaron su cuello y bajaron por su pecho, tocando y disfrutando de su dureza.

Miles de palpitantes sensaciones se abrían paso entre los dos, logrando que tuviesen que agarrarse muy fuerte al otro para no perder el norte.

Iker agarró su largo cabello y lo apretó entre los dedos, mientras que su boca exploraba con glotonería la de su chica. Su pene se endureció. Se puso rígido y sensible, a pesar de que siempre pensó que con ella jamás ocurriría.

Sentía tal deseo que tuvo que soltar su pelo y bajar las manos desde este hasta su cuerpo. Acariciaron sus hombros, finos y delicados, sus brazos suaves y sus caderas estrechas, pero provocativas. Ascendió por su estómago, notando cómo ella contraía cada músculo a su paso, y acabó pasándolas sobre su pecho. El tacto que tenía este, a pesar de estar a buen recaudo bajo el

vestido, le encantó. No era grande como a los que estaba acostumbrado, pero tenía una turgencia y una suavidad que lo hizo gemir fuera de control.

El calor se apoderó de él. Necesitaba quitarse la ropa y hacer lo propio con la de ella. Enterrarse en su cuerpo y embestir con fuerza hasta que el clímax los traspasase.

Sin embargo, pensó en qué ocurriría después. ¿Qué pasaría con Violeta cuando terminase su relación? ¿Podría ser capaz de satisfacer sus deseos para luego dejarla tirada y usada?

No.

No podía hacerlo. Él jamás fue un hombre de principios, y mucho menos con las mujeres. Tomaba lo que quería cuando quería. Pero se había prometido no lastimarla, y si la poseía esa noche, acabaría haciéndolo.

Violeta no se merecía que la tratase así. Le aseguró que no le haría daño.

Y aunque le explotasen los testículos, por la necesidad de acabar lo que habían empezado, cumpliría su palabra.

Separó sus caras y se incorporó para quedar de pie. Tragó saliva convulsivamente, cogiendo fuerzas para no lanzarse por segunda vez a sus labios. Sin embargo, la visión de Violeta tumbada en la cama, con la respiración alterada, las pupilas dilatadas por el deseo y el vestido subido hasta los muslos, no ayudaba.

Ella se incorporó un poco, le sonrió y le tendió una mano, para que se acostase a su lado.

—Ven.

Iker se acomodó el pene en los pantalones, pues le dolía por la excitación. Cerró los ojos con fuerza y, moviendo la cabeza hacia los lados, comenzó a negar.

—Hoy no, estás cansada. —Le dio largas con lo primero que se le ocurrió.

—Ya no tengo sueño —comentó sonriendo con timidez.

Iker dio un paso hacia atrás. Se conocía y sabía que si no se iba, acabaría cediendo al deseo.

—Yo también estoy cansado.

—Ah —dijo con apenas voz y frunciendo el ceño como si no comprendiese.

—Mañana nos vemos. —La miró por última vez a los ojos y apretó la mandíbula. Dio otro paso hacia atrás—. Buenas noches.

—Buenas noches para ti también, Iker.

Y tras asentir, salió de la habitación como un rayo, dejando a Violeta confundida, frustrada y con la sensación de que había hecho algo muy mal para que se fuese de aquella forma, después del beso tan tórrido y caliente que acababan de compartir.

CAPITULO 11

Paula tenía bastantes rituales de belleza adquiridos, como no, por las mujeres de su familia. Entre todos ellos, prefería el más caro y exclusivo de todos, que consistía en una visita semanal a su salón de belleza habitual donde le practicaban varios masajes faciales, exfoliación con luz pulsada y una mascarilla rejuvenecedora a base de caviar. Mientras tanto, otra profesional le arreglaba las uñas y le dejaba perfecta su inseparable manicura francesa.

Esa noche tenía cena con sus amigos y, por consiguiente, su cita en la estética tuvo que adelantarse unos días más de lo habitual.

Se encontraba tumbada en una camilla, con un serum reparador esparcido por el rostro y escuchando música ambiental, mientras el cosmético actuaba sobre la piel de su cutis.

Aquel ratito era el que más le gustaba de su paso por la estética: oscuridad, tranquilidad y la relajante música que la adormecía.

Cuando estaba a punto de dormirse, la luz se encendió y por la puerta entró Hanako, la profesional que se dedicaba a la pedicura. Le hizo una pequeña reverencia a modo de saludo y le sonrió.

A Paula le hacía gracia la cantidad de reverencias que podía hacer la japonesa a lo largo de la pedicura. A parte de eso, era una señora de mediana edad, servicial y amable, que te dejaba unos pies como los de las actrices de Hollywood.

—Buen día, señorita Paula —le habló haciendo otra reverencia—. ¿Quiere lo de siempre?

—Sí, gracias, Hanako, tengo una dureza súper súper grande justo aquí —comentó señalando la parte del pie en cuestión.

Mientras la señora se ponía manos a la obra, Paula cerró los ojos, para intentar relajarse de nuevo. Sin embargo, pocos minutos más tarde su teléfono comenzó a sonar.

Maldijo en voz baja, molesta. Todo el mundo sabía que, cuando estaba en la estética, no había que molestarla.

Sacó el aparato del bolso y en la pantalla apareció un número

desconocido. Pulsó el botón, decidida a deshacerse con rapidez de quien fuese.

—¿Aló?

—Hola, ¿Paula?

Entrecerró los ojos, pues era una voz masculina que le resultaba muy familiar.

—Sí, ¿quién eres?

—Soy Vasile.

—¡Oh, my god! ¿Tú otra vez? —Despegó la oreja del teléfono y miró a Hanako, que trabajaba muy concentrada en sus pies—. ¿Puedes dejarme un momento a solas, porfapllís?

La japonesa asintió con una sonrisa. Se levantó de la silla y, antes de marcharse y cerrar la puerta tras de sí, le hizo una nueva reverencia.

Cuando se quedó a solas, cerró los ojos y expulsó el aire despacio, para serenarse, porque, se estaba enfadando, y mucho. Se colocó por segunda vez el aparato en el oído.

—¿Se puede saber cómo has conseguido mi número, niño? —le exigió con dureza.

—Bueno... —se quedó callado varios segundos, pensando en la forma más adecuada de decírselo—... pues, lo conseguí el día que te conocí, cuando te ayudé a recoger el bolso.

—¡Mi móvil lo tuve yo en todo momento!

—Sí, pero se te cayó una tarjeta de presentación en la que estaba incluido el número.

—O sea, ¡no me lo puedo creer! —exclamó furiosa—. ¿Te atreves a llamarme después de que te haya repetido mil veces que desaparezcas de vista?

—Solo quería saber cómo estabas.

—¡Vamos a ver, guy, haz click y minimízate! ¡Estaba perfect hasta que llamaste tú para darme la tabarra! ¿Es que no te queda clarito que no quiero saber nada de ti?

—Tranquila, Paula, no te he llamado para hacer que te enfades —la intentó calmar.

Ella estaba que echaba humo. ¡Ese jovencito era un pesado de narices! Podía ser todo lo mono que quisiese y tener una sonrisa como ninguna, pero no iba a salir con un don nadie como él.

—¿Vas a hacer el favor, please, de no volver a molestarme? Tengo una

vida súper súper ocupada, como para tener a un mocoso acosador llamando y abordándome a cada momento.

Un suspiro se escuchó al otro lado del teléfono. Vasile se quedó en silencio y, unos segundos más tarde contestó:

—Está bien, como quieras. No te volveré a molestar.

—¡Eso sería ideal! —bramó.

—Pero... solo quiero que sepas que... si alguna vez te apetece salir, este es mi número de teléfono.

—Mira, baby, cómprate una vida y cárgala a mi cuenta. Never in my life voy a llamarte, así que, ¡bye!

Sin dejar que contestase, Paula colgó el teléfono y lo guardó de nuevo en su bolso. Cerró los ojos con mucha fuerza y recordó que debía calmarse. Ese era su ratito de relax y no iba permitir que aquel niño insistente se lo fastidiase.

Inspiró y expiró varias veces y, cuando estuvo lo suficientemente tranquila, volvió a llamar a Hanako para que continuase con su pedicura.

Violeta estaba enfadada. Lo estaba y no quería reconocerlo.

Su amor propio se encontraba herido. El rechazo de Iker a quedarse con ella, después de aquel beso tan increíble, le había impedido pegar ojo en toda la noche. No dejaba de darle vueltas a lo ocurrido. ¿Por qué se fue de aquella forma? ¿Había hecho algo que pudiese molestarlo? ¿O dicho algo poco apropiado?

No entendía nada. Incluso la primera noche en que se conocieron, Iker había estado dispuesto a acostarse con ella y, ahora que se sentía preparada, su novio huía.

Desde que se levantó de dormir, había estado muy seca con él. Apenas le sonreía, casi no le hablaba y lo esquivaba cada vez que podía. Iker se había dado cuenta de su comportamiento, sin embargo, ni siquiera le preguntó el porqué de su enfado. Parecía que incluso la ignoraba a propósito, y eso la cabreaba muchísimo más. Los novios normales hubiesen ido corriendo a ver qué le ocurría para intentar arreglarlo, pero él se había limitado a encogerse de hombros y seguir a lo suyo.

Sin dejar de darle vueltas al tema, Violeta se terminó de arreglar el cabello.

Faltaba apenas una hora para que Paula y Oscar pasasen a recogerla para cenar juntos, y, la verdad, estaba deseando largarse de allí. Necesitaba despejarse, hablar con sus amigos y que le diesen opinión al respecto.

Dejó el cepillo en el tocador y giró la cabeza al ver un movimiento a su espalda. Era Sushi, que acababa de asomar la cabeza por la puerta de su habitación.

Violeta le sonrió y estiró un brazo para que se acercase y pudiese acariciarlo.

—Ven, Sushito, cosita bonita de mami.

El minino se quedó observándola con fijeza y mirada asesina. Con aires orgullosos, dio media vuelta y la dejó nuevamente a solas.

Suspiró y bajó la mirada al suelo. ¿Por qué no quería acercársele ni su gato?

Tragó saliva intentando que desapareciese el nudo de tristeza que sentía en la garganta y salió de la habitación. Cruzó el pasillo y entró al salón, donde Iker leía el guión de la nueva película de Amenábar.

Cuando la miró, frunció el ceño y dejó el manuscrito sobre el sofá. La ropa que llevaba no era lo más habitual en ella. Vestía unos pantalones de cuero de color negro, muy ajustados, unos zuecos rojos con un tacón kilométrico y una blusa de estilo lencero del mismo tono que los pantalones, pero tan transparente que se le veía el sujetador, que, por cierto, era el más sexy que había visto en su vida. El cabello recogido en una altísima cola de caballo y el maquillaje bastante agresivo, con sombra de ojos oscura y labios morados. Estaba espectacular e Iker se encontró mirándola con la boca abierta.

—Pareces una actriz porno.

Ella alzó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Se supone que es un cumplido?

—No lo sé, déjame que me recupere del shock —habló sin poder dejar de mirarla, intentando no babear.

Ella se dirigió hacia el perchero y cogió un pequeño bolso rojo, a juego con los zuecos. Iker se levantó del sofá y caminó hacia su lado, con el ceño fruncido.

—¿Te vas?

—Sí —respondió todavía muy mosqueada.

—¿Así vestida? —la señaló, notando que algo se removía por su estómago.

Violeta lo encaró y alzó la cara, con orgullo.

—Sí, Iker, así vestida. ¿Tienes algún problema?

—¿Qué te pasa? —preguntó cansado de que le hablase con tanta tirantez.

—No me pasa nada, tranquilo.

—Llevas todo el día rara, no me digas que no te pasa nada.

Ella soltó una carcajada.

—Llevo todo el día rara y a ti no te ha dado la gana de hablar sobre ello.

—Te estoy preguntando ahora, ¿no? —perdiendo la paciencia.

—Ahora no tengo tiempo de hablar.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que me voy.

—¿Con quién?

—¿De verdad te importa? —lo interrogó con voz mordaz.

—Violeta, deja de comportarte como una cría mimada.

—Es que, a lo mejor, soy una cría mimada, ¿no te has parado a pensar en ello?

—¡Millones de veces, joder! —Dio una vuelta sobre sí mismo y cerró los ojos, frustrado. Esa mujer era el colmo.

Ella sonrió sin ganas y caminó hasta la puerta. La abrió, pero antes de salir, la voz de Iker la detuvo.

—¿Con quién vas a salir? —insistió con voz conciliadora, porque, por alguna extraña razón, no quería que siguiesen enfadados.

—Con Paula —respondió con un resoplido, deseando salir a la calle y respirar. Todo aquello le dolía. Estar así con él, no poder besarlo, sentir que Iker no la deseaba lo suficiente...

—¿Vendrás muy tarde?

—No, papá, vendré a la misma hora que la Cenicienta —dijo poniendo los ojos en blanco.

—¿Me das un beso de despedida? —Tuvo que aguantar la risa al escuchar lo que acababa de decir. Él. Iker Martínez pidiendo un beso, esto era de manicomio.

Violeta se quedó mirándolo como si tuviese dos cabezas. ¿Un beso? ¡Ja! Apretó los labios con rabia, lo miró a los ojos y salió de la vivienda, dando un portazo tras de sí.

Al quedarse a solas, Iker suspiró y caminó de nuevo hacia el salón. Sabía a la perfección lo que le ocurría a Violeta, porque a él le estaba pasando algo parecido. Se sentían frustrados sexualmente. Desde que abandonó su

habitación la noche pasada, en pleno calentón, no había podido pensar en otra cosa. El saber que la tenía tan cerca y no poder tocarla, le jodía. Pero lo hacía por su bien, por Violeta. Ya la estaba utilizando lo suficiente como para que también se aprovechara de su cuerpo. No se merecía que jugase con ella más de lo que ya lo había hecho.

Lo peor de todo, era que desde que la vio vestida para la fiesta de Calvin Klein, su cerebro se había propuesto no sacársela de la cabeza. Era como si algo hubiese presionado algún interruptor en su interior. Siempre la había considerado una chica mona, pero ahora todo se estaba magnificando. ¡Y eso era intolerable!

No era su tipo de mujer, no se complementaban en nada, tenía que hacer un gran esfuerzo por aguantar sus tonterías de niña pija.

Entonces, ¿por qué se sentía tan raro?

Sin poder contenerse, se asomó por la ventana. Violeta acababa de salir a la calle y se dirigía hacia un coche de color negro. Del interior, salió un hombre, que la abrazó y besó.

¿Un hombre? ¡Pero si le acababa de decir que había quedado con la pija de Paula! Apretó los puños cuando notó un extraño nudo en el estómago.

El coche arrancó y su novia se marchó con aquel tipo, dejándolo a él como a un gilipollas, mirando por la ventana.

—¿Dónde está Paula?

Cuando salió a la calle y vio únicamente a Oscar esperándola, se extrañó. Por todos era sabido que para su amiga, llegar a tiempo a una cita era una norma de buenos modales. Muchas veces se reían y le comentaban que debía de tener raíces inglesas, por eso de la puntualidad británica.

—Según me ha dicho por teléfono, ha tenido un pequeño percance en la estética —comentó este ladeando la boca en una sonrisa.

—¿Un percance?

—Yes, sweetie, pero no me preguntes nada más, porque no me ha contado de qué se trataba.

—¿Entonces no viene?

—Sí, nos espera en el restaurante.

Violeta asintió y se quedó más tranquila.

Hacía casi una semana que no veía a su amiga y tenían tantas cosas que

contarse...

Oscar continuó conduciendo en silencio, concentrado en su habitual música lírica, hasta que consiguieron llegar al lugar que eligieron para cenar. Al bajar del coche, la miró y alzó una ceja.

—Pero bueno, love, ¿de qué vas disfrazada esta noche?

—No voy disfrazada —contestó a la defensiva.

La cogió de la mano y le hizo dar una vuelta sobre sí misma, para verla mejor.

—Pareces una cabaretera.

—Eso es mucho mejor que una actriz porno, ¿verdad? —preguntó recordando el comentario de Iker y notando que se volvía a cabrear.

—A ver, baby, no digo que vayas... mal, solo que... no es tu estilo.

—Estaba enfadada.

—Why? ¡Creo que no te he visto enfadada never!

—Ya os contaré luego.

Oscar se tapó la boca con las manos y soltó una carcajada.

—Esta noche promete ser interesante.

Las puertas del restaurante DiverXO los transportaron a un mundo ecléctico, donde la modernidad mezclada con el parqué, las cortinas colgadas sin ningún orden por en medio del mismo y los extravagantes muebles, hacían que todo se viese desde una perspectiva diferente.

Era el lugar preferido de Paula, y tenían que admitir que a ellos también les encantaba aquel restaurante tan exclusivo y llamativo. Además de que eran íntimos amigos del chef, Daviz.

Nada más poner un pie dentro, los condujeron a la mesa donde ya se encontraba su amiga, esperando.

Se saludaron con un beso en la mejilla y tomaron asiento, para que pudiesen tomarles nota de lo que iban a beber.

Paula, una vez sentada, la señaló y exclamo, impresionada.

—¡Oh, my god, Violet! ¿Vienes de bailar burlesque?

—¿Lo dices por mi ropa?

Oscar comenzó a reír y le palmeó el hombro.

—No, sweetie, lo dice por los tacones de aguja —se burló.

—Of course que lo digo por tu ropa —añadió Paula contrariada—.

¿Dónde te has dejado el buen gusto?

Ella apoyó la cabeza en las manos y suspiró, triste.

—Lo he dejado junto a mi orgullo.

—¿Qué ocurre?

—¿Problemas en el paraíso? —añadió Oscar, poniéndose un poco más serio.

—Creo que no atraigo sexualmente a mi novio —lloriqueó mirando a sus amigos con ojitos de gato triste.

—¿No se le levanta el gusanito? —la interrogó Paula, asombrada.

—No quiso acostarse conmigo.

—¿Cómo? —dijeron los otros dos al unísono.

—¡Pues, eso! —Apartó la mirada y se humedeció los labios.

—¿Ya no quiere sexo? —la interrogó Oscar frunciendo el ceño.

—De hecho, no nos hemos acostado desde que nos conocimos.

—¡Socorro, o sea, socorro! ¿Iker Martínez, el actor malo y mujeriego de Hollywood, no te ha tocado?

—No hemos pasado más allá de los besos. Al principio, era yo la que no estaba preparada, pero ayer... después de un beso impresionante, se lo sugerí y se fue de mi habitación poniendo excusas.

—¿Qué te dijo? —preguntó Paula, muy interesada.

—Que estaba cansado.

Oscar resopló.

—Estaría cansado, love. No te vuelvas loca. Los hombres no somos tan retorcidos como vosotras. No ponemos excusas baratas, ni nos duele la cabeza de repente. —Le cogió la mano y se la apretó para tranquilizarla—. Además, piensa que te pidió que te fueses a vivir con él. Si no le gustases lo suficiente y no sintiese esa atracción, ¿por qué iba a seguir con esta farsa?

—No lo sé.

—No lo sabes porque no tiene ningún motivo para hacerlo. Es un hombre sexy, importante y con muchas mujeres dispuestas a estar con él, como para quedarse con una que no le interesa.

—Y, para colmo de males, me encontré con su ex novia en el centro comercial, ayer por la mañana.

—¿Con Carla Mancini? —dijo Paula llevándose una mano al pecho—. Me encanta su ropa, y la de su padre. ¡Es tan cool!

—¿Qué te dijo? —continuó Oscar.

—Me advirtió que me alejase de Iker. Me dijo que no es un buen hombre, que la engañó y que me iba a hacer daño.

—Lo de las infidelidades ya lo sabías antes de comenzar con él, cielo.

—Lo sé, por eso no le di la mínima importancia. Ni siquiera se lo he

comentado a él, porque sé que lo único que le pasa a esa mujer es que está despechada.

—Pues, ya está. Lo que tienes que hacer es no preocuparte tanto por esas cosas. Los hombres somos personas, no máquinas de sexo. También tenemos nuestros días malos.

Violeta se quedó callada, pensando. Oscar tenía razón, pero todavía seguía tensa.

Iker sabía que estaba enfadada y no fue capaz de hablar con ella durante todo el día, sino a punto de marcharse a cenar con sus amigos.

El poco tiempo que estaban juntos le había bastado para conocer su forma de ser. Sabía que era un poco bruto en eso de las relaciones, que no era un hombre sensible, ni cariñoso, pero... ella quería a su lado a una persona que se preocupase por sus sentimientos y que intentase que estuviese bien, no a un tío que la dejase con el cabreo para que se lo tragase solita.

Cansada de darle vueltas al tema, dio un trago a su copa de vino, vaciándola por completo, y alzó la mano para llamar al camarero.

—¿Sabéis una cosa? Me da igual —declaró con decisión—. Esta noche no quiero pensar más en esto. Voy a cenar, a beber y a pasármelo bien con mis amigos.

—¡Of course, sweetie! —la animó Paula—. Esta noche vamos a quemar la pista de baile.

Oscar se mordió el labio inferior y miró a Paula, con interés.

—Sí, sí, lo que tú digas, pero antes cuéntanos qué te ha pasado en la estética.

La rubia puso los ojos en blanco.

—¡Es muy fuerte, very, very, very!

—¿El qué? —la interrogó Violeta prestando mucha atención.

—¿Te acuerdas ese día que quedamos en el bar de mala muerte, allí en la Gran Vía?

—¡Paula, es un lugar muy bohemio, no es como lo estás describiendo! —rio Violeta al ver la cara de asco de su amiga.

—La cuestión es que me dieron un súper empujón y me tiraron el bolso al suelo. O sea, todas mis cosas hicieron ¡plof! Y casi me da un parraque. —Se llevó una mano al pecho al recordarlo—. Cuando ya las había recogido, apareció un chico, que llevaba paseando a tres perros, y me dio la cartera, que también se me había caído. El niño muy mono y simpático, para qué negarlo. Pues, resulta que me lo llevo tropezando desde entonces. ¡Never in my life le

había dado tantas calabazas a nadie!

—¿Te pidió salir? —dijo Violeta, interesada.

—Yes, miles de veces.

—¿Y por qué no sales con él?

—¡Hello! ¿De verdad me estás preguntando eso? ¡Es un niño! ¡Tiene veinticuatro años, trabaja de camarero y pasea perros de otras personas para ganar dinero! —les enumeró, como si todo eso fuese un delito penado con cárcel—. ¡Me siento acosada! Hoy me ha llamado por teléfono cuando estaba en la estética.

—No me digas, love, que te has puesto así por él —se carcajeó Oscar, sin poder evitarlo.

—¡Es que la insistencia de ese niño está a otro nivel! No se rinde por más que le diga que no.

—No pierdes nada por salir a tomar algo con él —comentó Violeta encogiéndose de hombros—. Matas dos pájaros de un tiro: él se queda conforme y tú tranquila.

—¡Oh, my god! ¡No lo estarás diciendo en serio! Es un don nadie, Violeta.

—Ya habló la reina de Inglaterra —se burló Oscar.

La rubia los miró a los dos como si les faltase media dentadura. No podía creer que sus amigos la estuviesen animando a salir con ese niño.

—Vosotros dos estáis muy crazies si pensáis que voy a hacerlo.

—¿Sabes, Paulita? Haz lo que quieras. Pero vamos a dejarnos ya de problemas por esta noche —sugirió Violeta, alzando de nuevo su copa de vino—. Brindemos.

—¡Eso! —exclamó Oscar uniéndose al brindis—. ¡Por una noche llena de risas, de locuras y de alcohol! A partir de este momento, está prohibido hablar de nada que no sea cool, trendy y súper ideal!

CAPITULO 12

Eran las cinco y media de la madrugada cuando Iker despertó sobresaltado.

Había dormido fatal toda la noche y no entendía el por qué. Se levantó de su cómoda cama y miró el reloj que tenía en la mesilla de noche.

Salió de la habitación y caminó por el pasillo, hacia la de Violeta. Al llegar, traqueó un par de veces en la puerta. Insistió una segunda vez al no recibir contestación y, con el ceño fruncido abrió, sin importarle que aquella estuviese durmiendo.

Sin embargo, cuando miró hacia la cama, la encontró vacía.

—¿Dónde cojones estás? —preguntó aun sabiendo que no recibiría contestación ninguna.

Recordaba, con claridad, que le había dicho que volvería a medianoche, pero estaba a punto de amanecer y ella todavía no había llegado a casa.

A su cabeza regresó la imagen de aquel hombre que había ido a recogerla. Y el abrazo que se dieron. Un nudo de sensaciones punzantes y desagradables se instaló en su estómago. Se estaba empezando a enfadar y mucho. No dejaba de imaginarla junto a aquel payaso y algo en su pecho le oprimía hasta dejarlo casi sin respiración.

Salió de la habitación y fue hacia la cocina, donde dejó su teléfono móvil. Marcó su número y aguardó a que su novia lo cogiese.

Pero cuando lo hizo, no fue su voz la que escuchó:

—Violeta no está disponible ahora. Bye —contestó un hombre con brevedad, y colgó de inmediato.

—¿Qué coño...? —le gritó Iker al aparato. Se quedó mirándolo unos segundos y volvió a marcar, aunque esa vez no consiguió nada, porque acababan de apagar el teléfono—. ¡No, joder, enciende el puñetero móvil!

Lo intentó un par de veces más, pero corrió la misma suerte. Estaba apagado.

Una oleada de rabia hizo que arrojase el suyo propio contra el suelo, destrozándolo. ¡Esto no podía estar pasando! ¡Se había ido con otro tío y el

cabrón había contestado por ella!

No dejaba de imaginarla con él. Riendo, acostados juntos y dándole esos mismos besos que consiguieron hacerle perder el control la pasada noche.

Comenzó a dar vueltas por el salón, ¡no sabía qué hacer! ¡Ni por qué sentía todas esas cosas estrujándole por dentro! Violeta no le importaba, no, no lo hacía. No era la clase de mujer a la que estaba acostumbrado. Era ñoña, pija e infantil. Era de la clase de tías de las que huía siempre.

—Tranquilízate, Iker, solo estás con ella porque la necesitas —se dijo, intentando serenarse—. No tiene que importarte lo que hace, ni que otro tío se la esté follando en este momento. —Las imágenes de ella gimiendo en brazos de otro hombre pasearon a sus anchas por su cabeza—. ¡Mierda! ¡Ya vale! ¡No pienses más!

Se obligó a sentarse en el sofá y allí esperó a calmarse un poco. Permaneció durante más de una hora y media en el mismo lugar, sin cambiar siquiera de postura, con la mirada fija en la pared y el cuerpo más rígido que una tabla.

Estaba tan enfadado que no era capaz de hacer nada más que seguir esperando y maldiciendo a cada momento.

No fue hasta las siete y media de la mañana, que las llaves de la puerta sonaron al intentar encajar en la cerradura.

Iker se levantó del sofá y fue hacia la entrada dando zancadas. Se quedó tras la puerta, esperando a que abriese. Sin embargo, el sonido de las llaves continuaba y Violeta no giraba la cerradura.

Desesperado, abrió él mismo y su novia cayó sobre él con las llaves en la mano.

Violeta rio y las agitó.

—Creo que alguien ha cambiado la cerradura —balbuceó con voz ebria, sin dejar de reír—. No podía abrir.

Se apoyó en el pecho de Iker para recobrar un poco el equilibrio, pero al hacerlo, su cuerpo fue hacia atrás hasta que la frenó la pared.

—¿Dónde cojones te habías metido? —gritó él, más enfadado de lo que lo había estado jamás.

—Con mis amigos, bailando... bebiendo... —canturreó feliz alzando los brazos y agitándolos.

Iker apretó la mandíbula. Estaba hecha un cuadro. El pantalón rasgado, la blusa manchada y el maquillaje como si se lo hubiese restregado por toda la cara con una servilleta.

—¿Quién coño era ese tío que vino a recogerte? ¡Son las siete y media de la mañana!

—Shshshs... no grites —susurró mientras los ojos se le iban cerrando por la borrachera—. Vas a despertar a todos los vecinos.

—¡Me importan una mierda los vecinos! ¡Lo único que quiero es que mi novia me explique el por qué se ha ido con un hombre y ha apagado el teléfono cuando la he llamado!

Violeta se frotó la cabeza. Todo le daba vueltas y los chillidos de Iker no hacían más que empeorarlo todo.

—No grites —repitió con los ojos cerrados con fuerza.

—¡Cómo quieres que no grite cuando te has ido a follar con otro! ¡Contesta! —le exigió sin bajar el volumen.

—¡Yo no he hecho eso! —gritó a su vez, mientras que su lado sobrio hizo acto de presencia. A pesar de ello, tuvo que apoyar una mano en la pared para no trastabillar—. ¡No sé quién te crees para hablarme así!

—¡Tu novio!

—¡Sí, ese novio que le da igual que me enfade! —chilló también—. ¡Ese puñetero novio al que le importan una mierda los sentimientos de su chica, que no quiso acostarse conmigo poniendo excusas baratas!

Iker dio una vuelta antes de proseguir.

—Violeta, ¿quién era ese hombre?

—¡No te he engañado!

—¡Quién era, joder! —bramó apretando los puños.

—¡Oscar! ¡Era Oscar, mi amigo! ¡Paula nos esperaba en el restaurante!

Él se la quedó mirando, sintiendo que la furia iba a menos. La recorrió con los ojos y continuó:

—¿Por qué apagaste el teléfono?

—¡Porque no quería hablar contigo! —explotó.

—¿Qué te ha pasado en la ropa?

—¡Me caí! —Pasó por su lado y dio un par de pasos hacia su habitación—. ¿Alguna otra pregunta más, agente?

—¡No vengas con esas! ¡He estado toda la noche pensando en qué estarías haciendo! ¡Preocupado!

—¡Y yo estuve la pasada noche dándole vueltas a mi cabeza, para intentar adivinar qué había hecho mal para que te fueses y no quisieses hacer el amor conmigo!

—No hiciste nada malo, fue cosa mía —le confesó.

—¡Genial! ¡Pues ya me quedo más tranquila! —ironizó fulminándolo con la mirada—. Me voy a dormir.

Dio media vuelta y lo dejó allí plantado.

—Violeta, no se te ocurra dejarme a mitad de una conversación.

Ella frenó en seco y lo encaró de nuevo.

—¿O qué?

Tras decir aquello volvió a darle la espalda y a andar hacia su habitación, intentando no chocarse con las paredes por la borrachera.

Al verla marchar, la furia se apoderó de él. La siguió, apretando los dientes, y la agarró del brazo antes de que pudiese meterse en su habitación. Violeta intentó soltarse, forcejear para que la dejase en paz.

Sin embargo, la fuerza de él, sumado a la borrachera, no jugó en su favor. Consiguió apresarla contra la pared e inmovilizar su cuerpo contra el suyo.

Sus respiraciones eran fuertes, furiosas.

Violeta luchaba por conseguir que la soltase. Se retorció, gritaba y lo maldecía.

—¡Suéltame, no me toques!

—¡Tú aquí no das órdenes! ¿Me oyes? ¡Vas a escuchar lo que tengo que decirte!

—¡No! —gritó, mirándolo a los ojos con ira.

Los de Iker recorrían su bonita cara. Estaba tan enfadado... Esa mujer conseguía sacarlo de sus casillas. Su mirada paseó desde los ojos a los labios de ella y, sin siquiera pensar en lo que hacía, aplastó su boca en un furioso beso que dejó a Violeta confusa, sin poder evitar agarrarse a él para no caerse al suelo, pues todo le daba vueltas a causa el alcohol.

Su lengua se introdujo a la fuerza dentro de su suave boca y devoró sus labios sin piedad, haciéndola gemir de dolor, por la fuerza que ejercía sobre ellos.

Sin embargo, alzó una mano y le acarició la mejilla, confundiéndola todavía más. Al notar la ternura con la que lo hizo, un estremecimiento recorrió su estómago y los latidos de su corazón de tornaron vertiginosos. Respondió a su beso con ganas, rodeándolo por el cuello con los brazos, apretándose a su cuerpo, tanto, que ni siquiera el aire era capaz de pasar entre los dos.

A pesar de su enfado, Iker no podía evitar sentirse pletórico y completo. Era una sensación tan nueva para él que lo abrumó. Aunque continuó besándola como si su vida dependiese de ello. Violeta lo encendía hasta

límites insospechados, esa mujer tan única y diferente a él lo volvía loco cuando sus lenguas se juntaban y peleaban por ser la que tuviese el control sobre la del otro.

Su pene se hinchó, potente, latiendo por el ardor de tenerla complaciente entre sus brazos. Bajó las manos hasta su trasero y lo aplastó con ellas, haciendo que notase su abultada erección en el estómago, frotándose contra ella y jadeando por todas aquellas infinitas sensaciones que le provocaba su contacto.

—Te deseo —susurró él contra su boca, rodeándola de nuevo con los brazos y alzándola en peso mientras continuaba aplastándola contra la pared.

—No pares, te necesito, Iker, te necesito ahora —respondió ella, sin poder pensar en nada más que no fuese el fuerte cuerpo de él y todo lo que le hacía sentir—. Vamos a mi habitación.

Él gruñó y dio una patada a la puerta, para no chocarse contra ella mientras se adentraba en el cuarto de Violeta, llevándola entre sus brazos.

Cayeron en la cama entrelazados, comiéndose a besos y acariciándose por entero.

Iker le quitó la blusa y los pantalones, dejándola en ropa interior. Al admirar su cuerpo, tuvo que resoplar a causa de la fiebre que sentía recorriéndolo.

—Dios, eres perfecta —le susurró contra su boca.

—Quítate la ropa —le ordenó ella, intentando sacarle la camiseta, aunque sin conseguirlo.

Iker se deshizo de ella y bajó sus pantalones.

Cuando se tumbó sobre su chica, el contacto de su piel desnuda los hizo estremecer. Se quedaron mirándose a los ojos unos segundos y sonrieron.

Ella le acarició el pecho y pellizcó uno de sus pequeños pezones, haciendo que Iker jadease.

Los labios regresaron sobre la boca de ella, mientras con sus caderas trazaba movimientos sensuales contra el sexo femenino.

—Vamos, Iker, no puedo más —le suplicó con un sollozo.

—Sí. —Aunque, antes de hacerlo, se acordó de algo—. Espera un momento, no llevo puesto ningún condón. Ahora vuelvo, no te muevas de aquí.

—¿Acaso crees que quiero irme ahora?

Rieron por sus palabras y se besaron por última vez, antes de que él se quitase de encima y corriese hacia el cuarto de baño.

Una vez allí, abrió la puerta del mueble donde guardaba los

preservativos, cogió uno y lo abrió. Tuvo que serenarse un poco, pues sentía que temblaba por todo el deseo acumulado. Suspiró y cerró los ojos con fuerza.

Sabía que lo que iba a hacer no estaba bien, y que, posiblemente, se arrepintiese de haberse aprovechado de Violeta. Pero aquello era demasiado intenso hasta para él.

Cuando se sintió más tranquilo, se colocó el condón y salió del aseo. Caminó hacia el dormitorio donde se encontraba Violeta y, cuando lo hizo, frenó de golpe.

No podía ser cierto.

Se había quedado dormida.

—Violeta —la llamó, zarandeándola un poco. Sin embargo, todo el alcohol que había ingerido esa noche, la había dejado K.O.—. Mierda.

Se sentó a su lado, en la cama y se sacó el preservativo. Cogió su ropa y se volvió a vestir con ella. No podía dejar de mirarla. Durmiendo, en ropa interior, con esa cara de ángel...

¡Estaba tan cachondo!

Cerró los ojos y asintió. Era lo mejor que podía haber sucedido. Cada vez que pensaba sobre ello más se convencía. No debía aprovecharse de ella. No quería hacerle daño cuando su relación acabase. Había estado a punto de mandarlo todo a la mierda, de permitir que el deseo nublar su razón. Se había prometido no tocarla, no pisar su orgullo de esa manera. Porque si hubiesen follado, la situación se hubiera complicado todavía más y, al final, Violeta sufriría por partida doble.

Se levantó de la cama y caminó hacia la salida. Justo en el quicio de la puerta, se giró para mirarla por última vez antes de cerrar.

Sintió que su cuerpo respondía otra vez al verla medio desnuda.

Seguía muy caliente y le dolía no poder acabar lo que habían empezado. Sentía una quemazón en su interior que solo se iría cuando lograra desahogarse. Y lo iba a hacer, aunque no con la mujer con la que le hubiese gustado.

Decidido, caminó hacia el salón y cogió el teléfono fijo, pues su móvil seguía tirado en el suelo, destrozado. Marcó ese número que se sabía de memoria y esperó a que contestasen.

—Hola, ¿Marisa? —preguntó cuando la suave voz femenina habló a través de la línea—. Soy Iker, ¿puedo ir a tu casa? Necesito que nos veamos.

El trayecto hasta la casa de sus padres fue horrible. Se levantó con resaca por culpa del alcohol que ingirió la pasada noche, y no había pastilla en la faz de la tierra que le aliviase el malestar. Apenas había dormido cinco horas, no le dio tiempo a ducharse, ni a ponerse ninguna mascarilla reparadora en el rostro, a pesar de que le hacía mucha falta. Las ojeras le llegaban hasta las rodillas. Pero si lo hubiese hecho, no hubiera llegado a tiempo a comer, y sabía que allí la puntualidad era sagrada.

Cuando aparcó el coche, dentro de la propiedad de su familia, y se puso de pie, tuvo que aguantar un gemido de dolor. Tenía un moratón enorme en la rodilla. Se acordaba poco de lo ocurrido la pasada noche, pero lo que no había olvidado era que había destrozado sus pantalones a causa de una caída, o más de una, no lo tenía claro.

Recordaba haber bebido una burrada, haber bailado hasta acabar muerta de cansancio, recordaba haber reído más que nunca y... a Iker muy enfadado. Se acordó de sus besos furiosos, de acabar aplastada contra la pared, de quedarse sin ropa... y... nada. Aparte de eso no recordaba nada más. No sabía si había hecho el amor con él.

—¡Jopetas! —se quejó cerrando la puerta del vehículo de un portazo—. ¡Haz memoria, Violeta!

No podía creer que en su cabeza no hubiese ni un recuerdo de lo que ocurrió tras esos besos. ¡Era el colmo! ¡Podía haber sido la noche más maravillosa de su vida y ella no lo recordaba!

Tampoco recordaba si habían hecho las paces. Aunque, si se besaron como dos leones en celo, aplastándose por las paredes, sería por algo.

Quisiese o no, se iba a tener que quedar con la duda hasta que regresase a casa, pues, cuando despertó, Iker no estaba allí. Y, cuando fue a llamarlo para preguntarle a qué hora regresaría, descubrió su teléfono hecho pedazos en el suelo.

La verdad, no le dio demasiada importancia a su ausencia. No era raro que quedase con algún amigo o tuviese un compromiso con su manager.

Nada más entrar en la casa de sus padres, Berta la interceptó mientras caminaba hacia el salón. La señora de la limpieza, escoba en mano, le cortó el paso y le sonrió con amabilidad.

—Violeta, tu padre me ha dicho que, cuando llegases, fueses directamente

a su despacho.

—¿A su despacho? —preguntó ella frunciendo el ceño.

Mientras subía las escaleras, pensó en la bronca que iba a caerle. Estaba segura de que la había llamado porque estaba enfadado con ella. Había desobedecido todas y cada una de sus órdenes con respecto a Iker. A su padre no le gustaba su novio y le había advertido varias veces que se alejase de él, por su bien y por el de la empresa. Le prohibió tener una vida mediática, salir en revistas y pasear frente a las cámaras. Justamente todo lo contrario de lo que había hecho. Sería una discusión enorme, sin embargo, conocía a su padre y sabía cómo llevarlo por donde ella quería. Lo ablandaría y le haría ver que su chico no era tan malo como todo el mundo lo pintaba.

Traqueó la puerta del despacho y abrió sin esperar a que la recibiese. Dentro, se encontraba su padre concentrado en unos papeles, como de costumbre.

Violeta le sonrió.

—Hola, daddy, me ha dicho Berta que querías verme.

Jacob Parrish miró a su hija con seriedad, dejó los documentos sobre la mesa y señaló la silla que había frente a él.

—Siéntate, Violeta.

Ella hizo lo que le pidió de inmediato. Tomó asiento y volvió a sonreírle, con carita de buena.

Su padre cruzó los brazos sobre el pecho y suspiró, sopesando bien las palabras que iba a decirle. Estaba muy enfadado, muchísimo, y podía percibirse por el pequeño tic que conseguía moverle el ojo derecho.

—Muy bien, hija, como ya te imaginarás, sé lo que ocurre en tu vida, al igual que todo el país.

—Me he enamorado de Iker Martínez, daddy. No puedo luchar contra mis sentimientos —dijo con voz calmada, asombrada de que su padre no estuviese gritando.

—Perfecto. —Fijó sus ojos en su cara—. Ahora dime algo, ¿de qué vives? Porque trabajar todavía no trabajas.

—Alquilé mi piso y paso el mes con lo que me da su renta. Es dinero suficiente para mí, si no me paso con los caprichos.

—¿Y si has alquilado tu piso, dónde estás viviendo?

Violeta bajó la mirada al suelo y se retorció las manos.

—Con... Iker, en su casa.

El tic del ojo de su padre se hizo más evidente, aunque seguía en aparente

calma. Jacob se humedeció los labios y asintió.

—Corrígeme si me equivoco —continuó él—. Vives en su casa, tienes una relación amorosa con él, sales en portadas de revistas, en la televisión dando entrevistas...

—La entrevista fue para una gala, solo eso —le interrumpió.

—No has buscado trabajo, desobedeces mis órdenes y... todavía tienes la poca decencia de venir a mi casa a comer, como si no ocurriese nada.

—No estoy haciéndole daño a nadie, daddy.

—Perfecto —asintió con mucha paciencia—. Pues, ahora... quiero que te levantes de esa silla, bajes las escaleras y te largues de mi casa.

Violeta abrió la boca al escuchar lo que acababa de decir.

—¿Me estás echando?

—Sí, aquí ya no eres bien recibida. Vete.

—¡No puedes echarme, eres mi padre! —exclamó ella, levantándose de la silla y apoyando las manos sobre la mesa.

Jacob la imitó y quedaron mirándose a los ojos.

—¡Y tú eres mi hija y no actúas como tal! —gritó Jacob descargando la rabia que había estado conteniendo.

—¡Tengo veintisiete años, sé lo que hago, soy una mujer!

—¡Eres una niña en un cuerpo de mujer! ¡Una irresponsable que piensa que la vida son solo risas y compras! ¡Una cabeza loca que no ha sabido aprovechar las oportunidades que le he dado en la vida! ¡Una sinvergüenza que prefiere a un desconocido que a su propia familia!

—¡Eso no es verdad! Quiero a Iker, pero vosotros sois mi sangre! No entiendo por qué dices eso.

—¡Porque te da igual que nos veamos salpicados por uno de los escándalos en los que siempre está involucrado ese actor, de tres al cuarto, al que llamas novio con tanta alegría!

—¡Es un buen actor y es un buen hombre!

—¡Mi hija se merece a alguien mejor que él!

—¡Me da igual lo que me merezca, daddy, porque mi corazón es suyo!

—Pues, entonces, no hay más que hablar. ¡Fuera de mi casa! ¡No quiero volver a verte por aquí!

—¡No puedes echarme, esta también es la casa de mi madre!

—¡Tu madre no tiene voz ni voto en mi decisión! ¡No la involucres en otro de tus líos!

—¿Por qué eres tan injusto conmigo? —le preguntó aguantando las

lágrimas.

—¡Injusto! ¿Me llamas injusto? —chilló dando un puñetazo a la mesa—. ¿A mí? ¿Al hombre que te ha consentido todos los caprichos? ¿Al que se ha desvivido por darte lo mejor? ¿Ahora me llamas injusto? ¿Te parezco injusto por ponerme en mi lugar y no querer que te conviertas en una vividora?

—¡No soy vividora!

—¡Lo eres! Eres una aprovechada e interesada que va a darse de bruces contra la realidad cuando su queridísimo novio muestre su verdadera cara.

Ella se limpió una lágrima que resbalaba por su mejilla y lo miró con los labios fruncidos por las ganas de llorar que tenía.

—No lo conoces —añadió sin fuerzas.

—Conozco a los hombres como él, son todos iguales. Mujeriegos, interesados, indiscretos...

—No lo conoces —repitió, convencida.

—Vete de mi casa, Violeta. Se acabó nuestra conversación. De ahora en adelante, olvídate de que tu familia vive en este barrio. Ya no eres bienvenida.

El hotel donde se hospedaba Carla, desde que llegó a Madrid con la idea de ayudar a Violeta Parrish, era uno de los más exclusivos de la capital. Se encontraba en pleno centro, en una de las vías más transitadas y famosas.

Era un complejo bastante nuevo, moderno, con una gigantesca piscina y multitud de actividades para practicar en su gimnasio.

Era el hotel ideal para cualquiera que deseara desconectar y pasar unos días de ensueño. Sin embargo, Carla apenas prestaba atención a todo eso.

Desde su desastroso encuentro con Violeta en el centro comercial, había estado tramando mil y una formas de volver a coincidir con ella. Aunque, tenía bastante claro que, debido a lo encoñada que estaba con Iker, el desenlace entre las dos iba a ser el mismo. No le haría ni caso y la tomaría por una loca despechada.

Había desechado todas las ideas que aparecieron en su cabeza. Ninguna le convencía. Tenía que encontrar la forma de poder mostrarle cómo era, de verdad, la persona a la que ella llamaba novio. No estaba dispuesta a que otra mujer pasase por el mismo infierno que le tocó lidiar.

Pero si no se le ocurría nada pronto, Violeta terminaría con el corazón roto por culpa de aquel mujeriego desaprensivo.

—Ya no sé qué hacer, Lorena —le comentó a su amiga con desesperación—. ¡No se me ocurre nada!

—Deberías dejarlo y regresar a Benidorm, tú ya pasaste por esto en su momento, todo esto no es bueno para ti.

—¡Lo sé! Pero, ¿qué quieres que haga? ¿Que permita que otra mujer acabe igual, o peor que yo, mientras me quedo de brazos cruzados? —La miró con seriedad—. No puedo hacerlo. Sé que la historia se va a repetir y lo mínimo que puedo hacer es intentar evitarlo. Somos mujeres, y entre nosotras tenemos que ayudarnos.

—Violeta Parrish no quiere ayuda.

—Porque está ciega. —Se levantó de la cama y abrió el pequeño frigorífico, del que sacó una botella de agua—. Voy a conseguir que me escuche. Todavía no sé cómo, pero lo haré.

Casi de inmediato, su teléfono móvil comenzó a sonar. Corrió a coger el aparato y sonrió cuando vio el número en cuestión.

—¡Hola, flor! —saludó a su buena amiga Gigi, a la cual hacía casi dos meses que no veía—. ¿Qué te cuentas? —Estuvo escuchando y asintiendo unos minutos y Lorena vio cómo se tensaba y la miraba con los ojos muy abiertos.

—Carla, ¿qué pasa? —le preguntó.

Sin embargo, la rubia le hizo una señal para que guardase silencio y continuó escuchando a través de línea.

—¿Estás segura de eso, Gigi? —preguntó notando que su corazón latía a una velocidad imposible. Asintió un par de veces y miró a Lorena, eufórica—. Pues, muchas gracias, flor. Cuando te vea te invito a lo que quieras.

Cuando colgó, se llevó las manos a la cabeza y comenzó a saltar, gritando de alegría. Abrazó a Lorena, que todavía no comprendía el motivo y asintió.

—Lo tengo.

—¿El qué? ¡Me tienes en ascuas!

Carla sonrió y se sentó en la cama.

—Pues, resulta que Gigi se ha enterado de que una amiga suya es, a la vez, muy amiga de una supuesta amante de Iker.

—¿Qué lío!

—¡No es para tanto!—rio—. Es una tal Marisa Jiménez, y Gigi dice que su amiga le ha contado que Marisa le confesó que todavía se acuesta con él, estando también con Violeta.

—Espera, espera, más despacio que sigo sin enterarme —la frenó Lorena—. Corrígeme si me equivoco: Gigi tiene una amiga que, a la vez, es amiga de

Marisa.

—Sí.

—Y Marisa le ha confesado a su amiga que folla con Iker en la actualidad.

—¡Bingo! —Dio palmas y se tiró sobre la cama, feliz—. Ahora solo tengo que conseguir encontrar a Marisa.

—¿Y tú crees que ella va a confesar así, por las buenas?

—No, no lo va a hacer —dijo Carla, poniéndose más seria—. Y, todavía menos cuando sabe perfectamente quién soy yo.

—Entonces, estamos en el mismo problema. Tenemos el pecado, pero no al pecador.

—No, no, no, flor. —Le sonrió y guiñó un ojo—. Ahora solo tengo que encontrar la forma de que, la amante de Iker, cante como un pajarito.

CAPITULO 13

—¿Y dónde se encuentra en este momento tu flamante novia? —le preguntó Ariel, con burla en sus palabras.

Hacía apenas media hora que Iker acababa de regresar a casa, después de pasar parte de la mañana con Marisa, intentando no pensar demasiado en la mujer borracha y semidesnuda que dormía en su vivienda. A pesar de haber follado con ella varias veces, tenía una rara sensación de vacío y culpabilidad. Había vuelto a engañar a Violeta con una mujer y, cada vez que lo pensaba, algo en su cerebro le decía que aquello no estaba nada bien.

Pero, ¿por qué? ¡Jamás le importó lo que pensasen sus parejas! ¡No comprendía la razón que hacía que con ella fuese diferente! ¡Si ni apenas se conocían! Vale, vivían juntos, habían compartido varios besos que lo dejaron sin respiración, pero... no sabían prácticamente nada el uno del otro, pues Iker solo consentía en hablar sobre temas superfluos y sin importancia.

Miró a Ariel, que había aparecido por casa hacía menos de diez minutos, y se encogió de hombros.

—No sé dónde está, me fui de aquí esta mañana y acabo de regresar.

—¿Te fuiste con alguna mujer?

—Sí —respondió encogiéndose de hombros.

Ariel frunció el ceño y lo miró con interés.

—Vale, y si has estado follando hasta hace un rato, ¿por qué traes esa cara? ¿No me vas a contar cómo tenía las tetas, ni las veces que te la has tirado, como siempre haces?

—No estoy de humor para esas tonterías.

—¿Por qué? —Abrió los ojos, asombrado—. ¿Pasa algo malo?

—¡No, Ariel, no pasa nada malo! Simplemente, no me apetece.

—Tienes que estar incubando algún virus —añadió buscando alguna lógica a la desgana de su amigo—. El Iker que yo conozco, no llega de un encuentro sexual con la misma cara que si hubiese ido a un entierro.

—¡Es que no lo disfruté igual que otras veces! Miraba a Marisa y... imaginaba que era otra persona. —Rio al terminar de hablar—. Es una puta

locura.

—¿Y quién es la afortunada en la que pensabas mientras te trabajabas a la otra?

Iker miró a su amigo fijamente. Suspiró y se humedeció los labios.

—Pensaba en Violeta.

—¿Perdona? —Lo ojos de Ariel casi se salieron de las órbitas—. ¿Me puedes repetir eso?

—¡Tenía ganas de follar con mi puñetera novia! ¿Te enteras ahora? —exclamó perdiendo el control—. He pasado toda la mañana con el pene dentro de Marisa y la cabeza puesta en la mujer con la que vivo.

—¿Te has colgado de Violeta Parrish? —lo interrogó más asombrado que nunca.

—¡No, Ariel! No digas tonterías. No sé lo que me pasa con ella, pero no es lo que piensas. ¡La deseo, sí! Me pone muy cachondo, con esa carita de niña buena y ese cuerpo tan... —Recordó el sabor de sus besos, lo caliente que estaba su piel, los jadeos que salían de su boca al acariciarla—. ¡Y no debería sentir todo esto, porque me prometí no tocarla!

—¿Te lo prometiste? ¿Por qué?

—Para no hacerle todavía más daño cuando rompa con ella. Para que no se sienta usada.

—Al principio te daba igual —le recordó.

Iker asintió.

—Tú no la conoces. Es inteligente, divertida, habladora y... piensa que soy un buen hombre.

—¿En serio? ¿Es que no lee los periódicos? —dijo sin poder parar de reír—. ¡Según la prensa, eres el patán más mujeriego y egocéntrico! Te describen a la perfección.

—Ella está segura de que las personas cambiamos. —Sonrió al recordar sus palabras—. No ha dudado en defenderme de todo aquel que se ha atrevido a decir algo malo sobre mí.

Iker continuó sonriendo. Violeta era única.

—Tío —habló Ariel, que no dejaba de mirarlo sin parar—. A ti te mola es chica.

—¡Y dale!

—Pero, ¿te has visto? Si cada vez que pronuncias su nombre se te pone cara de gilipollas atontado.

—Tú estás alucinando. Deja lo que sea que te metes por la nariz, porque

te está afectando.

—Lo que tú digas, pero... —Ariel sonrió—... nuestra querida Violeta, la niña pija que tanto te molestaba, se está haciendo un hueco en tu helado y malvado corazoncito.

Violeta abrió la puerta del piso de Iker cuando faltaban diez minutos para las diez de la noche. Había estado toda la tarde paseando por Madrid. Sola, perdida entre sus monumentales calles y sin poder evitar que las lágrimas escapasen de sus ojos.

Llevaba casi veinticuatro horas sin comer y, sin embargo, lo último que quería en ese momento, era imaginar un poco de comida dentro de su boca. Los nervios le removían el estómago y, sabía que si ingería cualquier alimento, por pequeño y ligero que fuese, acabaría vomitando.

Cruzó por el salón, donde su chico continuaba leyendo el guión de su futura película. Lo saludó con un movimiento de cabeza, sin ganas ni de decir hola, y se encerró en su habitación.

Iker frunció el ceño al verla tan rara. No era normal ese comportamiento en ella. Vale que el pasado día estaba muy enfadada con él, pero después de su “casi coito”... pensaba que el asunto se habría arreglado.

Fijó los ojos en la puerta por la que acababa de desaparecer Violeta, obligándose a no ir a buscarla y preguntarle qué le ocurría.

No quería involucrarse demasiado. Había llegado a la conclusión de que lo que le ocurría con ella se debía a que pasaban demasiado tiempo juntos. Si guardaba las distancias, estaba seguro de que la extraña atracción que sentía desaparecería.

Esa mujer no le interesaba, se aseguró a sí mismo. No era más que sexo lo que buscaba, siempre había sido así.

Suspiró y prestó más atención por si escuchaba algún ruido dentro de su habitación.

Al darse cuenta de que estaba igual de atento que un perro policía, maldijo en silencio e intentó concentrarse en su manuscrito. Le daban igual las razones por las que había llegado tan tarde a casa, le daba igual que hubiera llegado con mala cara y le daban igual todas las cosas que le sucediesen.

Sin embargo, el sonido de un quejido le hizo alzar de nuevo la cabeza.

Tiró el manuscrito hacia un lado y estuvo atento para ver de qué se

trataba. Cuando escuchó otro sollozo, pegó un salto y corrió hacia la habitación de Violeta.

—Es solo curiosidad, solo curiosidad —se repitió para quedarse más tranquilo. No iba porque le preocupase, no, qué va.

Abrió la puerta y la encontró tirada en la cama, llorando con la cara tapada con las manos. Se acercó a su lado y se sentó junto a ella.

—Violeta, ¿qué te pasa?

Ella se limpió las lágrimas y lo miró a los ojos. Intentó sonreírle, pues se alegraba de que Iker estuviese allí con ella. En su compañía no se sentía tan sola.

—Creo que soy un desastre de persona. No logro que nada me salga bien —se quejó.

—¿Por qué dices eso?

—He defraudado a todos los que creían en mí.

Él suspiró. Sus ojos estaban rojos de tanto llorar, su bonita cara hinchada y la tristeza no dejaba ver a la chica alegre y habladora de siempre.

No le gustaba verla así.

—No creo que hayas defraudado a nadie, no seas tan dura contigo misma. Todos tenemos malas épocas.

Tragó saliva al escuchar las palabras de Iker.

—Mi padre me ha echado de su casa. —Lo miró a los ojos y vio la sorpresa dibujada en sus facciones—. Dice que soy una irresponsable, que los he defraudado, que soy una vaga que no es capaz de trabajar. ¡Y es verdad! No he movido un dedo en mi vida, siempre he dependido de él para tener dinero. Si conseguía un trabajo, lo perdía por errores tontos y evitables.

—A algunas personas nos cuesta arrancar más que a otras —la tranquilizó, agarrándola de la mano, para darle apoyo—. Tu padre estaba enfadado. Estoy seguro de que si vuelves mañana, verá las cosas de otra forma.

—No voy a volver —declaró ella categóricamente.

—¿Por qué? —Iker frunció el ceño.

—Porque no te acepta.

—¿A mí? ¿También hablasteis sobre mí?

—Estuviste presente la mitad de la conversación. —Se humedeció los labios y suspiró mientras recordaba las palabras de Jacob—. Te llamé problemático, mujeriego, incluso dijo que eras una mala influencia para su empresa.

—Vaya —dijo, sintiendo que algo le presionaba el pecho. No sabía por qué le importaba que el padre de Violeta lo viese de esa manera tan horrible. Pero lo hacía.

—Iker. —Lo agarró de las mejillas e hizo que la mirase a los ojos. Intentó sonreírle—. Me da igual lo que diga mi padre sobre ti. He sido yo la que te he elegido, no él. Si me quiere a mí, te tiene que aceptar.

Al escuchar sus palabras, el estómago de Iker dio un vuelco. ¿Estaba dispuesta a distanciarse de su familia por él?

Tragó saliva, pues la culpabilidad comenzaba a golpearle. Él había sido el responsable indirecto de todo esto. La estaba utilizando para aprovecharse de su imagen y ella estaba pagando los daños de su ambición.

Iba a distanciarse de todo lo que quería. Y no podía permitirlo.

—No, no, Violeta, habla con tu padre y...

—Ya lo tengo decidido. Voy a hacer lo que me dicta el corazón. Si mi familia lo acepta, perfecto, si no lo hace, que se despidan de mí. Yo me quedo contigo.

Al escuchar sus palabras cerró los ojos con fuerza. Su corazón no podía latir más rápido, le temblaba el estómago. Al mirarla de nuevo, no pudo evitar acariciarle la mejilla. Esa mujer increíble, preciosa y divertida, lo escogía a él.

No entendía por qué se sentía tan pletórico, por qué quería reír y saltar. Pero las palabras de esa chica le habían llegado hondo. Ella, que se había lanzado sin saber cómo acabaría aquello, que no le importaba su pasado y que confiaba en él.

Sin aguantar las ganas, la cogió por las mejillas y la besó con fuerza.

—¡Estás loca, Violeta, loca! —comentaba entre beso y beso, logrando que ella riese, y se abandonase a sus labios.

Lo abrazó, haciendo que quedase acostado sobre el lecho, junto a ella, mientras que sus bocas continuaban unidas, jugueteando y degustando su sabor, tan nuevo y conocido al mismo tiempo.

Violeta sentía que flotaba. Siempre ocurría lo mismo cuando su novio la besaba. Era tan apasionado, fiero y tierno a la vez... No podía explicar todo lo que notaba cuando Iker la tocaba. Era una sensación maravillosa. Tenerlo junto a su cuerpo, compartiendo el mismo aire, notar sus manos acariciarla y sentir que su corazón latía tan rápido que podría salir volando. Apretó sus brazos en torno a su cuello. No quería que aquello acabase nunca. Notaba el grosor de su pene contra el pubis, estaba duro y preparado para ella.

Bajó una mano y lo acarició, por encima de los pantalones. Iker cerró los ojos y gimió al sentir el tacto de la pequeña y suave mano de ella sobre su miembro.

¿Qué le ocurría? ¿Qué diablos pasaba con su cuerpo cuando lo tocaba Violeta? Parecía que iba a explotar de un momento a otro. Estaba tan caliente y excitado que apenas podía pensar. Lo único que tenía en la mente era el contoneo de sus caderas, que se retorcían contra él, buscando su contacto, logrando una fricción entre los cuerpos que lo encendía todavía más y lo dejaba al borde de la locura. Si continuaban así, no iba poder contenerse. Le arrancarían la ropa con la boca, si era necesario. El instinto animal afloraba bajo su piel. Violeta sacaba a flote un anhelo que no sabía que podía existir.

—Iker —gimió ella—, quítame la ropa y hazme el amor. —Lo besó otra vez, incapaz de mantener alejada la boca de sus labios.

—¿De verdad quieres hacerlo? —la interrogó, tan encendido al ver su bella cara ruborizada por el deseo. Era tan bonita y tan inocente.

Violeta juntó sus bocas una vez más, lamiendo su labio inferior y jugueteando con su lengua, al mismo tiempo que sus manos acariciaban la fuerte espalda de él, notando cómo se erizaba la piel a su paso.

—Hazme el amor —repitió mirándolo a los ojos.

Inflamado por el deseo, le quitó la blusa, dejando que fuese ella quien se deshiciera del sostén. Al ver su busto, pequeño, erguido y cremoso, se relamió. Ver a Violeta medio desnuda lo enloquecía. No tenía nada que ver con las mujeres con las que normalmente se acostaba. Ella era delicada, bonita y le encantaba que se le enrojeciesen las mejillas por el pudor.

Se colocó sobre ella, aplastándola con su peso y la besó de nuevo.

Estaba tan caliente, que empezó a trazar círculos con sus caderas, rozando su pene contra su sexo, todavía cubierto por los pantalones. La camiseta de Iker voló hacia una esquina de la habitación. Sus manos acariciaron el suave costado de ella y cubrieron sus senos, consiguiendo que sus pezones se endureciesen con el contacto.

Se deshicieron de los pantalones, quedando en ropa interior. El contacto de sus pieles era tan hipnótico y desprendían tanto calor, que los jadeos se hicieron audibles por la habitación.

Iker abandonó la boca de ella y bajó por su cuello, besando el lugar dónde se juntaba con los hombros. Acarició su sexo, por encima de las braguitas y las encontró mojadas.

—Oh, joder, estás empapada —gimió, cerrando los ojos con fuerza para

poder contenerse y no arrancárselas.

Loco de deseo, bajó los labios hasta su pecho y capturó un pezón entre sus dientes.

Violeta abrió la boca al notar las atenciones que recibía aquella parte de su cuerpo, tan sensible y delicada. La boca de Iker jugueteaba con él, mordisqueaba su pecho, lo succionaba y lo lamía como nunca nadie lo hizo. Era tan placentero y delicioso...

—Iker —jadeó agitando la cabeza hacia los lados, sin control. Estaba fuera de sí, tan caliente y mojada que apenas podía pensar con claridad. Lo único que retenía su cabeza era la imagen de él, tan apuesta e impresionante. Era el hombre de sus sueños, con el que siempre soñó de niña. Un buen hombre, sincero y caballeroso, que la hacía perder el control cuando la tocaba. Todo tan intenso y bonito... —. Iker, te quiero.

Aquellas palabras lo paralizaron. Alzó la cabeza lentamente de sus pechos y se la quedó mirando con fijeza. Lo único que pudo hacer fue tragar saliva e intentar pensar. Violeta rio por su reacción.

—Te quiero —repitió sonriendo abiertamente.

Él se levantó de encima, de la misma forma que lo hubiese hecho un hombre acostado sobre cien escorpiones. La miró sintiendo pánico. ¿Lo quería?

¡No, no! ¡No podía ser, no podía quererlo!

Los sentimientos no podían aflorar, no debía permitirlo por el bien de Violeta. Acabaría rota, destrozada, cuando la dejase.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella riendo, mientras se incorporaba de la cama—. ¿Nunca te han dicho que te quieren?

—No, no... Violeta tú no puedes... yo no quiero... —balbuceó sin saber cómo explicarse. Notaba su erección palpitar por las ganas de continuar. Era doloroso tenerla tan cerca y no tocarla.

—Ya te dije que no esperaba que sintieses lo mismo que yo tan pronto — lo tranquilizó. Se levantó de la cama, semidesnuda, y dio un paso en su dirección.

—No, tú no lo entiendes, no puede ser.

—¿Por qué? —Alzó una ceja y lo miró con curiosidad.

—No quiero que lo pases mal.

—¿Crees que lo estaba pasando mal? —rio divertida. Se acercó a su lado y juntó la cabeza a la de él, hasta que sus bocas quedaron muy cerca—. Me estabas haciendo disfrutar como nunca.

Iker retrocedió un poco más, volviendo a separar sus cuerpos.

—Lo mejor es que me vaya.

—¿Adónde? —preguntó ella frunciendo el ceño y dándose cuenta de que estaba hablando en serio.

—No lo sé, a despejarme. —Tragó saliva, la miró, y se recordó mil veces el por qué no debía hacerle el amor.

—No puedes dejarme así e irte como si no hubiésemos estado a punto de...

—Sí que puedo.

Ella se quedó con la boca abierta, sin creer que aquello estuviese ocurriendo de verdad. ¿Se quería ir? ¿Iba a dejarla a medias y con ganas de sexo?

—¿Qué te pasa, Iker?

—Nada, no me pasa nada —mintió sin querer mirarla, para que su pene dejase de latir por la necesidad de enterrarse en ella.

—Estábamos a punto de hacer el amor por primera vez... y te quieres ir.

—No estoy preparado —dijo, soltando la primera excusa que se le vino a la cabeza.

—¿Que no estás preparado? ¿Y me lo dice el mismo hombre que me pidió sexo la noche que nos conocimos? —lo interrogó alzando un poco la voz.

—No es lo mismo.

—No me lo puedo creer. ¿Me vas a decir qué es lo que he hecho para que hayas decidido marcharte?

—¡Nada, Violeta!

—¿Y por qué te vas? —preguntó gritando.

—¡Porque es lo mejor! —chilló él a su vez.

—¿Lo mejor para quién?

—¡Para ti, es lo mejor para ti!

—¡No veo por qué va a ser mejor que mi novio me deje a medias! ¡Explícamelo, porque no le encuentro lógica!

Iker notaba cómo la frustración subía. ¡Joder, si por él hubiese sido se la habría follado de todas las maneras posibles, de todas las posturas y tantas veces como su cuerpo se lo hubiese permitido! ¡Pero era un maldito gilipollas que se había prometido no hacerle daño!

Dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

—¡No, ni se te ocurra irte sin explicarme qué pasa! —le advirtió ella que no comprendía sus motivos. Por su cabeza pasaban tantas ideas a la vez...—,

¡es la segunda vez que te vas de esta manera!

Iker abrió la puerta y se la quedó mirando unos segundos, sin abrir la boca. Violeta se encontraba frente a él casi sin nada que cubriese su cuerpo, con el rostro ruborizado por la rabia y la respiración alterada. Estaba preciosa, tanto que tenía que obligarse a no regresar a su lado y quitarle el enfado a besos. Sin embargo, sabía que no era correcto hacerlo, y no lo haría. Le daba igual que su estómago se retorciese por las ganas, que su pene permaneciese erecto todo el día o que su pecho le quemase al ver su mirada suplicante. Había tomado una decisión y pensaba cumplirla, por su bien.

Apretando los labios, la miró por última vez y cerró la puerta al salir.

Cuando se quedó a solas, Violeta se sentó en la cama sin dejar de mirar por donde había desaparecido su novio. Se deshinchó. Toda la rabia desapareció y lo único que quedó en su cuerpo fue debilidad y congoja.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué Iker actuaba de esa forma?

Se sentía insignificante.

No había sido capaz de encontrar un trabajo, de contentar a su padre, de hacer nada provechoso con su vida y, para rematar, su novio, el hombre al que quería, no la deseaba como mujer.

No le parecía atractiva sexualmente. Tenía que ser eso porque, en todo lo demás, se llevaban bastante bien.

Sintió un gran vacío en el pecho al pensarlo, pues ella estaba loca por él, se derretía cada vez que la rozaba. La quemazón subió hasta su garganta y, sin saber qué hacer con su vida, se echó a llorar. Su cuerpo desnudo se convulsionaba por el llanto, se sentía temblorosa y vacía. Las lágrimas mojaron una buena parte de la almohada. Tras media hora llorando y sin saber qué hacer al respecto, se quedó dormida.

Al otro lado de la puerta, Iker la escuchaba llorar sentado contra la pared contigua de su habitación.

—No vayas, no vayas... —se repetía entre susurros.

Y, es que, las ganas de regresar al cuarto con ella, eran cada vez mayores.

Se sentía fatal cuando pensaba en que él mismo había provocado esa situación. Estaba llorando por su culpa.

Pero había hecho lo correcto, ¿no?

¡Sí, joder, era lo que tenía que hacer! Apartarse de Violeta y no mezclarse

demasiado en esa supuesta relación que tenían, porque era falsa. ¡Sí, falsa! ¡Él no quería nada con ella!, se auto convenció repitiéndolo sin parar, solo estaba con Violeta para poder aprovecharse de su buena fama. No había ninguna razón para que estuviese comiéndose la cabeza de ese modo. Ni dando vueltas a lo que debía sentir al haber sido rechazada por la persona que, supuestamente, la quería. Y mucho menos, tenía que sentir todo aquello que su cuerpo estaba experimentando. Ese fuego en el pecho, ese ardor en la entrepierna, esas ganas de tocarla y besarla, ni ese deseo desmedido por enterrarse en su cuerpo y limpiarle las lágrimas de sus preciosos ojos verdes.

Cerró los ojos y, sin pretenderlo, a su cabeza llegó el recuerdo de su cuerpo desnudo y complaciente, retorciéndose contra él con cada caricia. Sus labios suaves y juguetones, sus pechos erguidos y excitados por sus manos, sus caderas que se balanceaban para estar más cerca de él...

—¡Mierda! —gimió abriendo los ojos de golpe y levantándose del suelo, donde había permanecido casi una hora.

No podía seguir así, caliente y con la polla más dura de lo que la había tenido en su vida, por culpa de esa niña pija.

Tragó saliva y caminó hacia el salón. Solo había un hombre que podría ayudarlo en ese momento: su amigo Jack Daniel's.

Cogió la botella y una copa, echó una buena cantidad en ella y se sentó en el sofá con ambas en las manos. Las miró con detenimiento, lo pensó varios segundos y dejó el vaso en la mesilla auxiliar, para beber directamente de la botella.

CAPITULO 14

Paula todavía no podía creer que estuviese en aquel lugar con tan poco glamour. Sin embargo, había tenido que elegir entre quedarse en casa sin ningún plan a la vista o rebajarse un poco y pasar la noche lo mejor posible.

El bar en cuestión estaba en una barriada sin clase de Madrid. Era un pequeño local oscuro, donde sonaba música rock y la gente bebía cerveza y comía panchitos.

Sentía observada, y no sabía muy bien porqué. Su maquillaje era perfecto, su peinado no se había movido del sitio, su conjunto de Dior en color rojo sangre era ideal, con un pañuelo a juego atado al cuello, y sus Jimmy Choo eran nuevecitos. No había nada en ella que fallase. De hecho, podría comprar el bar, si le apeteciese, con tan solo uno de sus zapatos.

Aunque, claro, ¿qué podía esperar de gente con tan poca clase como aquella?

Cada vez estaba más convencida de que había sido un error. Paula de la Fuente no pintaba nada en medio de aquel gentío cervecero. Su lugar estaba en los clubs de la Moraleja y barrios elitistas, y no en aquel antro.

Para colmo de males, su acompañante era impuntual.

Se levantó de su asiento, dispuesta a irse de aquel lugar, cuando sintió una mano en su hombro. Dio un respingo por el susto y agarró su bolso con fuerza, por si era algún ladrón y pensaba robárselo.

—Siento llegar tarde, no me arrancaba el coche. —Vasile le sonrió y se sentó frente a ella, apreciando con la mirada lo preciosa que iba esa noche. Señaló la mesa vacía y le sonrió—. ¿No has pedido nada para beber?

—No, de hecho, ya me iba —dijo Paula haciendo un gesto aburrido con los labios.

—Pero si acabas de llegar.

—Sorry, baby, yo llegué hace quince minutos y bastante he esperado.

Vasile alzó la mano para que el camarero se acercase.

—Venga, tómate algo antes. No me dejes tan pronto. —Le guiñó un ojo—. ¿Qué te apetece tomar? Yo invito.

Paula suspiró y puso los ojos en blanco. Asintió finalmente con cansancio.

—¿Tienen Moët Chandon?

—Lo dudo mucho.

—¿Dom Perignon?

—No creo —rio él.

—Al menos habrá Mumm Cordon Rouge.

—Yo apostaría a que no.

Paula abrió los ojos, asombrada.

—O sea, entonces, ¿qué bebéis vosotros en estos bares?

El camarero llegó a su lado y sacó una libreta.

—¿Qué os pongo, chicos?

—Dos cervezas —dijo Vasile sonriendo al ver la cara de asco de Paula.

—¡Porfaplis! Pero qué cosa más vulgar, ¿yo bebiendo cerveza?

Vasile cerró los ojos con fuerza, como si se acabase de dar cuenta de su error.

—Tienes razón, no sé en lo que estaba pensando. —Llamó la atención del camarero y la señaló—. La suya que lleve limón.

La cara de ella era un poema.

—Esto es como que muy fuerte, ¡súper hiper fuerte! —Se tapó la cara, pues no quería que nadie la reconociese y menos bebiendo una simple y asquerosa cerveza.

Vasile le sonrió y apoyó los brazos sobre la mesa.

—Ya había perdido las esperanzas de que me llamas. Me llevé una gran sorpresa cuando lo hiciste esta mañana.

—Sí, sí, pero no te hagas ilusiones, niño, no tenía planes y tú fuiste mi última carta —reconoció sin importarle lo que pensase sobre ella.

—Da igual, estás aquí conmigo y eso es lo que importa.

Paula se concentró en Vasile. Llevaba un polo a rayas en tonos azules, unos pantalones vaqueros rotos por las rodillas y unas playeras de goma que únicamente se agarraban a su pie por uno de los dedos. Era una indumentaria tan descuidada y juvenil que se sintió todavía más fuera de lugar, pues ella era la elegancia personificada. Sin embargo, aparte de eso, tenía que reconocer que Vasile estaba guapo. Su piel había cogido algo más de color que cuando se vieron por última vez y el moreno le sentaba de vicio.

El camarero les llevó sus bebidas y los dejó de nuevo a solas.

Con aprensión, cogió la botella y se la llevó a la boca. Paladeó la cerveza e hizo una mueca de desagrado.

—Mon dieu, es horrible.

—Qué va, tienes que pillarle el gusto —comentó dando un gran trago a la suya, paladeándola con placer.

Sonrió abiertamente mientras daba otro trago a su cerveza.

—No sé por qué estás tan contento. Este bar es feo, la gente deja mucho que desear, la música very crazy y la carta de bebidas es muy pobre.

—Pero tengo una cita contigo.

—¡No, para nada es una cita, baby! Estoy aquí porque no tenía planes. — Dio otro trago y la mueca de aprensión fue la misma—. Si alguien hubiese estado disponible, no habría venido a esta... caquita de bar.

—Ya cambiarás de opinión. Salir de la zona de confort cuesta. La próxima vez será mejor.

—¿Próxima vez? —rio y se mesó su bonito pelo rubio—. Sweetie, no habrá próxima vez.

—¿Quieres apostar? —preguntó alzando una ceja en un gesto seductor.

—No, porque perderías, y no quiero aprovecharme de mi ventaja.

—Quedarás conmigo y acabaré gustándote. Serás mi chica.

La carcajada de ella sonó por todo el local. Paula se llevó una mano al pecho y lo miró con sorna.

—¿Really acabas de decir eso? —se carcajeó de nuevo—. Never in my life saldría contigo, ya te lo dije.

—Lo estás haciendo.

—Esto no es una cita, ha ocurrido por aburrimiento.

—Pero te gustará —la contradujo muy seguro de sí mismo—. Vuelvo a hacerte la misma pregunta: ¿Quieres apostar?

Paula miró a aquel jovencito, tan convencido de sus posibilidades, y asintió. Se iba a enterar el niño bonito aquel. Cuando terminase con él, acabaría llorando en las piernas de su mamá.

—Ok, apostemos. Obviamente vas a perder. —La sonrisa de Vasile iluminó el local, estrechó la mano de Paula para formalizar la apuesta y lo celebró dando el último trago a la cerveza. Ella lo imitó y la cara de asco al notar el sabor de la cerveza no se hizo de esperar—. Pues, venga, dime qué hacéis los chicos de tu edad para divertirlos. ¿Quemáis contenedores, hacéis carreras de moto, robáis bebida en las tiendas?

—¿Tengo cara de delincuente?

—No lo sé, o sea, no te conozco —dijo ella, con voz desagradable. No pensaba perder esa apuesta. Vasile acabaría tan harto de ella que jamás

volvería a llamarla—. ¿Eres un delincuente?

—Siento tirar por los suelos tus fantasías, pero no. Solo soy un estudiante que trabaja para pagarse la carrera.

—Recogiendo caquitas de perro —resopló ella al recordarlo. Se quitó el pañuelo del cuello y lo dejó sobre la mesa.

—Exacto. Y no te olvides de que también sirvo copas en el club al que sueles ir. —Se acercó un poco a ella y le susurró, algo molesto—. Soy pobre, pero honrado. Mucha gente con la que bailas y ríes en ese club, no puede presumir de lo mismo.

—¿Y tú qué sabes con quién bailo yo, baby?

—Siempre te miro —admitió con una sonrisa—. Eres muy guapa.

Ella apretó los labios para no sonreír y bebió de su cerveza.

Se centró en él. En su rostro aniñado, en sus ojazos azules y en su sonrisa de pillo.

—¿Eres el típico rompecorazones que tiene a una chica cada semana?

—¿Yo? —Rio y negó con la cabeza—. ¿Por qué preguntas eso?

—Obvio, eres mono, súper simpático y tienes don de palabra. Seguro que llevas locas a todas las niñas de tu barrio.

—Pues, no lo sé. Tendrás que preguntarles a ellas.

Paula puso los ojos en blanco.

—¿Really? Venga, sweetie, no eres tonto, sabes que eres un chico atractivo.

—Bueno, he tenido mis líos, si te refieres a eso —comentó encogiéndose de hombros—. No soy un santo.

—Tienes cara de mujeriego.

Vasile entrecerró los ojos y miró a Paula, que sonreía sin parar.

—¿Por qué te interesan tanto mis ligues?

—¿No querías que nos conociésemos mejor? Pues, este me parece un tema súper ideal.

—¿Y tú? —contraatacó él—. Háblame de tus rollos.

—¡Una dama never hablaría de sus ex! Además, estoy esperando a que llegue mi príncipe azul. Un hombre que me trate como a una queen, que me mime y me consienta.

—Ese puedo ser yo, ¿no te has parado a pensarlo?

—¿You? —preguntó con voz chillona y se echó a reír—. Contigo sería una reina, sí, pero la reina del rastro. —Le dio unas palmaditas en el hombro y le sonrió—. No, love, ese no eres tú.

—No hables antes de tiempo porque podrías equivocarte —comentó con seguridad.

—Baby, tendrías que madurar y darte por vencido de una buena vez.

El teléfono móvil de él sonó. Se lo sacó del bolsillo y contestó a la llamada, dejando a Paula en segundo plano. Al colgar, maldijo en silencio y se fijó en la preciosa mujer que tenía enfrente.

—¿Ocurre algo malo? —se interesó ella al ver su cara.

—Me jefe me ha llamado, tengo que estar en el club en media hora porque doblo la jornada. Tengo que irme. —Se levantó de su silla y se acercó a la barra para pagar las cervezas. Regresó junto a ella y se encogió de hombros—. Siento tener que irme así. Ojala pudiese quedarme aquí contigo.

Ella chasqueó la lengua, con fastidio. Por esa razón no quería salir con hombres humildes. El trabajo era lo primero de todo y ocurrían estas cosas.

—Muy bien, ve.

Vasile se acercó y le dio un beso en la mejilla, antes de que Paula pudiese reaccionar. Al ver la cara de asombro de ella, sonrió.

—Espero tu llamada.

—Ya te he dicho que no voy a llamar, perderás la apuesta.

—Llamarás.

Dio media vuelta y caminó por el bar para marcharse al trabajo.

Al verlo caminar, Paula lo imitó. Cogió su bolso, se lo puso sobre el hombro y buscó su pañuelo, el cual había dejado sobre la mesa. Al no encontrarlo, miró por el suelo.

—¡Jopetas! ¿Dónde...

—¡Eh! —La voz de Vasile resonó desde la otra parte del local. Alzó la mano y le enseñó la prenda en cuestión—. ¿Es esto lo que buscabas?

—¡Mi pañuelo! —exclamó Paula alucinada—. Devuélvemelo.

—Si lo quieres, llámame. —Le guiñó un ojo, dio media vuelta y salió del recinto, dejándola con la boca abierta.

No podía ser. Ese Vasile era un sinvergüenza, un descarado y un... un...

Sin poder evitarlo, sonrió. Estaba claro que ese chico sabía lo que quería y no paraba hasta conseguirlo.

Chasqueó la lengua y se quedó pensando en la apuesta: Vasile uno, Paula cero.

Iker apretaba la mandíbula mientras que intentaba tragar el último sorbo que quedaba de alcohol en la botella. Habían pasado dos horas desde que abandonase la habitación de Violeta, y su cuerpo todavía se encontraba en tensión. Ni Jack Daniel's pudo hacer que olvidase a la mujer que se encontraba al otro lado de la pared.

Durante el tiempo que estuvo sentado en el sofá, mil ideas pasaron por su mente. La primera fue llamar a Marisa, o a cualquier otra, sin embargo, el pensamiento de tocar a una mujer que no fuese Violeta, no le atraía. Su cuerpo la deseaba a ella. La segunda idea fue la de abandonar la casa y dar un paseo para serenarse, aunque cuando se le ocurrió iba tan perjudicado por la bebida que apenas se mantenía erguido. La tercera, y la que todavía no podía sacarse de la mente, era regresar con ella. Entrar a su habitación. Follar, hacerla gritar de placer.

—Oh, Dios —gimió notando que su polla volvía al ataque. Se llevó de nuevo la botella a los labios, pero apenas cayeron dentro de su boca unas pocas gotas.

La deseaba. Se sentía culpable por hacerlo de esa forma tan intensa, pero lo hacía, no podía evitarlo, era algo superior a él. Esa mujer sacaba a la luz facetas de él que desconocía. Jamás se preocupó por las emociones femeninas, jamás tomó en cuenta sus deseos, jamás... sintió aquello que le quemaba dentro del pecho cuando discutían.

Jamás se sintió tan estúpido y débil frente a nadie.

Alzó la cabeza y notó que el salón daba vueltas. Había bebido mucho. Aunque no lo suficiente como para pensar en qué estaría haciendo ella en esos momentos. Fijó su mirada en la puerta de su habitación, cerrada tras su marcha. Los sollozos parecían haberse acabado.

¿Estaría despierta? ¿Seguiría esperándolo? ¿Querría verlo siquiera?

¿Sería demasiado arriesgado asomarse unos segundos para comprobarlo?

Su cerebro, envalentonado por el alcohol, lo hizo levantarse del sofá. Caminó por el pasillo, agarrándose a la pared para no trastabillar. Apoyó la oreja en la puerta y se quedó en silencio, escuchando. Aunque del interior no salió ni un sonido.

Iker agarró el pomo y, tragando saliva, lo giró.

Abrió y dio un par de pasos hacia el interior de la habitación.

Allí encontró el cuerpo de Violeta sobre la cama. Seguía vestida únicamente con la ropa interior y, por los movimientos suaves de su estómago pudo comprender que estaba dormida, pues tenía la cabeza bajo la almohada.

Recorrió su cuerpo un par de veces más, sintiendo que su propia respiración se aceleraba. Tocó su brazo. Era una acción tonta, porque podía despertarla, lo sabía, sin embargo, el deseo de rozarla era tan fuerte que no pudo contenerse. Aunque no se quedó ahí. Se sentó a su lado, poco a poco, para no moverla demasiado y se recostó a su lado. Acercó la nariz a su cabello y aspiró el agradable olor a flores que desprendía.

No debía quedarse demasiado tiempo allí, lo sabía. Había entrado solo para mirarla y había terminado tumbado junto a ella.

Casi de improviso, Violeta dio media vuelta y colocó su cuerpo frente a él.

—¿Qué estás haciendo otra vez aquí?

—No lo sé —respondió Iker con sinceridad.

Al recibir la contestación, arrugó la nariz al percibir el olor del alcohol.

—¿Has estado bebiendo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tampoco lo sé.

Ella bajó la mirada y suspiró, cosa que no le pasó desapercibida a él. Bajo sus ojos se podían apreciar unas profundas ojeras, causadas por el llanto.

La había hecho llorar, era un gilipollas que estaba causándole dolor.

—Lo siento —se disculpó de repente.

—¿Lo sientes, por qué?

—Has llorado, no era mi intención hacerte daño.

—¿Cómo quieres que reaccione al darme cuenta de que mi novio no me desea? —le interrogó con temblor en la voz.

Iker negó con la cabeza de forma rápida.

—No, no, ¡te deseo, claro que lo hago! ¡No sabes cuánto, joder!

—Si lo hicieras no te habrías ido.

—Me fui porque te respeto y no quiero hacerte daño.

—¡Yo no quiero que me respetes tanto, quiero que actúes como lo haría un novio! —dijo alzando la voz—. Quiero que me toques, que me digas que te vuelvo loco, que... me hagas el amor. —Sonrió con tristeza y lo miró a los ojos—. Pero claro, estas cosas no tendría ni que decirlas. Si de verdad me deseases, lo harías.

Él, sin poder aguantar más sus palabras, le agarró la mano y se la colocó sobre su pene, duro por las ganas de introducirse en su cuerpo. Los ojos de ella se abrieron, asombrados.

—¿Lo ves? Voy a explotar si sigo más tiempo junto a ti y no acabo lo que empezamos.

—Pues, hazlo.

—Prometí no hacerte daño.

—¿Por qué ibas a hacerme daño, jopetas? ¡Explícamelo porque no lo entiendo!

—¿No lees las noticias sobre mí? ¿Todo lo que dice la prensa?

—Eso fue en el pasado —le sonrió—. Has cambiado. Lo supe el mismo día que te conocí.

—No sabes nada —respondió con tristeza.

—Sé que te quiero —comentó sin poder dejar de sonreír. Alzó una mano y le acarició la mejilla rasposa—. Y... a lo de no tocarme... me da igual. Porque voy a ser yo la que te toque. Si tú no quieres hacerme el amor, seré yo la que te lo haga a ti —susurró juntando sus labios con los de él.

Lo besó con ternura, entrelazando los brazos alrededor de su cuello. Iker se abandonó al beso, notando que millones de estremecimientos se apoderaban de su estómago.

—Violeta, no...

—Shshsh, no hables más, solo siente —dijo contra su boca.

Iker vibró cuando profundizó el beso. Sus bocas se complementaban de una forma tan perfecta, que les provocaba un placer inenarrable. Acarició el fuerte torso de él, sintiendo cómo se contraía cada músculo al paso de sus dedos.

A pesar de que Iker le sacaba más de una cabeza de altura, allí, acostados, se sentía poderosa por las reacciones de él. Sus manos se acariciaban, deseosas de dar placer y recibirlo.

Violeta le quitó la camiseta y besó su pecho, bajando, y dejando una estela de besos a su paso, hacia su vientre, mientras él jadeaba con los ojos cerrados. Su miembro explotaría por las ganas de introducirse dentro de ella. Sus pantalones volaron junto con su camiseta y Violeta cogió entre sus manos el esplendoroso y grueso pene, por el cual resbalaba una pequeña gota de semen debido a la excitación. Era suave, grande y estaba inflado de deseo. Se relamió y miró a Iker, que no le quitaba ojo de encima mientras que su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético.

Bajó la boca hacia el pene y lamió su glande, logrando que él soltase un aullido. Sonrió al ver su reacción y continuó atormentándolo, utilizando a la vez la mano. Se lo introdujo en la boca y bombeó con ella, mientras su chico

alzaba las caderas al mismo ritmo.

—Oh, Violeta, me estás matando, joder —gimió agarrándola por el cabello y sintiendo que todo a su alrededor había desaparecido—. Es tan bueno...

Estaba tan caliente, que la agarró por las axilas y la alzó, para recostarla de espaldas sobre la cama. Quería compensarla por lo que acababa de hacer. Sin embargo, ella lo empujó.

—No.

—¿No? ¿Por qué? —preguntó sin comprender.

Se levantó de nuevo para que él volviese a tumbarse.

—No querías tocarme, ¿recuerdas? —Sonrió—. Así que, ahora voy a ser yo la que decida cómo quiero hacerlo.

Iker sonrió y la miró con reverencia. Tragó saliva al verla todavía vestida con la ropa interior y asintió. Tenía unas ganas locas de arrancarle las bragas.

Violeta subió a horcajadas sobre él y comenzó a besarlo. Fue el beso más erótico de sus vidas, una explosión de lujuria que los catapultó a un placer puramente animal, en el que primaban los sentidos y la necesidad de gozo.

Movía las caderas rozando su sexo contra la dura protuberancia de Iker, que parecía a punto de gruñir igual que un oso, por las ganas. Dejó de besarlo y se llevó las manos al cierre del sostén, quitandoselo y arrojándolo al suelo. Miró a su chico a los ojos y se acarició los senos, mientras sus caderas trazaban círculos, rozando aquellas partes tan sensibles de los dos.

Él alzó una mano y atrapó un pecho, pellizcando el pezón y haciéndola morderse el labio inferior mientras echaba la cabeza hacia atrás.

—Quítate las bragas —le ordenó, sin poder dejar de tocar su suave piel.

—Todavía no.

Iker gimió y apretó los dientes al escuchar la respuesta.

—¿Esto es un castigo por lo de antes?

—Es posible. —Sonrió y lo besó en los labios introduciendo su lengua en su boca.

—No puedo aguantar más.

—Sí que puedes.

—Voy a explotar.

—No lo harás, hasta que no estés dentro de mí. —Le mordió el lóbulo de la oreja y sopló dentro de ella, para luego continuar bajando por su cuello, dejando un rastro de besos y lametones por él.

—O te las quitas... o no respondo de mis actos —le advirtió. La rodeó

con los brazos y apoyó las manos en el trasero de ella, masajeándolo, deslizando un par de dedos entre sus muslos y acariciando la abertura de su vagina trazando círculos a su alrededor.

Ella cerró los ojos y jadeó.

—¡Ah, sí!

—Quítate las bragas, Violeta.

—No, todavía no.

—Muy bien, te lo advertí.

Cogiéndola por la cintura, la recostó de espaldas a la cama, cambiando las tornas. Paseó rápidamente los ojos por su cuerpo y agarrando las braguitas, se las arrancó, logrando que lanzase un pequeño grito. Sin darle tiempo a reaccionar, la abrió de piernas y la penetró de un empujón. Gritaron al sentir aquel indescriptible placer y se quedaron muy quietos, mirándose a los ojos con fijeza. Iker la besó con un ardor que hasta a él le sorprendió y comenzó a moverse en su interior con fuerza, embistiendo rápido y profundo.

A partir de entonces, su mundo se convirtió en niebla. Parecían estar dentro de una burbuja en la que nada parecía real. Se agarraban al otro con fuerza. Su piel era lo único que tenían de conexión con la realidad. Fue tan mágico e intenso, que los ojos de Violeta se llenaron de lágrimas.

Al verla, Iker dejó de penetrarla, preocupado. Le acarició la mejilla y la besó en los labios.

—¿Te estoy haciendo daño?

—No, no, es... solo... que es perfecto.

La sonrisa de él no se hizo esperar. La besó con ansias y asintió, de acuerdo con sus palabras.

—Sí, perfecto.

—Te quiero —declaró una vez más, acercando su cara para darle un nuevo beso en los labios. Al acabar, sonrió—. Sigue, por favor.

Él así lo hizo pero esa vez, sus movimientos no fueron frenéticos como antes. Bombeaba en su interior con parsimonia, pero muy profundamente, sin dejar de contemplar las expresiones de placer de Violeta. Así, ruborizada, desnuda y unida a él tan íntimamente estaba tan bonita...

El clímax los dejó exhaustos. Iker apoyó todo el peso sobre el cuerpo de ella, mientras la besaba con glotonería, abrazados. Había sido una primera vez inolvidable para ambos, incluso tenía que reconocer que Violeta lo había sorprendido. Desde que la conoció, había esperado que fuese de esas mujeres delicadas y gruñonas en la cama, de las que no querían despeinarse, sin

embargo, le había demostrado lo equivocado que estaba, era toda una leona. Su cabeza bloqueó cualquier sentimiento de culpabilidad en cuanto a lo que decidió con respecto a ella. Había ocurrido, a pesar de sus intentos por evitarlo, la atracción los llevó hasta el coito. Quizás, al siguiente día se sintiese un hombre perverso por haberle hecho el amor a pesar de la situación, sin embargo, esa noche, solo podía pensar en la impresionante relación sexual que habían practicado y en la preciosa mujer que tenía bajo su cuerpo, mirándolo con adoración.

Se hizo a un lado, apoyando la espalda en la cama y atrajo a Violeta para que apoyase la cabeza sobre su pecho. Se abrazó a él y sonrió. Estaba feliz, muchísimo.

Había sido una noche muy extraña, tenían que reconocerlo, aunque el final... había merecido la pena. Todavía desnudos, con las respiraciones alteradas y saciados, se quedaron dormidos.

CAPITULO 15

Carla Mancini se recolocó el vestido antes de entrar al selecto club del que todo el mundo hablaba. Esa noche tenía un plan que debía llevar a cabo, y no iba a fallar.

Había pasado toda la semana pensando en cómo proceder para poder desenmascarar a Iker Martínez y, después de la llamada de una de sus amigas, tenía muy claro qué hacer.

Acompañada de Lorena, paseó por el local, saludando a su paso a varios de sus conocidos y fans de su última colección de ropa veraniega.

Como de costumbre, se hizo un par de fotos que luego subió a sus redes sociales, para contentar a sus millones de seguidores. Tomaron asiento en uno de los reservados y el camarero les trajo sendas bebidas mientras ellas buscaban con la mirada a la persona en cuestión.

—¿Seguro que vendrá? —preguntó Lorena, cansada de mirar hacia todos los lados y no encontrarla.

Ella asintió y dio un trago a su bebida.

—Segurísimo, mi amiga dijo que lo haría.

—Pues, yo aquí no veo a nadie que se le parezca.

—Tranquila, flor, la paciencia es lo primero.

—¿Y qué piensas decirle? No creerás que va a confesar cuando se lo preguntes. Esa tía es una de sus amantes, lo encubrirá hasta la muerte.

—Lo sé —respondió con indiferencia. Se peinó el flequillo y sonrió con tranquilidad—. Pero tengo un as bajo la manga.

Lorena rio y puso los ojos en blanco. Carla era una caja de sorpresas y estaba deseando saber qué se traía entre manos.

—En fin, ya me dirás lo que es porque yo ya no...

—¡Chist! ¡Calla! Por ahí viene —la avisó la italiana para que dejase de hablar.

—Aunque gritase, con el gentío que hay aquí, no me oiría.

—Sí, sí, pero tú disimula.

—¿Disimular? ¿Y qué se supone que tengo que hacer? Esa tía no me

conoce, ni sabe de nuestras intenciones.

—¡No la mires!

—Lo estás haciendo tú.

—Es parte del plan.

—¿Tu plan consiste en que te vea mirarla? ¿Así es como quieres que confiese, asustada por tu mirada fulminante? —se carcajeó Lorena, negando con la cabeza.

—No, y cállate, me desconcentras.

Lorena hizo exactamente lo que Carla le pedía. Bebió de su copa y cogió su teléfono móvil para revisar sus redes sociales.

Concentrada en su víctima, Carla no le quitó la vista de encima.

Conocía a Marisa. Sabía que Iker le había sido infiel con ella, al igual que lo estaba haciendo con Violeta Parrish.

Tenía que reconocer que era una mujer imponente. Alta, piel de porcelana, pelo negro, cuerpo exuberante... Era el sueño de todo hombre.

Había llegado acompañada por unas amigas, todas ellas vestidas para matar, con vestidos muy cortos y ajustados. El de Marisa en cuestión era color champagne, con una enorme abertura en el escote. La amante de Iker reía, hablaba con unos y con otros, coqueteaba descaradamente y bebía sin parar.

Carla apretó la mandíbula y entrecerró los ojos.

Esa tía era una puñetera destroza relaciones. Sabía que la mayoría de hombres de la sala estaban casados, pero le daba igual.

—Mírala, es una arpía en toda regla.

Lorena alzó la cabeza y resopló.

—¿La miro o no la miro?

—¡No! Lo decía en sentido figurado.

—Necesito tu libro de instrucciones, porque no hay quien te entienda, mona.

—A esa tipa le dio igual que yo estuviese con Iker, y le da igual que Violeta lo esté ahora. —Carla alzó la cabeza, mirándola con tal fijeza que la propia Marisa se dio cuenta de ello—. Pero yo voy a hacer que aprenda la lección de que no hay que follar con hombres ajenos.

La amante de Iker tragó saliva al ver a la mismísima Carla Mancini observándola sin apartar los ojos ni un momento. Recordaba la ruptura entre ellos y el escándalo que armó la diseñadora por todos los medios de comunicación. No sabía por qué había ido al club que frecuentaba, sin embargo, no iba a dejar que la hija del gurú de la moda italiana la achantase.

Ella era soltera y podía hacer lo que le diese la gana. Si su ex novio la había ido a buscar, era culpa suya y de nadie más.

Giró y le dio la espalda. Esa mujer no iba a amargarle la noche, por muy influyente y poderosa que fuese. Continuó hablando con sus amigas, riendo y bebiendo. Pero aunque se prometió no hacerlo, su vista regresaba de vez en cuando a ella, que seguía sin quitarle la vista de encima. Y, eso, la ponía nerviosa, hasta tal punto que se empezó a enfadar.

Casi una hora más tarde, por el rabillo del ojo, vio a Carla levantarse de su asiento y caminar hacia ella. Marisa, apretó los labios y la encaró justo en el mismo momento que llegó a su lado.

Al hacerlo, Carla le sonrió.

—Hola, ¿sabes quién soy? —le preguntó la italiana con simpatía.

—¡Claro que sé quién eres! —escupió—. La hija de Pietro Mancini.

Carla se llevó una mano al pecho y fingió sorpresa.

—¡Vaya, pues, yo no tengo el placer de conocerte!

—Ah, ¿no? —Marisa frunció el ceño. ¿No sabía quién era? ¿No la había reconocido?—. Y, si no me conoces, ¿por qué llevas toda la noche mirándome? —la interrogó con desagrado.

Carla volvió a sonreír y le puso una mano en el hombro.

—¡Ay, flor, perdona! No era mi intención —mintió—. Es que... te he visto y... no puedo dejar de preguntarme si te interesaría trabajar conmigo.

—¿Cómo? —La boca de Marisa se abrió por el asombro—. ¿Yo?

—Sí, me parece una mujer espectacular. ¿Puedes dar una vuelta para que te vea mejor?

Marisa asintió, alucinada, e hizo lo que le pedía.

—¡Brillante! —la alabó, actuando como la mejor actriz del mundo—. ¡Eres divina!

—Gra... gracias —añadió Marisa muy confundida.

—No sé si te parecerá una locura, pero me gustaría que fueses la imagen de mi próxima línea de ropa.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás hablando en serio?

—¡Sí, claro! Aunque, primero tendrás que venir a unas cuantas citas para ver si realmente encajas con la ropa. Porque, este lugar no es del todo adecuado para cerrar la oferta.

—¡No hay problema!

—Y tendrás que firmar un contrato de exclusividad.

—Por supuesto —dijo de inmediato. Estaba tan contenta e ilusionada

porque la mismísima Carla Mancini se hubiese fijado en ella...

Carla sacó de su bolso una pequeña libreta y un bolígrafo. Se puso a apuntar y frunció el ceño.

—¿Me habías dicho tu nombre?

—No, no, lo siento —rio con nerviosismo—. Soy Marisa Jiménez.

—Ok, Marisa. —Le volvió a sonreír con simpatía y le tendió la libreta—. ¿Me podrías apuntar tu número de teléfono? En cuanto tenga un poco de tiempo libre te llamo y comenzamos todo el proceso.

Ella asintió súper contenta y escribió su número, repasándolo varias veces para asegurarse de haberlo escrito correctamente. Cuando acabó le devolvió la libreta.

—Grazie, perla. Prometo llamarte pronto.

Marisa la abrazó, tan emocionada que no podía creérselo.

—Gracias a ti, por favor. Y disculpa mi comportamiento del principio.

—No hay nada que perdonar. —Carla saludó a Marisa con un par de besos y dio unos pasos hacia atrás—. Marisa, tú y yo vamos a hacer grandes cosas juntas, créeme.

Dejando a la amante de Iker dando saltitos y celebrándolo con sus amigas. La italiana miró su número de teléfono y lo guardó en el bolso como si de un tesoro se tratase. Ojeó de nuevo a la chica, metida de lleno en la celebración de su supuesto nuevo trabajo, y frunció el ceño, fulminándola.

—Sí, Marisa —habló para sí misma—, voy a hacer grandes cosas gracias a ti, pero tú todavía no lo sabes. Esto va por mí, por Violeta Parrish y por todas las otras chicas a las que tu amante engañó.

Violeta despertó a causa de un movimiento a su lado.

Abrió los ojos y contempló a Iker dormir. Estaba amaneciendo y el sueño todavía se cebaba con ella. Estaba acostumbrada a despertar mucho más tarde. Sin embargo, después de la noche que acababan de compartir, no podía volver a cerrar los ojos. Había sido todo tan intenso y bonito... que no quería moverse ni un centímetro, por temor a despertarlo y que decidiese levantarse. No, no quería. Le apetecía estar un poco más a su lado y disfrutar de esa fuerza que desprendía, incluso dormido.

Paseó los ojos por su cara. Por sus facciones fuertes y apuestas que la habían vuelto loca desde que se vieron por primera vez. A veces, lo miraba y

no se podía llegar a creer que semejante hombre se hubiese fijado en ella.

Alzó una mano y acarició su torso. Perfecto. No había nada en él que mejorar.

Iker se removió en sueños y la abrazó, quedando sus caras tan cerca que Violeta no pudo aguantar las ganas de darle un suave beso en los labios. Inmediatamente, él sonrió y abrió los ojos. Al reconocerla, se puso algo más serio. Le había hecho el amor a la mujer con la que se prometió no hacerlo.

Bajó un poco la mirada y la encontró todavía desnuda, como lo estaba él. Algo en su interior se removió al recordar los besos compartidos horas atrás, el intenso placer que lo había hecho gritar y disfrutar como nunca, cuando sus cuerpos se fundieron en uno. Su suavidad, sus ganas de complacerlo, su entrega.

Debería de haberse sentido ruin, una mala persona, sin embargo, no lo hacía. Se encontraba tranquilo, como si aquello fuese lo que le faltaba por hacer en su vida.

Violeta le sonrió y su corazón comenzó a latir con mucha fuerza. Estaba tan sexy y bonita al despertar...

—Buenos días —susurró ella, acercando sus labios para volver a besarlo.

Él la rodeó con sus brazos y se abandonó al beso, notando que su pene despertaba junto con el resto de su cuerpo.

—Buenos, muy buenos —Sonrió él al separar sus bocas.

—¿Has dormido bien?

—Como un niño —reconoció. Hacía casi un año que no disfrutaba de un sueño tan profundo—. ¿Y tú?

—Me duele un poco la espalda, esta cama es algo pequeña para los dos.

—Podrías haberme despertado. Me hubiese ido a la mía.

—¿Te hubieses ido de verdad? —preguntó ella, alzando una ceja—. ¿Me habrías dejado sola?

—Si me lo hubieses pedido, lo hubiese hecho.

Violeta bajó la mirada y se puso algo más seria. No esperaba esa respuesta. ¿De verdad la hubiese dejado después de lo maravilloso que fue hacer el amor juntos?

Iker se dio cuenta de su reacción y le cogió la barbilla, para alzarle la cabeza y poder mirarla a los ojos.

—No soy tan romántico como esperabas, ¿verdad?

—No, no lo eres. Esperaba que tu respuesta hubiese sido otra.

—Estoy acostumbrado a otro tipo de relaciones. Las de pareja me vienen grandes.

—¿Acostumbrado? —Violeta rio con tristeza—. No es cuestión de costumbre, sino de sentimientos. Cuando se siente, las acciones y las contestaciones salen solas, sin parecer forzadas o falsas. —Lo miró con fijeza varios segundos y suspiró—. A veces, creo que no fue una buena idea venir a vivir aquí, contigo.

Aquellas palabras le produjeron a Iker una sensación de vacío en el estómago. Tragó saliva y la besó en los labios. No sabía por qué había tenido ese impulso, pero algo dentro de él le empujaba a hacerlo, a retenerla a su lado. Si lo pensaba con frialdad, ese hubiera sido el momento ideal para terminar con todo, para animarla a que se fuese, sin embargo, aquella posibilidad ni siquiera pasó por su cabeza. Lo único que escuchaba en su interior era una voz que le decía: un poco más de tiempo con ella, solo un poco más a su lado.

—¿No eres... feliz en mi casa?

—Lo soy... —asintió con una débil sonrisa—... a veces. Ha pasado casi un mes desde que vine aquí y siento que apenas te conozco más de lo que lo hacía antes.

—¿Y por qué no me preguntas lo que quieres saber?

—Porque casi nunca estás aquí, y cuando lo estás... te noto distante, como si tocarme fuese un gran pecado. Si no, fíjate ayer. No entiendo muchas cosas de las que haces o dices acerca de no hacerme daño.

Iker apretó los labios y suspiró.

—Ya te he dicho que no soy bueno en esto de las relaciones. Mi intención no es hacerte sentir mal, sino todo lo contrario.

—Jopetas, pues podrías cambiar de táctica, porque esa no funciona.

Las carcajadas de Iker no se hicieron de esperar. Se echó a reír, contagiando a Violeta con él. Al terminar, la miró a los ojos y juntó sus frentes, para acabar dándole un sensual beso en los labios, que los dejó jadeantes y con las respiraciones muy alteradas.

Él se relamió la boca cuando se separaron, le acarició la mejilla y le sonrió.

—Venga, pregunta lo que quieras.

—¿Ahora? —Alzó las cejas, asombrada.

—Sí, ahora. Pregúntame lo que quieras saber, prometo contestar con la mayor sinceridad posible.

Ella le sonrió.

—No voy a someterte a un tercer grado. Solo quiero saber quién es Iker Martínez. —Le acarició el hombro y prosiguió—. Pero Iker Martínez la persona, no el actor. ¿Quién hay detrás del personaje? Apenas conozco nada de ti.

Él la rodeó por la cintura y la pegó a su cuerpo. Apoyó el mentón sobre su cabeza y se humedeció los labios.

—Soy el hijo pequeño de una familia bastante humilde. Según mi madre, el único de los tres que vino por sorpresa, porque me tuvo con casi cuarenta y ocho años. —Rio al recordar que su madre se lo recordaba de niño cada vez que hacía alguna travesura—. Tengo dos hermanos fantásticos a los que no merezco ni en broma: Ana y Juan.

Violeta asintió. Al menos conocía a un miembro de su familia.

—Ana es preciosa. Tus padres tuvieron unos hijos muy guapos.

Iker cerró los ojos al recordar que a la que realmente había conocido había sido a Marisa. Intentó llevar su historia por otro lado, para que la imagen de ella se borrara de la mente de Violeta.

—Crecí en La Latina, donde mis padres vendían víveres en una pequeña tienda que ni siquiera era suya. Todavía recuerdo el llanto de mi madre cuando no conseguían vender lo suficiente como para poder pasar el mes sin dificultades.

—Vaya —dijo ella, apretándose más contra él—. Lo siento.

—Sí, bueno, mucha gente pasa por esa situación. —Se encogió de hombros y pensó por dónde seguir—. Siempre me gustó el mundo del cine, pero no me lo tomé en serio hasta que no cursé el último año de instituto. Fui a la universidad a estudiar arte dramático, mientras que por las tardes sacaba algo de dinero trabajando en un taller de coches, lavando carrocerías. —Sonrió al recordar esa época—. No acabé la universidad.

—¿No lo hiciste? —lo interrogó con la boca abierta.

—Me presenté a un casting para actor de relleno y me cogieron como uno de los actores principales. Y... desde entonces, mi vida ya es prácticamente pública. Creo que la Wikipedia te contará más detalles sobre mí que yo —comentó carcajeándose.

Violeta sonrió.

—¿Tus padres siguen viviendo en La Latina?

—No, en Chinchón. Compré un chalet y se lo regalé a ellos. Allí tienen tranquilidad y una casa enorme donde perderse de vista cuando se pelean —

bromeó.

Ella se incorporó un poco y se colocó a horcajadas sobre su chico. Lo miró con picardía y cruzó los brazos sobre su busto desnudo.

—Y, bueno, cuéntame algo sobre tus novias —lo picó con curiosidad.

Iker la observó desnuda, sobre su cuerpo. Se removió algo incómodo, porque su pene comenzaba a hincharse.

—Contigo así, no me apetece hablar de otras.

—Haz un esfuerzo. —Y tras decirlo, lo besó en los labios con sensualidad.

Lo dejó con los ojos cerrados, el corazón acelerado y unas ganas enormes de follar con ella.

Cuando los abrió, tragó saliva y suspiró.

—No hay mucho que contar. A mi primera novia la conocí con quince años. Duró lo que dura el encaprichamiento de un chaval con las hormonas revolucionadas. Las demás... —Se quedó pensativo—... es que no sé si puedo considerarlas novias. Con ellas follaba. Quizás alguna quiso algo más serio, pero yo no les di pie.

—¿Y con Carla Mancini? —se interesó Violeta. Todavía recordaba la conversación que tuvieron en el centro comercial.

—Era una buena chica y yo seguía con las hormonas revolucionadas. Por el alboroto que se montó con la prensa, supongo que tuve que hacerle bastante daño —añadió encogiéndose de hombros.

—Sí, a ninguna mujer nos gusta que nos engañen, y para colmo, lo de la prostituta.

—Iba borracho —se excusó.

—Eso da igual, Iker, ibas borracho ese día, pero con la demás mujeres no lo irías.

—No, con las otras sabía lo que hacía a la perfección.

—¿Y no te arrepientes de nada de lo que hiciste?

—¿Debería hacerlo? —bromeó acariciándole una de las caderas.

—¡Claro que deberías!

—Vale, pues me arrepiento —dijo sin prestar atención, centrado únicamente en la fina piel de su estómago.

Violeta le dio un manotazo y rio.

—¡Iker!

—¿Qué? ¿Qué quieres que diga? —dijo sin parar de reír—. ¿Que fui un mal hombre, que debería ir al infierno, que no merezco a ninguna de ellas?

¡Todas sabían cómo era y aun así vinieron a mí!

Violeta acercó la boca a milímetros de la de él y le susurró:

—Tienes suerte de que confíe en ti. —Pasó una mano por su fuerte estómago y agarró su pene, erecto y grueso—. Porque si no lo hiciese, tu pequeña colita acabaría con diez centímetros menos.

—¿Perdona? ¿Has dicho pequeña? ¿Pequeña colita?

Las carcajadas resonaron por toda la habitación, llenando los oídos de él con su musicalidad.

—¿De todo lo que te he dicho, solo te quedas con eso?

—Es que estás insultando a mi cola.

—¿Preferirías que dijese enorme?

—Claro.

—¿Gigantesca? —continuó muerta de risa.

—Mejor aún.

—¿Descomunal?

—Esa, me quedo con esa —bromeó, cogiendo a Violeta por los hombros y arrojándola a su lado en la cama.

Se miraron, sin poder parar de reír y, con las respiraciones aceleradas por el juego, se besaron. Lo que empezó como un suave beso pasó a ser ardoroso y ferviente. Sus manos se acariciaron con deseo, mientras que las lenguas no dejaban de explorar y degustar la boca del otro. Iker, muy excitado, miró a Violeta con intensidad.

—¿Te apetece que te invite a comer? —soltó de repente, sin siquiera pensar en lo que decía. Al darse cuenta, se quedó alucinado. ¿Qué le estaba haciendo esa mujer que su subconsciente hablaba por él?

—Para comer no puedo, he quedado con Oscar y Paula.

—Entiendo —respondió algo más decepcionado de lo que quiso admitirse a sí mismo.

Violeta sonrió y lo besó en los labios de nuevo.

—Pero si no te viene mal, me puedes invitar a cenar.

—Hecho.

—¿Cerramos el trato con otro beso? —sugirió ella con picardía, rozando su bajo vientre.

Iker saltó de la cama y la aplastó con el peso de su cuerpo. Le abrió las piernas y devoró sus labios con ansia y pasión.

—Yo había pensado en algo más... intenso que un beso.

Jadearon al unísono cuando la piel de sus sexos rozó entre sí.

Ella se agarró a su cuello y alzó las caderas, muy mojada y deseosa de unir de nuevo sus cuerpos. Besó el cuello de su chico y mordió el lóbulo de su oreja, mientras que una de sus manos le acarició la espalda. Al notar el estremecimiento, rio y acercó los labios de nuevo a su oído para susurrarle:

—Tú ganas, que sea algo más intenso.

CAPITULO 16

Oscar aparcó el coche en un descampado cercano a la Asociación Protectora de Animales La Región. Y no es que fuese por su propia voluntad. Acababa de estrenar un conjunto carísimo, y de lo más chic, del que se encaprichó la pasada tarde cuando fue de compras con su novia. Sin embargo, Violeta y Paula lo convencieron para que las acompañase a aquel lugar.

Caminaron por el sendero pedregoso que conducía a la entrada y llamaron al timbre. De inmediato, el silencio se llenó de ladridos y llantos de perro.

—Really, chicas, que todavía no sé cómo habéis conseguido convencerme para venir —dijo, mirando a su alrededor y pensando en miles de animales manchándole los pantalones.

Paula puso los ojos en blanco y se atusó el cabello.

—Es que, si llegas a negarte, o sea... ¡end! Se acabó nuestra friendship.

—Jolines, Oscar, es que no te cuesta nada —la apoyó Violeta dándole un codazo en las costillas—. Además, es una buena oportunidad para que te involucres un poco con los animalitos.

—¡Sabes que necesito vuestra ayuda! —exclamó Paula llevándose una mano al pecho—. ¡No todos los días una de tus mejores amigas adopta a un bebé!

—Ya estuve aquí cuando Violeta recogió al demonio ese con nombre de pescado crudo —comentó poniendo cara de circunstancia.

—¡Oye, guapo, no te metas con mi Sushi! Lo único que le pasa, es que su periodo de adaptación está siendo más largo que el de la mayoría —lo defendió.

—Sí, claro, ese animal se adaptará el día que te asesine y te corte en taquitos. —Rio—. Porque, yo, cada vez que iba a tu casa y me dejabas a solas con él, me daban escalofríos. Tiene mirada de animal loco y desequilibrado.

Violeta fue a contestar pero antes de poder hacerlo, la puerta se abrió. Ante ellos apareció Alicia, una de las dueñas. Al reconocerla, se adelantó y le dio un abrazo.

—¡Ay, Violeta, cuánto tiempo sin verte! —exclamó contenta—. ¿Cómo

está Sushi?

—¡Está guapísimo!

—Y más loco que una cabra —le susurró Oscar a Paula en el oído, haciéndola reír.

Alicia les indicó que la siguiesen al interior, cosa que hicieron de inmediato, porque al sol hacía un calor insoportable.

—Y, bien, ¿qué os trae por aquí?

—Pues, la verdad, es que varias cosas —comentó Violeta sonriente—. Yo, como todos los años, voy a hacer una donación.

—Nos viene genial, toda ayuda es poca.

—Y yo... —prosiguió Paula arrebatándole el protagonismo a su amiga—. Quiero adoptar a un perrito.

—¡Genial! —aplaudió Alicia, muy contenta—. Hay muchos animales que están buscando un hogar. Mi compañera te ayudará a encontrar al más adecuado para ti. Sigue el pasillo y la encontrarás tras el mostrador.

Paula asintió y cogió de la mano a Oscar, para que no la dejase a solas en aquel momento. Cuando los vieron marchar, Violeta y Alicia se sonrieron. La mujer le hizo una señal con la cabeza y caminaron hacia la sala donde el veterinario visitaba a los animales, ahora vacía.

—¿Cómo os va? —se interesó Violeta. Sabía que la situación en las protectoras era bastante delicada.

—Vamos tirando, la verdad —comentó haciendo una mueca con los labios—. Ahora, en verano, y con los abandonos por las vacaciones, se nos complica mucho más el trabajo. Estamos desbordados.

—Si necesitáis ayuda, puedo pasarme un par de veces a la semana —se ofreció.

—¿En serio, Violeta?

—Claro, me encantan los animales y si puedo ayudar en algo... contad conmigo.

—Nos vendría genial un par de manos más —dijo con alegría—. Vamos muy justos de todo. No tenemos suficientes vacunas, estamos metidos en plena reforma para acondicionar una nueva área canina y, para colmo... el veterinario solo puede venir una vez cada dos semanas. Ayer murieron dos perritos por no poder darles la asistencia necesaria a tiempo.

La cara de Violeta se contrajo por la pena. Sabía, por las veces que había visitado la protectora, que pasaba por dificultades, pero no tenía ni idea de hasta qué punto.

Abrió su bolso y sacó de él un cheque. Se lo entregó a Alicia y le sonrió.

—Con esto no podréis hacer gran cosa, pero este año voy algo justa de dinero y es lo máximo que puedo permitirme.

—Toda ayuda es buena, por pequeña que sea.

—Ojalá pudiese hacer más.

Dejaron la protectora una hora más tarde. Paula estaba eufórica. Había encontrado un perrito del que se enamoró. Así que, desde que dejaron el lugar, no había parado de hablar de él.

Fueron a un exclusivo restaurante y pidieron la carta, para elegir los platos que iban a comer. Se notaba la felicidad en el ambiente: Oscar no dejaba de canturrear y comentar los cotilleos que se movían por las altas esferas. Era su deporte favorito. Paula asentía y, de vez en cuando, hablaba sobre el animal tan mono que iba a acoger. Y, Violeta, reía y disfrutaba con sus amigos. Desde la pasada noche, estaba plétórica. Había intimado con Iker, se complementaban genial en la cama, lo pasaban en grande y... la iba a invitar a cenar. Sentía que, aunque al principio dudó de si era buena idea hacerlo, la vida con él era genial.

—Y, entonces, Marta me dijo que Coco le manchó la falda a propósito — continuó Oscar con los trapos sucios de sus conocidos.

—Me parece... ¡como que muy fuerte lo que estás contando! —añadió Paula con los ojos muy abiertos—. Everybody sabe que no se puede hacer eso, es una cuestión de buenos modales.

—Pero love, ya sabes que Coco es una arpía.

—O sea, no. ¡Consigue un mapa y ubícate, sweetie! Esas cosas están mega prohibidas.

—Pues, entonces, cuando te cuente lo que pasó con Linda...

Paula alzó una mano.

—Porfaplís, no más dramas. Creo que con lo que me va tocar soportar esta tarde, voy a tener suficiente.

—¿Qué pasa esta tarde? —se interesó Violeta.

La rubia se hizo aire con la palma de la mano y tragó saliva, para intentar digerir todo lo que se le venía encima.

—Tengo que llamar a baby Vasile para que me devuelva mi pañuelo.

—¿Al camarero que pasea perros? —dijo Oscar, haciendo memoria.

—Yes.

—¿Y por qué tiene tu pañuelo?

—El otro día nos vimos en un bar de mala muerte y me lo quitó para que

lo volviese a llamar.

—¿Volvieses a llamar? —repitió Violeta con los ojos muy abiertos—. ¿Es que lo llamaste?

Paula suspiró y asintió, con ojos de cordero degollado.

—No tenía plan para pasar la tarde y... claro... no podía quedarme en casa. Así que, hice de tripas corazón y quedé con él.

—De tripas corazón —rio Violeta—. No creo que sea para tanto, exagerada. Es un chico muy guapo.

—Lo es —admitió ella—. But... ¿es que es tan pobre y tan joven para mí! Teníais que haber visto el antro en el que me citó. Era un bar de mala muerte lleno de gente vestida de cuero y música rock. Yo, con mi elegancia, parecía la Audrey Hepburn rubia en medio de bestias que jugaban al billar.

—Aun así, a ti te gusta el baby Vasile —comentó Oscar con convencimiento.

—No, para nada.

—Sí lo hace. Te conocemos, love, ¿tanta molestia por un simple pañuelo? ¡Pero si tienes miles! Si vas a verlo es porque te atrae.

—¡Oh, my god, deja de decir tonterías!

Violeta se miró el reloj de muñeca y chasqueó la lengua con los dientes. Llamó la atención de sus amigos y comenzó a hablar.

—Chicos, cuando acabemos de comer, ¿podéis acompañarme al centro comercial? —Bajó la mirada y sonrió—. Esta noche Iker me va a invitar a cenar, y quiero estar perfecta.

Oscar y Paula se miraron con ojos cómplices.

—Parece que las cosas se han arreglado del todo en vuestro pequeño nidito de amor —indicó Paula muy sonriente.

—Creo que sí, estoy empezando a descubrir al verdadero Iker. ¡Y me encanta!

Las chicas comenzaron a dar palmas como dos niñas de colegio. Oscar puso los ojos en blanco y chasqueó los dedos, para llamar su atención.

—¡Vale, vale, girls! —Les sonrió—. Ya que estamos de celebración... yo también tengo una noticia que daros: ¡Johana y yo nos casamos dentro de cinco meses!

Iker leía un periódico local mientras esperaba a que Violeta terminase de

arreglarse para su cena. A pesar de tener los ojos en el papel, su mente estaba en otra parte. Había pasado todo el día recordando que había roto la promesa que se hizo con respecto a ella. Aunque, lo que más le sorprendía era que, a pesar de ello, no tenía intención de guardar las distancias. La noche pasada había sido una de las mejores de su vida. El sexo fue salvaje, caliente y muy placentero. Había sentido cosas increíbles. Ese mar de explosiones, esa plenitud en el pecho, esa tranquilidad de saberse a su lado...

Nunca había experimentado ese tipo de sensaciones, sin embargo, lo único que sabía a ciencia cierta era que pensaba seguir hacia adelante. Violeta tenía algo especial que lo llenaba. No tenía claro si esa plenitud duraría un día, un mes o un año, pero a pesar de sus pensamientos pasados en cuanto a ella, esa niña de papá había abierto algo dentro de él que nadie más había logrado.

La puerta de la habitación de ella se abrió y por la misma salió su novia, enfundada en un flamante vestido camisero, en color azul marino y con varias listas blancas en el bajo, que se ajustaba a su cintura con un sencillo cinturón de cuero. En sus pies, unos zuecos con un tacón considerable y el pelo suelto, enmarcando sus bonitas facciones felinas.

Iker silbó por lo bajo cuando la vio salir. Estaba preciosa, tanto que notó cómo se aceleró su cuerpo.

Se levantó del sofá y caminó hacia donde estaba ella. Le sonrió con admiración y la cogió de la mano, para que diese una vuelta sobre sí misma.

Aquello la hizo reír.

—¿Esto significa que te gusta? —preguntó ella, contenta por las atenciones recibidas.

—No, significa que quiero arrancártelo.

—¡Iker! —lo reprendió riendo.

Él se colocó detrás de su cuerpo y la rodeó por la cintura, apoyando su mentón sobre uno de sus hombros, de tal manera que su boca quedó pegada a su oído.

—Y, también significa que voy a tener que estar toda la noche apartando a los babosos que revoloteen sobre mi novia.

—Nadie hace eso, nunca —le quitó importancia.

—Ah, ¿no? Entonces rectifico: Vas a pasar toda la noche intentando quitarme de encima, porque no sé el tiempo que voy a aguantar en ese restaurante sin tocarte.

—Puedes tocarme todo lo que quieras —dijo con una débil sonrisa,

dando la vuelta y quedando frente a frente.

Iker le acarició la mejilla y la volvió a coger por la cintura, acercándola a él.

—Pero no de la forma que yo quiero.

—¿Y de qué forma quieres hacerlo? —lo interrogó con picardía, muy cerca de su boca.

—No juegues conmigo o puede ser que, finalmente, esta noche cenemos en casa.

Con una mano alzó su barbilla y capturó sus labios en un tórrido beso. Violeta se agarró a él, pues el suelo comenzó a dar vueltas. Cada vez que Iker la tocaba sucedía.

Las manos del hombre apretaron su trasero, aplastando su pene, duro y erecto, contra el estómago de ella. Al notarlo, un jadeo salió de su boca y sus ojos se cerraron, abandonándose al placer. Si hubiese tenido que explicar con palabras aquellos anhelos, le hubiera sido imposible. Y, estaba segura de que, si no frenaban las ganas, acabarían tirados en el suelo, haciéndolo como posesos.

Violeta rio y empujó un poco a su chico, que jadeó preso de un ardor ensordecedor. Se quedaron en silencio, mirándose a los ojos, y con unas ganas enormes de continuar aquello que habían comenzado.

—Vámonos —susurró ella, humedeciéndose los labios.

—¿En serio quieres que me vaya así? —Señaló su pene, que abultaba por dentro del pantalón—. Saldría en todas las portadas del país.

Violeta lo agarró de la mano y le sonrió, mientras tiraba de él.

—No creo que te moleste demasiado salir en una más. Ya eres un viejo conocido para ellos —bromeó refiriéndose a sus antiguos escándalos.

—Eres perversa —comentó dándole una sonora palmada en el trasero—. Esa carita de buena puede que engañe a todo el mundo, pero a mí no.

—¿No lo hago? —Se carcajeó. Agarró a Iker por el cuello de la camisa y juntó sus labios por segunda vez. Él respondió de buen grado y se agarró a su cintura con fuerza. Sin previo aviso, lo empujó y comenzó a reír—. Vámonos.

Iker se quedó quieto, sintiendo que ardía por dentro. Tragó saliva mientras la veía salir por la puerta y caminar por el pasillo del edificio. Resopló, intentando tranquilizarse, y bajar de una buena vez esa enorme erección. A pesar de la calentura, se echó a reír. Lo había dejado más caliente que el cenicero de un bingo y se iba tan tranquila.

Mientras cerraba la puerta de casa, planeaba las mil y una formas de

hacérselo pagar. Y en todas ellas la imaginaba sin ropa. Su querida novia había resultado ser una caja de sorpresas, y lo mejor de todo es que estaba disfrutando con el descubrimiento.

El restaurante en el que había reservado mesa Iker, en realidad era el de un prestigioso hotel madrileño, situado en plena Gran Vía.

El maître los acompañó hasta la mesa, ubicada junto a un gran ventanal por el que se veía el bullicio de la gente y la vida que había en el centro de Madrid.

Desde que llegaron, Violeta no pudo dejar de observar por la ventana. Le fascinaba el ir y venir de las personas, los coches, los edificios y las luces de las farolas, que iluminaban de esa forma tan mágica la ciudad. Cada vez que miraba hacia algún lado, recordaba el por qué había decidido comprar su piso en aquel lugar.

Al ver el edificio donde estaba ubicado, sintió nostalgia. Sabía que sus actuales inquilinos lo cuidaban de maravilla, sin embargo, había sido su primera casa y le tenía un cariño muy especial.

—Creo, por tu sonrisa, que he acertado con el restaurante —comentó Iker, que había pasado casi diez minutos con los ojos puestos en ella. No podía dejar de mirarla, de apreciar la delicadeza de su rostro, su belleza tan personal y sus bonitos ojos verdes. Había descubierto que le encantaba mirarla. Violeta era tan transparente y expresiva que, intentar adivinar lo que pasaba por su mente, se estaba convirtiendo en su pasatiempo favorito.

Ella le sonrió y se encogió de hombros.

—Me encantan las vistas.

—Y si no recuerdo mal... —Señaló una farola cerca de su antigua casa— ... justo ahí paré mi coche la noche en que nos conocimos. Cuando no me dejaste subir contigo.

—¿Te acuerdas del lugar exacto? —dijo alzando las cejas y enseñando sus perfectos dientes por la gran sonrisa que se dibujó en el rostro.

—Claro que me acuerdo, era la primera vez que me rechazaban. Eso no se olvida —bromeó.

Ella apoyó la barbilla sobre las manos y ladeó la cabeza, para mirarlo fijamente.

—Yo creo que es precioso que me hayas traído aquí y... no sé, llámame tonta si quieres, pero me parece que tienes un lado romántico, aunque tú no lo quieras reconocer. Es el lugar en el que tenemos nuestro primer recuerdo juntos, aparte de la discoteca, claro.

—¿Entonces te gusta?

—Sí, me encanta. Y todavía más porque estoy contigo. —Estiró el brazo y agarró la mano de él—. Te quiero, Iker.

Un escalofrío recorrió su espalda al oír la declaración de Violeta. No era la primera vez que se lo decía, sin embargo, sí que era la primera que sentía algo parecido al escucharla de sus labios. Tragó saliva e intentó que su corazón se calmase un poco. Cuando lo hizo, pudo sonreír. Se levantó un poco de su silla y la besó.

—Todavía no entiendo por qué no te había invitado antes a cenar ningún sitio —reconoció, mirándola maravillado—. Pensarás que soy un desastre.

—No. —Sonrió—. Tu forma de ser es diferente a la mía, no hay más que vernos para darse cuenta de ello. Pero... no sé, siento que es contigo con quien quiero estar, y, con esa certeza, no necesito nada más.

—Entonces, ¿no piensas que nuestras diferencias pueden separarnos?

—¿Has visto a alguna pareja que no las tenga?

—A la única pareja que conozco bien, es a mis padres. Y se pasan el día gruñéndose entre ellos.

—Pero se quieren.

—Como el primer día —asintió él, sin parar de sonreír y con la mirada fija en su cara.

Cuando el camarero llegó a la mesa, pidieron la bebida y abrieron sendas cartas para elegir la cena. Pero en vez de pensar en lo que quería comer, Violeta tenía la cabeza en otro lugar. No había podido quitarse la idea en todo el día y se estaba volviendo loca.

—Iker —lo llamó. Necesitaba contárselo a alguien. Cuando le prestó atención, ella suspiró—. Necesito que me ayudes a tomar una decisión o... a sacarme algo de la cabeza. Porque creo que es una gran locura.

—¿Qué ocurre?

—Esta mañana estuve en la protectora de animales, ¿recuerdas que te lo dije antes de salir de casa? —Él asintió, prestando atención a sus palabras—. Todos los años doy un pequeño donativo y ya tengo un poco de confianza con la dueña. —Se mesó el cabello y continuó—: Me ha comentado que están fatal, que les hace falta un veterinario, que andan mal de vacunas y que faltan manos para ayudar. Yo les he ofrecido mi ayuda, porque amo a los animales y no me gusta que lo pasen mal. La cuestión es que... pensando en qué más puedo hacer... —Se mordió el labio inferior, con miedo a proseguir—... he pensado en estudiar veterinaria.

—¿En serio? —dijo alzando las cejas, con interés.

—Sí, y, por favor, quítame esta idea absurda de la cabeza.

—¿Por qué quieres que haga eso? Me parece genial, Violeta. ¡Si es lo que te gusta, hazlo!

—Me encanta. Pero me da miedo no ser capaz, quedarme a medias, como con todo lo que he hecho hasta ahora en la vida —se quejó con tristeza.

—No lo vas a hacer.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó frunciendo el ceño en una mueca triste—. ¡Soy un desastre! No he sido capaz de conservar ni un trabajo. ¡Cuando me fui a vivir contigo mi cuenta bancaria estaba en números rojos!

—No seas tan dura contigo misma, solo tienes que tomártelo en serio. Y, si de verdad te gusta, podrás hacerlo. Es más, serás la mejor. Todo está aquí —dijo señalándose la cabeza—. Cree en ti y lo podrás todo.

—Entonces, ¿tú piensas que debería tirarme a la aventura y... probar?

—De cabeza —asintió convencido.

Violeta se tapó los ojos con las manos y, cuando las apartó, sonrió. Arrastró la silla junto a la de Iker y le dio un beso en los labios.

—Gracias, cielo. —Dio un pequeño grito y palmeó, contenta—. ¡Oh, my god, voy a estudiar veterinaria!

Como poseída por el espíritu de la alegría, llenó la cara de Iker de besos. Por las mejillas, los labios, los ojos, la frente. Él, al ver aquel gesto tan loco e inesperado, se echó a reír. Lo hizo con todas sus fuerzas, dejando que, mientras tanto, siguiese besándolo.

Al acabar, se la quedó mirando a los ojos.

—Estás loca.

—Lo sé —admitió con algo de vergüenza porque algún otro comensal la hubiese visto.

Iker acercó la frente a la de ella y le rozó la nariz contra la suya, en un gesto de lo más íntimo. La besó con ternura. No sabía qué le estaba pasando, pero esa chica lo había enganchado a su boca, a su dulzura y a su forma de ser tan única.

—Violeta, eres tan especial...

La noche pasó entre risas, besos, conversaciones divertidas, más besos y ganas de quedarse a solas.

Cuando llegaron a la portería de su edificio, Iker apenas pudo aguantar las ganas y la acorraló contra la pared. La besó con todo el ardor que había estado aguantando la mayor parte de la noche. La cogió en brazos y, sin dejar de

besarse y tocarse, entraron al ascensor. La subida hasta su casa fue delirante. El vestido de Violeta medio abierto, los pantalones de él sin botones, los zapatos en la mano.

Abrió la puerta al tercer intento de meter la llave y, antes de entrar, cogió a su chica en brazos y cruzaron juntos el umbral.

Se dirigió hacia su habitación y la dejó caer en la cama, yendo él detrás. La ropa voló y sus cuerpos desnudos se rozaron. Aquello, a pesar de no haber sido la primera vez, fue una inyección de lujuria que los dejó a ambos jadeantes y con ganas de fundirse en uno de inmediato.

En un arrebato, Iker apartó los labios señaló hacia la puerta.

—Mañana, cuando despertemos, recoge tus cosas. —Le devoró la boca antes de continuar y la observó, maravillado—. De ahora en adelante, tu habitación es esta. No voy a permitir que durmamos separados nunca más.

CAPITULO 17

Mientras conducía, Paula pensaba en las palabras de Oscar. Su amigo estaba convencido de que a ella le gustaba Vasile. Y, bueno, si tenía que ser plenamente sincera con ella misma, admitía que así era. ¿Cómo no iba a gustarle? Era un chiquillo muy guapo, decidido, que sabía lo que quería y no le daba miedo arriesgarse para conseguirlo. Tenía una sonrisa preciosa y un carácter agradable, además, su cuerpo no estaba nada mal. Más de una vez se sorprendió mirándole el trasero.

Sin embargo, y por muy atractivo que fuese, ¿qué pintaba ella con aquel niño? Tenía solo veinticuatro años, era pobre y trabajaba paseando perros para pagarse una simple carrera universitaria. No pegaban ni con cola. Y, si había vuelto a llamarlo, solo fue para que le devolviese su pañuelo, pensó convencida.

Cuando llegó al lugar donde quedaron, paró el coche en el arcén.

Miró a su alrededor y frunció los labios. Era un barrio obrero. Los edificios eran antiguos, los niños jugaban al fútbol en medio de la carretera, sin camiseta y con un balón viejo. Y varios jóvenes los observaban sentados en uno de los portales, fumando.

—¡Oh, my god! —exclamó sin poder evitarlo. Se aseguró de que el cierre de su coche estuviese en funcionamiento y esperó.

Unos golpes en la ventanilla del copiloto, la hicieron saltar y dar un grito de terror.

Al girar la cabeza se encontró con Vasile, que le sonreía divertido. Lo dejó entrar y arrancó el coche, para largarse de aquel barrio cuanto antes.

—¿Vives aquí? —preguntó ella mirándolo de reojo.

—Sí, desde que llegué de niño a España.

—O sea, ¿y cómo puedes vivir en ese lugar tan...?

—¿Feo? —rió y la miró sonriente—. No es un mal barrio. La gente que vivimos ahí no tenemos demasiado dinero, pero somos honrados y nos ganamos la vida decentemente.

Ella se encogió de hombros y continuó mirando hacia la carretera.

—¿Me has traído el pañuelo?

—Sí —Metió la mano al bolsillo y lo sacó de él, arrugado.

—¡Never in my life había visto nada parecido! —exclamó al ver su estado—. ¿Cómo has podido dejarlo así? ¡Es de los más caros que tengo!

Vasile se encogió de hombros y lo miró con atención, para intentar adivinar el porqué de su precio.

—Si fuese tan caro y tan bueno como dices... no se hubiese quedado así con tan solo dos minutos en mi bolsillo.

—Es un material súper súper delicado.

—¿Y para qué quieres algo que se estropea incluso de mirarlo?

—¡Hello! ¡Porque es moda! —Puso los ojos en blanco—. No sé por qué me molesto en explicarte las cosas. La gente como tú no tiene conocimiento en estos temas —contestó con retintín, siendo bastante borde.

Vasile la miró algo molesto y se cruzó de brazos.

—La gente como yo no se preocupa por esas bobadas.

—Claro que no, porque os pasáis el tiempo recogiendo mierdas de perros —lo atacó.

—Bueno, Paula, se acabó, puedes parar el coche —dijo perdiendo la paciencia que había estado teniendo todo el tiempo con ella.

Ella lo fulminó con la mirada y alzó la cabeza.

—Pero, ¿se acabó de verdad o vas a volver a llamarme dentro de dos días suplicando por otra cita?

—¡Para el coche! —gritó.

La rubia hizo lo que le pidió. Dejó el vehículo en el arcén y le quitó el pañuelo de las manos. Desactivó el cierre de seguridad y le sonrió con tirantez.

—Bye, baby Vasile, me encantó conocerte.

Él la miró de arriba abajo y asintió.

—Que te vaya bien.

Se incorporó del coche y comenzó a alejarse muy rápido, dejándola a solas.

Paula lo vio marchar y tragó saliva. Algo dentro de ella le decía que lo detuviese, que no lo dejase hacer eso, sin embargo, su orgullo fue más fuerte.

Se empezó a agobiar.

Abrió la puerta del coche, salió y se apoyó en ella, para intentar recuperar el aire. Ella misma había provocado aquella situación. La culpa de que Vasile se estuviese alejando tan enfadado era suya, en exclusiva.

—Es lo mejor —se dijo a sí misma.

Puso un pie en el interior del vehículo, de nuevo, para regresar adentro, pero una voz masculina la detuvo.

—Oye, guapa, dame fuego.

Al levantar la mirada, se topó con dos hombres grandotes, vestidos de mala manera. Pantalones viejos y sucios, camisetas con agujeros y barbas descuidadas.

Ella se encogió de hombros.

—O sea, no, yo no fumo, caballeros.

Al escucharla hablar, se miraron entre los dos y sonrieron.

—¿O sea, no? —se burló uno de ellos, imitándola—. ¿De dónde sales tú, palomita?

—No soy de aquí, y me voy ya —comentó, poniéndose algo más nerviosa, porque se habían acercado demasiado.

—¿Eres de esas pijas con chalet en La Moraleja y mayordomo? —comentó el otro hombretón, colocando su nariz cerca de su cuello, y oliéndola.

—¡No te me acerques! ¡Cómprate un bosque y piérdete! —chilló colocando las manos delante de su cuerpo a modo de escudo.

—¿Que me compre un bosque? —se carcajearon. La miraron de arriba abajo y se sonrieron otra vez entre sí—. ¿Por qué no nos prestas algo de dinero para que podamos hacerlo?

—No tengo nada en efectivo —comentó de inmediato.

—No, claro, pero tienes esa preciosa joya que cuelga de tu cuello.

Paula se llevó la mano al colgante que señalaban. Era una esmeralda que había pertenecido a su abuela, la fundadora del imperio De la Fuente.

—Esto es un recuerdo.

—Nos encantan los recuerdos, ¿verdad? —Le preguntó a su compañero, que asintió de inmediato.

—Nos acordaríamos de ti cada día, rubia.

—Marchaos de aquí. Voy a llamar a la policía —les advirtió.

—Para cuando vengan, la joya y tu bolso, serán nuestros.

—¡Dejadla en paz! —Se escuchó una voz a sus espaldas.

Todos giraron la cabeza y se encontraron con Vasile, que los miraba con furia.

Paula, al verlo, sintió que las piernas le flojeaban. Había regresado por ella y la estaba defendiendo de esos brutos ladrones.

Vasile dio varios pasos hacia adelante, sin ningún signo de miedo en sus fuertes facciones, y alzó los puños.

—Vamos —los animó—, meteos conmigo.

Los dos hombres rieron.

—Chico, más vale que te vayas por donde has venido si no quieres acabar en el suelo.

—¿En serio? —Sonrió sin quitarle el ojo de encima—. Ven y demuéstrame cómo lo vas a hacer.

El más grande de ellos se quitó la camiseta y se la dio a su amigo.

—Ten, me apetece matar moscas.

—¡Cuidado, Vasile! —le advirtió Paula, sin poder evitar que el terror se reflejase en su bonita cara—. ¡No lo hagas, por favor!

Sin embargo, los hombres ya no prestaban atención a sus palabras. El otro ladrón se colocó junto a su amigo y, Vasile, estando en minoría entrecerró los ojos, dispuesto a seguir, aun sabiendo que en una pelea saldría perdiendo.

El más alto de los dos se lanzó a por el chico. Cerró el puño e intentó golpearle, aunque lo esquivó moviéndose hacia un lado. Paula se llevó las manos a la boca y gritó. Aunque no tuvo tanta suerte al siguiente golpe. Un derechazo del segundo hombre lo hizo tambalearse. Se limpió la sangre que comenzó a salir por la comisura de sus labios y atacó, propinándole un puñetazo en el estómago al mismo hombre.

—¡Socorro! —empezó a gritar ella—. ¡Que alguien nos ayude!

—¡Cállate, zorra! —gritó el grandullón, dándose la vuelta.

Paula cogió algo de distancia, pues su coche hacía de barrera y, mientras Vasile peleaba con el otro, ella continuó gritando:

—¡Por favor, ayuda! ¡Avisen a la policía!

Algunas personas que pasaron en ese momento por la calle, corrieron a su lado. Se trataba de tres jóvenes, de no más de veinte años.

Ella, llorando por el miedo, se agarró a uno y le suplicó:

—¡Ayudadle! ¡Por favor, haced algo!

Ellos no se lo pensaron ni un momento y corrieron hacia donde se encontraba Vasile, para prestarle ayuda. Mientras tanto, una pareja de ancianos se acercó a su lado e intentó tranquilizarla.

—Voy a llamar a la policía —comentó el hombre—. ¿Estás bien, jovencita?

Poco a poco, y con la ayuda de unas cuantas personas más, que llegaron cuando vieron el escándalo, redujeron a los maleantes.

La policía tardó casi diez minutos en dar con ellos. Cuando lo hicieron, esposaron a los dos hombres y los metieron al coche patrulla.

Paula estaba paralizada por lo que había ocurrido. Desde su posición, solo pudo ver cómo uno de los agentes se acercaba a Vasile y le ponía la mano en el hombro.

—Señorita —la llamó el segundo agente—. ¿Le han robado algo?

—No, él me ayudó. —Señaló al joven, que se sentaba en uno de los bordillos de la acera, visiblemente mareado por los golpes. Paula se llevó una mano a la boca, asustada—. ¡Oh, my god, Vasile!

Corrió a su lado y se sentó junto a él, sin importarle que sus pantalones pudiesen mancharse por la suciedad de la acera, y lo abrazó, a pesar de que él quisiese apartarse.

—¿Cómo estás? ¡Oh, llevas sangre!

El joven la apartó y la miró con seriedad.

—Ya vale, Paula, vete de aquí.

—¡No!

—En este barrio no se te ha perdido nada, y conmigo tampoco.

—¡Estás herido! ¡Of course que me pienso quedar!

Él apartó la mirada y se tocó la mejilla, hinchada por el primer puñetazo. Hizo una mueca y suspiró.

—Puedo cuidarme solo, aunque tú te empeñes en decir que soy un niño. ¡Arranca el coche y vete! ¡Vete con la gente de tu clase, con la gente como tú, sin corazón!

—No eres un niño —se disculpó arrepentida—. Y no me voy hasta asegurarme de que estás bien.

—Lo estoy, no te preocupes, voy a poder seguir recogiendo mierda de perro —escupió sin querer ni mirarla.

Ella bajó la vista al suelo y tragó saliva. Tenía unas ganas de llorar enormes.

—Sorry, siento todo lo que te dije. —Alzó la cabeza y vio que él seguía sin mirarla—. ¡Mírame, jolines! ¡Lo siento, de verdad!

—Vale, Paula, lo sientes. Ya me ha quedado claro.

Vasile la observó con seriedad. Ella, siguiendo un impulso, lo cogió por el cuello de la camiseta y juntó sus bocas. Al hacerlo, sintió que temblaba. Los labios de él eran tan suaves y agradables... Jamás esperó sentir ese calor en el estómago, ni esas punzadas en el bajo vientre. Vasile la abrazó, respondiendo al beso con ímpetu y ella jadeó, excitada.

Al separarse, la miró con ojos confundidos.

—Gracias por regresar y ayudarme. Eres un hombre fenomenal.

—¿A qué ha venido esto? —la interrogó—. ¿Por qué me has besado?

—Porque me gustas —le confesó, tanto a él como a sí misma.

—¿Ahora te gusto?

—Siempre lo has hecho. But... somos demasiado diferentes, sweetie. Tenía miedo y me defendía atacándote.

Vasile alzó las cejas e intentó sonreír, aunque no lo logró. El dolor de la mejilla le hizo contraer el semblante por el dolor. Sin querer intentarlo de nuevo, fijó sus ojos en los de ella. Acercó los labios y la volvió a besar.

—¿Te parece bien si te invito a tomar algo? —sugirió el chico al separarse de ella.

Paula sonrió y asintió. Cogió su mano y entrelazándola con la suya, la apretó.

—Me encantaría tomar algo contigo. Aunque, jopetas, tiene que dolerte la cara súper súper mucho.

—Después del beso, no me duele nada —bromeó intentando sonreír.

Paula lo abrazó y sonrió, feliz porque la hubiese perdonado. Había sido una mala pécora con él. Lo había insultado, despreciado y tachado de escoria. Había aguantado su mal humor y su carácter de harpía siempre con una sonrisa.

—Vasile, really, tú sí que estás a otro nivel.

Iker apretó los dientes cuando llegó a las cien flexiones.

Se levantó del suelo y se miró en el espejo del gimnasio. Como de costumbre, se hizo un selfie que después subió a las redes sociales. Sus fans esperaban la foto como agua de mayo y a él le encantaban las reacciones que provocaba entre ellos. Caminó hasta los vestuarios, saludando a su paso a unos cuantos conocidos. Ese día no había podido entrenar todo lo que hubiese deseado. Tenía una cita con su manager. Según le dijo Pascual, había noticias frescas y, eso, solo significaba una cosa: más trabajo.

Se dio una ducha rápida y salió del cubículo envuelto en una toalla por las caderas. Frente al espejo, alzó un brazo y sacó músculo. Se notaba el machaque que se pegaba, su cuerpo tenía una forma inmejorable.

—Hey, máquina, ¿cómo vamos? —lo saludó un compañero con el que apenas había cruzado un par de palabras en los dos años que llevaba allí. Aunque no era de extrañar, la fama de Iker abrumaba a mucha gente y, algunos,

no se acercaban por vergüenza.

—Se acabó por hoy.

—¿Ya te vas? —Le palmeó la espalda—. Saluda a las tías buenas con las que sales en la tele de mi parte. Están para hacerles de todo, ¡seguro que tú no perderás el tiempo!

—Tengo novia, tío —dijo de inmediato. Sonrió al pensar en Violeta.

—¡Bueno, eso nunca te ha frenado, cabroncete! Tírate a una por mí. — Soltó una carcajada y salió del vestuario, dejando a Iker sin palabras.

Su fama le precedía a donde iba. Rio y se colocó la ropa. Cuando se estaba poniendo los zapatos, llegó Ariel. Se saludaron con un abrazo y comenzaron a hablar de cosas sin importancia.

—Estás desaparecido, Romeo —se burló el otro—. Desde que finges tener novia te estás tomando el papel al pie de la letra.

—Voy un poco liado con el tema de la película. Papeleo para firmar, reuniones... ya sabes.

Ariel le dio un codazo en las costillas y rio con golfería.

—¿Y qué tal con Violetita?

Iker sonrió al pensar en ella.

—Va todo genial.

Ariel vio la sonrisa bobalicona en el rostro de su amigo y frunció el ceño, pues aquello le parecía raro.

—Tío, definitivamente, te has pillado de esa niña pija.

—No la llames pija —la defendió con el ceño fruncido, cosa que puso en guardia a Ariel.

—¡Iker, dime que me equivoco, joder! ¿No te habrás colgado de esa tía?

Él pensó en los últimos días que habían pasado juntos. Esa vorágine de sensaciones, las noches sin dormir, los besos en la oscuridad, esa pasión que lo volvía loco, su ternura y sus te quiero.

Fijó la mirada en su amigo y se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¡Te gusta Violeta Parrish!

—Sí, me gusta.

—¡No puede gustarte! ¡La has estado engañando todo este tiempo! ¿Recuerdas?

—No hace falta que me lo repitas —dijo con cansancio. Cada vez que recordaba cómo había empezado su historia, se sentía un auténtico sinvergüenza—. Sé de sobra qué es lo que he hecho.

Ariel tomó asiento junto a él en el banco del vestuario. Se llevó una mano a los ojos y los frotó.

—Vamos a ver, explícamelo mejor, porque estoy flipando, te lo prometo.

—¿Y cómo crees que estoy yo? ¡Juré no tocarla y no he podido cumplir ni eso!

—¿Te la has tirado? —gritó abriendo los ojos como platos.

—Sí.

—¡Dijiste...!

—¡Ya sé lo que dije, Ariel! Pero no sé... es que si la conocieras como lo hago yo... me darías la razón. —Al recordarla se humedeció los labios y sonrió de nuevo—. Es tan bonita, tan sensible y buena, tan... loca, ¡tan ella! Y... es que la veo mirarme con esos ojazos verdes, me sonrío y yo... es que sus labios...

—La otra vez me dijiste que solo eran tonterías, incluso te reíste de mí por sugerirlo —le recordó.

—La otra vez que nos vimos todavía no sentía esto tan... tan... inexplicable dentro de mí. ¡Es que es flipante!

—¿Estás enamorado?

Iker se quedó callado unos segundos, pensando en esa posibilidad.

—No lo sé.

—¡Joder, no sabes nada!

—Es que no me había pasado nunca. Lo único que tengo claro es que quiero estar con ella, Ariel. No sé lo que durará esta sensación, pero voy a tirarme de cabeza. Y lo que tenga que pasar, pasará.

—Madre mía. —Tragó saliva, porque jamás había visto a su amigo hablar de esa forma de ninguna mujer. Violeta Parrish se había metido dentro de sus venas—. Solo espero que la hostia no sea muy grande.

—¿Por qué dices eso?

—¿Piensas comenzar una relación basada en el engaño? ¿Serías capaz de continuar con ella sin decirle la verdad?

Aquel era un tema en el cual no había pensado. Lo ocurrido con Violeta le había pillado tan de sorpresa que, hasta la fecha, solo se había preocupado de sentir y disfrutar todas las cosas nuevas que experimentaban juntos. Sin embargo, Ariel tenía razón. No era justo que la tuviese engañada. Ella había sido siempre muy transparente con él en todo.

—Se lo diré y lo entenderá —añadió convencido—. Violeta me quiere.

—Las mujeres son seres rencorosos.

—Se lo diré con tacto.

—Ya, claro, como si fuese posible decirle de forma suave que la utilizaste para aprovecharte de su buen nombre, que no te gustaba ni para verla de espaldas y que pensabas que era una repipi, pija y niña de papá.

—Ariel. —Puso una mano en el hombro de su amigo y le sonrió, con tranquilidad—. Lo entenderá. Pero tengo que buscar el momento adecuado para hacerlo, no puedo llegar a casa y soltárselo sin más. En cuanto me sienta preparado se lo diré, y, estoy seguro de que, aunque al principio le cueste un poco digerir la noticia, lo nuestro no cambiará.

Violeta corrió por los pasillos del hospital como si el mismísimo demonio fuese detrás de ella. Acababan de darle la noticia y solo había podido pasarse por la floristería de camino, pues las ansias de llegar cuando antes la aceleraban. Sin embargo, con la velocidad que llevaba, estaba segura de que perdería medio ramo por el camino.

Al llegar a la puerta que le indicaron, traqueó con rapidez y abrió, sin que nadie le diese permiso para entrar. Cuando lo hizo, encontró a su madre sentada en uno de los sillones de la habitación y a Eugenia acostada en la cama.

Se acercó a su hermana y le dio un fuerte abrazo.

—Enhorabuena, mami.

—Gracias, tía Violeta —bromeó ella apretándola entre sus brazos.

—¿Y a mí no me saludas? —dijo Agustina Parrish, que sonreía mientras sus dos hijas se abrazaban.

Violeta se carcajeó y fue con su madre, a la que abrazó también.

—Enhorabuena a ti también, abuela.

—¡Ay, abuela! ¡Creo que me voy a echar otra vez a llorar! —exclamó su madre, haciéndose aire en los ojos, para intentar contener las lágrimas.

Cuando la soltó, se dirigió a la pequeña cunita que se encontraba cerca de su hermana. En ella, había una preciosa niña de pelo negro y carita redonda que dormía plácidamente. Violeta soltó un gemido y se puso las manos en la boca.

—¡Es preciosa, Eugenia! —Con cariño, le acarició la carita y sonrió al ver cómo se movía al notar el roce—. ¿Puedo cogerla?

—Adelante.

Sintió pánico el primer momento que la tuvo entre sus brazos. Era tan pequeña que le daba miedo hacerle daño, porque su experiencia con los bebés era nula. Besó a la niña en la frente y apoyó su mejilla contra la de ella.

—Hola, Marian, soy tu tía, Violeta —le susurró—. Tengo muchas ganas de poder jugar contigo, de hacerte peinados fabulosos e irnos de compras juntas para gastarnos el dinero de tus padres. —Su madre y hermana comenzaron a reír—. Eres la niña más guapa de todas y te voy a dar un pequeño consejo que, espero, te sirva de mucha ayuda a lo largo de tu vida: no dejes que tu madre te ponga lacitos en el pelo, es de losers.

—¡Violeta! —gritó su hermana muerta de risa.

—Cuando sea mayor me lo agradecerá. —Le guiñó un ojo y se sentó en la cama, junto a su hermana, con Marian todavía en brazos.

Agustina arrastró un poco el sillón, para ponerse más cerca de ellas y se volvió a acomodar en él, sin dejar de observar el buen aspecto de su hija pequeña.

—¿Cómo te va viviendo con ese hombre?

—Se llama Iker y lo sabes perfectamente.

—¿Cómo te va con él? Ya casi nunca nos vemos.

—Porque no lo aceptáis, mamá, y cada vez que quedo con vosotras intentáis convencerme de que no es bueno para mí.

—No sé, hija, es que... siento que nuestra relación está muy tensa. No vienes por casa.

—¡No voy por casa porque me echaron!

—Fue un calentón tonto de tu padre, ya lo conoces, se le pasa enseguida.

—Pero a mí no. Estoy cansada de que me trate como a una niña pequeña, porque no lo soy.

—Quiere lo mejor para ti.

—Y lo mejor para mí fue echarme como a un perro.

—Estoy segura de que se arrepiente.

—¿Arrepentirse, él, el gran Jacob Parrish? ¡Ja! —Apretó la mandíbula y miró hacia la ventana de la habitación.

—Bueno, ya está bien —dijo Eugenia, metiéndose entre las dos—. Acaba de nacer mi hija, este no es el momento de discutir, mamá. A Violeta le va bien con Iker Martínez, por mucho que nosotros queramos lo contrario. Es su decisión y, nos guste o no, tenemos que respetarla.

—Gracias, Eugenia. —Le sonrió a su hermana y recordó algo que todavía no les había contado—. Por cierto, en octubre empiezo la universidad.

Las otras dos mujeres abrieron los ojos a más no poder.

—¿Vas a estudiar? —preguntó su madre con una débil sonrisa.

—Sí, voy a cursar veterinaria —les comentó con ilusión—. Siempre me gustó pero jamás me atreví. Sin embargo, gracias a Iker, voy a por ello.

—¿Él te ha animado?

—Dice que soy capaz de lo que me proponga, que confía en mí. Y, ¿sabéis algo? Yo también creo que lo voy a lograr. Y, si te digo la verdad...

Antes de que pudiese acabar la frase, la puerta de la habitación volvió a abrirse. Por ella entró Jacob Parrish, con un periódico en la mano.

Al cruzar las miradas, sus semblantes cambiaron. Su padre alzó la cabeza, orgulloso, y Violeta apretó la mandíbula.

—Bueno, yo me tengo que ir ya —le dijo a su hermana, dándole con cuidado a su hija en brazos—. Cuando estés en tu casa con la niña, llámame y me paso a veros.

Les dio un beso de despedida a ella y a su madre y salió de la habitación, pasando por al lado de Jacob, sin ni siquiera mirarlo.

CAPÍTULO 18

Cuando Iker llegó a casa, pasadas las nueve de la noche, escuchó el sonido del televisor del salón. Aunque desde allí no podía saber qué era lo que Violeta veía, reconoció su propia voz.

Al llegar, la descubrió sentada en el sofá, con una copa de vino en la mano, la cara cubierta por una mascarilla verde y la boca abierta, viendo embobada una de las películas por las que había sido nominado a un Oscar.

Contuvo una carcajada al ver la escena. Estaba tan graciosa con todo ese potingue en el rostro...

En la pantalla aparecía él y la actriz coprotagonista. Si no recordaba mal, en unos segundos habría un beso de lo más calentito. Esperó apoyado en el marco de la puerta, para ver su reacción. Sin embargo, un movimiento a sus pies lo distrajo.

Ante él había un gato pelirrojo que lo miraba como si quisiese despellejarlo vivo.

—¡Coño! —soltó casi sin querer, al ver que su lomo se erizaba y caminaba hacia él—. ¡No te acerques a mí, gato perturbado!

Al escuchar los gritos, Violeta dio un salto en el sofá y giró la cabeza. En la puerta se encontraba Iker, que retrocedía sin quitarle la vista de encima a Sushi.

Ella sonrió y corrió hacia ellos. Cogió al gato en brazos y este le clavó las uñas, para que lo soltase. Rio al ver que su novio no se atrevía a acercarse.

—¿Es que todavía no conocías a Sushito, mi bebito bonito?

Iker fijó su vista en ella, como si le faltase un tornillo.

—¿Gatito bonito ese loco endemoniado?

—No le digas eso a mi cosita. —Lo abrazó con fuerza, notando cómo el animal intentaba escaparse de sus brazos—. Es una monería.

—Sí, lo que tú digas, pero haz el favor de meterlo en una jaula por las noches. No vaya a ser que, algún día de estos, no amanezcamos vivos.

Ella rio al escuchar sus palabras y dejó al gato en el suelo, el cual salió corriendo al saberse libre.

—¿Es que no os conocíais?

—Recuerdo que me dijiste que tenías un gato, pero no. Es la primera vez que aparece delante de mí.

—Es que es un gatito bastante reservado, le cuesta acostumbrarse a las personas.

—Mejor —comentó sin poder quitarle la vista al animal, que los observaba desde la puerta con una mirada digna de un asesino en serie.

Violeta, dejando zanjado el tema, señaló hacia la televisión y aplaudió.

—Estaba poniéndome al día con tus películas. Llevo sin despegar la vista de la tele desde esta mañana que regresé a casa. —Sonrió con felicidad—. La próxima vez que algún periodista me pregunte, voy a ser una experta en tu carrera.

Él la miró de nuevo y rio.

—¿Y piensas ver todas mis películas con esa cosa verde en la cara?

—¡Jopetas, la mascarilla! —Pegó un salto y se tapó el rostro—. ¡No me mires, qué vergüenza!

—¿Ahora que llevo viéndote casi cinco minutos? —se carcajeó.

—¡Date la vuelta!

—No digas tonterías, Violeta.

—No quiero que me veas así, sin nada de glamour.

Iker se acercó a su lado y le apartó las manos de la cara. Le alzó el rostro y la besó en los labios.

—Tú estás guapa con lo que sea.

Cuando se separó, ella le limpió las mejillas, pues estaban verdes.

—Te has manchado la cara —respondió, con una sonrisa tonta en los labios.

—De igual, ya me limpiaré. —La cogió por la cintura y la alzó, haciendo que ella entrelazase las piernas en su cintura—. Tenía muchas ganas de verte.

La volvió a besar y apoyó su espalda contra la pared.

Se comieron a besos, sin importar que la mascarilla acabase por la cara de ambos. Violeta apretó con fuerza a su chico, notando que la excitación subía a un ritmo estrepitoso. Jugeteó con su boca y lo rodeó por el cuello con los brazos.

Él le sacó la camiseta por la cabeza, llevándose otro poco de mascarilla con ella. Le besó los senos, haciéndola gemir por el placer que le provocaba. La dejó en el suelo y le soltó los pantalones, quedando totalmente desnuda ante él. Al ver el cuerpo de su chica, se relamió.

—Eres preciosa.

El rubor que cubrió sus mejillas lo calentó todavía más. Esa era una de las cosas que más le gustaba de ella. A pesar de su pudor, se entregaba totalmente al deseo y lo hacía disfrutar de aquellos encuentros sexuales como nunca.

Desde su pecho, fue bajando y besando cada parte de su cuerpo. Desde las costillas, pasando por el estómago y llegando a su monte de venus.

—Oh, sí...

Él cogió una de sus piernas y, apoyándosela en el hombro, besó su clítoris con suavidad. Lamió aquel duro botón con su lengua, frotando a su vez con la mano un poco más abajo. Las piernas de ella temblaron y tuvo que agarrarse a su cabeza para no caer al suelo, presa de aquella indescriptible debilidad que la poseía cada vez que Iker la tocaba.

—Todo en ti es tan dulce y delicado —susurró, sin despegar la boca de su vagina—. Llevo todo el día esperando este momento. Tocarte, lamerte, hacer que te corras para mí. Follarte con todas mis ganas y que grites mi nombre una y otra vez.

Dio un suave mordisco a su clítoris y cogiéndola por las caderas la hizo girar, colocándola de cara a la pared. Iker se levantó del suelo y pegó su cuerpo al de ella. Le dio un azote en el trasero haciéndola gemir.

Loco de deseo, soltó los botones de sus pantalones y sacó su pene, erecto y preparado para ella. Introdujo una rodilla entre sus piernas y las abrió, para tener un mejor acceso a su sexo. Lo acarició con una mano, notando lo mojada que estaba e introdujo su polla dentro de ella, lanzando un gruñido gutural cuando su estrechez lo envolvió.

—Es tan bueno... —jadeó con los ojos cerrados.

La cogió por las caderas y embistió con fuerza, consiguiendo que ella gritase de gozo. Las embestidas fueron delirantes, esa potencia, las ganas de que el otro disfrutase, y el deseo que no hacía más que multiplicar aquel deleite.

Acabaron exhaustos, jadeantes y con sus cuerpos perlados por el sudor. Iker giró a Violeta, para poder mirarla a los ojos. Se abrazaron y esperaron a que sus respiraciones se normalizasen un poco.

—Esto es de locos.

—¿Lo es? —preguntó ella con una débil sonrisa en los labios.

—No sé lo que tienes... pero cada vez que te toco creo explotar.

—Es lo que pasa cuando dos personas se quieren —dijo mirándolo a los

ojos, esperando esas dos palabras que ella ya le había dicho en varias ocasiones.

Sin embargo, no llegaron. Iker se limitó a encogerse de hombros y a abrazarla con más fuerza.

—Eres muy especial.

—Gracias —contestó algo desilusionada al no escuchar un te quiero de sus labios.

—¿Te apetece un baño?

—Sí, necesito quitarme todo este potingue de la cara y refrescarme un poco.

—Vamos, llenaré el jacuzzi.

Ella lo miró a los ojos y sonrió.

—¿Los dos juntos?

Iker la abrazó y devoró su boca y glotonería.

—Por supuesto. ¿Acaso pensabas que había terminado ya contigo?

Hicieron el amor por segunda vez en la bañera.

Cuando acabaron, Violeta se colocó recostada sobre él, con la cabeza apoyada sobre su pecho. Se quedaron en silencio durante un buen rato, descansando y disfrutando de la cercanía del otro. No era una persona demasiado creyente, sin embargo, estaba segura de que si después de la vida existía un paraíso, debía de ser parecido a aquello. En paz, y feliz con la persona que quería.

Iker le acariciaba el estómago y sonreía con los ojos cerrados. Era la primera vez que estar abrazado a una mujer, sin meterle mano, no le parecía una cursilería. Con ella era lo más natural, el lugar en el que debía estar. Había sentido tantas cosas cuando sus cuerpos se fundieron... Le besó el pelo y la abrazó, suspirando de puro gozo al sentir aquella tranquilidad.

—¿Qué has hecho hoy? —le preguntó su chica rompiendo el silencio.

—Lo de siempre. Gimnasio, reunión y he visitado a Pascual. Me han ofrecido dos spots publicitarios y una mini serie.

Ella hizo palmas, feliz.

—No sabes cuánto me alegro, cariño.

—A la salida, había varios periodistas en la puerta, y me preguntaron por ti. Desde que comenzamos, siempre lo hacen. Te adoran.

—A mí también me abordan de vez en cuando. —Rio—. Y... me parecen tan raro que se interesen por mí... pero claro, mi novio es una súper estrella.

—Les caes mejor que yo. —Con una mano, se peinó el cabello húmedo. Apoyó la cabeza de nuevo en la bañera y acarició un seno de Violeta—. ¿Y tú? ¿Has pasado aquí todo el día?

—No, bueno, casi todo —rectificó—. Mi hermana ha tenido a la niña y he ido al hospital a verlas. ¡Es tan bonita y pequeña...! Me daban ganas de llevármela a casa.

—¿Te gustan los niños?

—Sí, me encantaría tener tres o cuatro.

Iker se atragantó con su propia saliva y abrió los ojos asombrado.

—¿Tantos?

—Sí. Tiene que ser una locura, pero me gustan las familias numerosas. —Giró la cabeza para mirarlo a los ojos—. A ti no te gustan los niños, ¿verdad?

—A ratos.

—¿En serio? —dijo algo desilusionada.

—Nunca me he visto siendo padre. Creo que si alguna de mis novias se hubiese quedado embarazada... me hubiera dado un micro infarto.

Ella bajó la vista y se encogió de hombros.

—Yo estuve embarazada hace un año y medio. Pero lo perdí.

Aquella noticia removió el estómago de Iker. No entendía por qué no le gustaba nada que Violeta hubiese llevado el bebé de otro hombre.

—¿De tu ex marido? —se interesó con voz seria.

—Sí. Sentir que llevas vida dentro... es una experiencia preciosa —añadió con añoranza—. Aunque, creo que es mejor así. No quiero ni imaginar la angustia de tener que compartir un bebé con aquel desaprensivo.

Molesto, apretó la mandíbula.

—Recuerdo que me comentaste algo el primer día que nos conocimos, sobre él.

—Pau me engañó. Me hizo creer que estaba loco por mí para que nos casásemos —relató con rabia—. Era el hombre perfecto: guapo, atento, el fundador de una empresa que, según él, estaba a punto de despegar... ¡Fui tan tonta! Solo me quería para su propio interés. Cuando convencí a mi padre de que le prestase dinero para terminar la última fase de su puñetera empresa... me pidió el divorcio. —Agarró la mano de Iker—. Me sentí sucia, usada y pisoteada. Nunca me han hecho tanto daño.

—Hijo de puta —lo insultó entre dientes, enfadado por lo que había

tenido que pasar. Aunque, si lo pensaba con detenimiento, ¿no le había hecho él algo parecido? La buscó por su buen nombre y la engañó para que pensase que la quería. Necesitaba que el mundo del cine lo volviese a ver como a una persona honorable. Sin prostitutas ni escándalos sexuales. Fue capaz de todo por recuperar su trabajo.

Se sintió el más rastrero de todos los hombres. Esa chica tan dulce, bonita y especial no se merecía que la trataran de ese modo.

Sin embargo, y a pesar de sus asquerosas acciones, había cambiado.

Sentía cosas muy fuertes por Violeta y no quería hacerle daño. Antes de eso, prefería cortarse el pene a pedacitos. Estaba dispuesto a seguir con su relación. Así lo exigía su cuerpo. Quería descubrir qué era eso que lo ataba a esa mujer tan especial y única. Puede ser que, al principio, sus intenciones no hubiesen sido las mejores, pero ahora, que la sentía tan cerca de él, tan dentro de su piel... pasaría por encima de quien se propusiese dañarla.

Violeta dio la vuelta y lo miró a los ojos. Le acarició la mejilla, con el amor reflejándose en sus pupilas, y lo besó tiernamente.

—Menos mal que te encontré a ti, Iker Martínez. Te quiero y confío en ti. Sé que jamás me mentirás, ni me harás daño.

Notando un nudo en el estómago, por la culpabilidad. Solo pudo asentir y abrazarla. Mientras lo hacía, se decía a sí mismo que aquello no podría seguir demasiado tiempo, por su propia salud mental, tenía que contarle la verdad. Violeta lo merecía.

Paula salió del cuarto de baño gloriosamente desnuda, como si de una diosa se tratase. Se ahuecó el cabello, para darle más volumen y caminó hasta la cocina de su lujoso chalet.

Entró en ella y escuchó el sonido de la televisión, en la que la mujer del tiempo anunciaba una ola de calor proveniente del Sahara. Abrió el frigorífico y sacó una botella de té fresquito. Cogió un par de vasos y, antes de que pudiese dar la vuelta para regresar, sintió unas fuertes manos rodearle la cintura.

Sonrió ante la agradable sorpresa y dio la vuelta, para encarar a Vasile, que la miraba con devoción, desnudo, al igual que ella. Lo contempló con deseo. El joven tenía un cuerpo de infarto.

—¿Por qué no me has esperado en la cama?

—Porque todavía no me creo que estemos aquí y... necesito verte para saber que no estoy soñando.

Desde el episodio con aquellos indeseables, todo sucedió muy rápido. Esa misma noche acabaron haciendo el amor en un hotel del centro. Paula, al dejar de lado sus peros, había descubierto que Vasile era mucho más que un niño de veinticuatro años que vivía en un barrio obrero. Le había demostrado que tenía madurez suficiente como para poder hacer cualquier cosa juntos, tenía la cabeza mejor amueblada que ella. Era atento, simpático y muy muy sensual, pues cada vez que la besaba creía derretirse.

Casi siete días después del altercado de su coche, se habían separado lo justo y necesario, porque él tenía trabajo y unos estudios por los que pelear. Le encantaba su espíritu luchador. Estaba decidido a ser alguien importante, a sacarse la carrera y escalar en la vida. Y lo que más le hacía admirarlo, era que había rechazado su dinero para costear sus gastos de estudiante. Incluso se molestó cuando se lo sugirió. Era orgulloso y no quería que nadie le regalase nada.

Caminaron hacia el dormitorio y sirvieron un poco de té en sendos vasos. Paula le ofreció uno.

—¿Quieres?

—Ya sabes que yo soy más de cerveza, pero vale. —Cogió el vaso y le dio un sensual beso en los labios—. ¿Recuerdas cuando te invité a ese bar y te pedí una para ti?

—O sea, se me revolvió el estómago a full. —Rio—. Nunca me ha gustado.

—Pero te la bebiste.

—Me la bebí porque había un chico muy guapo delante, ¡obvio!

—Un chico muy guapo al que no querías ni ver —le recordó—. Tuve que pelear para convencerte, eres una mujer muy difícil.

—¿Pero valió la pena?

Él la abrazó con fuerza y devoró sus labios, logrando que Paula gimiese por la excitación.

—Volvería a pelearme con esos tíos mil veces más si hubiese hecho falta. Me gustas mucho. Me gustaste desde ese primer día que te vi. Me pareciste preciosa y decidí que tenía que conocerte.

Paula le sonrió notando miles de mariposas volar por su estómago. Suspiró y le acarició la mejilla.

—A mí me asombró tu paciencia. Yo, a veces, me ponía súper súper

borde... y tú no dejabas de sonreír.

Vasile bajó la vista al suelo y le cogió una mano. Jugeteó con varios de sus anillos y sus preciosas uñas de porcelana.

—¿De verdad es para ti tan importante el dinero? ¿Supone un problema muy grande que yo no tenga?

Ella suspiró y le acarició la mejilla.

—No es un problema, really. Lo que ocurría era que... —Chasqueó la lengua—. Vasile, eres muy baby.

—¿Y qué importan un par de números?

—Nada, realmente, but... no eres el tipo de hombre que iba buscando. En mi cabeza tenía una idea muy distinta.

—Ya me lo dijiste, lo recuerdo. Buscabas a un príncipe que te tratase como a una reina. Uno de tu posición.

—Never in my life me he movido por los lugares que frecuentas tú. Me siento fuera de lugar en ellos.

—Y yo no puedo permitirme gastar dinero en los clubs a los que asistes. Tengo cosas más importantes que pagar.

Ambos se quedaron callados. Sabían que provenían de lugares muy diferentes y que, por mucho que se empeñasen, la diferencia siempre estaría allí.

Se gustaban, habían comenzado una relación amorosa, sin embargo, en ciertos temas sentían que pisaban terreno pantanoso.

Vasile se dejó caer en la cama y fijó sus ojos en el techo. Al verlo, Paula lo imitó. Cogió su mano y la besó. Miró su apuesta cara, esos ojos azules y la fortaleza de su cuerpo. Era impresionante, y no quería que estropeasen esa relación tan bonita que acababan de empezar con tonterías relacionadas con el dinero.

—¿Sabes qué? —dijo ella rompiendo el silencio—. No es momento para pensar en problemas. Lo que quiero es disfrutar contigo.

Vasile la miró y asintió de acuerdo con sus palabras.

Le encantaba esa mujer, le había costado horrores tenerla así, a su lado, y no iba a permitir que nada los separase. Se estaba enamorando de Paula de La Fuente e iba a hacer lo que estuviese en su mano para que se quedase con él.

La rodeó por la cintura y pegó sus cuerpos. La suavidad de ella lo excitó.

Lamió su cuello y lo mordisqueó, para luego susurrarle en el oído:

—Tienes razón, dejémonos de dramas y hagamos el amor.

—¿Otra vez? —rio. En lo que llevaban de día lo habían hecho cinco

veces—. ¿Qué te da tu madre de comer?

CAPÍTULO 19

—¿Se puede saber dónde os metéis? ¡Llevo sin saber de vosotras más de un mes!

Violeta rio al escuchar el tonito de Oscar, con tanto retintín como siempre.

Esa mañana había decidido ir a la estética. Necesitaba una puesta a punto. Mientras le hacían las uñas, charlaba con su amigo, que también era cliente fijo de aquel lugar, pues era adicto las pedicuras que hacía Hanako.

—Ay, Oscar, ¡el amor! —canturreó tan feliz que hasta le costaba creérselo. Iker y ella estaban tan bien juntos... Ya nada era como al principio. Notaba la pasión y el cariño de su novio. Era atento, hablador, simpático y gracioso, aunque... el romanticismo seguía sin aparecer.

—Di que sí, perla, tienes el cutis resplandeciente —la alabó. Se notaba el cambio producido en ella. Violeta no había estado tan guapa en años—. ¡Pero mala pécora, podrías llamar al menos para hablar un poco! Si hasta Johana me ha preguntado si nos habíamos peleado.

—Saluda a tu prometida de mi parte —le dio recuerdos sin parar de reír.

Oscar se acomodó en el sillón y giró un poco más el cuerpo para seguir hablando.

—Y, cuéntame, ¿qué es de tu vida?

—Pues, a ver, me estoy matriculando en la universidad, ¿te lo comenté la última vez?

—Sí, algo me dijiste.

—¡Estoy muy emocionada, Oscar! Iker me anima, dice que cree en mí.

—Fíjate, yo sí que estoy emocionado. Si hace... cuatro meses, me llegan a decir que el golfo de tu novio iba a sentar la cabeza... me hubiese reído mucho y muy fuerte. Por lo que me cuentas, es muy heavy el cambio que ha dado.

—Todo el mundo me dice lo mismo, así que... será verdad.

—Has reformado al mujeriego número uno de España, Hollywood y el mundo entero.

—Bueno, yo no he hecho nada. Solo quererlo a mi manera. —Se encogió

de hombros.

—Se ha enamorado de ti, sweetie. Las personas cambiamos por amor.

—Sé que siente algo hacia mí, lo noto. Pero... todavía no me ha dicho las palabras mágicas.

—¿No te ha dicho que te quiere? —Alzó las cejas—. No tardará, créeme.

Violeta cerró los ojos y sonrió, imaginando el momento.

—Estoy deseando escucharlas de sus labios.

—Todo llegará. —Sentenció con convencimiento—. Oye, ¿sabes algo de Paula? La llamé esta mañana y no ha dado señales de vida.

Violeta rio y asintió, porque ella sí que sabía el motivo de su desaparición.

—Está de luna de miel con Vasile.

—¿Con el baby camarero? —gritó como un loco de remate.

—Sí.

—¡No me lo puedo creer! ¡Es crazy!

—Llevan saliendo más de dos semanas y Paula parece feliz, mucho.

Oscar sacó su teléfono y se puso a tocarlo.

—Voy a mandarle un mensaje. Esta me va a oír por no contarme nada —comentó sin dejar de sonreír—. ¡Normal que esté feliz! ¡Es un yogurín potente y de muy buen ver! —Miró a Violeta con una sonrisa de oreja a oreja—. Y, mira que yo no soy gay, aunque le gente se empeñe en lo contrario. Pero hija, cuando alguien es guapo, es guapo.

—Totalmente de acuerdo. Es un chico muy guapo.

Él le dio una pequeña palmada en el hombro.

—Pero como tu Iker... ninguno.

—Mi chico es único.

—Oye, y cambiando de tema. ¿Qué planes tienes ahora?

—De momento estoy libre, ¿por..?

—Es que quiero comprarle un ramo a Johana. Mañana es su cumpleaños y me apetece llevarla a cenar fuera. Hay que celebrar que este va a ser su último cumpleaños soltera.

Violeta miró a su amigo con cariño. Oscar. Siempre tan romántico y detallista con su novia.

—Pues, no se hable más. Nos vamos a la caza del ramo perfecto.

Iker despertó enredado con el cuerpo desnudo de Violeta.

Desde hacía algún tiempo, no recordaba cuánto, le gustaba despertar antes que ella para poder observarla a su antojo. Cuando dormía, era la visión más hermosa de todas. Su preciosa cara, relajada y con una media sonrisa en los labios, sus senos, pequeños y turgentes, que subían y bajaban al ritmo de su respiración. Su estómago, firme y sedoso, que siempre temblaba con sus caricias y su sexo, rasurado y jugoso, ese que lo podía hacer llegar al clímax con un placer del que jamás creyó capaz. Esa mujer era adictiva. Cuando te picaba su aguijón ibas cayendo en su embrujo de forma paulatina y letal.

Apenas recordaba cómo era estar sin ella, sin embargo tampoco lo echaba de menos. Violeta lo llenaba de tal manera que pensar en que pudiese salir de su vida de repente, le producía un gran malestar en el pecho. Le gustaban sus charlas, a veces sin sentido, a veces graciosas y, a veces, lo sacaban de quicio. Le encantaban sus juegos, esa picardía infantil que todavía conservaba y que tan loco le volvía. Sus sonrisas. Esas tan especiales que iban dirigidas a él, solo a él. El rubor de sus mejillas al mostrarle su cuerpo desnudo. Sus carcajadas, sus muecas, el que comenzase a cantar de repente, sin ningún motivo, encontrarla con la cara embadurnada de crema, sus pataletas, el amor por su gato, aunque aquel no quisiese verla ni en pintura...

Eran tantas cosas las que le encantaban de ella, que se sentía el tío más cursi del planeta. Pero le daba igual. Ella se había entregado por completo, sin miramientos, ni reparos. Lo quería y no se cansaba de repetirlo, aunque se llevase alguna que otra pequeña decepción cuando él no le replicaba con palabras similares.

Jamás había pronunciado un te quiero. Le costaba hacerlo, no quería equivocarse. Sin embargo, había estado varios días dándole vueltas a algo en su cabeza. Era una especie de acción compensatoria. Quería que Violeta sintiese que estaba involucrado en aquello, aunque no se atreviese a decirlo con palabras todavía. Necesitaba demostrarle que pensaba ir en serio. Y había encontrado la manera ideal de hacerlo.

Sin dejar de sonreír al pensar en lo que se proponía, acercó su boca a la mejilla de ella y la besó con delicadeza. De inmediato, se removió, lo abrazó y entreabrió los ojos.

—Hola —dijo todavía medio dormida.

—Buenos días.

—¿Qué hora es? ¿Es muy tarde?

—Son las nueve y media.

—Uf, pues voy a dormir un poco más.

—No, tengo pensado un plan para esta mañana. —La zarandéo y rio al verla fruncir el ceño.

—¿Un plan?

—Nos vamos un lugar muy especial.

—¿Me llevas de compras? —preguntó abriendo un ojo.

—No, no es eso precisamente.

—Entonces, sea lo que sea, puede esperar. —Se dio la vuelta y cerró los ojos, agarrada a la almohada.

Iker contuvo una carcajada y la volvió a zarandear.

—¡Vamos, levanta, perezosa! —La agarró con fuerza por la cintura y le mordisqueó el cuello.

—Ay, eres un pesado —resopló notando cómo el vello del brazo se le erizaba por sus besos. Giró sobre sí misma y se quedó mirándolo a los ojos, algo más despierta—. Como no sea un buen lugar, prometo dejarte a merced de Sushi.

Iker silbó y puso cara de terror.

—Eso sí que es un castigo cruel.

—No, cruel es tenerme despierta hasta las cuatro de la madrugada y querer que me levante tan pronto —se quejó escondiendo la cabeza en su pecho.

Iker rio.

—Venga, ¿no me irás a decir que tú no pusiste de tu parte? Porque creo recordar que la segunda vez que lo hicimos fue por iniciativa tuya.

—Sí, pero esa no cuenta. —Le sacó la lengua y cerró los ojos por quinta vez, aunque ya no tenía ni pizca de sueño.

Salieron de casa una hora más tarde, después de que Iker hiciese un par de llamadas que no dejó que escuchase. Montaron en su coche y poniendo esa música rock que tanto le gustaba a él, dejaron Madrid.

Por exigencia de Iker, no pudo hacer preguntas, así que intentaba adivinar a dónde se dirigían, aunque falló todas las veces. ¡Es que podía ser a cualquier sitio!

A pesar de ello, disfrutó del viaje. Su chico al volante era toda una visión. Exudaba erotismo por donde lo mirase.

Casi otra hora después, un cartel le hizo pegar un pequeño bote.

—¿Chinchón?

—Exacto.

—¿Me llevas a conocer a tus padres? —gritó con emoción y comenzó a dar palmas—. ¡Qué top! ¡Y qué nervios!

Lo rodeó con los brazos y le dio miles de besos en la mejilla, haciéndolo reír.

—Si sigues así, nos vamos a estrellar.

—¡Me da igual! ¡Te quiero, te quiero! —gritó sin dejar de besarlo.

Encantado por su efusiva reacción, se dejó hacer, feliz de verla tan contenta.

Llegaron al chalet donde vivían sus padres. Era una enorme vivienda de una planta, rodeada por el jardín y recubierta con una preciosa piedra blanca. Abrió la puerta del garaje con su propio mando. Al salir del vehículo, Violeta se llevó una mano al corazón. Los nervios cada vez eran más fuertes.

Al verla tan seria, Iker la cogió por la barbilla y la hizo mirarlo a los ojos.

—¿Qué te pasa?

—¿Y si no les parezco suficiente para ti?

—Les vas a parecer perfecta, créeme.

Le dio un suave beso en los labios y la abrazó, apoyando la frente sobre la suya. Violeta sonrió, más segura de sí misma.

—¿Sabes? —Ella lo miró a los ojos y sonrió con tristeza—. Me encantaría poder hacer lo mismo que tú. Llévate a casa de mis padres y que se mostrasen encantados de conocerte.

—Puedes hacerlo cuando quieras.

—No, no puedo. Por nada pienso dejar que mi padre te ataque porque no seas de su agrado.

Iker la besó de nuevo y le sonrió con cariño. Cuando Violeta lo miraba de esa manera, tenía que contenerse para no quitarle la ropa. Era tan dulce...

—Lograré que tu padre apruebe lo nuestro —dijo convencido.

—¿Cómo?

—No lo sé —rió y se encogió de hombros—. Pero si es importante para ti, intentaré lo que sea necesario.

Violeta lo rodeó con los brazos por el cuello y lo besó, olvidando dónde estaban y a quién habían ido a visitar. Profundizó el beso e introdujo la lengua en la boca de él. La reacción de Iker no se hizo de esperar, la acorraló entre su cuerpo y el coche, acariciando su trasero y apretándolo para que la fricción entre ellos fuese más salvaje. Violeta jadeó contra su boca y mordió su labio inferior, encendida por el deseo.

—Joder —gimió él—. Me vuelves completamente loco.

—¿Y tú a mí no?

—¿Cómo he podido estar tan ciego? Todavía no entiendo cómo no me di cuenta hasta hace tan poco tiempo de... —Calló al darse cuenta de que estaba hablando más de lo que debía.

—No te diste cuenta de qué —preguntó frunciendo el ceño, aunque sin dejar de besarlo.

Iker se mordió la lengua.

Tenía que ir con cuidado con lo que decía. No era el momento ni el lugar para que Violeta se enterase de su engaño. Iba a decírselo, lo tenía decidido desde hacía más de una semana, sin embargo, lo haría cuando estuviese seguro de que era la ocasión adecuada, y tras tener estudiadas las palabras exactas para que el golpe fuese menos doloroso. No quería hacerle daño. Su única intención era ser honesto y que su relación no se resintiese con la bomba que tenía que confesarle. Le encantaba esa mujer y no pensaba dejar que aquello que tenían se estropease por su mala cabeza. Quería seguir con Violeta y disfrutar de ella, de ese sexo tan caliente y morboso que tenían juntos, y de sus sonrisas y conversaciones, que a veces lo sacaban de quicio pero no cambiaba por nada.

—No me hagas caso. Son tonterías mías.

Devoró sus labios y Violeta cerró los ojos extasiada, sintiendo que su estómago se encogía por el placer que le provocaba el roce de su boca.

Todavía continuaba impresionándole aquella burbuja de deseo que la envolvía. Pero Iker era especial. Lo había sabido desde el principio y había apostado fuerte por él. A pesar de su familia, de su mala reputación y de todas las diferencias que los separaban.

—Así que, esta es Violeta.

Ambos dieron un respingo al escuchar aquella voz femenina. Violeta se separó de su chico con las mejillas rojas por la vergüenza. Sin embargo, al mirarlo a él, lo vio sonreír.

Cuando se fijó en la mujer que los observaba desde el quicio de la puerta, que daba paso a la vivienda, abrió los ojos asombrada.

Era bastante mayor, según sus cálculos, tendría unos ochenta años. Sin embargo, lo que le sorprendió no fue eso, sino su apariencia. Llevaba el cabello corto, de color rosa chicle y con flequillo. Vestía una bata roja, con motivos japoneses, y unas playeras de leopardo. Además de sus uñas, largas y de un color verde esmeralda, con pequeños brillantes en ellas.

—Sí, mamá, esta es Violeta.

Iker se acercó y la besó en la mejilla. Su madre lo abrazó con cariño y, enseguida, volvió a centrar su atención en ella.

Violeta se apresuró a ir a su lado, para saludarla.

—Mucho gusto, señora, Iker me ha hablado de usted.

—¿Mi hijo te ha hablado de mí? ¿Este sinvergüenza? —bromeó—. Nosotros nos enteramos de que tenía novia por la televisión.

—Ya te dije que estaba ocupado, mamá —respondió poniendo los ojos en blanco.

—Sí, ya me imagino que tendrías las manos ocupadas, como siempre. — Le sonrió a Violeta—. Puedes llamarme Asun, no me gusta eso de señora.

—Pues, encantada, Asun.

La madre de Iker les hizo una señal con la cabeza y comenzó a caminar hacia el interior de la casa, con pasos cortos y aguantando el dolor de espalda que desde hacía unos años se había cebado con ella.

—Pasad al salón, tu padre está a punto de llegar.

—¿Está en el huerto?

—Sí, hijo, quiere más a sus tomates que a mí.

Violeta sonrió al escucharla. Asun era una mujer muy peculiar. Desde que había aparecido, no había podido apartar la vista de ella. Apenas guardaba parecido con su hijo. Iker tenía unas facciones fuertes y cuadradas, no como las de ella, finas y afiladas, pero tenía un carácter tan jovial y gracioso que enamoraba al instante.

Los condujo por un enorme recibidor, casi tan impresionante como el de la casa de sus padres, decorado con modernidad y nada acorde con las típicas casas de las personas mayores. Aunque, claro, tenía que recordar que, antes de ser suya, Iker la construyó para él mismo.

Llegaron a un salón oval, bastante grande y con enorme piano de cola al lado de un ventanal que daba hacia el jardín.

Asun se sentó en un pequeño sofá, en el cual tenía un molde de lana, con el que estaba tejiendo una bufanda. Le dio un estremecimiento al pensar en aquella prenda, porque estaban en pleno mes de julio.

—Iker, trae algo de beber. No tengas a tu novia y a tu madre muertas de sed.

Miró a Violeta, poniendo los ojos en blanco, y sonrió. Al verla reír, se acercó para besarla antes de levantarse.

Desapareció por un pasillo que, presumiblemente, llevaba hacia la

cocina, y dejó a las mujeres a solas.

Asun cogió el molde y comenzó a tejer sin fijarse en lo que hacía, pero dando puntos con maestría. Se concentró en Violeta, que miraba a su alrededor.

—Estoy contenta de que mi hijo haya decidido sentar la cabeza. Y tú pareces una buena chica. Bueno, al menos eso dicen en los programas de cotilleos.

—Nunca he sido muy dada a salir en los medios de comunicación. Mi padre nos lo tenía prohibido. Él valora la discreción por encima de todo, por su negocio.

—¿Y qué opina tu familia de mi hijo?

Violeta se retorció las manos, nerviosa. No quería contarle la opinión de Jacob Parrish respecto a su hijo.

—Pues, ellos...

—¡Ya estoy aquí! ¿Qué me he perdido?

Suspiró con tranquilidad al ser interrumpida por un señor que portaba las manos llenas de tomates.

Parpadeó varias veces al fijarse mejor.

Era de la misma edad que Asun y llevaba unos pantalones vaqueros rotos por las rodillas, una camiseta de propaganda de una conocida marca de refrescos y unas gafas de sol con forma de corazón, con cristales rosas.

—¡Paco, me vas a romper las gafas!

—Es que con las mías no veo —se excusó con una débil sonrisa.

—¡Pues ve a la óptica y que te hagan unas nuevas!

—¿Y perder toda una mañana? No. Tengo cosas que hacer en el huerto.

Asun miró a Violeta negando con la cabeza.

—Entre el bendito huerto y sus conejos... me tiene negra.

—¿Conejos? —rio esta, tapándose la boca con la mano.

—Sí, hija, ahora a la vejez le ha dado por ponerse a criar animales.

—Pues, bien que coges el dinero cuando cobro —le echó en cara el hombre.

—¡Claro, porque si no lo hago te lo gastas en más conejos!

Paco se encogió de hombros y miró a Violeta, que no podía contener la sonrisa.

—Asun, ¿esta es la chiquilla que traía Iker para que conociésemos?

—Sí, y se llama Violeta.

El padre de Iker estiró el brazo y le dio la mano, estrechándola.

—Tanto gusto, hija. A ver si tú eres capaz de domar a ese sinvergüenza.

—Claro que va a ser capaz —añadió su mujer convencida—. Además, es la primera novia que nos trae a casa, tiene que ser la buena, digo yo...

Paco se sentó en el sillón que había al lado de su mujer y miró a Violeta concentrado.

—Tú si ves que se desvía del camino, le das un zapatazo en el cogote.

—¡Papá! ¿Qué le estáis diciendo a Violeta? —exclamó Iker que regresaba de la cocina con una bandeja con bebida.

—Tu padre le está advirtiéndole —contestó Asun, tan tranquila.

—No veo por qué —añadió él encogiéndose de hombros. Dejó la bebida en la mesilla auxiliar y se sentó junto a su novia.

Paco volvió a llamar la atención de ella y se llevó una mano a la cabeza.

—Ay, hija, no sabes los años que nos ha dado este tunante. Ya nos daba hasta miedo poner la televisión.

—Paco, puede estar tranquilo, porque su hijo conmigo es un cielo.

—Y si no lo es, sarmentazo en los riñones, nena —añadió Asun con tranquilidad—. A los hombres hay que tenerlos cogidos en corto, porque se desvían. Los pobrecicos tienen que tener algún cable mal conectado en la cabeza.

Iker miró a su novia, que escuchaba alucinada.

—Vaya una imagen se va a llevar Violeta de mí.

—Solo la estamos poniendo sobre aviso —dijo su padre, negando con la cabeza—. Que te conocemos, bribón. A ver si maduras de una vez.

—No, si esta vez vais a ser vosotros los que la hagáis salir corriendo a ella.

—No voy a salir corriendo —respondió Violeta sonriente. Le dio un suave beso en la mejilla y le cogió de la mano. Se fijó en sus padres, que los miraban con una sonrisa en los labios—. Quiero a su hijo y sé que es un buen hombre. Además, se nota que va en serio conmigo. A parte de a ustedes, conocí a su hermana.

—¿Has visto a Ana y no nos ha dicho nada? —preguntó Asun frunciendo el ceño.

Iker dio un respingo en el sofá y sintió que el corazón se le salía del pecho. No podía dejar que Violeta y su madre siguiesen hablando sobre su hermana o acabaría por saberse la verdad.

—Pero fueron solo unos minutos.

—Sí —añadió Violeta—, se fue enseguida. Y, por cierto, tienen una hija

preciosa —dijo recordando a la hermosa morena que encontró en la casa de Iker un tiempo atrás.

Asun asintió.

—Tenemos unos hijos muy guapos, pero Ana la que más. Parece holandesa de lo rubia que es. No sé a quién habrá salido.

—Al butanero —añadió Paco señalando una foto de él mismo, que estaba colgada de la pared, en la que se veía muy joven y rubio.

—¿Rubia?—susurró Violeta extrañada mirando a su chico.

—Es que se tiñe —mintió Iker de inmediato, en un tono tan bajo que sus padres fueron incapaces de escucharlo.

Se quedaron en Chinchón una hora más, oyendo historias de cuando su chico era un niño. Se despidieron de Asun y Paco con la promesa de volver pronto, pues, a Violeta le parecieron tan entrañables... Hicieron que se riese mucho e insistieron en que tenía que ser recta con él. Estaban convencidos de que era un desvergonzado y estaban cansados de los chismes de la televisión.

Llegaron a casa después de comer en un pequeño restaurante japonés de camino a Madrid. Cerraron la puerta tras de sí y Violeta lo abrazó, feliz.

—Te quiero. —Lo miró a los ojos y le dio un beso—. No sabes lo que significa para mí que me hayas llevado a conocer a tus padres.

—¿Qué significa? —la interrogó rodeándola por la cintura y sin dejar de sonreír. Era tan bonita y le hacía sentir cosas tan fuertes en el estómago...

—No sé, es como... que tú también estás comprometido con esta relación. Ahora sí. Ahora sí que siento que lo nuestro avanza. Al principio lo dudé —dijo con sinceridad—. Chocábamos en muchas cosas y... apenas hablábamos. Pero al final, me has demostrado que tenía razón en todo. Eres perfecto y me encanta estar contigo. No te puedes ni imaginar todo lo que siento cuando me miras. Es... plenitud, Iker.

Él tuvo que resoplar, pues tenía un nudo tan enorme en el pecho de emociones, que no sabía cómo hacer para poder digerirlas. Violeta Parrish lo había embrujado. Acercó sus labios a los de ella y devoró su boca con ganas y deseo. Ese cuerpo tan apetecible, el querer quitarle la ropa, esos sentimientos que lo desbordaban. Todo.

—Cada vez que me dices esas cosas me dan ganas de follarte muy fuerte —jadeó contra su boca.

Ella soltó una carcajada y le dio un pequeño golpe en el hombro.

—Y sigues siendo tan romántico como siempre.

—En algo tenía que fallar, ¿no?

—No me parece un fallo. Tú eres así, y me gusta.

—Es que no sé ser de otra forma —se excusó levantándola en peso y aplastándola contra la pared. Le dio un beso arrasador que los dejó temblorosos y sonrió—. A ver, ¿qué podría hacer para ser romántico?

Ella rio y se mordió el labio inferior.

—Podríamos ver una película y acurrucarnos en el sofá cogiditos de la mano. Eso me encanta.

—¿Y aparte de eso?

—Pues... podríamos darnos un baño con velas y burbujas.

—Eso me gusta más. Aunque... ¿qué te parece si dejamos las velas y las burbujas a un lado y nos centramos en el baño? Te prometo que frotando la espalda soy el número uno.

—Tú lo que quieres es hacerlo allí, ¿no?

—Y hacértelo allí hasta que desbordemos la bañera. —Asintió y le guiñó un ojo.

Violeta le mordió el hombro, fingiendo enfado y lo miró negando con la cabeza.

—No tienes remedio. Algún día te arrepentirás de no haber sido más cariñoso conmigo.

—No creo, porque acabas de confesar que te gusto de todas formas —dijo con chulería y convencimiento.

—No, no me gustas —lo contradijo con seriedad. Y acto seguido lo besó con lentitud logrando que se le erizase el vello del brazo—. Te quiero, que es totalmente diferente.

Siguieron besándose mientras sus manos exploraban cada centímetro de sus cuerpos. La pasión alcanzó un punto en el que ya les era imposible detenerse. Violeta le acarició la mejilla y lo miró con adoración. Aquel hombre era lo mejor que le había pasado en años. Le besó la frente, la nariz, los fuertes pómulos y el mentón, haciéndolo sonreír.

—Violeta, ¿sabes una cosa? Creo que hacemos un gran equipo. Eres tan tierna y sensible que suples mis carencias con creces.

—El amor es eso. —Le sonrió con ternura—. Sentirse complementado por la otra persona y saber que juntos podemos conseguirlo todo.

CAPÍTULO 20

Carla Mancini subió por el ascensor del hotel en el que se hospedaba, junto a Marisa.

Había llegado el día. Lo tenía todo preparado para que aquella mujer cantase como un pajarito y pudiese desenmascarar a Iker Martínez de una vez por todas.

En su habitación los esperaban dos de sus cómplices en aquella trampa: Lorena y Marcos, el encargado de dejar constancia gráfica de la confesión.

Echó un rápido vistazo a su acompañante, que esperaba a su lado sin dejar de sonreír. Pensaba que estaban allí para una supuesta prueba de modelo para su próxima colección de ropa. Qué ilusa. Cuando terminase con ella le iban a faltar pañuelos en el mundo para limpiarse las lágrimas.

Lo haría, la dejaría en pañales delante de la cámara y descubriría ante todos lo cabrón que era su ex novio. Se lo debía a ella misma por todas las horas de terapia que había pasado por su culpa, y se lo debía a Violeta Parrish, aunque todavía no creía en sus palabras. Ninguna mujer merecía un trato semejante.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, caminaron hasta la habitación de Carla. Al entrar, sus amigos los esperaban. La italiana le sonrió a Marisa y le hizo una señal para que se acercase a ellos.

—Te presento a Lorena, mi ayudante de vestuario, y a Marcos, el cámara.

—¿Un cámara? ¿Para qué? —preguntó la otra frunciendo el ceño.

—Ay, flor, necesitamos saber cómo te ves a través de las pantallas de televisión. Es súper importante. —Le guiñó un ojo—. Además, quiero que mi padre te vea y me dé su opinión.

Marisa dio un pequeño saltito y se llevó la mano al pecho.

—¿Me va a ver el gran Pietro Mancini?

—Claro, siempre me ayuda con estas cosas. Tener un padre diseñador tiene sus ventajas

—¡Oh, por Dios! ¡Es tan increíble!

Carla contuvo las ganas de resoplar. Forzó otra sonrisa y cogió a Marisa

por la cintura, dirigiéndola hacia el cuarto de baño.

—¿Por qué no empezamos ya? Estoy segurísima de que vas a ser perfecta, pero me muero por comprobarlo. —Con la cabeza, le hizo una señal a Lorena para que las siguiese—. Te dejo en manos de mi ayudante para vestirte.

Al cerrar la puerta, giró hacia Marcos, que preparaba la cámara, concentrado.

Se colocó muy cerca de él y le habló casi al oído.

—No dejes de grabar hasta que yo te lo diga. Necesito la cámara encendida en todo momento.

—Entendido.

Lorena y Marisa estuvieron en el cuarto de baño casi cinco minutos. Mientras esperaba, Carla maquinaba mil y una preguntas para que ella solita destapase al idiota de su ex. Cuando la puerta se abrió, apareció Marisa con uno de sus vestidos veraniegos. De color blanco, sin adornos y atado al cuello. Le encantaba esa prenda, pero al vérsela a ella puesta se prometió quemarla después.

La hizo colocarse frente a la cámara, debajo de un foco que la iluminaba por completo. Marisa estaba quieta. Esperaba órdenes de la italiana.

—Muy bien, flor —comenzó a decir esta—. Empecemos. Quiero que luzcas el vestido, que seduzcas a la cámara y que me entren unas ganas locas de comprar lo que llevas puesto.

Marisa asintió y comenzó a moverse. Lo hizo con sensualidad, posando en diferentes posturas, sonriendo y cambiando su expresión facial.

Si tenía que ser sincera, Carla admitía que era una mujer impresionante, aunque nunca hubiese servido de modelo. Tenía demasiado pecho, era enorme a causa de las operaciones de cirugía estética. Lo sabía, reconocía esos retoques cuando los veía y las suyas no eran naturales. Además, las curvas de su cuerpo eran muy pronunciadas. Era una mujer demasiado exuberante como para poder pasear por una pasarela. Los diseñadores buscaban que sus modelos no sobresaliesen más que sus creaciones. Que el protagonismo se lo llevase por completo la colección que presentaban, y no un cuerpazo de escándalo y una cara divina. Su padre siempre le decía que la palabra que mejor definía a una modelo era neutralidad. Ni muy guapa, ni muy fea, ni muy exuberante, ni demasiado delgada.

A pesar de todo, Carla le sonreía como si fuese el mejor maniquí que hubiese visto nunca. Aplaudía cuando daba alguna vuelta, asentía cuando ponía morritos, aunque por dentro tuviese ganas de taparse la cara con las

manos y salir corriendo.

Aguantó aquel teatro cinco minutos más.

—Perfecto, Marisa, ya hemos terminado.

La amante de Iker tragó saliva y se acercó a su lado, nerviosa.

—Y, bueno, ¿qué tal he estado?

—Pues... si tengo que serte sincera... —Se quedó en silencio unos segundos—. ¡Me has encantado!

—¿En serio? —gritó sin poder dejar de saltar y abrazarla.

—Has estado espectacular, eres justamente lo que estaba buscando.

—¿Y tu padre?

—Esta misma tarde le mando el video, pero estoy segura de que va a pensar como yo. Este es el principio de una gran carrera de modelaje.

—¡Dios, creo que voy a llorar! —comentó aguantando el nudo en la garganta—. ¿Puedo volver a abrazarte?

Carla hizo una mueca al imaginar estar de nuevo abrazada a ella.

—Vamos a hacer algo mejor, ¿vale? ¡Celebrémoslo! —Miró a Lorena y le guiñó un ojo—. ¿Puedes servirnos un par de copas, love? Marisa se merece un brindis.

Lorena hizo lo que se le pidió siguiendo las instrucciones de Carla, las que le dio antes de aquel encuentro. Una copa bien cargada de alcohol para la invitada y un zumo de piña para la italiana, aunque claro, eso Marisa no podía saberlo.

Estuvieron hablando los cuatro, sentados en el pequeño salón que había en la lujosa habitación de hotel. Las copas volaban, pero el alcohol solo lo tomaba una persona.

Esa misma persona que al cabo de una hora sonreía con los ojos entrecerrados, y otra media hora después canturreaba por todo lo que había bebido.

Carla miró a Lorena y a Marcos y asintió. Este se levantó y enfocó la cámara hacia donde estaban, lo hizo sin disimulo, pues Marisa apenas sabía ni dónde estaba de lo borracha que iba.

—Listo —avisó él y alzó el dedo pulgar.

La italiana miró a su amiga y cambió su atención de inmediato hacia la otra, que jugueteaba con su copa y se esforzaba por que su cabeza no se balanceara hacia los lados.

—Bueno, Marisa, no nos has contado si sales con alguien —comenzó Carla encauzando la conversación.

La morena negó con la cabeza de forma desproporcionada y se carcajeo.

—No, no quiero pareja —contestó arrastrando las palabras.

—No me puedo creer que una chica tan guapa no tenga a nadie que le haga compañía —insistió.

—Bueno... —Intentó abrir los ojos con normalidad, pero solo consiguió hacer una mueca—. Follo con muchos.

Carla y Lorena se miraron y sonrieron.

—¿Conocemos a alguno de tus amantes?

—Pff... claaaro... todo el mundo conoce a Iker Martínez. Es súper famoso, famoso, famoso.

—Bingo —susurró Carla y apretó la mano de su amiga.

—Pero, ¿Iker Martínez no tiene novia? —prosiguió Lorena—. ¿Una tal Violeta Parrish?

Marisa rio y cogió de nuevo su copa. Se la llevó a los labios con torpeza y frunció el ceño al comprobar que estaba vacía.

—¿Otra copa?

—Sí, sí, claro. Lorena, vuelve a llenarla. —Mientras que su amiga lo hacía, Carla insistió—. ¿Qué pasa con Violeta Parrish, Marisa? Es la novia de Iker.

—Él no la quiere. Solo la utiliza para que su reputación vuelva a ser buena y seguir trabajando.

—¿Cómo sabes eso?

—Él mismo me lo dijo. —Soltó otra carcajada y cogió la copa, nuevamente llena de alcohol. Le dio un trago y sonrió con expresión infantil—. Un día...

Dejó de hablar cerró los ojos; la ebriedad se estaba cebando con ella. Carla la zarandeó un poco, para que despertase.

—¿Qué pasó? ¿Un día...?

—Un día fui a su casa y follamos en el jacuzzi. Pero Violeta regresó antes de tiempo y le dijo que yo era su hermana. ¡Pff... y la tonta lo creyó! Incluso me dio un beso y me dijo que quería que nos viésemos más.

Carla la fulminó con la mirada y apretó la mandíbula, pues a ella le ocurrió exactamente lo mismo. Tragó saliva, para intentar que la bola de rabia se fuese digiriendo.

—¿Y a ti no te da lástima hacer eso?

—No es mi novia. Me da igual, todo el mundo sabe cómo es él. —Y tras decir aquello, su cabeza cayó hacia delante y se quedó dormida sobre la mesa.

Carla se levantó de inmediato, seguida por Lorena. Caminaron hacia Marcos, que seguía cerca de la cámara de video.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo todo —asintió dando pequeños golpecitos sobre el aparato, contento de su trabajo.

Carla sonrió satisfecha y abrazó a Lorena.

—Perfecto. Por fin voy a poder demostrarle a Violeta que decía la verdad.

—A esa chica no le va a quedar más remedio que darte la razón.

La italiana bajó la cabeza al suelo y se encogió de hombros.

—Ojalá no tuviese que hacerlo, pero es por su bien. Iker Martínez merece quedarse solo el resto de su vida, que ninguna mujer quiera acercarse a él a menos de cincuenta metros.

Un ronquido la interrumpió. Los tres miraron hacia la mesa, donde Marisa seguía dormida. Siseo al verla y le hizo una señal a Marcos con la cabeza.

—Llama a un taxi y llévala a su casa. Hemos terminado con ella.

—¿Y cuando se despierte y se pregunte por tu contestación para el trabajo de modelo?

—Querido, ese ya no es mi problema.

Entre Marcos y Lorena cogieron en peso a Marisa y la sacaron de la habitación. Carla caminó hacia la ventana y se apoyó en el cristal de esta. Lo había conseguido, había logrado desenmascarar a su ex y le daría las pruebas a Violeta Parrish para que hiciese con ellas lo que le pareciese conveniente. Había conseguido su objetivo, sin embargo, no se sentía feliz. Ella misma había pasado por todo aquello y sabía que el sufrimiento que iba a pasar esa joven sería muy duro. No la conocía de nada, sabía que Violeta pensaba que la movían los celos, que no confiaba en ella, sin embargo Carla estaba dispuesta a tenderle la mano en todo lo que hiciese falta. Ella tuvo que ir a un psicólogo y necesitó mucha ayuda para continuar después de lo que le ocurrió, pero no permitiría que Violeta pasase por lo mismo. No se conocían, pero pensaba ayudarla en todo, ofrecerle una mano amiga. ¿Quién mejor que la propia Carla, que había pasado por lo mismo, para estar a su lado cuando la necesitase?

Esa mañana fue la primera en levantarse de la cama, por increíble que

fuese. Quería prepararle un desayuno especial a Iker. Esa tarde tenía que salir de viaje hacia Milán, para rodar un nuevo spot publicitario para una conocidísima marca de ropa deportiva, y pasaría casi tres días fuera de casa.

Apenas sabía cocinar nada que no tuviese que calentarse en el microondas, pero estaba dispuesta a poner lo mejor de ella para lograr un desayuno decente.

Vestida todavía con su pijama de unicornios y el pelo recogido en una coleta descuidada, se colocó un delantal y cogió su teléfono móvil para mirar recetas en Youtube. Tras quince minutos indecisa, se decantó por el típico desayuno a base de tortitas con sirope de chocolate y café con leche, que era el favorito de su chico.

Sacó harina, levadura, leche y huevos y los mezcló en un recipiente, después de ver el video tutorial unas cinco veces y comprobar que las medidas eran exactas.

—Todo controlado —dijo a pesar de haberse puesto toda perdida de harina, porque en el momento menos indicado le había dado por estornudar.

Puso la sartén a calentar y esperó a que la temperatura fuese la ideal para echar parte de la mezcla en ella. Cuando lo hizo e intentó darle la vuelta, la tortita se rompió, pues estaba casi toda pegada a la sartén.

—¡No, no, jopetas! Violeta eres una loser hasta para esto.

Repitió la operación con el mismo resultado. Se cruzó de brazos, sin saber qué estaba haciendo mal. Entonces, escuchó el sonido de algo derramarse. Al darse cuenta corrió hacia el café, que se estaba desparramando por toda la encimera, porque la taza que había elegido era demasiado pequeña.

Se quemó, se enfadó y dio varios saltitos para intentar centrarse.

—Socorro —dijo mirando hacia el cielo.

—¿Qué haces?

La voz de Iker la sobresaltó. Corrió hasta donde se encontraba y lo empujó, tapándole los ojos con las manos llenas de harina, para que saliese de la cocina.

—¡No puedes verlo, es una sorpresa!

Le manchó la cara y el torso desnudo con harina.

—¿Qué sorpresa?

—¡Si te lo dijese, ya no lo sería! ¡Vete!

—Huele a algo quemado.

—¡Jolines! —gritó y corrió hacia donde estaba la sartén, que echaba

humo, y la apartó del fuego.

Al ver el desastre que tenía montado, se tapó la cara con las manos y gimió. No era capaz ni de preparar el desayuno.

Sin embargo, su novio caminó hacia allí y sonrió.

—¿Ibas a preparar tortitas?

—Iba.

—Y café.

—Ya no hay café, se derramó casi todo —lloriqueó.

—¿Por qué estabas haciendo todo esto?

—Porque hoy te vas y quería que nuestro desayuno fuese especial. —Lo miró a los ojos y frunció los labios en una mueca lastimera—. Pero ni eso sé hacer.

Iker la rodeó por la cintura y le pasó una mano por la mejilla, para limpiársela de harina. Le dio un suave beso en los labios y sonrió.

—No tenías por qué hacerlo, desayunar contigo ya es especial.

—Eso que acabas de decir es muy romántico —dijo mirándolo con adoración.

—Es la verdad.

Se fundieron en un beso sensual, caliente y atrevido, donde las manos de ambos apretaban el cuerpo del otro y palpaban cada centímetro para disfrutar de la suavidad de sus pieles.

—Vas llena de harina —comentó sin separar sus labios.

—Y te estoy manchando a ti.

—Me da igual, de todas formas tenía que darme una ducha.

Violeta suspiró y lo besó de nuevo. Miró a su alrededor.

—Siento no haber sabido preparar las tortitas.

—Las tienes hechas, solo te queda freírlas.

—¡Pero es que se pegan!

—¿Has untado la sartén con mantequilla?

Ella abrió la boca y a punto estuvo de darse cabezazos contra la pared.

—No.

Él soltó una carcajada y le dio una palmada en el trasero.

—Prepara tú el café, yo me encargo de lo otro.

—¿Seguro? Jopetas, vas a tener que cocinar por mi culpa. Yo quería que fuese un buen desayuno y poder llevártelo a la cama.

—Va a ser un buen desayuno y lo tomaremos en la cama, así que, ¡a trabajar!

Terminaron su preparación y, colocándolo todo sobre una bandeja, llegaron a su habitación. Comieron entre besos y risas, apartaron la bandeja y se quedaron tumbados, abrazados.

Violeta le acariciaba el pecho mientras sonreía tranquila. Le encantaba estar así con él, era una sensación maravillosa. Iker le daba paz.

—¿Me vas a echar de menos cuando estés en Milán?

Él se encogió de hombros.

—No creo.

—¡Oye! —exclamó dándole un manotazo en el hombro.

Iker se echó a reír y la abrazó con fuerza, colocándola a la altura de su cara y besándola mientras reía sin parar. Al dejar de hacerlo, la miró con atención. Era preciosa. Le dio un suave beso en los labios y juntó sus frentes.

—Te voy a echar mucho de menos, Violeta Parrish.

—¿Me llamarás todos los días? —lo interrogó sin dejar de sonreír.

—Solo me voy tres.

—Da igual, ¿me llamarás?

—Cada vez que pueda —le aseguró, y lo decía de verdad. Desde hacía un tiempo, esa mujer se había convertido en algo muy importante para él. No le gustaba tener que irse y dejarla en Madrid, sin embargo era por trabajo.

Cuando pensaba en el cambio que se había producido en su interior desde que Violeta apareció en su vida, no podía menos que asombrarse. Se sentía especial, querido y feliz. Esa niña de papá le había enseñado que nada era lo que parecía, que el amor podía nacer incluso donde menos se lo esperaba y que su vida junto a ella era la experiencia más fantástica que hubiese tenido nunca. Apenas recordaba cómo era estar sin ella, y no quería hacerlo. Sus sentimientos por Violeta eran tan fuertes que incluso, a veces, le daba miedo. Se sentía vulnerable y no le gustaba.

Su vida de macho alfa había dejado de interesarle. Ni la más bella de sus amantes podría hacer que cambiase a aquella tierna chica por una noche de sexo loco.

Con ella lo tenía todo. Una pasión de la que jamás se creyó capaz, atracción, cariño, diversión, ganas de saberlo todo sobre su vida y de pasar el mayor tiempo que pudiese a su lado.

¿Quién le hubiese dicho meses atrás, al antiguo Iker, que aquella mujer lo haría caer en su embrujo?

—¿Me vas a comprar algo de Milán?

—¿Qué quieres que te traiga?

—No sé, sorpréndeme —Lo besó y rio con picardía, frunciendo los labios en una mueca graciosa—. Solo te diré... que Milán es famosa por sus tiendas de ropa. Pero vamos, que tú ya compres lo que quieras, sin presión, ¿eh?

Iker soltó una carcajada y la pegó a su cuerpo con fuerza.

Apenas estuvieron abrazados unos segundos cuando ella se colocó a horcajadas sobre sus piernas. Le acarició su pecho musculoso, sintiendo que su piel se erizaba al roce de sus manos. Le encantaba. Era tan guapo, tan especial y olía tan bien... Su corazón cabalgaba a un ritmo desorbitado cada vez que le sonreía. Estaba loca por él, tan enamorada como nunca.

—Te amo, Iker. Jamás había experimentado esto tan fuerte por nadie.

Él sintió una presión enorme en el pecho y una alegría que lo desbordaba. Tragó saliva y la hizo acercarse hacia su boca para devorársela con todas las ganas y toda la pasión de la que era capaz.

Violeta. Ella.

Tantos sentimientos juntos, tanta intensidad.

Hicieron el amor despacio, acariciándose con tal ardor que parecía que su separación fuese definitiva. Los besos y los jadeos los acompañaron en aquel acto tan íntimo. Miles de susurros que los hacían suspirar, las embestidas que los elevaban cada vez más alto y sus cuerpos sudorosos que se amarraban al del otro como si no quisiesen soltarse nunca. El clímax fue tan fuerte que se quedaron sin palabras. Permanecieron casi media hora con los ojos cerrados, abrazados y con una sensación de plenitud tan poderosa que no les hizo falta nada más para rellenar aquel silencio. Se tenían el uno al otro y eso les bastaba.

CAPÍTULO 21

Hacía un día y medio que Iker estaba en Milán y, tal como le prometió, la llamaba cada vez que podía para decirle cuánto la echaba de menos. A pesar de ello, Violeta contaba las horas para volver a verlo. Le parecía raro no poder estar con él, sin embargo sabía que su profesión le exigía viajar para grabar y dar entrevistas muy a menudo.

La casa parecía enorme sin su presencia. Anhelaba sus sonrisas, sus palabras pícaras, hacer el amor cada vez que les apetecía y su nulo romanticismo, bueno, lo último no tanto.

Hacía todo lo posible por salir y olvidar que estaba tan lejos. Salía con sus amigos, visitaba a su hermana y su sobrina, e iba a la protectora para echar una mano en lo que hiciese falta.

Ese día había concertado una cita con su estilista. Necesitaba sanear las puntas y darle algo de vida a su cabello. Además, le apetecía un cambio, aunque no fuese demasiado evidente, y estar guapa para cuando llegase su chico. Pero, conociéndolo, ni se iba a dar cuenta.

Salió del edificio de Iker y caminó por las callejuelas de Madrid. Sabía que el trayecto hasta la peluquería era bastante largo, pero le apetecía andar. Madrid, en julio, no era el mejor lugar para hacerlo, porque hacía un calor infernal, sin embargo no le importaba.

Llegó a la Calle Preciados y sonrió al vislumbrar a lo lejos su destino. Apretó el paso para llegar cuando antes y beber un poco de agua. Pero antes de conseguir alcanzar su objetivo, alguien la tomó del brazo.

Se giró con rapidez, montándose historias en la cabeza de que podía ser su chico que, echándola tanto de menos, había vuelto para darle un beso y regresar corriendo a Milán. Sin embargo, no fue a él a quien encontró.

—Hola, Violeta.

La voz de aquella mujer la puso en guardia. Carla Mancini se encontraba enfrente, vestida de forma impecable y con su fabuloso pelo enmarcándole el rostro.

Sin evitar tensarse, colocó los brazos en jarra y apretó la mandíbula.

—¿Se puede saber qué quieres ahora?

—Hablar contigo.

—Ya te dije que no teníamos nada de lo que hablar —gruñó a la defensiva.

—Sí que lo tenemos, flor.

Violeta se llevó una mano a la frente y se la frotó, intentado no ponerse a gritar allí mismo.

—Mira, Carla, lo único que ocurre aquí es que estás celosa de mí. Iker me quiere y no eres capaz de asumirlo.

—Ese no quiere a nadie, Violeta. Todo esto es por tu bien.

—¡Si fuese por mi bien me dejarías vivir mi relación en paz!

—Tengo pruebas de que te ha engañado.

—¡Me dan igual! Confío en él, ¡no sé cuántas veces tengo que repetirlo!

—Ven conmigo, solo será un momento.

—No.

Carla suspiró y miró a la todavía novia de su ex, suplicante. Estaba claro que no se lo iba a poner nada fácil, aunque había contado con eso. Iker era un maestro en el arte del engaño y estaba claro que tenía cegada a esa pobre chica.

—Si confías en él me parece perfecto, un gran error, pero allá tú —dijo con calma—. Lo único que te estoy pidiendo son diez minutos.

—¡Te he dicho que no! ¡Desaparece de mi vida! Si tu relación con él no funcionó, la mía sí, y muy bien, por cierto. ¡Así que, bye!

—Voy a insistir hasta que me acompañes.

—¡Jopetas, tía, eres muy pesada!

La italiana sonrió y asintió con la cabeza.

—Cinco minutos, solo eso, cinco minutos y prometo que desapareceré para siempre.

Violeta se quedó sopesando sus palabras. No quería ir con ella, sabía que lo único que le ocurría era debido a los celos. Esa mujer seguía enamorada de su novio y quería romper su relación para que volviese con ella. Sin embargo, solo le estaba pidiendo unos minutos. Cuando se los diera la dejaría en paz, lo acababa de asegurar.

Cinco minutos y volvería a estar tranquila.

Violeta asintió, pero con mucha seriedad.

—Está bien, te doy cinco minutos, pero ni uno más —le advirtió alzando el dedo índice—, y cuando compruebe que lo único que quieres es fastidiar,

me largaré y no volverás a molestarme jamás.

—Hecho. —Dio media vuelta y comenzó a caminar en dirección contraria a la que iba—. Sígueme.

Hizo lo que le pidió y caminó a su lado, en silencio.

Llegaron a un enorme todoterreno, del cual se abrió la puerta y apareció otra mujer, morena y con el cabello rizado. Carla la señaló y le habló a Violeta.

—Esta es Lorena, una amiga. Ella me ha ayudado en todo. —Se introdujo en el vehículo e hizo una señal con la cabeza para que entrase también.

—No voy a entrar, dime lo que tengas que decirme aquí mismo.

—Aquí no puedo, entra.

—N... no.

—No te vamos a secuestrar, flor, puedes estar tranquila.

Al escucharla, chasqueó la lengua contra los dientes y subió con ella, al asiento trasero del coche. Allí había un reproductor digital y una pequeña pantalla cogida al asiento delantero.

—¿Para qué es esto?

—Ahora lo verás —comentó Carla encendiendo la pantalla.

—Me da igual lo que pongas, esto es una tontería.

Lorena la miró.

—No hables antes de tiempo —le advirtió—. Carla actúa de buena fe.

—Y lo dices tú, su amiga, ¿no? ¿Supuestamente tengo que creerte?

Lorena enarcó las cejas.

—Carla, esta tía es tonta. Yo la dejaba solita para que se diese de bruces contra el suelo por su cuenta.

—¡Eh! —exclamó Violeta al escucharla.

—Tranquilas, chicas, esto ya está listo. —Fijó la mirada en Violeta y le advirtió—. Presta atención.

La pantalla parpadeó y en ella apareció Ana, la hermana de su novio. Se encontraba sentada en una mesa junto a la mismísima Carla y... parecía algo ebria.

—¿Conoces a Ana?

—Esa no es Ana —le aclaró la italiana.

—Sí que lo es, es la hermana de Iker.

Carla se puso el dedo en la boca, para pedirle silencio.

—Escucha lo que dice.

En la pantalla se escuchó la voz de Carla, haciéndole preguntas.

Lo que vino a continuación le hizo contener la respiración. Oía lo que decía la supuesta hermana de su novio con el corazón encogido, sin poder creer lo que estaba diciendo. ¡No, no podía ser! Sintió que se mareaba, pero aguantó como pudo para continuar escuchando la conversación que se estaba produciendo en la pequeña pantalla.

Cuando acabó, Carla apagó el reproductor y se quedó mirándola, en silencio. Por su parte, Violeta no podía reaccionar, no sabía cómo hacerlo. Un dolor sordo le presionaba el costado y el corazón parecía a punto de escurrírsele y caer al suelo. Tragó saliva como pudo y fijó los ojos en la italiana.

—¿Qué... es esto?

—En realidad se llama Marisa, y es una de las amantes de Iker desde hace años. —Intentó coger la mano de Violeta para darle ánimos pero esta la apartó, como si quemase—. Yo también fui víctima de su engaño. Aparte de con ella, hubieron más mujeres, incluso la famosa prostituta.

—No puede ser verdad —susurró Violeta que sentía como si su cuerpo hubiese dejado de funcionar.

—Lo es —añadió Lorena, seria.

—Ese malnacido hizo que me sumiese en una depresión enorme. Estuve en manos de psicólogos para poder superarlo.

—Él no me haría esto —se intentó convencer, recordando lo tierno y perfecto que era con ella.

—Yo pensaba lo mismo, Violeta. Pero Iker Martínez es la peor escoria con la que una mujer puede cruzarse jamás. —Tragó saliva y asintió—. Cuando me recuperé lo suficiente, me prometí a mí misma que no dejaría que otra mujer pasase por lo mismo que yo por culpa de ese cabrón. El día que me dijeron que tenía una nueva novia, viajé hasta Madrid para advertirte. Pero no me hiciste caso. Así que tuve que engañar a Marisa, hacerme pasar por su amiga, y emborracharla para sonsacarle la verdad.

La cabeza de Violeta giraba a un ritmo imposible. Toda la información centrifugaba en ella y era incapaz de procesarla. No. No podía ser. Él la quería, a su manera, pero la quería. Aunque nunca se lo hubiese dicho.

El pánico y el miedo se colaron en su estómago. Su respiración se volvió rápida y sentía que le costaba que el aire llegase a sus pulmones. Notando que el coche se hacía cada vez más pequeño, se agarró a Carla.

—Abre el coche, quiero irme de aquí.

—Cielo, no es el mejor momento para que te vayas, estás muy alterada,

necesitas compañía.

—¡Lo que necesito es irme! Abre la puerta.

—No te encuentras en condiciones para marcharte, es un golpe duro, Violeta, lo sé.

—¡Que abras la puerta, joder! —gritó levantándose del asiento para hacerlo ella misma.

Lorena se adelantó y la abrió por ella. Salió del todoterreno como si la hubiese estado persiguiendo una manada de lobos. Al pisar la calle se sintió confusa, dio la vuelta y miró otra vez a las dos mujeres que seguían en el coche.

Carla se incorporó y salió con ella.

—No soy una mala persona, Violeta. En todo momento he querido ayudarte. —Le cogió la mano y le puso en ella una tarjeta y una memoria USB—. Aquí tienes el video, puedes hacer con él lo que mejor te parezca y... mi número de teléfono. No dudes en llamarme si necesitas a alguien con quien hablar.

—Sí, sí... —Apenas podía prestar atención a sus palabras.

Carla le agarró la barbilla e hizo que la mirase a los ojos.

—Violeta, ¿estás segura de que puedes irte a pie?

—Sí, perfectamente —balbuceó.

—No estás sola, recuérdalo. Llámame y estaré contigo cuando lo necesites. Sé por lo que estás pasando.

Dio media vuelta y dejó a las dos mujeres en el todoterreno. A pesar de que su intención había sido ir a su estilista, tomó el camino hacia la casa de Iker. No podía digerir todo aquello, ¡era imposible!

Se sentía rota, utilizada. Ni siquiera su ex marido la había dejado tan tocada como lo estaba ahora. Anduvo por las mismas calles que la llevaron hasta allí, pero su vista no se despegaba del suelo. Sentía como si todo aquello fuese un sueño, un mal sueño.

Llegó a casa y se sentó en el sofá, sin encender ni una luz. Estuvo allí tres horas mirando al vacío, pero con su cabeza funcionando a la velocidad de la luz. No podía reaccionar, no era capaz de llorar y casi ni de hablar.

Su teléfono sonó varias veces esa noche. Era Iker.

No respondió ni una vez durante el tiempo que estuvo en Milán. No pudo hacerlo.

Agustina Parrish salió de la piscina y caminó a través de su casa para quitarse la ropa de baño. No había nada en el mundo que le gustase más que refrescarse antes de acostarse a dormir.

Se puso un camisón limpio y fue hasta la cocina, porque otra cosa que tampoco podía faltar en su rutina nocturna era tomarse un té caliente. Daba igual que hiciesen cuarenta grados de temperatura o que la calle pareciese el mismo infierno. Su vasito de té era sagrado.

Se sentó en un taburete, junto a la encimera y bebió en silencio, disfrutando de la paz de su casa y el cantar de los grillos del jardín. Al dar el último trago se fijó, como siempre, en los posos. Removió un poco el contenido y frunció el ceño para concentrarse. Al hacerlo dio un respingo.

—¡Oh, Dios mío, Violeta!

Corrió y subió las escaleras hasta la planta de arriba, lugar donde se encontraba su dormitorio. Allí, los suaves ronquidos de su marido rompían la aparente calma. Se colocó a su lado y lo zarandeó un poco.

—Jacob, Jacob, ¿duermes?

El empresario abrió un ojo.

—Ahora no, gracias. —Se incorporó un poco en la cama y se fijó en su mujer—. ¿Qué te pasa?

—Es Violeta, tiene problemas —comentó angustiada.

—¿Qué le ocurre? —preguntó él tensándose.

—No lo sé, lo he visto en los posos del té.

Jacob miró a su mujer como si estuviese loca de remate y gruñó.

—¿Y para eso me despiertas, Agustina? ¡Haz el favor de dejar esas tonterías de una vez!

—¡No son tonterías, lo he visto de verdad!

—Claro, como cuando dijiste que Eugenia traía gemelos.

—Eso fue una leve equivocación, pero esto es verdad.

—Si Violeta tuviese problemas no habría tardado en llamar ni dos segundos. ¡Que la conozcamos!

—Pero, ¿y sí...?

—Agustina, déjame dormir de una vez.

Su mujer suspiró y se humedeció los labios.

—Jacob, ¿no crees que tu discusión con ella ya ha llegado demasiado lejos?

—¿Qué quieres decir?

—¡Es nuestra hija!

—¡Es una cabeza hueca! Y lo es por haberla consentido tanto.

—Bueno, vale, en eso no te quito la razón, es algo cómoda en ese aspecto.

Pero... ¿no te da lástima?

—¿A ella le di lástima yo al ponerme en ridículo delante de mi amigo, y su anterior jefe? ¿Le dio lástima cuando me desobedeció para irse con ese actor sinvergüenza?

—Se enamoró —la defendió—. Además, les va bien y el chico no ha dado ni un escándalo desde entonces. Puede que haya decidido cambiar. Quizás quiera también a nuestra hija. Todos merecemos una segunda oportunidad.

—Agustina, sinceramente, me da igual. —Se recostó de nuevo en la cama y acomodó la cabeza.

—Creo que deberías hablar con ella y arreglar todo este asunto. Después de todo es nuestra hija y no me gusta que estéis peleados.

—¡Y yo creo que ya has dicho bastantes tonterías por esta noche! —la cortó en seco, apagó la luz de la mesilla de noche y se dio la vuelta, dándole la espalda—. Déjame dormir. Mañana tengo una reunión muy importante.

Iker llegó a Barajas en el avión privado de la compañía con la que había grabado el spot publicitario. Se despidió del equipo y cogió su equipaje. En la puerta del aeropuerto lo esperaba un taxi para llevarlo a casa.

Al sentarse en el asiento trasero, suspiró. Habían sido cuatro días frenéticos de rodaje y estaba deseando llegar y ver a Violeta. La había echado mucho de menos, muchísimo. Nunca sabes todo lo que necesitas algo hasta que te separas de ello y, precisamente, eso le había ocurrido. Esos días en Milán le habían hecho ver lo importante que era aquella mujer para él. Necesitaba sus besos, estar abrazado a ella por las noches, hacerle el amor y escuchar sus te quiero. Eran tales los sentimientos que había descubierto, que no dudó ni un instante cuál sería su regalo, pues le prometió traerle uno de su viaje.

Abrió un poco la mochila que portaba con él y sacó una pequeña cajita recubierta de terciopelo. Al abrirla, el anillo de platino de su interior centelleó y el precioso diamante engastado, en el centro de este, cobró protagonismo al instante.

Compromiso. Esa era la palabra a la que había estado dándole vueltas

esos días.

Quería a Violeta. ¡Sí, la quería, joder! Era una mujer alucinante y tenía la suerte de que ella sentía lo mismo por él.

Había pasado la mayor parte de su vida comportándose como un completo gilipollas, pero con ella era diferente. Quería que lo suyo fuese para siempre. Ahora que había descubierto lo que significaba la palabra amor, no pensaba dejar que se le escapase. Podría tolerar a su padre, aunque Jacob Parrish no lo quisiera ver ni en pintura, podría aguantar la cara de asesino de Sushi y podría con su pasión por las películas románticas, aunque a veces le diesen arcadas. Sin embargo, por ella sería capaz de todo.

Guardó el anillo de nuevo en la mochila y miró su reloj de muñeca. Faltan apenas unos minutos para volver a verla y estaba ansioso. Llevaba más de dos días sin hablar con Violeta. Las últimas veces que la llamó no contestó, algo que le pareció bastante extraño, aunque no le dio demasiada importancia.

Miró por la ventanilla mientras el taxi atravesaba Madrid. Estaba decidido a pedirle que se casara con él, y cuando aceptase, le diría la verdad, con suavidad, con tacto, pero estaba decidido a hacerlo cuanto antes. No quería ningún otro secreto entre ellos.

Salió del vehículo y pagó al taxista. Subió por el ascensor y sonrió cuando abrió la puerta de casa.

—¡Violeta! —gritó.

Dejó las cosas en el suelo y miró a su alrededor. Todo estaba exactamente como lo dejó cuando se marchó. El sonido de pasos lo hizo sonreír todavía más. Por el pasillo caminaba su chica directo hacia él.

Llevaba unos pantalones vaqueros, una camiseta blanca, de tirantes, y el cabello peinado en una coleta casi deshecha. Iker corrió para abrazarla y le dio un beso en los labios.

—¡Te he echado mucho de menos! ¿Por qué no cogías mis llamadas? — Siguió besándola y apretándola con fuerza contra su cuerpo.

Sin embargo, ella estaba inerte.

No respondía a sus caricias, ni a sus besos. No había dicho ni una palabra desde que había entrado por la puerta. Parecía un maniquí, sin vida.

—¿Qué te pasa? —le preguntó frunciendo el ceño. Al hacerlo, se fijó en un rincón del comedor, donde descansaban varias maletas—. ¿De quién es el equipaje?

Violeta se apartó de él y señaló hacia el sofá.

—¿Puedes sentarte un momento?

—Sí, claro, pero, ¿qué...? —Iker estaba muy confuso.

—Necesito que me expliques algo —continuó ella. Tomó asiento a su lado, aunque guardando las distancias. Cogió el mando a distancia y encendió la televisión.

Lo que salió a continuación puso en guardia a Iker. La grabación de Carla comenzó a reproducirse, esa misma grabación que Violeta había llegado a ver más de siete veces. Su corazón no quería creer que fuese verdad.

Mientras Marisa hablaba por la televisión, el rostro de él perdía el color poco a poco. Su ex amante, completamente borracha, le confesaba a su ex novia toda la verdad en cuanto a Violeta. No pudo reaccionar. Todo parecía ralentizarse a su alrededor y su cabeza apenas podía hacer nada más que estar atenta a las palabras ebrias de Marisa. Tragaba saliva de forma compulsiva y parecía que su corazón iba a parársele de repente.

Cuando Violeta apagó la televisión, lo miró a los ojos, con seriedad. Al hacerlo, pudo darse cuenta de las profundas ojeras que tenía y de su mala cara. Parecía no haber descansado en días.

Ella señaló la televisión y alzó la cabeza, intentando parecer orgullosa.

—¿Me puedes decir qué significa esto, Iker?

El actor movió la boca para hablar, pero ningún sonido salió de sus labios. Aquello no podía estar pasando, ¡no de esa forma!

—Yo... no quería que te enterases así —se disculpó con arrepentimiento.

—¡O sea, que es verdad! ¡No te molestas ni en desmentirlo!

—Pensaba ser yo el que te lo dijese.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó levantándose del sofá.

—Espera, Violeta, deja que me explique —dijo levantándose a su vez y agarrándola del brazo.

—Suéltame.

—No es lo que parece, de verdad.

—¿No me has utilizado para beneficiarte de mi nombre? —lo interrogó con sequedad.

—Lo hice, sí, pero no he querido nunca hacerte daño. ¡Eres muy especial!

Ella tragó saliva y aguantó el nudo que llevaba en su estómago durante esos últimos días. Había sido un auténtico infierno saberse engañada por segunda vez por la persona a la que quería.

—Era todo mentira —dijo susurrante sin poder dejar de mirarlo con rabia —, jamás te he gustado, nunca has sentido nada por mí, has estado fingiendo delante de todo el mundo para que pensasen que éramos pareja, ¡te has

acostado conmigo! —Sin poder aguantar la ira, le dio un empujón y lo golpeó en el pecho—. ¡Me has utilizado, hijo de puta!

—¡No, Violeta, eres muy especial para mí!

—¡Qué tonta debí parecerte! ¡Una niña boba a la que engañaste como te dio la gana mientras te seguías acostando con tu amante!

—¡Eso solo fue al principio, te lo prometo!

Ella apretó la mandíbula y frunció el ceño.

—¿Cómo fue la experiencia de follar conmigo? ¿Te dio mucho asco? ¡Ahora entiendo por qué no querías tocarme! ¡Y yo pensando que estaba haciendo algo mal!

—¡No te quise tocar porque no quería hacerte más daño!

—¡Pero lo hiciste! —gritó. Las lágrimas escaparon por sus ojos y comenzó a llorar de forma descontrolada, pues los días pasados no se permitió hacerlo—. Enhorabuena, Iker Martínez, eres un actor fabuloso.

Iker sentía que su corazón se resquebrajaba al verla llorar. Todo aquello era por su culpa. Era el cabrón más despreciable de toda la capa de La Tierra. Se acercó a ella e intentó abrazarla, pero Violeta dio un paso hacia atrás.

—No llores, por favor.

—¡No te acerques a mí!

—Es verdad que he actuado mal, pero también debes saber que siento algo muy fuerte por ti. No sé cómo ocurrió, ni cuándo, pero es cierto, Violeta. Tenemos algo muy especial.

—¡Ya vale! No voy a consentir que sigas mintiéndome.

—¡Esto es verdad!

—¡Que te calles, joder! —Se tapó las orejas con las manos y cerró los ojos con fuerza.

—Quería ser yo el que te lo contase.

—Mi padre tenía razón, mi hermana y mi madre tenían razón, tu ex novia tenía razón, ¡todo el mundo tenía razón respecto a lo sinvergüenza que eres! ¡Y yo, como soy tan estúpida, estaba ciega y pensaba que habías cambiado! Pero, ¿sabes una cosa? La gentuza como tú no cambia, vive y muere siendo veneno.

—Te quiero —dijo sin más, notando que todo su interior se iba derrumbando.

—Que te jodan, Iker Martínez. Esta película se ha acabado. Te mereces un Oscar.

Y tras decir aquello, cogió las maletas, el trasportín con Sushi, y cerró con un portazo a su salida.

Al quedarse a solas, Iker se sentó en el sofá. Sentía que las piernas le temblaban. No podía hacer nada más que mirar la puerta por la que Violeta había salido de su vida, con la sensación de haber perdido lo mejor que había tenido nunca. Con un dolor sordo en el pecho, abrió la mochila y sacó de nuevo la cajita de terciopelo con el anillo. Lo estuvo mirando durante unos minutos hasta que no pudo más y lo arrojó contra la pared.

Notando un vacío en el pecho insoportable, se metió en su habitación, que todavía conservaba el olor de Violeta, y se acostó en la cama, tapándose la cabeza bajo la almohada.

Paula levantó un poco las gafas de sol para mirar por debajo. Desde su perspectiva podía ver a Vasile salir de la piscina privada de su chalet y caminar hacia ella mostrando su esplendoroso cuerpo. Era de complexión delgada, pero fibrosa, y le encantaba el movimiento de sus abdominales a cada paso que daba. Se mordió el labio inferior al fijarse en su pene. No sabía cómo lo hacía, pero su pajarito siempre estaba dispuesto para una nueva batalla. ¿Sería por eso que lo llamaban vigor de juventud?

Al llegar a su lado, zarandó la cabeza para quitarse el agua del pelo, mojándola a su vez. Paula rio y estiró los brazos para que se tumbase junto a ella en la hamaca.

—¿Ya te has cansado de bañarte?

Vasile se acostó a su lado y le comenzó a acariciar un seno, mientras que con la boca le mordisqueaba la oreja.

—Es que sin ti me aburro.

—Creo que te aburres con demasiada facilidad, baby.

—Puede ser, pero resulta que de lo único que no me aburro es de ti.

—O sea, pues más te vale.

Vasile la besó en los labios y abrazó a su chica con amor. Ese día no tenía que trabajar, era el único libre que le quedaba esa semana, y decidieron pasarlo juntos, enclaustrados en el chalet de ella, porque Paula se negaba rotundamente a ir a una piscina municipal con la demás gente.

Separó sus bocas y se la quedó mirando. Le encantaba. A pesar de que, a veces, era bastante frívola en asuntos materiales, sabía que tenía un buen corazón. Era de las cosas que más le gustaban de ella, aparte de lo bonita que era y de lo mucho que se divertían juntos. Ya no recordaba cómo era vivir sin

ella, y no quería hacerlo. Paula había sido todo un descubrimiento para él. Un soplo de aire, a veces cortante, que lo había enganchado desde el momento en que la vio en la Gran Vía.

Le acarició la mejilla y le sonrió. Si por él hubiese sido, ya vivirían juntos, pero le daba miedo proponérselo; apenas podía mantenerse él mismo, como para poder seguir el ritmo de vida de su chica.

—Me encantaría que nuestra relación fuese en serio —declaró sin poder dejar de contemplarla anonadado.

—Sorry, no te entiendo, ¿todavía más? —Abrió los ojos muy asombrada—. Sweetie, no puedo ir más en serio contigo. ¡Hello! ¡Estás en mi casa! Aquí no entra cualquiera.

—Sí, sí, lo sé. Me refiero a... hablar de ello a más gente.

—Mis best friends lo saben desde el primer día.

—No conozco a nadie de tu entorno, Paula. Me gustaría que me presentaras a tu familia y a esos amigos de los que tanto hablas.

—O sea, ¿quieres decir ya?

—Quiero decir que podríamos ir algún día con ellos y presentarme como tu novio.

Paula rio y lo abrazó.

—Sería fenomenal, baby. —Se quedó pensativa y se echó a reír—. ¡Imagínate! Todas mis amigas se morirían de envidia al ver el novio tan guapo y tan joven que tengo.

—Tampoco soy tan joven.

—Soy nueve años mayor que tú, love. Así que... haz el favor de no contradecir a tus mayores —bromeó.

Vasile soltó una carcajada y le dio un bocado en el cuello. Paula gritó y se agarró fuerte a él, mientras jugueteaban y se besaban a la vez. Acabaron fundidos en un beso tan caliente que la rubia tuvo que resoplar por la intensidad.

—Entonces qué, ¿me llevarás a conocer a tus amigos? —ronroneó contra su boca.

—Te llevaré, y que se hunda Opening si miento —aseguró encantada.

El timbre de la puerta sonó de improviso.

Paula decidió obviarlo, pues prefería estar a solas con su chico y que nadie los molestase. Siguieron con sus juegos y sus besos unos segundos, sin embargo, la persona que tocaba la puerta insistió varias veces más.

Se levantó de la hamaca. Miró a Vasile con disgusto y caminó por su

lujoso chalet para ver de quién se trataba y a qué se debía tanta insistencia.

Al mirar por el telefonillo, vio a Violeta.

Abrió la puerta mediante un botón y salió a su encuentro. Cuando llegó, observó todas las maletas a su alrededor y a su amiga hecha un mar de lágrimas. Apenas se había peinado y su modelito dejaba mucho que desear.

—Love, ¿qué te pasa?

Violeta tembló y sintió que las piernas le fallaban. Fue a hablar pero lo único que salió de su boca fue un gemido lastimero. Sin poder más, se dejó caer al suelo y se sentó en él. Paula se lanzó a por ella y la abrazó.

—Sweetie, dime qué ha ocurrido.

—Es... —comenzó a decir, sin saber si sería capaz de hacerlo—. Él... él ha...

—¿Quién es él?

—Iker.

—¿Qué le ha pasado a Iker?

—Me ha engañado.

Paula se tapó la boca con las manos y miró de nuevo a su amiga, que seguía con el rostro desencajado por el sufrimiento. La abrazó de nuevo con fuerza y le dio un beso en la mejilla.

—Oh, my god, no puede ser.

—Se ha reído de mí, Paula. Se ha estado aprovechando de mí desde que nos conocimos.

La rubia le limpió las lágrimas y la hizo levantarse. Miró a su alrededor, contando las maletas y asintió.

—Te ayudo a llevarlas dentro, eres mi best friend y sabes que esta también es tu casa. —Cargó con dos de ellas y caminaron juntas hasta el interior. Paula las dejó al lado de la escalera que llevaba a la planta donde se encontraban los dormitorios. Acompañó a Violeta hacia el sofá y se sentaron juntas. La agarró de las manos y las apretó, para darle aliento antes de hablar de nuevo—. Quiero que me cuentes qué ha pasado con Iker y por qué estás tan segura de que te ha mentado.

CAPÍTULO 22

Después de cuatro días encerrado en su casa, Iker llegó a la conclusión de que no podía más con la ausencia de Violeta. Si el día que se fue notó una gran presión dentro de su pecho, ahora se sentía vacío. La desesperación le mordía el corazón y necesitaba verla para poder seguir respirando. Le faltaban sus sonrisas, sus bromas, esa forma tan suya de hacerlo sentir especial. Echaba de menos sus besos, el estar abrazado a su cuerpo cuando dormían y esa intimidad que se creaba entre los dos mientras hacían el amor.

Había perdido la cuenta de las veces que se había sorprendido recorriendo su casa en busca de algún vestigio de su olor. Se tumbaba en su cama y soñaba con los ojos abiertos esos días en los que estaban juntos y felices.

Se sentía gilipollas por no haberle confesado la verdad cuando tuvo tiempo, por haber consentido que se enterase por otras personas y no haber podido amortiguar el golpe. No había salido nada como lo había planeado y sabía que la culpa era suya íntegramente. Su relación comenzó con un gran engaño, nunca pensó que aquella chica se convertiría en lo que había llegado a significar para él. La quería. La quería tanto que le dolía incluso recordar esos días en los que todo era perfecto.

Había intentado ponerse en contacto con ella para disculparse. Había intentado ponerse en contacto incluso con sus amigos, pero no recibía respuesta por su parte. Violeta había salido de su vida de la misma forma en la que entró, haciéndose notar y creando un gran revuelo a su alrededor, porque hasta la prensa estaba empezando a sospechar que algo raro pasaba en su perfecto nidito de amor.

Se llevó las manos a la cara y pensó en lo que debía hacer para que todo volviese a como era antes. La necesitaba a su lado. Quería que esa mujer regresase a su casa y a su vida.

—Ya no sé qué hacer, Ariel.

Su amigo lo observó desde el otro extremo de la mesa y contempló de nuevo el anillo que Iker compró en Milán.

—Olvidarte de ella.

—¡Pero es que no puedo! —exclamó alzando las manos y frunciendo el ceño—. Aquí todo me recuerda a Violeta.

—Pues, cambia de casa.

—¡No quiero hacer eso!

Ariel miró con atención el rostro de su amigo. Estaba ojeroso, cansado, sin afeitarse y vestido con el chándal más feo y viejo que tenía en el armario. Tenía pinta de todo menos de galán de película.

—¿Prefieres seguir así? ¡Este no es el Iker que yo conozco!

—Quiero estar con ella.

—Tienes que entender que, después de lo que habrá pasado esa chica, no va a querer saber más de ti en lo que le queda de vida.

—Necesito que sepa que la quiero de verdad. No se lo llegué a decir cuando estábamos juntos. —Dio un golpe en la mesa y maldijo en silencio—. ¡Es que no puedo ser más imbécil!

—En eso estoy de acuerdo contigo, eres imbécil. Ya te lo avisé. Te dije que esto no podía traer nada bueno, pero te empeñaste en seguir con tu jueguito.

—¿Y yo qué iba a imaginar que me enamoraría de ella como un puto adolescente?

—Quisiste utilizarla a tu antojo y has acabado hecho una mierda.

—Ya sé que lo que hice no estuvo bien.

—¡Nada de lo que has hecho hasta ahora, con las mujeres, ha estado bien! Tus ex parejas hablan pestes sobre ti, y lo comprendo a la perfección.

—Tampoco ha sido para tanto, nos divertíamos.

—No, Iker, tú te divertías mientras que ellas pensaban que vuestra relación era seria y madura.

Iker se levantó de su silla y miró a Ariel desde las alturas.

—Bueno, ya vale de machacarme, ¿no? Bastante tengo con lo de Violeta.

—Ahora es cuando debo machacarte, porque en este momento sí que me vas a escuchar, y puede, si Dios quiere, que te pongas en la piel de todas esas chicas a las que destrozaste por diversión.

—¿Ahora me vienes tú con esas? ¡Nunca me has dicho nada al respecto!

—¿Y si te lo hubiese dicho me habrías hecho caso?

Iker se quedó en silencio, pensando.

—No.

—Siempre has sido una especie de dios para las mujeres. Las cegabas,

las enamorabas con dos palabras y las enganchabas de tal manera que no se daban cuenta de nada de lo que pasaba a su alrededor. Mientras tanto, tú te ibas con unas y con otras, te creías todopoderoso, irresistible y, aunque nos hubiésemos puesto delante de ti con una pancarta, jamás nos hubieses hecho caso, ni a mí ni a tu familia. ¡Eras el gran Iker Martínez y todo el mundo tenía que apartarse para que tú pasases!

—Yo no era así —se defendió frunciendo el ceño.

—Sí que lo eras, pero es más cómodo hacerte ahora la víctima y decir que Violeta te ha abandonado. Pobre de ti, ¿no? —Suspiró y lo miró a los ojos—. No quiero ni imaginar lo que habrá pasado esa pobre chica por culpa de tu ambición.

Iker se quedó con la boca abierta, pensando en lo que acababa de soltarle Ariel. Era la primera vez que alguien le gritaba las cuatro verdades a la cara y... su cabeza era un hervidero. El malestar por lo que había ocurrido con Violeta se mezclaba con las palabras de su amigo.

—¿Qué hago, Ariel? —repitió cerrando los ojos con fuerza.

—Ya te lo he dicho. Déjala en paz, lo que necesita es tranquilidad y tiempo.

—La quiero.

—Más motivo todavía para darle un respiro.

—¡Pero es que no puedo estar más tiempo sin verla! ¡La he llamado mil veces pero su teléfono está fuera de servicio! No sé si estará bien, si necesitará algo, si...

—¡Iker! — lo interrumpió el otro—. Déjala tranquila.

Él bajó la cabeza y apretó los labios, pues su corazón apenas latía por la necesidad tan punzante que sentía de verla.

—No puedo.

—Si la quieres dale tiempo para que sane.

—Necesito explicarle miles de cosas, disculparme, decirle que la quiero y que quiero pasar la vida con ella.

Ariel se levantó de su asiento y caminó hacia donde estaba su amigo. Sabía que lo estaba pasando mal, se le notaba en la cara, pero que fuese a hablar con Violeta no era una buena idea. Esa mujer estaría muy enfadada, dolida y con la sensación de haber sido un juguete en sus manos. Precisaba de tiempo para canalizar toda esa rabia y encontrar algo de paz. Entonces, sería un buen momento para que hablasen. De momento...

—Espera un poco. Dale un mes, o mejor dos. Deja que se recomponga,

que se levante por ella misma, que sepa que puede hacerlo. Y después, ve a por ella.

Los días que había pasado en casa de Paula le sirvieron para poner un poco de orden a su cabeza.

Iker la había utilizado y se había estado aprovechando de ella desde el principio, nada de lo que pasaron juntos fue real, al menos para él, que solo la veía como a un comodín para conseguir que el mundo del cine volviese a confiar en él. Todas sus palabras fueron falsas. Sus besos actuados, sus caricias forzadas y sus noches de pasión por obligación.

No podía pensar en ello sin que su mundo se le cayese a los pies. Era tal el dolor que sentía que se había propuesto no volver a darle vueltas. Desterraría todo lo relacionado con Iker a un oscuro rincón de su cabeza y no volvería a pensar en el tiempo que estuvieron juntos nunca. Para Violeta, ese hombre estaba muerto, nunca existió, aunque su cuerpo se empeñase en recordarle lo contrario.

Eran ya cuatro las noches en vela, llorando, preguntándose por qué había ocurrido aquello, por qué había tenido que toparse con semejante sinvergüenza. Se arrepentía de todo lo que había sacrificado por él. Apenas tenía relación con su familia, iba a quedar como una tonta integral a ojos de todo el mundo en cuanto la prensa se enterase de la noticia y, lo peor de todo, había terminado de matar las pocas ilusiones que le quedaban de conocer a alguien que la quisiese. Ya le ocurrió con su ex marido. La engañó para sacarle el dinero a su padre. Se aseguró que jamás le volvería a pasar nada parecido pero... Iker había sido incluso peor que Pau, porque Violeta tenía unos sentimientos tan puros y tan intensos que todo se magnificaba.

Nunca había querido a nadie de la misma forma, ningún hombre le había hecho sentir tan especial, ni le había hecho temblar con tan solo colocarse cerca de su cuerpo.

Era una ingenua por haber vuelto a confiar en el amor, había quedado demostrado que ese sentimiento no valía la pena, pues siempre acababa destrozada.

De nada sirvieron los ánimos de Paula, ni su continua charla para que olvidase a Iker.

Su cabeza no dejaba de recordarle sus sonrisas, ¡esas tan falsas y con las

que conseguía lo que se proponía! ¡Menudo cretino embustero! Cada vez que lo pensaba se enfadaba más.

Había cambiado su número de teléfono, no quería que nadie la localizase y le preguntase por él, o por cómo se encontraba. ¿Cómo se iba a encontrar? ¡Pues, hecha una porquería!

No había nada que la sacase de aquel estado de depresión constante. Ni sus amigos, ni Sushi. Sabía que tarde o temprano aquello pasaría. No había mal que durase mil años e Iker sería historia en cuanto pudiese ser capaz de centrar sus pensamientos en otra cosa.

Estaba cansada de llorar, de pasarlo mal, de culparse a sí misma por lo que había ocurrido. Ese tío no se merecía ni una de sus lágrimas y estaba dispuesta a pasar página. Cuatro días en la cama habían sido suficientes como para darse cuenta de que no quería seguir de esa forma.

Forzando una sonrisa, miró a sus amigos, que se encontraban sentados junto a ella, tomando té, en el salón de Paula.

—Estoy bien, de verdad —les aseguró, intentado no ponerse a llorar de nuevo.

—Sweetie, no hace falta que finjas, es normal que todavía estés dolida —comentó Paula acariciando su mano.

—Muy normal —la secundó Oscar—. Es que es súper fuerte.

—¡Súper, súper fuerte!

—¡Híper mega fuerte! —concluyó él.

Violeta hizo una mueca con los labios y alzó una mano para que dejaran de repetir aquello.

—Ya me ha quedado bastante claro, de verdad.

Paula chasqueó la lengua y la abrazó.

—En serio, love, no necesitas hacerte la dura delante de nosotros. Really, sabemos por lo que estarás pasando.

—No voy a volver a llorar por ese tío. Me da igual si me rompo entera por dentro. Iker Martínez ya no existe y va siendo hora de que tome las riendas de mi vida de una vez por todas.

—O sea, sí, estoy de acuerdo en eso —asintió su amiga—. But, no necesitas irte tan pronto de mi casa. Ahora necesitas compañía.

—Exacto, la nuestra —comentó Oscar de acuerdo con Paula.

Violeta les sonrió.

—Tengo que irme. Lo siento, chicos. Me he pasado la vida dependiendo de las demás personas. Primero de mi padre, después de mi ex marido, Iker y

ahora de ti, Paula. Y no quiero seguir haciéndolo.

—¿A mí no me molestas, Violet!

—Lo sé. —Le agarró la mano y se la apretó con fuerza—. Eres mi best friend.

—¿Y yo qué, mona? —inquirió Oscar haciéndose el ofendido.

Lo agarró de la mano a él también.

—Sois mis mejores amigos —puntualizó—. Pero ha llegado el momento de valerme por mí misma.

—¿Dónde vas a vivir?

—En una semana mi inquilino deja mi casa, voy a volver.

—¿Y cómo lo vas a pagar todo?

—Trabajaré.

—¿Dónde?

—Donde sea —aseguró, convencida.

—Sweetie —dijo Paula—, tú no eres muy dada al trabajo, ya lo sabes.

—Pues eso va a cambiar.

—¿Y lo estudios? —prosiguió Oscar—. Recuerda que en octubre comienzas la carrera.

—Podré con todo.

—No vas a tener tiempo ni para respirar.

—De eso se trata, de no pensar. De olvidarlo todo y centrarme en lo que realmente importa.

—Violeta, no tienes por qué hacerlo —dijo Paula, preocupada.

—Tengo que hacerlo por mí, para saber que soy capaz de hacer algo en la vida. Quizás este es el empujón que me faltaba para volcarme en mi futuro. Trabajaré de sol a sol, seré la mejor, estudiaré hasta que no pueda más, hasta ser la más aventajada en mi promoción, y lo haré para no recordarlo, para que mi cabeza no tenga ni un solo segundo para pensar en Iker.

Paula intentó convencer a Violeta para que la acompañase al club al que siempre acudían para divertirse, aunque su amiga se negó tajantemente. A pesar de regañarla mil veces para que fuese con ella, tuvo que marcharse sola. No le importaba hacerlo, pues allí conocía a mucha gente y, además, Vasile estaría detrás de la barra sirviendo copas.

Apretó los labios al pensar en ese desgraciado de Iker Martínez. Más le

valía no cruzarse por su camino o... le montaría un buen numerito delante de todos para que la prensa y el resto del mundo se enterasen de cómo era de sinvergüenza ese actor del tres al cuarto. Oscar y ella habían pensado en un plan maquiavélico para dejarlo en ridículo de una vez por todas, sin embargo, Violeta les prohibió llevarlo a cabo. Su amiga no quería hacerle daño, a pesar de que él se lo mereciese. Todavía lo quería, aunque ella se empeñase en decir que no iba a pensar en él y todo ese rollo, los sentimientos hacia el actor eran tan fuertes que todavía no era capaz de levantar cabeza. Aunque era normal, no había pasado ni una semana desde todo lo ocurrido. Además, Paula sabía que, a pesar del aspecto de Violeta, era una mujer fuerte. Ya lo demostró con su ex marido. Saldría hacia adelante, como ya había hecho en el pasado, y Oscar y ella misma estarían a su lado para apoyarla en todo.

Dejando a un lado a Violeta y sus problemas amorosos, llegó al club.

Aparcó en el mismo recinto y se recolocó el vestido antes de entrar.

Esa noche llevaba uno vaporoso, blanco, con su precioso cabello peinado hacia atrás, en ondas y unos tacones kilométricos de color achampanado.

La música llegó a sus oídos nada más poner un pie en el interior.

Le encantaba bailar y pensaba hacerlo hasta que sus pies acabasen hechos polvo, cosa que no tardaría en ocurrir con esos zapatos.

Al entrar, se topó con un grupo de conocidas que gritaron al verla. La saludaron con su acostumbrado beso en la mejilla y la invitaron a quedarse con ellas.

Paula aceptó con mucho gusto. Eran unas chicas muy divertidas y encantadoras.

Alzó la vista y se encontró con la mirada de Vasile, que le sonreía desde la barra.

Se disculpó, con la excusa de ir a por un cóctel, y se acercó a su chico.

—Hello, baby, ¿cómo va la noche?

Vasile le guiñó un ojo y le preparó una copa antes de que ella se lo pidiese.

—Está siendo muy tranquila, se nota que la mayoría de clientes están de vacaciones.

Paula le sonrió y se mordió el labio inferior.

—¿Sí? Y... ¿qué te parece si los imitamos the next week y nos largamos unos días fuera de Madrid?

—¿Estás hablando en serio?

—O sea, muy en serio. Me apetece pasar unos días de playa contigo.

—Pff... sería una pasada.

—Sería ideal. —Cogió su copa y se mordió el labio inferior—. Esta noche, cuando vayas a casa después de trabajar, lo hablamos con tranquilidad.

—Hecho —asintió Vasile feliz. Le acarició la mano y clavó los ojos en ella—. Oye, en quince minutos tengo un descanso, ¿te parece bien si voy a buscarte?

—Perfect, te espero allí. —Señaló la mesa en la que estaban las chicas y comenzó a andar hacia ellas, mandándole un beso de forma disimulada.

Al llegar a su lado, se sentó en uno de los sillones que había libre. Una de ellas echó un vistazo a Vasile, que secaba vasos detrás de la barra y sonrió.

—Chicas, ¿no os parece mono el barman?

Todas las demás, incluida Paula, lo miraron y sonrieron.

—¡Monísimo!

—Es el típico niño con pinta de empotrador nato.

Todas rieron y lo miraron con deseo, cosa que divirtió a Paula, muy orgullosa de lo guapo que era su chico.

Una de ellas se llevó una mano a la mejilla y sonrió.

—Sería un buen amante el día que decidiese engañar a mi marido.

—Un amante perfecto.

—Yes —asintió aquella—. Jovencito, manejable y desechable cuando me cansase.

Aquellas palabras la molestaron, pero no dijo nada.

—Por supuesto, desechable cien por cien. Ese niño está bien para una noche loca, pero... después... ¿qué haríamos nosotras con un chico como ese?

—¡Pues, nada! —dijo otra de ellas.

—Why? —les preguntó Paula, disimulando el enfado—. A mí me parece perfect.

—¡Lo es, lo es! Perfecto para un polvo, pero imagínate presentárselo a tu familia. ¡A un simple barman! A un tío que no tiene dónde caerse muerto, que no tiene dinero para mantenerme. ¡Sería el hazmerreír de todos!

—¡Total! —asintió la otra—. Si saliese con un chico así y se supiese en mi círculo de amigos, sería la comidilla y el blanco de sus burlas.

Paula no pudo menos que pensar en lo que decían aquellas mujeres. ¿Tendrían razón? ¿Se reiría todo el mundo de ella cuando se enterasen de que estaba con Vasile? Desde que lo conoció había tenido claro que lo suyo no iba a ser nada más que un lío, pero con el paso del tiempo ese chico había sabido meterse en su piel, de hecho, Vasile era lo mejor que le había ocurrido en

años. Aunque, ahora... escuchando a esas mujeres de su mismo nivel social... dudaba de su decisión. ¿Y si estaban en lo cierto? ¿Y si dejaba en ridículo a su familia por estar con un simple jovencito, con un barman?

No quería pensar en ello, pues con él sentía tantas cosas bonitas que le parecía de lo más ruin juzgarlo de esa manera, sin embargo... había algo que le decía que ellas estaban en lo cierto. Después de todo, eran millonarias y sabían de qué iba el mundo en el que se movían.

Bebió un gran sorbo de su copa cuando vio que Vasile salía de la barra y se dirigía hacia ella. Debía de ser su hora de descanso e iba a buscarla. Tragó saliva al sentir que su corazón se aceleraba, miró a sus compañeras que reían y hablaban como si nada.

Cuando el joven llegó a su lado, todas lo miraron, incluida Paula, que no pudo hacer otra cosa más que beber de nuevo y disimular.

—Buenas noches, señoras —las saludó él con cortesía. Ellas lo saludaron a su vez, babeando al verlo de cerca. Paula bajó la cabeza al suelo y se miró los zapatos deseando desaparecer. ¿Qué pensarían de ella cuando la vieses marcharse con él? Vasile fijó su mirada en Paula y sonrió—. ¿Vamos?

Alzó la cabeza, sintiendo que las miradas de sus compañeras se posaban sobre ella. Sintió vergüenza y se aclaró la garganta.

—¿Perdona? —le preguntó a Vasile, disimulando.

—Ya estoy en mi descanso.

Miró a las demás y se encogió de hombros, riendo como si nada.

—O sea, te felicito. Disfrútalo.

—Paula, no tengo mucho tiempo —insistió frunciendo el ceño, extrañado por el comportamiento de su chica.

—¡Pues, go, go! No me hagas perder mi V.I.T. jovencito.

Vasile se humedeció los labios y la miró como si aquella no fuese la mujer a la que quería. Paula estaba actuando de una forma tan rara...

—Has dicho que me acompañarías en mi descanso.

—O sea, ¿yo? —gritó haciéndose la alucinada—. No te conozco de nada, baby, no sé quién te crees para atreverte a decir semejante disparate.

—Paula, ¿pero, qué...?

—¡Y nadie te ha dado permiso para que me llames por mi nombre, camarero! Soy la señorita De la Fuente. —Paula rio cuando miró a las demás, como si todo aquello no fuese con ella—. Esto es súper fuerte, chicas. ¿Quién se habrá creído este don nadie?

—Esto tiene que ser una broma —susurró Vasile sin poder digerir que su

novia estuviese actuando de aquella manera, delante de esas mujeres. Se avergonzaba de él por no ser de su misma clase social. Pensaba que ese problema se había solucionado. Ella misma le pidió perdón por juzgarlo, después del incidente con esos dos vagabundos, pero... acababa de comprobar que no era así. Paula actuaba como si no lo conociese de nada para salvaguardar su buena imagen.

Ella lo miró de reojo y le dio su copa, vacía.

—Vuelve a llenarla, camarero, y haz el favor de dejarnos hablar en paz.

—Está bien, tú lo has querido. —dijo con mucha rabia en la voz. Vasile dio media vuelta, con su copa en la mano, la dejó en la barra y salió hacia el exterior del local, sin mirar hacia atrás ni una vez.

Por su parte, Paula sentía que su pecho se partía por lo que acababa de hacer. Había despreciado a su novio delante de esas mujeres para conseguir su aprobación y estaba segura de que iba a estar muy enfadado cuando volviesen a verse. Sin embargo, Vasile lo entendería, era un chico listo. ¡Tenía que comprender sus motivos!

Segura de que aquello se arreglaría cuando hablasen, siguió conversando con sus conocidas, mirando de reojo por si volvía a verlo entrar, tras haber descansado. Pero no lo hizo. Vasile no regresó al club y Paula pasó toda la noche mandándole mensajes para intentar localizarlo.

CAPÍTULO 23

Agustina Parrish colgó el teléfono de casa y se levantó del sofá, directa hacia la escalera que llevaba a la planta de arriba. Oscar, uno de los mejores amigos de su hija, acababa de avisarla de algo que sabía que sucedería tarde o temprano: su relación con Iker Martínez había terminado.

Aunque, no fue solamente esa noticia la que le dio. Estuvo hablando largo y tendido con él sobre Violeta, y había decidido que ya era hora de que ella misma se involucrase en la situación. Estaba cansada de aquel mal rollo en la familia, de que permaneciesen divididos por el orgullo de ambos.

Subió las escaleras con paso decidido y abrió la puerta del despacho de su marido, que la miró con el ceño fruncido mientras hablaba por teléfono con un proveedor. Se sentó en el sillón que había frente al suyo y esperó pacientemente a que su esposo terminase su conversación, para ser ella la que iniciase otra.

Cuando lo hizo, Jacob Parrish observó a su mujer con seriedad. Agustina ya sabía que no le gustaba nada que lo interrumpiese cuando estaba en su despacho, pues allí decidía cosas de vital importancia para su empresa, y podía desconcentrarse.

El hombre se cruzó de brazos y suspiró.

—¿Ocurre algo?

—Sí, es por Violeta.

—No me dirás que has visto otra vez algo en los dichosos posos del té. Estoy ocupado para escuchar esas tonterías, Agustina.

—¡Tu hija no es ninguna tontería! Y, no, esta vez no es cosa mía, aunque mis “dichosos posos”, como tú los llamas, tenían razón. Violeta tiene problemas.

Jacob se echó hacia atrás en su sillón.

—¿Qué uña se le ha roto esta vez?

—¡No es ninguna broma, Jacob!

—Necesita dinero, ¿verdad? Su novio se ha cansado de mantenerla, ¿a que sí?

Agustina miró a su marido con seriedad y ladeó la cabeza, pidiéndole sin hablar que no frivolizase con el tema.

—Violeta ya no está con Iker Martínez, me ha llamado Oscar para avisarme.

—¿Ahora cotilleas con los amigos de tu hija?

—¡No es ningún cotilleo! Oscar está preocupado. Iker Martínez la engañó para aprovecharse de su buena imagen.

—¿Y qué esperabas, mujer? Yo le advertí millones de veces que se alejase de ese indeseable —le recordó con fastidio—. ¿Y qué hizo la cabeza hueca de mi hija pequeña? Pues no hacerme ni puñetero caso, como siempre.

—Ha estado viviendo con Paula De la Fuente, en su chalet, desde entonces.

—¿Ahora se está aprovechando de esa chica? —rio con amargura.

—¡No se está aprovechando de nadie porque ya no está con ella!

—¿Y quién es el afortunado que goza de la garrapata de nuestra hija?

—Ha vuelto a su piso, en la Gran Vía, y está trabajando en un restaurante.

—Eso tendré que verlo para creérmelo.

—Está sola, Jacob, ya no tiene a su familia con ella, solo a un par de amigos. —Agustina suspiró, preocupada por su pequeña y miró con súplica a su marido—. Deberías hablar con ella y arreglar las cosas entre los dos.

—¿Yo? —gritó abriendo mucho los ojos—. Yo no pienso mover ni un dedo. Si quiere algo de mí, que venga a verme.

—¿Es que no te da lástima?

—Ni un poco —declaró, dolido con su hija por todo lo que había ocurrido.

Agustina escuchó las palabras de su marido con estupor. ¿En serio Jacob podía ser tan obtuso e infantil? ¿Ahora, a su edad, le daban rabietas? ¡No! Ya estaba bien de tantas peleas entre miembros de la misma familia. Su hija estaba en apuros y necesitaba que sus padres estuviesen con ella, dándole ánimos.

Más enfadada de lo que lo había estado jamás, se levantó del sillón y apoyó las manos sobre la mesa de roble del despacho de su esposo. Apretó los labios, hasta que se convirtieron en dos simples líneas y lo fulminó con la mirada.

—¡Ya está bien de tonterías, Jacob! ¡Nuestra hija nos necesita y no la vamos a abandonar ahora!

—Nuestra hija es una...

—¡No quiero escuchar más paparruchas! —lo interrumpió poniéndose firme por primera vez en muchísimo tiempo—. ¡Violeta estará destrozada y nos necesita! ¡Así que vas a ir a su casa, vais a hacer las paces y me vas a traer a mi hija para que pueda darle un abrazo como es debido!

—¿Y si no lo hago?

—¡También te quedarás sin esposa! ¡Y no es un farol! —Dio un golpe en la mesa para enfatizar sus palabras—. ¡Es nuestra pequeña y la quiero de vuelta! ¿Te ha quedado claro?

Jacob Parrish se quedó contemplando a su mujer durante unos segundos. Agustina era una persona muy tranquila, pacífica y que huía de las discusiones. Sin embargo, cuando le tocaban a su familia se convertía en toda una leona. Disfrutó de sus mejillas arreboladas y se sintió encantado de que demostrase que todavía poseía el brío que lo enamoró. Esa mujer lucharía por su hija hasta que no le quedasen fuerzas.

Jacob rodeó la mesa hasta quedar frente a su mujer. La abrazó con ganas, la besó en los labios y le sonrió abiertamente.

—Me ha quedado claro.

Violeta abrió la puerta de casa a las tres y media de la tarde. Su jornada laboral acababa de terminar y estaba hecha polvo. Desde hacía casi quince días trabajaba en un multitudinario restaurante madrileño, por el que pasaban al día infinidad de personas. El ritmo era frenético, los descansos tan cortos que apenas podía reponerse y las jornadas tan largas que, a veces, le daba la impresión de que vivía allí. Desde que regresó a su casa, no había podido ver ni una película en el sofá, porque acababa tan cansada que se quedaba dormida enseguida.

Sabía que cuando comenzasen las clases en la universidad sería imposible llevar el ritmo, sin embargo se había decidido a intentarlo. Aquel trabajo era horrible, jamás en su vida se imaginó en un lugar como ese, pues lo hubiese dejado el primer día. Pero ahora, lo necesitaba. Y, si tenía que ser sincera, le era de gran ayuda para no pensar en Iker demasiado.

Aunque, cuando lo hacía, su recuerdo era tan nítido y reciente que acababa llorando y maldiciéndolo a la vez por lo que le había hecho. Aun sentía todas esas cosas por él, y no estaba segura de que pudiese arrancarse esos sentimientos tan pronto, pero lo intentaría a base de trabajo, estudios y

caer rendida al final del día.

Sus amigos estaban horrorizados con su nuevo trabajo. Le habían dicho mil veces que podían ayudarla económicamente, pero no consintió a que lo hiciesen. Esto era algo que tenía que hacer ella sola, aunque se estuviese quedando en los huesos a causa de las preocupaciones y del mil de amores, como decía Paula. Podría salir adelante, lo sabía. Millones de personas lo hacían a diario, entonces, ¿por qué ella no?

Se sentó sobre su cama y miró al vacío, pensando en todo lo que había cambiado su vida desde que se fue de aquella casa. Había cambiado a peor, claro.

De repente, sintió un movimiento en el colchón. Cuando miró hacia lo que lo había provocado, vio a Sushi acercarse. Violeta alzó las cejas y se quedó quieta, para no asustarlo y evitar que saliese corriendo, sin embargo, el animal llegó hasta ella y se le subió sobre los muslos, rozando su cabecita peluda contra su regazo.

Sonrió al ver que no se apartaba cuando lo tocaba sino que ronroneaba de puro placer.

—¡Oh, Sushito, estaba segura de que me querías! —El minino maulló y se acostó sobre ella. Violeta rio y lo abrazó, dándole un beso en el lomo—. Solo necesitabas tiempo. Y, ¿sabes algo? Eres lo mejor que tengo ahora mismo. No necesito a ningún hombre, contigo me sobra.

Al recordar a Iker una lágrima cayó por su mejilla. Cansada de llorar por él se la limpió y cerró los ojos con fuerza. No se lo merecía. Ese sinvergüenza no se merecía que estuviese así por él. Pero a pesar de repetírselo, el llanto acababa ganando y mojando su cara.

El sonido del timbre de casa la hizo volver a la realidad. Dejó a su gato en la cama y fue para ver quién era la persona que había al otro lado.

Al abrir se encontró con Carla Mancini, que la miraba sonriente, con una botella de champagne en la mano. La diseñadora estaba espectacular con su traje chaqueta desmangado.

—¿Llego en mal momento?

Violeta se encogió de hombros y le hizo una señal con la mano para que entrase en casa.

—Acabo de llegar de trabajar, perdona por las pintas que llevo.

—Flor, tú estás guapa con lo que sea.

Desde que ocurrió aquello en su coche, la relación entre ambas se había estrechado. Violeta, cuando se sintió más repuesta, la llamó para darle las

gracias e invitarla a un café. A partir de entonces, se veían casi todas las semanas, para “hacer terapia” como decía Carla. Aunque sus terapias consistían en hablar de todo un poco mientras se atiborraban a champagne o a cualquier otra bebida con un volumen de alcohol considerable.

Llegaron al salón y Violeta colocó sobre la mesa auxiliar dos copas, que Carla se encargó de llenar con la bebida que llevaba en la mano.

Dieron un sorbo y sonrieron mientras se miraban.

La italiana ladeó la cabeza para fijarse en sus ojeras.

—Querida, no tienes buena cara.

—Estoy muy cansada, estas semanas están siendo bastante duras. Entre mi nuevo trabajo y el poner a punto mi casa para dejarla como siempre... voy muerta.

—¿Y cómo te vas a arreglar cuando comience la universidad?

—No lo sé —admitió encogiéndose de hombros—. Creo que, viendo cómo van las cosas, voy a tener que dejar los estudios para más adelante y centrarme en el trabajo.

Carla suspiró y le acarició el brazo. No quiso volver a ofrecerle ayuda, porque la última vez que lo hizo Violeta se molestó, ya le había ayudado bastante con lo de Iker.

La verdad era que tenía muy mala cara y los pómulos se le marcaban cada vez más a causa de la delgadez.

—Bueno, y tú cómo te encuentras anímicamente.

—Mal, jopetas, para qué nos vamos a engañar —dijo con sinceridad—. Aunque me gustaría olvidarme de él, no puedo hacerlo.

—Te comprendo. Ese cabrón sabe cómo calar hondo, pero lo lograrás, mírame a mí.

—Ojalá tengas razón. Por el momento, lo único que siento es un gran vacío que me duele, y ganas de gritar, muchas. Me encantaría volver atrás y no ser tan tonta como fui. Mandarlo a la mierda el primer día que me lo crucé en el club.

—No podías saber lo que iba a pasar. Aunque... su fama le precede.

Violeta dio un nuevo sorbo a su copa y suspiró.

—Recuérdame que te devuelva la memoria que me prestaste con el video de Marisa. Ya no la necesito.

—¿No la vas a usar contra él? —le preguntó alucinada.

—¿Y qué podría hacer?

—Filtrársela a la prensa.

—No, no quiero más líos. Además... —Miró a Carla con dolor y aguantó las ganas de llorar de nuevo—. No quiero hacerle daño.

—¡Estarás de broma!

—Lo triste es que no. Lo quiero, Carla, y no quiero que lo pase mal, aunque yo lo esté pasando así por su culpa. Quiero dejar el tema y olvidar. Filtrar el video sería meter el cuchillo en la herida una y otra vez, y no creo que pueda aguantarlo.

—¡Pero entonces vas a dejar que el malnacido ese se salga con la suya! ¿Vas a permitir que te haya usado para recuperar su trabajo?

Violeta se encogió de hombros y bebió de nuevo.

—Si eso es lo que quería, que lo disfrute. Yo no soy como él, y no voy destrozando a las personas para mi satisfacción personal o profesional. Quiso encontrar a una tontita y lo logró. La culpa fue mía por no darme cuenta desde el principio.

—¡No vuelvas a decir eso, flor! Él es el culpable, no tú.

Ella se echó a llorar. No pudo aguantar las ganas. Carla la abrazó y besó en la mejilla. Le jodía que otra mujer estuviese pasando lo mismo que ella por aquel maldito hombre del demonio. Sabía lo mal que debía sentirse y lo que necesitaba en ese momento.

—Violeta, ¿por qué no te vienes conmigo una temporada?

—¿Qué? ¿Adónde? —preguntó sorbiendo por la nariz.

—A Benidorm. Resido allí desde que llegué a España, tengo a todas mis amistades y gente de confianza. Podrías pasar un par de semanas en casa, irnos de fiesta, bañarnos en la piscina, charlar con amigas... Sería muy bueno para ti, un soplo de aire.

—Eres una amiga genial, Carla, y te lo agradezco.

—Me lo agradeces pero no vas a venir, ¿verdad?

—No, no voy a ir. Tengo un trabajo y una casa que mantener. Además, no voy a salir corriendo por culpa de un hombre. Quizás aquí me cueste más olvidarlo, pues hasta la prensa ha empezado a preguntar más de la cuenta, pero sé que lo voy a conseguir. Olvidaré a Iker Martínez.

—Haz lo que consideres conveniente, pero que no se te olvide que mi oferta sigue en pie. Si alguna vez necesitas un respiro, solo tienes que llamarme.

Iker miraba por la ventanilla del coche de Ariel mientras este conducía, por medio de Madrid, para llegar al gimnasio.

Cuando su amigo fue a por él, puso millones de objeciones, porque lo cierto era que no le apetecía nada salir de casa. Desde lo ocurrido con Violeta su estado de ánimo había decaído de forma notable, tanto que su amigo tenía que sacarlo a rastras cada vez que iba a verlo. La echaba tanto de menos que se pasaba el tiempo debatiéndose él mismo si ir a buscarla. Aunque, luego recordaba las palabras de Ariel y decidía seguir sus consejos. Pero ya había puesto una fecha límite a todo aquello. Una semana más e iría a por su chica. Le debía una gran disculpa, le debía explicaciones de todo tipo y le pediría que se casase con él. Estar sin Violeta era lo peor por lo que había tenido que pasar nunca. Jamás pensó que una mujer pudiese meterse tan adentro. La sentía hasta en las venas y le dolía no poder estar con ella. Para Iker, las demás mujeres jamás pudieron comparársele. Violeta era única, tan especial que eclipsaba al resto. Y había sido muy estúpido de no verlo en cuanto la conoció.

—¿Estás preparado para irte a Australia? —preguntó Ariel recordando que el rodaje de su próxima película iba a ser en aquel país.

Iker se encogió de hombros y asintió.

—Espero que no se haga demasiado largo todo el proceso y pueda regresar cuanto antes.

—¿Pero qué dices? ¡Si a ti siempre te ha encantado estar sumergido en un rodaje!

—Ahora no puedo pensar en trabajo, Ariel. Tengo una cosa pendiente que arreglar antes.

—Ya lo harás después.

—No quiero dejar a Violeta aquí.

—Iker, amigo, a ella le importará una real ñorda dónde te vayas, créeme.

—Podrías darme un poco de ánimos, ¿no? Eres mi amigo.

—Es que lo tienes muy jodido con ella, y más sabiendo que Carla Mancini está metida de por medio.

—Carla sigue dolida —admitió él recordando lo ocurrido con su ex novia.

—¡Y tanto que lo está! Se los pusiste hasta con el apuntador.

—¿Quieres dejar de recordármelo? —preguntó molesto—. Ya sé que fui un cerdo.

—Con ella y con todas las demás.

Iker desvió de nuevo su mirada hacia la ventana. Había estado pensando en ello desde hacía unos días atrás. Había hecho sufrir a muchas mujeres y no era algo de lo que se enorgulleciese. Siempre había actuado por placer, sin pensar en que sus acciones podían tener consecuencias para sus parejas. Hasta ahora. Todo le había golpeado en la cara y le estaba dejando ver lo mal que había actuado y lo mucho que debían odiarlo. Y no las culpaba.

—Ojalá pudiese hacer algo que reparase mis errores, Ariel.

Su amigo soltó una carcajada.

—Como no vayas puerta por puerta hincando la rodilla y pidiendo perdón... no veo qué más puedas hacer.

Iker frunció el ceño al escucharlo y se cruzó de brazos. Ariel paró el coche, pues ante ellos había un semáforo en rojo. Mientras que el vehículo estaba detenido, se fijó en un gran restaurante acristalado que había a su derecha.

De repente, su corazón se paró al ver a Violeta.

—¡No me jodas! —exclamó pegando la nariz al cristal.

En efecto, era ella. Llevaba el uniforme distintivo del local y una gorra cubriendo su cabello. Todo su interior comenzó a burbujear y sintió un fuerte hormigueo en la palma de las manos.

Sin aguantar las ganas, se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta del coche.

—¡Hey! ¿Adónde vas?

—Ve tú al gimnasio, tengo algo que hacer.

—¿Pero qué mosca te ha picado ahora?

—Ariel, el semáforo está en verde. — Y, sin contestar a su pregunta, echó a correr hacia el local.

Al llegar a la puerta, notó que su corazón bombeaba a una velocidad imposible. Se sentía nervioso y muy excitado por la situación. Violeta estaba allí, a menos de diez metros de él. Respiró con profundidad, intentando calmarse, pero no lo consiguió. Eran tantas las ganas de hablar con ella y explicarse, que no pensó demasiado en lo que iba a hacer. Miró a través del cristal y la observó moverse entre la multitud. Parecía cansada y más delgada. Su preciosa cara de porcelana no tenía el brillo de siempre, sino que estaba apagada, casi sin vida.

A pesar de que había ido con la intención de ir a por ella, comenzó a agobiarse. ¿Y si lo echaba a patadas del restaurante? ¿Y si se ponía a gritar delante de todos? ¿Y si le decía que ya no lo quería?

Con miedo de actuar, se quedó mirando por el cristal tanto tiempo que perdió la noción de él. Pero no podía hacer otra cosa, su cuerpo parecía haberse bloqueado.

—Eres un cobarde, Iker Martínez —se dijo para sí mismo—. La mujer a la que quieres está a unos pasos de distancia y no te atreves a recorrerlos.

A pesar de sus palabras, no movió ni un músculo. Se quedó allí, pegado al cristal viendo las horas correr y sin atreverse a entrar a por ella.

El reloj dio las diez de la noche y, desde su posición, vio a Violeta entrar por una puerta reservada para los empleados. Salió cinco minutos después, sin el uniforme y el cabello suelto, enmarcándole su bonito rostro. Su jornada debía de haber acabado y regresaba a casa.

Dejó el restaurante y caminó por la calle a paso ligero, sin sospechar que alguien iba tras ella.

Iker estuvo siguiendo sus pasos para ver hacia dónde se dirigía.

Cuando llegaron a la Gran Vía, asintió. Había regresado a su piso de soltera.

Chasqueó la lengua al darse cuenta de que el tiempo para hablar con ella se acababa. Si no se decidía ya, perdería la ocasión. Así que, la alcanzó, llevado por un impulso.

—Violeta —la llamó, caminando muy cerca de su cuerpo.

Al escuchar esa voz tan familiar, se tensó. Se quedó quieta en aquel lugar, sin poder darse la vuelta, pero con la seguridad de saber quién era la persona que le hablaba. Jamás podría confundir esa voz. La suya.

Tragando saliva de forma convulsiva, giró sobre sí misma.

Ante ella apareció Iker, el hombre que había jugado con sus sentimientos de la forma más cruel que existía. Ese mismo hombre por el que su vida se estaba yendo al garete, por el que lloraba casi todas las noches y por el que rezaba para olvidar.

Sin poder evitarlo, lo recorrió con la mirada. Estaba tan sexy como siempre. Iker era tan guapo que conseguía que olvidase todo, incluso lo que había ocurrido entre ellos. Sin embargo, en esa ocasión no iba a ser tan tonta como en el pasado. Intentando que sus piernas no temblasen por la flojedad que sentía al verlo tan cerca, se cruzó de brazos y alzó la barbilla.

—¿Se puede saber qué haces siguiéndome? —preguntó con sequedad.

—Necesito hablar contigo.

—¡Puedes irte a la mierda! —exclamó sin compasión, girando sobre sí y caminando de nuevo.

Pero Iker no se lo permitió. La agarró por el brazo y la hizo mirarlo de nuevo.

—¡Espera! Déjame al menos que me explique, ¿no?

—¡No me toques!

—Necesito disculparme contigo.

—Disculpas rechazadas. Ahora, bye.

—¡Violeta, joder, déjame hablar! —le suplicó juntando las manos como en oración.

—¿Es que no te queda claro que no hay nada de lo que tengamos que hablar tú y yo? ¡Ya es suficiente, deja de machacarme!

—¡Lo siento, de verdad! Siento que te enterases por otra persona de lo que ocurrió. Yo... iba a decírtelo, te lo prometo.

—¿Hubiese habido alguna diferencia? ¡Me engañaste y todavía tuviste cojones de dejar que me enamorase de ti! —dijo sin compasión.

—Jamás quise que esto sucediese, intenté apartarme de ti, pero no pude hacerlo. Eres tan especial para mí que... ¡Dios, es que no sé explicar todo lo que siento a tu lado! ¡Te quiero! —confesó con sentimiento.

—¡Cállate, cállate! —chilló sin importarle que hubiese gente a su alrededor, ni que los reconociesen—. ¡No te atrevas a pronunciar esas palabras, porque no tienes ni idea de lo que significan! No sabes lo que es querer, Iker Martínez. Eres un egoísta y un narcisista que piensa que el mundo gira a su alrededor. No te paraste a pensar en lo que podría sentir yo, o las otras chicas a las que engañaste.

—No te estoy mintiendo, siento por ti algo muy fuerte —insistió poniendo todo el énfasis del que fue capaz—. Quiero que estemos juntos.

Violeta sintió que un gran nudo se apoderaba de su garganta. ¿Cómo se atrevía a llegar y decirle todo aquello? Quería gritar, llorar y golpearle. Quería que desapareciese de su vida y no volver a verlo nunca, porque le dolía hacerlo.

—Vete de aquí. Se acabó esta farsa. Ya tienes lo que querías, ahora, déjame en paz.

—¡Desde que te besé no he tocado a otra mujer! ¡Siempre has sido tú! —confesó con desesperación.

—Hasta nunca, embustero.

Violeta dio media vuelta y él intentó agarrarla por segunda vez, pero ella se apartó con rapidez y lo encaró con rabia en el rostro.

—¡No se te ocurra volver a tocarme en lo que te queda de vida, ¿me

oyes?

—¡Escúchame! —gritó desesperado.

—¡No, escúchame tú! ¡Como te vuelva a ver cerca de mí o de mi casa, llamaré a la policía! ¿Te ha quedado claro? Lo nuestro fue una vil farsa y, gracias a ti, no voy a poder confiar en otro hombre en lo que me queda de vida.

CAPÍTULO 24

La noche fue eterna. Después de su encuentro con Iker, Violeta apenas pudo conciliar el sueño. Acostada en la cama no dejaba de darle vueltas a sus palabras. Decía que la quería, que no había vuelto a tocar a ninguna otra. Sin embargo, el engaño seguía pesando muy dentro. Se había acercado a ella por interés, sin importarle lo que pudiese sentir al respecto. Le dieron igual sus sentimientos y solo se preocupó en relanzar su estúpida carrera.

Se sentía tan tonta y crédula... Ella lo dejó todo por Iker, porque sentía algo muy fuerte por él. Había sido una estúpida por enamorarse de semejante patán, por creer en sus palabras y en sus sonrisas. Le había demostrado que no valía la pena. Sin embargo, seguía sufriendo cada vez que a su cabeza llegaba el recuerdo de sus besos en la oscuridad, la suavidad de sus manos sobre su cuerpo, esa pasión que, aparentemente, sentía al fundirse con ella.

Seguía queriéndolo como el primer día y, el habérselo encontrado en pleno centro de Madrid, no había hecho más que demostrar que su amor todavía crepitaba con una fuerza indomable. Pero sabía que aquello no podía seguir así. Tenía que conseguir desterrarlo de su corazón, aunque le costase un gran esfuerzo, aunque continuase llorando todas las noches, aunque se le fuera la vida en ello.

Iker Martínez iba a desaparecer de su mundo, y no había más que hablar.

Se levantó de la cama con la sensación de no haber descansado nada. Al mirarse al espejo chasqueó la lengua cuando vio sus ojeras. Su cara necesitaba una mascarilla regeneradora de inmediato, sin embargo no le iba a dar tiempo. Su jornada laboral comenzaba en menos de cuarenta y cinco minutos. Tenía el tiempo justo para vestirse y desayunar algo por el camino.

Se peinó con rapidez y se hizo una coleta alta. Apenas se puso maquillaje, desde hacía un tiempo no le apetecía hacerlo. Cogió su teléfono móvil, que cargaba en su habitación y le echó de comer a Sushi.

Caminó por el salón recogiendo a su paso tres o cuatro cosas que había dejado por allí y, al coger el bolso para marcharse, el timbre de casa sonó.

Cuando abrió la puerta, el rostro de su padre le hizo abrir los ojos,

asombrada.

Jacob Parrish contemplaba a su hija con su habitual seriedad. Había conducido hasta la casa de Violeta nada más despertarse, pues Agustina le dejó bien claro qué pensaba al respecto y, si tenía que ser sincero consigo mismo, él también estaba cansado de aquel estúpido distanciamiento con su hija pequeña.

Los segundos que siguieron a su llegada, fueron bastante incómodos. Ninguno de los dos rompió el silencio y la tensión se podía cortar con un simple cuchillo. Fue Jacob el primero en aclararse la garganta para acabar con aquello.

—¿Puedo pasar?

Ella alzó las cejas y asintió, haciéndose hacia un lado.

Lo condujo hacia el salón y le mostró el sofá, para que tomase asiento. Cuando lo hizo, se acomodó a su lado.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, tengo un poco de prisa. Esta mañana hay una junta de accionistas en la empresa.

—Sí, bueno, yo también tengo que irme enseguida.

Jacob asintió y suspiró.

—Mira, Violeta, he venido porque esto no puede...

—¡Lo siento, daddy! —lo interrumpió ella de repente. Lo abrazó con fuerza y lo besó en la mejilla—. ¡Tenías razón, tenías razón en todo! ¡He sido una idiota y una... una... crédula, que pensó que podía enamorar a un hombre como Iker Martínez!

—Tienes derecho a salir con quien tú quieras y yo no tengo por qué meterme en vuestra relación. Me podrá gustar más o menos, pero tengo que aprender a respetar tus decisiones.

—Solo me quería por nuestro buen nombre. —Se limpió una lágrima y sorbió por la nariz, con tristeza—. Quiso relanzar su carrera a mi costa.

—También sé que no eres una vaga, solo te cuesta un poco arrancar, pero... mírate ahora, estoy muy orgulloso de ti, Violeta. Estás peleando por salir adelante tú sola.

Ella se llevó una mano a la cara y se tapó los ojos con ella.

—Y ahora estoy hecha polvo y alejada de mi familia por un hombre que nunca ha merecido la pena.

Jacob apretó los labios al ver a su hija tan afectada. A pesar de sus diferencias, era su ojito derecho. Violeta siempre fue su debilidad. La abrazó y

sonrió, contento de poder tenerla consigo.

—No has perdido a nadie. Tu familia va a seguir siempre a tu lado y te vamos a ayudar en lo que necesites.

—¿Me podéis ayudar a olvidar?

—Creo que eso no nos va a ser posible. —Se quedó pensativo—. Aunque, puedes preguntarle a tu madre a ver si con todas esas cosas raras que hace tuviese algún remedio.

Violeta rio y besó de nuevo a Jacob.

—Ay, daddy, ojalá te hubiese escuchado, nada de esto habría ocurrido. Ojalá no me hubiese cruzado nunca con ese desgraciado y... no me hubiera enamorado de él. —Rompió a llorar y escondió la cabeza entre las manos.

Abrazada a su padre se sentía más protegida, volvía a ser la niña de diez años que no se separaba de su lado.

—Eres muy joven, hija, solo tienes veintisiete años. Olvidarás a ese hombre y conocerás al que de verdad te quiera y adore el suelo por el que camines.

—No, no, yo ya no quiero más hombres, con los dos que me han tocado, me planto.

—Has tenido mala suerte, solo es eso.

—Estoy cansada, daddy, de que se rían de mí, de que me tomen por tontita, de que piensen que pueden jugar conmigo cada vez que quieran. Estoy agotada y mi corazón está roto. —Soltó un resoplido y lo miró a los ojos, intentando no ponerse a llorar de nuevo—. Para colmo, ayer me volví a encontrar con Iker. Y... tuvo la poca vergüenza de asegurar que me quería y que todo fue un error. Pero no, no creo nada de lo que dice, es el mejor actor que he tenido la mala suerte de conocer.

—¿Sabes una cosa? La mala suerte es de él, por haber tenido a una mujer tan increíble como tú delante de sus narices y no haberse dado cuenta.

—Gracias, me encantaría poder sentirme mejor con tus palabras, pero creo que voy a necesitar algo más de tiempo. Ese malnacido se ha metido de lleno en mi corazón.

—Lo lograrás, y nosotros estaremos ahí para ayudarte. —Se miró el reloj de muñeca y suspiró—. Nena, es hora de que me vaya. —Se levantó del sofá y la miró—. Tu madre me ha dicho que te espera en casa para comer.

—No puedo ir, trabajo hasta las cinco.

—Deja ese trabajo, no quiero que mi hija se deje la vida en un restaurante.

Violeta lo miró con cariño.

—No, daddy, no voy a dejar el trabajo. Esta es la última oportunidad que tengo para demostrarme a mí misma que puedo hacer algo bien, que sirvo para algo. Necesito el dinero para la universidad.

—Yo te pagaré la carrera —se ofreció con sinceridad.

—No, esto tengo que hacerlo por mi cuenta.

Jacob se llevó una mano al mentón y se quedó pensativo.

—Como quieras, pero tu asignación mensual vas a seguir recibéndola. Hoy mismo llamaré al director del banco para que vuelvan a hacerte los ingresos.

—No la necesito.

—Me da igual, tu hermana la sigue recibiendo y está casada y con un buen trabajo. Así que, lo que hagas con ella, ya es cosa tuya.

Paula llevaba casi cinco días sin saber nada de Vasile. Por más que telefonease nunca contestaba. Las primeras veces lo tomó como un simple enfado, pero con el paso del tiempo comenzó a asustarse. Sentía tal malestar en el pecho que no podía hacer otra cosa que seguir insistiendo y pensar en él a todas horas.

La noche en el club se comportó como una estúpida, lo sabía, pero... es que reconocerlo como a su pareja después de lo que habían dicho sus conocidas, le dio vergüenza. ¿Qué iban a pensar sobre ella? ¿La gran Paula De la Fuente con un jovencito sin dinero y de clase baja? No quería ni imaginar las reacciones de todo el mundo cuando se enterasen.

Todavía no les había hablado de él ni siquiera a su familia. Y le encantaba, ¡claro que lo hacía! Vasile tenía todo lo que le faltaba a ella. Era fuerte, con determinación, luchador y valiente, pero... su situación no era tan sencilla. La familia De la Fuente tenía un prestigio que conservar, porque sus negocios dependían de ello. Sabía lo que todo el mundo esperaba de ella: un hombre de buena posición, con fortuna y saber estar. ¿Qué dirían cuando la vieses con aquel chiquillo?

Paula necesitaba algo más de tiempo para saber cómo proceder. Tenía que contárselo a su madre, escuchar lo que tuviese que decirle sobre el tema y, después todo cambiaría. Lo haría, estaba segura, porque lo que sentía por Vasile no lo había sentido por nadie, porque necesitaba que estuviese a su

lado, porque le aportaba esa serenidad y esa madurez de la que ella carecía, a pesar de ser mayor que él. Había recorrido mundo, había aprendido a salir adelante sin ayuda de nadie, a trabajar en lo que fuese y no sentir vergüenza por ello.

Era un hombre genial y se complementaban a la perfección.

Paula cogió las llaves de su coche y montó en él. Necesitaba verlo y explicarle el porqué de sus acciones. No le gustaba que Vasile estuviese enfadado con ella. Y si él no daba el paso para poder verse, lo daría ella misma.

Arrancó el motor y condujo por Madrid hasta llegar a su barrio. Nunca había entrado a su casa, pero sabía dónde estaba, pues no era la primera vez que iba a por él.

Bajó de su automóvil y caminó hasta el edificio donde residía con su familia. Presionó el timbre y esperó a que alguien contestase. Cuando lo hicieron, fue él mismo el que preguntó por la identidad de la persona que timbraba.

—¿Sí?

—Hola, Vasile, soy Paula. —Se hizo el silencio y ella prosiguió—. Te he estado llamando y... no he recibido respuesta. ¿Podemos hablar?

El silencio volvió a apoderarse del momento, tanto que incluso Paula pensó que la había dejado hablando sola y había colgado el interfono. Pero no fue así, segundos después su voz volvió a sonar.

—Ya bajo.

Esperó a que su chico apareciese por la puerta. Miró hacia los lados y contempló el barrio. Seguía pareciéndole feo y viejo, pero sabía que no era peligroso.

El sonido de la puerta al abrirse la hizo mirar en su dirección. Ante ella apareció un Vasile muy serio, vestido con un pantalón de chándal negro y una camiseta de tirantes blanca.

Al colocarse frente a ella, se cruzó de brazos y la miró a los ojos, pero en ellos no había ni una pizca de amabilidad.

—Pues, tú dirás.

—Lo siento —dijo ella de repente—. Sé que estuvo muy feo eso que dije sobre ti.

—¿Lo sientes? —Alzó una ceja y levantó la cara, con orgullo.

—¿Sí, sí, claro, jopetas! Eres mi boyfriend y no estuvo nada bien.

Vasile miró hacia el suelo.

—Lo peor de todo, es que no te das cuenta de lo que haces, Paula. Lo sueltas así, como si nada, como si yo valiese menos que todas vosotras, por no haber nacido en una familia rica.

—¡No es eso, really! Es que ellas...

—No las pongas a ellas como excusa —dijo con voz cortante—. Te avergüenzas de mí y no eres capaz de admitir delante de nadie que soy tu novio.

—Es complicado, yo...

—¡Estoy cansado de que me trates como a un niño, porque este niño tiene más cojones que todos vosotros juntos para buscarse la vida!

—Mi familia es very important y sus empresas dependen, en parte, de...

—¡Me da igual tu jodida familia! ¿Me oyes? No voy a permitir que nadie me vuelva a hacer sentir de la misma forma en la que lo hiciste tú la otra noche. ¡Me da igual tu puto dinero, a ver si te enteras, me da igual el resto del mundo! Yo solo quería estar contigo porque había visto algo en ti debajo de toda esa ropa cara. Creía que eras especial.

Paula intentó cogerlo del brazo pero se apartó.

—Vasile, me gustas muchísimo, estoy súper súper bien contigo, o sea, lo nuestro está a otro nivel. No quiero que pienses mal por lo que dije.

—Yo ya no pienso nada. Lo nuestro se ha acabado. —Tragó saliva y la miró a los ojos—. Ojalá encuentres a alguien que esté a tu altura, porque yo estoy cansado de intentarlo. Me hiciste sentir como si fuese basura.

—¡No, no, no es verdad! —Paula sintió que su corazón se paraba—. Solo necesito un poco de tiempo para poder hablar con mi familia.

—Tienes todo el tiempo que te dé la gana, porque ya no quiero tener nada que ver contigo. Prefiero pasar el día recogiendo cacas de perro a tener que aguantar los desprecios de mi propia novia.

Vasile entró de nuevo en la portería y miró a Paula por última vez.

Ella se llevó las manos al pecho, sabiendo lo que iba a pasar a continuación.

—¡Oh, my god, no! —le suplicó.

—Ojalá te vaya bien en la vida.

Y tras esa breve despedida, cerró la puerta en sus narices dejándola tan tocada que tuvo que apoyarse en el mármol del portal para que sus piernas no fallasen.

Paula caminó de nuevo hasta su coche y abandonó el barrio de él con la sensación de no poder respirar. Cuando encontró un hueco en el arcén, detuvo

el vehículo y, apoyada en el volante, lloró por todo lo que había ocurrido. Lloró por ese gran chico que había perdido por su inseguridad y lloró porque sabía que lo que la unía a él era mucho más que un simple encaprichamiento: lo quería.

Carla terminó de hacer la maleta y miró a su alrededor para comprobar que no había dejado nada olvidado en la habitación del hotel, en el que se hospedaba desde que llegó a Madrid. Ojeó por la ventana y miró el reloj del teléfono móvil, mientras pensaba en hacerse una última selfie desde ese lugar.

Tenía ganas de regresar a casa. En la capital conocía a bastante gente, no le faltaban planes para pasar los días, pero en Benidorm tenía a sus amigas de verdad, esas con las que podía desahogarse y escupir todos los problemas que le ocurrían. Quería volver a su chalet, bañarse en su piscina, organizar fiestas al aire libre, pasear por la orilla del Mediterráneo y diseñar, diseñar mucho. Desde que llegó a Madrid no había tocado un lápiz. Y no era por falta de tiempo, sino porque las malas vibraciones y los recuerdos no la dejaban concentrarse.

Recibió un mensaje de Lorena. En quince minutos pasaría a buscarla para llevarla al aeropuerto.

Al pensar en todo lo que habían pasado juntas esos dos meses que había estado en Madrid, le dio una pena tremenda dejarla. Aunque no se veían todo lo que a las dos les hubiese gustado, eran muy buenas amigas y podían contar con la otra para lo que hiciese falta.

A pesar de las despedidas y todo lo malo, se marchaba contenta. Había ayudado a Violeta para que abriese los ojos y se llevaba otra amiga. La ex novia actual de Iker había resultado ser una persona muy cercana y amable. ¡Qué lástima que hubiese topado con semejante capullo!

Un par de golpecitos en la puerta de su habitación la sacó de sus pensamientos. Caminó por el lujoso salón y puso una mano en el picaporte para abrir. Lorena debía de haberse adelantado. Seguramente querría despedirse de ella bebiendo una copa y hablando un rato de sus aventuras por Madrid en busca de la amante perdida.

Abrió con una sonrisa deslumbrante en los labios, que se borró de repente al ver a la persona que tenía enfrente. Aunque borrar no era la palabra adecuada, sino más bien congelar, porque eso fue lo que pasó: Carla Mancini

se quedó congelada.

Ante ella estaba el hombre que la había hecho pasar un verdadero infierno, por el que tuvo que asistir a terapia, el que había conseguido que sintiese tanta vergüenza como nunca antes. Iker Martínez la miraba con seriedad, aunque sin esa mueca arrogante que lo caracterizaba.

Carla dio un paso hacia atrás y comenzó a negar con la cabeza.

—No puede ser —susurró sin poder creérselo—. No eres tú, no, no lo eres, eres un espejismo, sí, eso es.

—Hola, Carla.

—¡Ahh! —gritó ella al volver a escuchar su voz. Se llevó las manos a la frente y lo miró con terror—. ¡Fuera de aquí, fuera de aquí ahora mismo!

Iker alzó las manos y las colocó delante de su cuerpo, para que Carla se calmase. Dio un paso hacia adelante y ella hizo lo propio, pero hacia atrás.

—Solo quiero hablar —le informó con voz tranquilizadora.

—¡No, no! ¡Tú no existes, no, no, no existes! ¡Esto es una pesadilla, una mala, un sueño de terror de serie b de Chucky!

—No soy un sueño.

La mandíbula de Carla cayó y el terror inicial se fue convirtiendo en rabia. Apretó los labios y se acercó a él, respirando de forma entrecortada.

—¿Qué cojones haces tú aquí?

—Tú y yo tenemos algo pendiente —le anunció Iker, intentando apaciguarla.

—¡No, no, joder, contigo no tengo nada! —gritó perdiendo el control. Agarró su camiseta y lo acercó a ella, para que pudiese ver lo profundo de su odio—. ¡Me dejaste en ridículo delante de todo el país, estuve en terapia intentando comprender qué había pasado, me preguntaba una y otra vez si había sido yo la culpable! ¡Eres un hijo de puta, Iker Martínez y espero que la vida te trate igual que tú me trataste a mí!

Él asintió y la miró a los ojos.

—Tienes razón.

—¿Cómo que tengo razón? —chilló ella para desahogarse—. ¡Claro que tengo razón! ¡Eres una mierda de novio y de persona, no te mereces nada de lo que tienes y ojalá sufras, sufras tanto que no sepas si es de día o de noche, si hace frío o calor, que lo único que sientas sea un dolor tan sordo en el corazón que prefieras la muerte!

—Ya lo he empezado a pagar, créeme.

—¡Pues, poco me parece todavía! Por el suelo tengo que verte,

¡arrastrándote!

Iker se dejó caer al suelo, de rodillas, y la miró a los ojos.

—Carla, como te acabo de decir, tú y yo tenemos algo pendiente.

—¡Y una mierda!

—Te debo una gran disculpa —continuó con sinceridad.

—¿Que me debes qué? —El rostro de Carla cambió de repente. La ira fue mutando a la confusión. Había imaginado en su mente miles de veces esta escena. En ella, Iker se mostraba altivo y narcisista, como siempre. En ella, Carla se quedaba a gusto soltándole todas y cada una de las espinas que tenía clavadas dentro, mientras él intentaba defenderse. Sin embargo, aquel Iker que tenía enfrente no era, para nada, al hombre que recordaba. Había ido a buscarla para pedirle disculpas. Carla frunció el ceño y miró hacia los lados —. ¿Dónde están las cámaras? ¡Esto no tiene ni puñetera gracia!

—¿Qué cámaras?

—Tiene que ser una broma, ¿verdad?

—No lo es. Mi intención contigo es buena.

—Pues, será la primera vez que lo sea.

—Posiblemente. —Se levantó del suelo y se pasó una mano por el pelo, echándose hacia atrás—. Lo que te he dicho es cierto. Necesito que me perdones.

—¿Y por qué lo necesitas ahora, después de... más de un año? —lo interrogó cruzándose de brazos, sin confiar nada en él.

—No lo sé. —Le tembló la voz y tragó saliva para aguantar y seguir hablando—. Creo que mi vida se ha ido a la mierda por mi culpa. No tengo paz, solo puedo pensar en lo mal que me porté contigo y con las demás, en lo cabrón y... mujeriego que fui y en lo mal que os traté.

Carla lo miró y creyó ver un brillo raro en sus ojos, parecían húmedos. Alzó la cabeza y apretó la mandíbula.

—Me destrozaste, estuve visitando a psicólogos, me encerré en mi casa, me preguntaba una y otra vez si no era lo suficiente mujer como para que te quedases a mi lado.

—Lo siento.

—Me engañaste hasta con una prostituta.

—No sabes lo que me arrepiento, Carla.

—Las personas no cambian tan de repente, no me lo puedo creer —añadió entrecerrando los ojos.

—Quizás las personas cambiamos cuando perdemos, por nuestra mala

cabeza, a alguien que de verdad nos importa. —Se apoyó el quicio de la puerta y bajó la mirada al suelo.

Carla se fijó más en él. Si lo miraba con atención, se lo veía algo desmejorado y las ojeras oscurecían la parte baja de los ojos. Además, la camiseta que llevaba parecía habersele quedado un poco grande. Y su barba... había tenido días mejores.

Ella se llevó la mano a la barbilla y ladeó la cabeza.

—No me dirás que estás así por Violeta.

Él asintió y miró a su ex novia, con la mandíbula temblorosa de tanto contener el llanto.

—La quiero.

—¡Venga ya!

—¡Es verdad, la quiero como no había querido nunca a nadie! —exclamó con pasión—. Ella es... es tan especial, es tan bonita, es tan divertida y dulce...

Carla se llevó una mano al pecho.

—Iker, tú la engañaste, como a todas las demás.

—Eso fue al principio. No esperaba sentir todo esto. La necesitaba para que mi carrera...

—Sí, sí, ya lo sé, me lo contó Marisa cuando la emborraché —lo interrumpió para no escuchar de nuevo la historia.

—La cuestión es que, no sé de qué forma, he acabado tan loco por Violeta que, desde que no está, creo que solo estoy vivo porque mi cuerpo lo está. Me falta. Me falta su risa, esa locura suya que tanto me gustaba, el pasar horas y horas escuchándola hablar sobre tonterías, el que me reprochase lo poco romántico que era. Siento que mis brazos están vacíos sin ella.

—Esto no puede estar pasando —susurró Carla sin dejar de mirarlo.

—Quería pedirle que se casase conmigo. Incluso le compré un anillo.

—¡Pero, qué dices, hombre! —gritó alucinada.

—Y ahora no está, no me cree, piensa que todo lo que hemos vivido juntos es mentira. ¡Y no lo es, Carla! Violeta no quiere saber nada de mí y yo me estoy deshaciendo sin ella.

La italiana no podía quitarle los ojos de encima, estaba tan alucinada con lo que Iker le estaba diciendo que apenas podía hablar.

—La... la engañaste.

—Lo sé, y voy a estar reprochándomelo toda mi vida. —Una lágrima resbaló por su mejilla, pero se la limpió enseguida. Tragó saliva y miró a su

ex novia—. He perdido a la mujer que quiero por no haberme dado cuenta de lo fantástica que era el primer día que la conocí. Solo me fijé en su nombre, en lo querida que era para la prensa. Cuando en realidad, lo más valioso que tiene Violeta no es su apellido, sino su persona.

—¡Mio Dio! Estás hablando en serio, ¿no? ¡Estás enamorado de Violeta Parrish!

—Esa palabra se queda corta para definir lo que siento por ella. —Dio un paso hacia Carla y juntó las manos a modo de oración—. Ya sé que he sido un novio horrible y una peor persona, ya sé que he hecho que tu vida se convierta en un infierno y sé que no me merezco más que tu desprecio. Pero Carla, necesito que me ayudes.

CAPÍTULO 25

Paula y Violeta tomaban té en silencio. Apenas habían abierto la boca para hablar, cosa muy rara en aquellas reuniones, que las pasaban charlando y riendo sin parar. Sin embargo, ese día ninguna de las dos tenía el ánimo como para tirar cohetes, se conformaban con estar en compañía de la otra y compadecerse ellas mismas de sus desdichas.

—Sería súper tope guay que Oscar estuviese aquí —dijo Paula, dando el último sorbo a su taza.

—Sí, al menos él nos alegraría con los detalles de los preparativos de su boda —asintió ella encogiéndose de hombros.

Paula apoyó la barbilla sobre una mano y suspiró. Desde hacía más de una semana, no conseguía sonreír, aunque se lo había propuesto miles de veces.

—Ay, sweetie, echo de menos a Vasile —gimió—. Fui una tonta y una estúpida por guiarme de las opiniones de mujeres que casi no conozco. ¡O sea, lo desprecié y lo traté fatal!

—A veces nos puede el miedo al qué dirán, no te castigues tanto.

—But, lo peor es que se lo conté a mi madre y... le parece súper fenomenal que salga con él. —Suspiró y cerró los ojos con fuerza—. Estaba súper súper preocupada por su reacción y ella es la que mejor ha reaccionado.

—Paula, jolines, es tu vida, no puedes estar pensando siempre en el qué dirán. Si lo querías tendrías que haber luchado por él. La gente va a hablar, ya estés con un hombre de veinte o de cincuenta años, sea rico y más pobre que las ratas.

—I know. —Dio un par de golpes sobre la mesa y gimió por segunda vez—. ¡Es que, caquita, soy tan mega estúpida! Lo he perdido, Violeta, no quiere saber nada de mí. Lo he llamado varias veces, pero nada. Desde que fui a su casa y me dijo que nuestra relación había terminado, está súper desaparecido.

—Tuvo que ser un golpe duro para él ver cómo su novia se avergonzaba de su clase social.

—¡No sé qué hacer, porfaplis, dime qué hago!

—¿Lo quieres?

—Never in my life había querido a nadie así —asintió.

—Pues, lo único que puedo aconsejarte es que vayas a por él.

—¿Really?

—Sí, Paula, si sientes que es tu hombre, no lo dejes escapar.

La rubia sonrió de oreja a oreja y dio un par de palmas.

—¿Tienes razón, love! ¡Voy a conseguir que mi boyfriend me perdone!

—Así se habla —la alabó Violeta, contenta por la determinación de su amiga.

Paula abrazó a Violeta, que intentaba sonreír como siempre, pero sin llegar a conseguirlo. Se quedó mirándola unos segundos. La cara de su amiga estaba tan demacrada que apenas parecía la misma de siempre.

—¿Y tú, sweetie?

—¿Yo, qué?

—¿Qué vas a hacer con el tema de Iker?

Violeta se cruzó de brazos.

—Nada, no voy a hacer nada. Mi historia no es como la tuya, él no es una buena persona al igual que Vasile.

—Pero tú lo quieres, ¿really?

—Lo quiero muchísimo, sin embargo hay cosas que no se pueden perdonar. Y mucho menos cuando la otra persona no te quiere.

—O sea, Violet, él te dijo que sí lo hacía.

—¿Y tú te lo crees? Porque yo no confío en él. Tiene una mente retorcida, ya me lo demostró, y no voy a ser tan tonta como antes. Lo voy a olvidar.

—Llevas diciendo eso casi dos meses y cada vez tienes peor face.

—Vaya, gracias por tus cumplidos.

—Sorry, pero es verdad. Tienes que hacer algo o vas a enfermar.

Violeta asintió, de acuerdo con Paula. Estaba llegando a un punto en que le era imposible seguir con su vida como antes y no era capaz ni de dormir con normalidad. Estaba tan triste que apenas salía con sus amigos, ni compraba ropa nueva, cosa rarísima en ella. Iker todavía seguía clavado en su corazón y no veía la hora de poder sacárselo y vivir tranquila, pues su imagen aparecía por su mente a cada segundo.

—Yo también he pensado en ello —dijo, asintiendo al comentario de su amiga—. Paula, creo que, quizás, debería aceptar la invitación de Carla e irme unos días a Benidorm. Quizás allí me despeje un poco.

—¿Y tu trabajo en el restaurante?

—Me deben unos días, he doblado turnos, así que he pensado en pedirlos. Paula la abrazó y asintió. Quizás eso era lo que le hacía falta a su amiga, poner tierra de por medio y empezar a pensar un poco más en ella.

—Sweetie, creo que te hará mucho bien.

Violeta telefoneó a Carla para preguntarle si la oferta de pasar unos días en Benidorm seguía en pie, a lo que la italiana asintió de inmediato. Quedaron en verse una semana después. Tenía que preparar la maleta, sacar los billetes de avión y avisar a su familia de que estaría ausente un par de días.

Necesitaba salir de Madrid. Se sentía tan agobiada y triste que el imaginar una casa frente al mar, el sonido de las olas y la tranquilidad de saberse lejos, la reconfortaba. Además, Carla Mancini había resultado ser una buena amiga que se preocupaba por ella e intentaba que su estado de ánimo mejorase. No le cabía duda de que estaría bien allí.

El día de su viaje, Agustina la llevó al aeropuerto. Se despidió de su madre con un abrazo y prometió llamar en cuanto llegase.

Barajas era un hervidero a mediados de septiembre, miles de personas corrían de aquí para allá, intentando no perder sus vuelos.

Después de hacer el check-in, pudo respirar.

Entró a los aseos; no le gustaba nada hacer sus necesidades en los aviones, los cubículos eran muy pequeños y el sonido de la cadena al estirar le ponía los pelos de punta.

Se lavó las manos y se miró en el espejo durante unos segundos. Ni siquiera el maquillaje podía disimular su cara de cansancio. Se recolocó el vestido y salió al exterior. Sin embargo, nada más poner un pie fuera una mano la agarró volviendo a introducirla en los servicios.

Al alzar la cabeza reconoció a Iker, que tiraba de ella hacia dentro y cerraba la puerta con pestillo.

—¡Pero qué...! —gritó Violeta intentando zafarse de su agarre.

No podía creer que tuviese la desfachatez de haberse atrevido a hacer aquello. Su corazón no podía dejar de latir a un ritmo fuerte y acelerado, tanto que estaba segura de que él mismo podría escuchar sus latidos. Pegando tirones, logró soltarse. Pegó su cuerpo a la pared, para estar lo más alejada de

él posible. Sus piernas temblaban por los nervios, aquello había sido tan imprevisto que jamás se hubiese imaginado haciéndolo.

Alzó la vista y lo miró a los ojos. Sus nervios se transformaron en dolor y el dolor en rabia. ¿Quién se había creído para atropellarla de esa forma y arrastrarla dentro del aseo? ¿Quién había pensado que era para cerrar la puerta con llave y someterla a semejante tortura?

Apretó los labios al comprobar todo lo que sentía al tenerlo delante. Los sentimientos no habían desaparecido ni un poco y el pinchazo del pecho se intensificaba. Estaba tan guapo, su presencia llenaba todo su campo de visión y se sentía tan pequeña a su lado...

—Violeta...

—¡Abre la puerta! —le ordenó—. ¿Quién te crees que eres para hacer esto?

—Es la única forma que tengo para que me escuches —dijo con calma.

—¿Es que no has entendido que no quiero escucharte? —gritó roja de ira—. ¡Ya te dije que llamaría a la policía si volvía a verte a mi lado! ¡Abre la puerta o te juro que lo haré!

—Correré ese riesgo. Solo te pido unos minutos.

—¿Es que no te ha quedado claro que no quiero saber nada de ti?

Iker alzó una mano para intentar acariciarle la mejilla, pero Violeta se la apartó de un manotazo.

—¡No se te ocurra tocarme, malnacido! ¡Vas a decirme cómo sabes que iba a estar aquí! ¿Tienes espías siguiendo mis pasos?

—No es el momento de hablar de eso.

—¡Vale! ¡Tienes razón, no es el momento! ¡No voy a hablar contigo ni de esto ni de nada! ¡Abre la maldita puerta!

—No.

Violeta notó que su estómago se revolvía. Eran tantos los nervios, y el estado de ansiedad en el que se encontraba, que todo se apelotonó en su pecho. Tragó saliva, sintiendo que iba a explotar de un momento a otro. Dio un golpe en la pared y se acercó mucho a Iker.

—¡Abre la puerta! —susurró entre dientes. Ya ni podía tragar, la bola de sentimientos se había acomodado en su garganta.

—Te quiero, Violeta —dijo mirándola a los ojos.

—¡Para de decir eso!

—Te quiero, no te vayas.

—¡Para! —Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y se tapó la cara,

pues el llanto se tornó fuerte. Su cuerpo se convulsionó y jadeó como un animal herido—. ¿Qué te he hecho? ¿Qué he hecho yo para merecer todo esto? Solo quiero intentar vivir en paz.

Iker aguantó las ganas de llorar y alzó una mano para rozarle el hombro, pero Violeta se apartó por segunda vez.

—Me equivoqué. Me comporté como un capullo y te he perdido.

Colocó una mano en la barbilla de ella y la alzó para poder mirarla a los ojos. Se notaba que estaba muy dolida, su mirada lo gritaba y su cara estaba contraída por el sufrimiento.

Con lentitud, acercó sus labios a los de Violeta y la besó. Al hacerlo, notó cómo ella se ponía tensa.

Violeta, al sentir su boca, agarró su camiseta con fuerza y la apretó entre sus dedos. Aquella calidez, aquel bienestar que sentía con él... Los besos de Iker siempre habían sido su debilidad, sin embargo, aquello no tenía que suceder.

Lo empujó y lo miró con ojos brumosos y la respiración acelerada. Sintiendo que la rabia se apoderaba de ella, lo abofeteó.

—No se te ocurra volver a hacer eso nunca.

Iker enderezó la cabeza y frunció el ceño. Dio un paso hacia ella y, como si no hubiese escuchado sus palabras, la aplastó contra la pared y volvió a devorar sus labios con un hambre animal. Violeta luchó contra él durante unos segundos, pero las ganas pudieron con lo demás. Se agarró a su cuello y se apretó contra él, enredando las piernas alrededor de sus caderas.

Las manos de él acariciaron su trasero, lo amasaron y masajearon mientras sus bocas se fundían en una y sus lenguas exploraban la boca del otro como si fuese la primera vez que lo hacían. Mientras se besaban, sus cuerpos estaban tan pegados que ni una mínima brisa de aire podía pasar entre medio. Se acariciaron y tocaron a placer, disfrutando de esa intimidad que habían echado tanto de menos.

Iker bajó un poco el escote del vestido y besó sus pechos, logrando que ella gimiese, loca de deseo por lo que estaba haciéndole.

—Cuánto te he extrañado —susurró él mientras que su lengua rendía homenaje a su pezón erecto y excitado. La miró a la cara y la vio ruborizada, con los ojos cerrados y la boca entreabierta—. Eres preciosa, perfecta.

La besó con ansias, sintiendo que ella respondía con las mismas que él, que sus manos rozaban su torso, que sus caderas se balanceaban contra su cuerpo.

—No quiero que te alejes de mí —continuó—. Te necesito, y tú también lo haces.

Levantó su vestido y acarició sus muslos. Con impaciencia, soltó los botones de sus pantalones, liberando su pene, erecto y duro por ella. Apartó las braguitas de Violeta y la penetró con intensidad, haciéndola gritar de gozo. Las embestidas fueron delirantes. No podía dejar de jadear contra la boca de Iker mientras sus manos le arañaban la espalda.

—Nadie te hace sentir como yo, lo sé, porque yo siento lo mismo contigo. Nos queremos.

El ritmo y la intensidad fueron aumentando paulatinamente. Los envites se tornaron tan duros y espasmódicos que el pecho de Violeta saltaba con cada uno.

Cuando los recorrió el orgasmo, Iker la besó para silenciar su grito, aunque a él mismo le costó no hacerlo. Había sido tan increíble e intenso que ambos estaban seguros de que jamás olvidarían aquel momento.

Violeta estaba en una nube. Apenas se había permitido pensar durante el acto sexual, sin embargo, ahora que el deseo se había apagado, miles de reproches y recuerdos llegaban a su cabeza. Se mordió el labio inferior, enfadada consigo misma, mientras se subía las bragas. No miró a Iker ni una vez desde que sus cuerpos se separaron, estaba tan avergonzada de su poca fuerza de voluntad que las lágrimas no tardaron en volver a aparecer. Lo había hecho, había vuelto a hacer el amor con el hombre que la usó y la engañó. ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Podría perdonárselo algún día?

Se limpió las lágrimas, derrotada y bajó su vestido para colocarlo como era debido. Iker al verla llorar, dio un paso en su dirección y le acarició la mejilla. Pero Violeta volvió a apartarle la mano, aunque esa vez casi sin fuerza, como si estuviese rota por dentro.

—Por favor —susurró ella—, abre la puerta.

Iker, asustado por la forma que había tenido de reaccionar, asintió. Odiaba verla llorar.

—Te quiero —le repitió por tercera vez antes de abrir.

Cuando Violeta se vio libre, salió de aquel pequeño cubículo y dejó el aseo sin mirar atrás ni una vez. Caminó por el aeropuerto castigándose por lo que acababa de pasar. Llegó hasta la zona de embarque y pidió un café, para hacer tiempo hasta que fuese la hora de montar al avión. Mientras lo bebía, no pudo dejar de llorar. Aquello había sido la mayor estupidez de su vida, había vuelto a caer en sus redes y, como recordatorio, sentía cómo su semen le

resbalaba por el muslo.

Montó al avión tan deprimida que apenas se dio cuenta del despegue. Apoyó la cabeza en la ventana y miró por ella, viendo cómo las nubes cubrían casi todo su campo de visión.

Paula miró su reloj de muñeca y comprobó que todo estuviese listo.

Acababa de llegar a la sala de fiestas que contrató días atrás y paseó por ella, mientras sonreía viendo el magnífico trabajo que había hecho la empresa encargada de la decoración. Estaba tal y como había pedido: elegante y con predominio del dorado.

Suspiró nerviosa. Si las cosas se torcían todo aquello no habría valido para nada. Al escuchar pasos, se escondió detrás de un pilar. Los camareros acababan de llegar, junto con el pinchadiscos. Al agudizar la vista reconoció a Vasile, que caminaba charlando con un compañero, mientras entraban a las cocinas, donde los canapés y demás manjares estaban listos. No había sido difícil que su chico acudiese esa noche. El dueño del club en el que trabajaba era un conocido de la familia y al pedirle el favor aceptó de inmediato.

Paula, con el corazón encogido, se observó en un espejo de la gran sala. Llevaba un delicado vestido, largo y ajustado, color nude, complementado con unas sandalias doradas de tacón kilométrico. El cabello recogido en un sencillo moño y el maquillaje natural, a excepción del rojo de sus labios.

La música comenzó a sonar y poco después las personas a las que había invitado fueron llegando de forma paulatina. Había familiares y amigos.

Oscar fue a su lado, acompañado por Johana, y la saludó con un beso en la mejilla.

—¡Love, esto es ideal! —dijo él alabando su buen gusto—. Creo que vamos a copiarte un par de ideas para la boda.

—Of course, sweetie, podéis copiar lo que queráis. —Se hizo un poco de aire con las manos y miró a sus amigos con nerviosismo—. Never in my life había estado tan preocupada.

—Cero que te afecte multiplicado por mil. Ya verás como todo sale bien —la animó.

—Socorro, o sea, socorro, creo que me voy a desmayar. ¿Y si Vasile no me perdona?

—¿Por qué no va a hacerlo?

—Estaba tan súper súper cabreado conmigo...

Oscar la agarró por la cintura y la abrazó.

—Cari, si ese chico te quiere de verdad, te perdonará. Te has tomado muchas molestias y él sabrá verlo también.

—¿Really? —preguntó frunciendo el ceño con dudas.

—Lo hará. —Oscar miró al susodicho, que repartía canapés entre los invitados—. ¿Ya te ha visto?

—Creo que no, me he estado escondiendo hasta que la sala se llenase un poco de people.

—Pues, ya va siendo hora de que hables con él, ha llegado hasta tu madre.

Paula miró hacia donde su amigo señalaba y, en efecto, María De la Fuente acababa de hacer acto de presencia, acaparando la atención de todos.

—Tienes razón, voy a hablar con él. Deseadme suerte, porfaplís.

—¡Go, go, leona! —la coreó, y abrazó a su novia mientras la veían alejarse.

A cada paso, Paula se sentía más insegura. Le faltaba Violeta para darle el último empujoncito, pero su amiga estaba bastante lejos y sabía que la apoyaba, hablaban casi a diario. Esperó en la entrada a la cocina a que Vasile regresase para coger una nueva bandeja. Cuando lo vio caminar hacia allí, resopló para quitarse los nervios.

El chico se quedó quieto varios segundos cuando la reconoció. La miró a los ojos, con tanta seriedad que a Paula se le fueron desvaneciendo todas las ilusiones. Continuó caminando y pasó a su lado, sin mirarla más. Ella lo agarró por el brazo, para que parase.

—¡Vasile, espera!

Él apretó la mandíbula y asintió.

—¿Desea algo, señora?

—No me llames así, please.

—¿Y cómo quiere que la llame?

—Baby, no me hagas esto.

—¿Qué se supone que te estoy haciendo?

—Necesito que hablemos.

—No sé qué parte de la conversación que tuvimos la última vez no entendiste.

—Me arrepiento, me arrepiento mucho de lo que hice. ¡Te echo de menos, really!

—Me olvidarás en cuanto encuentres a algún majadero de tu posición que

te regale un Porsche.

—No, para nada, solo quiero estar contigo. —Señaló a su alrededor—. Todo esto es para ti, lo he organizado por ti.

—Pues podrías haberte ahorrado el dinero porque no te va a servir.

—¡Vasile, jopetas! Todas las personas fallan alguna vez.

—Sí, es verdad, todas las personas fallan, ¡pero lo que no hacen es avergonzarse de su pareja y negarla delante de la gente por miedo al qué dirán! ¡Ni tratar a la persona que quieren como a una mierda!

—Sorry —se disculpó con tristeza.

—Sigue con tu vida, Paula. —Dio un paso hacia la cocina y la miró por última vez—. Voy a continuar trabajando, que es para lo que me has contratado.

Al quedarse a solas, se vino abajo. Vasile no quería saber nada de ella, lo había perdido. Se quedó allí con la mirada fija en el suelo, viendo cómo la gente hablaba y reía, mientras la música sonaba de fondo. Fue hacia el aseo y se refrescó un poco la nuca. Había organizado esa fiesta para nada. El hombre al que quería no iba a perdonarla.

Regresó a la sala y se apoyó en un pilar, con los ojos cerrados, escuchando la música. De repente, una idea pasó por su cabeza. Una idea tan descabellada que tuvo que taparse la boca para no gritar. Alzó la cabeza y echó a caminar hacia donde se encontraba el disk jockey. Habló con él unos segundos y cogió un micrófono. Subió a un pequeño escenario, totalmente vacío, e hizo una señal para que bajase la música.

Cuando lo hizo, todos los presentes se quedaron mirándola, al igual que Vasile, que frunció el ceño y esperó.

—¡Holi! —saludó a todos sus invitados, guiñándoles el ojo—. Gracias por venir, y más todavía sin saber de qué va todo esto. Como everybody sabe, no es mi cumpleaños, ni el aniversario de la firma De la Fuente. Estáis aquí porque quiero compartir con vosotros que estoy enamorada de un hombre súper híper especial. —Vasile abrió los ojos como platos al escucharla, tragó saliva y se apoyó en una mesa que había a su lado. Paula prosiguió mirándolo a él directamente, a los ojos—. Es la mejor persona on the world, un hombre cariñoso, atento y valiente, que no duda en sacar las garras para ascender en la vida. O sea, never in my life he visto a una persona tan trabajadora y responsable como él. Desde que lo conocí me he dado cuenta de muchas cosas. Me ha enseñado a no juzgar por lo que tenemos, a apreciar a la gente por lo que son y no por lo que puedan comprar. Es fenomenal, auténtico,

cariñoso y divertido. Se llama Vasile y esta noche está aquí entre nosotros. — El rostro de Vasile se suavizó y en sus labios asomó una delgada sonrisa—. But, las cosas no han ido bien entre nosotros. Lo desprecié delante de unas personas y me avergoncé de su trabajo. Por mi culpa he perdido a un gran hombre, al que le daba igual mi posición social o mi dinero, que me quería a pesar de todo. —Paula bajó la vista al suelo y volvió a mirarlo con tristeza—. Sorry, Vasile. Te quiero, te quiero más que a nadie y me harías muy feliz si me perdonases.

En la sala se hizo el silencio. Nadie de los allí presentes hizo ni un solo sonido. Paula no podía dejar de mirar a Vasile a los ojos, sin embargo este no se había movido de su lugar ni un centímetro. La rubia bajó la mirada y aguantó las ganas de llorar. Al menos lo había intentado, ¿no?

Le devolvió el micrófono al pinchadiscos y caminó por el escenario hacia los escalones. Pero al llegar a ellos, encontró a un hombre esperándola. Al alzar la vista abrió la boca al ver a Vasile.

El joven sonrió con sensualidad y la agarró con fuerza para besarla. Al fundirse en aquel beso, la sala estalló en aplausos y vítores. Paula estaba tan feliz que no podía creer que aquello fuese cierto. Disfrutó del perfume tan familiar de él, por si todo aquello resultaba ser un sueño.

Al separarse, le acarició la mejilla y lo abrazó, hasta que sus frentes quedaron pegadas.

—Lo siento, baby, perdona por todo lo que te he hecho pasar.

—Ya no importa —susurró él, sintiendo que su pecho se hinchaba por todo el amor que sentía por ella.

—De ahora en adelante voy a ser la mejor girlfriend, te voy a querer como si fuese mi último día en la tierra y voy a hacer que no te arrepientas never de haberme perdonado.

—No me arrepentiré, te quiero, Paula, y el tiempo que hemos pasado separados ha sido horrible.

Ella lo besó de nuevo y asintió.

—Lo ha sido, of course. —Al acabar de hablar le quitó el delantal de camarero y sonrió—. Esta noche se acabó el trabajar, ¿ok? Esta fiesta es para nosotros.

—No voy vestido para la ocasión —rio y se encogió de hombros.

—¡Estás perfect, love! —Le dio otro beso en los labios y sonrió. Tiró de su mano y bajaron del escenario. Paula se giró hacia él y lo abrazó—. Vamos, nos esperan.

—¿Quién? —preguntó frunciendo el ceño.
—Mi madre quiere conocerte.

CAPÍTULO 26

Iker esperó en la puerta hasta que alguien la abrió. Al caminar por aquel lujoso jardín comprendió lo pequeño que parecía él en comparación. Se quitó las gafas de sol y entró en la mansión, cerrando tras de sí. Al hacerlo, se encontró con una mujer que llevaba una fregona en la mano. La saludó con un movimiento de cabeza y vio cómo esta lo miraba con hostilidad.

—Buenos días, había concertado una cita con...

—Ya sé quién es —lo interrumpió de repente con sequedad—. Suba las escaleras y traquee en la segunda puerta de la derecha.

Iker asintió e hizo lo que la señora le dijo.

Al llegar a la segunda planta y traquear la puerta, suspiró, intentando calmar los nervios. Un murmullo se escuchó desde el interior, junto con una voz que le daba permiso para abrir. Cuando lo hizo se encontró con un enorme despacho, con las paredes forradas de madera y llenas de estanterías repletas de libros. Frente a él una grandiosa mesa con decenas de documentos repartidos sobre ella y a Jacob Parrish observándolo con actitud retadora. A su lado había una mujer muy parecida a Violeta, pero enfundada en una alegre túnica trivial. Lo miraba con seriedad, aunque con el semblante menos adusto que el otro.

Los saludó con un movimiento de cabeza y se acercó al hombre, alzando el brazo para estrecharle la mano.

—Buenos días, señor Parrish, soy...

—Es el sinvergüenza que engañó a mi hija —soltó de repente el padre de Violeta—. ¿No es así?

Iker apretó los labios en una mueca de derrota y asintió.

—Sí.

—Y después de todo lo que ha ocurrido, ¿puede saberse a qué viene su insistencia en tener una reunión conmigo, señor Martínez?

—Me gustaría que hablásemos sobre su hija —expuso él sin rodeos.

—No, a mi hija ni nombrarla.

—He venido a pedirle disculpas —le informó mirándolo a los ojos—. No

me he comportado bien con ella, pero tampoco quiero que usted tenga una visión errónea sobre mí.

—¿Visión errónea? —repitió Jacob—. Veamos: sedujo a Violeta, le hizo creer que le interesaba y la engañó con otras mujeres. Y todo eso para recuperar la buena crítica de la prensa. ¿Me equivoco, señor Martínez?

—Está usted en lo cierto.

—Entonces, ¿cuál se supone que es la visión errónea? Porque lo que veo de usted es lo que es: un malnacido, sinvergüenza, problemático y aprovechado, que no duda en destrozar lo que sea para lograr sus objetivos.

La señora que había a su lado asintió con la cabeza y se dirigió a su marido.

—Jacob, querido, todavía no comprendo qué hace este... personaje en casa.

—Eso tiene que aclarárnoslo él. —Su mirada regresó a Iker, que aguantaba estoicamente los ataques de los padres de Violeta.

Señaló hacia la silla.

—¿Puedo tomar asiento?

—No, mejor de pie —lo cortó Jacob. Se cruzó de brazos y lo miró con desprecio—. No quiero que se sienta cómodo en mi casa, es más, diga lo que ha venido a decir y lárguese.

Iker se mordió el labio inferior y asintió.

—Comprendo que se sientan incómodos conmigo, no es para menos. Como usted ha dicho, me he comportado de una forma horrible con su hija. Pero señor y señora Parrish, hay una cosa en la que están equivocados, quiero a Violeta, la quiero con toda mi alma.

—¡Paparruchas! —exclamó la mujer sin poder aguantarse.

—Lo hago —repitió Iker—. Si he insistido en verles, ha sido para pedirles perdón a ustedes. Sé que no soy el yerno perfecto, que mi vida ha estado compuesta por escándalos y que la forma de tratar a su hija ha sido la de un gilipollas, sin embargo, lo que siento por Violeta es algo que no se puede explicar con palabras.

—Señor Martínez, si ha terminado de hablar, puede marcharse —dijo Jacob, sin reblandecerse ni un poco.

—No he acabado. —Se pasó una mano por el pelo y tomó aire de nuevo—. La historia con su hija comenzó siendo una vil mentira, lo reconozco. Pero con el paso del tiempo comencé a sentir que algo se despertaba en mi interior. Violeta es la mujer más bonita, amable y divertida con la que me he cruzado

jamás. Con ella me siento completo, señor.

—¡Se acabó esta farsa!

Agustina rozó el hombro de su marido, para calmarlo.

—Jacob, deja que acabe de hablar. —La madre de Violeta observó a Iker con interés y le hizo una señal para que continuase.

—Gracias. —Se aclaró la voz—. Señores Parrish, su hija me enseñó lo que significa amar a alguien, estoy seguro de que quiero pasar mi vida con ella. Decidí contarle la verdad, con la idea de que me perdonase y poder continuar con nuestro romance, pero se me adelantaron. Violeta se enteró de todo por otra persona y por más que quisiese explicarme, no me creyó.

—Después de todo, mi hija es inteligente. ¿Quién cree a un cínico desvergonzado como usted?

—¿Por qué tendríamos que creerle, señor Martínez? —preguntó de repente Agustina, que no dejaba de acariciarse la barbilla.

—Quiero que su hija se case conmigo —confesó.

Jacob comenzó a reír a carcajadas y a aplaudir. Apoyó las manos sobre el escritorio y miró a Iker con indiferencia.

—Ahora que ha soltado todas estas tonterías, lárgete de mi casa. No sé qué pretendía viniendo hasta aquí.

Iker asintió y dio un paso hacia atrás.

—Solo quería pedirles disculpas y presentarles mis respetos. Sé que me equivoqué y yo mismo estoy pagando las consecuencias, créanme. Necesito a su hija, Violeta se ha convertido en el aire que respiro.

—¿Y por qué supuso que nos iba a importar? ¿Quería nuestro permiso para cortejarla? —se carcajeó Jacob con desprecio.

—No, señor Parrish, lo único que pretendía era que conociesen mis intenciones en cuanto a su hija.

—¿Cuáles son esas? —prosiguió Agustina, interesada.

—Voy a recuperar a Violeta. Conseguiré que me perdone y no dejaré que se aleje de mi lado jamás. Sé que no les gusto, y lo comprendo. Pero espero que comprendan ustedes también, que no estoy aquí pidiendo permiso para nada. Voy a ir a por su hija, porque la quiero con toda mi alma, y lo que opinen los demás me es indiferente.

Sentada en una hamaca, cerca de la piscina de Carla, reflexionó por todas las cosas de las que se había ido huyendo. Aunque todas se resumían en una persona: Iker. A veces se ponía a pensar en qué hubiera sido de su vida si jamás se hubiese cruzado con él. Quizás estaría feliz, quizás hubiese conocido a un buen hombre, como le decía su padre para animarla. Quizás no estaría tan jodida y decaída.

Se odiaba por pensar tanto en él, no se lo merecía en absoluto. Era un ser despreciable y ruin, disfrazado de hombre irresistible. Sin embargo, se detestaba el doble al recordar la fuerza de sus manos sobre ella, sus besos apasionados que la hacían elevarse hacia el cielo, el placer que sentía cada vez que hacían el amor, la plenitud de estar a su lado...

A veces, imaginaba que todo lo que le dijo el último día que se vieron era cierto. Que no podía vivir sin ella. Recordaba el sexo tan caliente y ardoroso en el aseo del aeropuerto.

La remembranza de sus cuerpos desnudos la hizo abanicarse y notar esa presión insoportable en el pecho.

Al caer en la cuenta de sus pensamientos, se pellizcó el brazo. Se sintió necia, porque lo que tenía que hacer era olvidarse de él.

Carla apareció con dos cócteles en las manos, muy sonriente y bailando al ritmo de una canción de moda que sonaba en la radio. Se sentó a su lado y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo te has levantado hoy?

—Sin cambios. Parece que desconectar me está costando horrores.

—Lo conseguirás, solo llevas tres días en casa. —Le dio un pequeño empujón y sonrió—. Fíjate, jamás imaginé que me llamarías para venir. Estaba tan segura de que te quedarías en Madrid... Eso dice mucho de tus ganas de avanzar.

Violeta se encogió de hombros.

—Ya no podía más, parecía que iba a ahogarme.

—Estás en un sitio estupendo para relajarte. Estoy deseando que conozcas a mis amigas. Esta tarde vendrán unas cuantas. ¡Son lo más! Con ellas no hay penas, te lo aseguro.

—Gracias de nuevo por todo —dijo Violeta emocionada—. Eres una gran persona.

—Sé que lo estás pasando fatal, no tienes que dárme las, cielo.

Ella se llevó las manos a la cara y se la tapó.

—Es que... lo veo por todas partes, ya no puedo seguir así. No duermo y

no puedo pensar con claridad. Fíjate que, a veces, mi cabeza me juega tan malas pasadas que imagino que él... me quiere de verdad.

Al escuchar sus palabras, Carla dio un saltito en la hamaca y se mordió el labio inferior. Se giró hacia Violeta y la miró a los ojos, pues había algo que todavía no le había dicho.

—He intentado no hablarte de esto porque no sabía cómo te lo ibas a tomar, pero... Iker fue a visitarme antes de que me fuese de Madrid.

—¿Qué? —preguntó Violeta, con el corazón en la boca y ganas de vomitar por los nervios—. Y... ¿qué quería?

—Pedirme disculpas.

—¿En serio?

—Sí. —Carla sonrió de forma pausada y la cogió de la mano—. Está arrepentido. Me pidió perdón por todo lo que me había hecho y me pidió un favor.

Violeta tragó saliva y sintió un leve temblor en los labios.

—¿Un favor? ¿Cu...cuál?

—Me pidió ayuda para recuperarte.

—¿Por qué querría hacer eso? ¿Y por qué le pidió ayuda a su ex novia?

—Me la pidió a mí porque sabe que somos amigas y, me la pidió asegurando que te quería.

Ella sintió que un nudo gigantesco se posaba sobre su garganta e intentó tragar para eliminarlo.

—No lo creerías, ¿verdad? Ya sabes lo embustero y buen actor que es.

—Pues, por raro que te parezca, parecía sincero, Violeta.

—¡No, no lo es! —Violeta se tapó los oídos y cerró los ojos con mucha fuerza—. ¡No me puedo creer que tú, después de cómo te trató, me digas esto!

Carla suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de ella.

—¿Sabes? Desde que fui a Madrid me he dado cuenta de que lo único que me faltaba por hacer era pasar página. Esa época de mi vida fue horrible y oscura, pero la superé. Las personas evolucionamos, lo que en el pasado te duele, en el presente te hace más dura. Y creo que a Iker le ha ocurrido lo mismo. El amor le ha hecho ver sus errores pasados y ha querido subsanarlos.

—Eso es una gran tontería —dijo Violeta a punto de echarse a llorar.

—Sé de lo que hablo, se lo veía muy afectado. Asegura que te quiere y que cometió el mayor error de su vida.

Violeta frunció el ceño y miró a Carla sin comprender nada.

—¿Y has pasado de odiarlo a muerte a querer hacer de casamentera?

—No quiero hacer de nada de eso, flor. Simplemente te explico lo que ocurrió y mis impresiones sobre ello. Lo que decidas hacer tú al respecto es cosa tuya, no mía.

—Perfecto, porque ese hombre y yo no tenemos ningún futuro juntos. —Parpadeó varias veces para no llorar—. Me engañó, y eso no lo va a cambiar una simple disculpa. —Cogió la mano de Carla y la apretó, mientras la miraba a los ojos—. Y te voy a pedir, por favor, que no hablemos más de él. Necesito tranquilidad.

—Como quieras, cielo. Yo lo único que quiero es ayudar.

La madre de Iker le dio una colleja al escuchar aquello de la boca de su hijo.

—¡Mamá! Que ya no tengo diez años.

—¡Pues actúas como si los tuvieses!

Colocó los brazos en jarra y se sentó en su sillón, cogiendo el molde y comenzando a tejer para perderlo de vista aunque solo fuese unos segundos.

—¡Lo sabía, sabía que lo volverías a hacer! ¡No tienes remedio!

—Voy a arreglarlo.

—¡Esa pobre muchacha! —exclamó Asun mirando a su marido, que negaba con la cabeza—. Por la televisión no dejaban de hablar de los rumores de ruptura, lo decían en todos los programas, pero esto... esto es demasiado gordo, Iker.

—¡Si ya le dije yo a esa chiquilla que lo atase en corto! —prosiguió su padre—. ¡Las cabras tiran al monte y este hijo mío va a ser un sinvergüenza toda su vida!

—Me va a matar de un disgusto, Paco, un día de estos me vas a ver con la pata estirada, ya verás.

Iker se llevó la mano a la frente mientras escuchaba a sus padres cargar contra él. Estaba seguro de que aquello pasaría cuando les contase lo ocurrido con Violeta, pero esa vez el rostro de su madre estaba más cansado que las anteriores. Aunque quisiese parecer fuerte, no estaba para esos trotes.

—Ya te he dicho que te puedes quedar tranquila, mamá, voy a ir a por ella.

—¡Ya estás tardando! —Dejó el molde a un lado y lo miró a los ojos—. ¿Y sus padres? ¡Esos señores estarán hechos polvo!

—Fui a hablar con ellos hace dos días.

—¿Y no te echaron a patadas? —lo interrogó su padre.

—No, pero casi.

—¡Pues deberían haberlo hecho!

—Gracias por tu apoyo.

—¿Apoyo? Asun, ¿tú lo estás escuchando? ¿Apoyo? ¡Lo único que te voy a apoyar es el bastón en la cabeza, descerebrado!

Iker asintió, a sabiendas de que se merecía todo eso y más.

—La quiero, papá, y me equivoqué, sí, lo hice. Pero voy a conseguir que me perdone.

—¡Más te vale! Es una buena niña, la mejor de todas con las que te he visto, que no han sido pocas, bribón. Esa chica tiene clase y saber estar.

Asun se frotó la frente y se volvió a levantar del sillón.

—Ay, Iker, ¿qué hemos hecho mal contigo? Te dimos una buena educación, no entiendo por qué actúas así.

—¡No es culpa nuestra de que sea un zanguango! —se entrometió su padre.

—Tiene razón, mamá, esto es solo culpa mía. La mujer más increíble que ha pasado por mi vida no quiere saber nada de mí. —Bajó la cabeza al suelo y se mordió el labio inferior—. Ojalá pudiese cambiar lo que hice.

Asun se puso frente a su hijo y le acarició el cabello.

—No puedes dar marcha atrás en el tiempo, pero puedes repararlo. ¿Cuándo vas a ir a por ella?

—Mañana mismo salgo hacia Benidorm.

Quando Carla le dijo que tenían que hablar, Violeta se quedó extrañada. La italiana parecía nerviosa e intranquila, algo muy raro en ella, que era la alegría y la tranquilidad personificada. Entró en el chalet y la acompañó al salón comedor. Tomaron asiento juntas, en el gran sofá, y le sonrió con cariño. Aquella chica le había demostrado que la amistad no era cuestión de años, sino que una persona podía convertirse en alguien muy importante en semanas. La había ayudado, le había abierto su casa y le aconsejaba y calmaba cada vez que su estado de ánimo no era el mejor.

Se concentró en ella y asintió, poniendo especial atención para escuchar aquello por lo que estaban allí.

—Bueno, flor...

—¿Te pasa algo? —dijo de inmediato Violeta mirándola a la cara, preocupada.

—No, no, en realidad no es por mí para lo que te he llamado.

—¿Es por mí? ¿Qué he hecho? —dijo ansiosa.

—Nada, me alegra tenerte aquí y haber descubierto a la persona tan maravillosa que eres. —Carla se toqueteó el esmalte de las uñas y la volvió a mirar—. Pero hay una cosa que me comprometí en hacer y... estoy preocupada.

—¿Por qué motivo?

—No quiero que te enfades, ¿vale?

—Eso es imposible, no podría después de todo lo que has hecho por mí.

—Genial, porque... ha venido alguien a verte.

Al soltar aquello, Violeta se quedó con el ceño fruncido, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Alguien.

—Sí, alguien —repitió.

—Y se supone que me voy a enfadar —Cuando acabó de decir aquello, su cabeza cayó en la cuenta de quién podía ser la persona y abrió la boca sin dejar de negar con la cabeza—. ¡No!

—Sí, flor, él está aquí.

—Pero Carla, ¿por qué... tú me prometiste que no...? ¿Por qué? —dijo muy confusa, con el corazón latiendo tan rápido que se sentía mareada.

La italiana le sonrió y se puso de pie, cogiendo a Violeta por las manos y levantándola a su vez.

—Tenéis que hablar.

—No, por favor —suplicó—. No voy a poder aguantarlo, Carla, te lo suplico.

Ella le acarició la mejilla y la besó.

—Nadie te va a obligar a hacer algo que no quieras, pero... te lleva esperando casi media hora. Aunque, si tú decides que no quieres hacerlo, le diré que se vaya.

Violeta tragó saliva e hizo una mueca de agobio. Había estado huyendo de él, se había ido de Madrid para olvidarlo... Pero Iker estaba allí. Cerró los ojos con fuerza y tragó saliva, con unas ganas locas de ponerse a llorar.

Asintió. Lo hizo de forma convulsiva, sin estar segura de si realmente iba a ser capaz de permanecer frente a él sin ponerse a gritar, golpear algo o echar

a correr en cuanto tuviese la mínima oportunidad.

—¿Dónde está?

—Te está esperando en el porche trasero.

—Vale. —Comenzó a caminar notando que el temblor de las piernas se intensificaba conforme iba acercándose al lugar en cuestión.

—Violeta —la llamó Carla por última vez—. Dale una oportunidad para que se explique, déjalo hablar.

Siguiendo las indicaciones de su amiga, recorrió la casa hasta dar con el porche trasero. Antes de salir tomó aire, lo iba a necesitar. Al poner un pie fuera, lo vio sentado junto a una mesa de forja, en una de las sillas que miraba hacia el jardín. Se recreó en su perfil, patricio y elegante. Cuántas veces había llegado a quedarse dormida mirándolo, cómo le gustaba contemplar la perfección de su mentón y la forma irresistible de sus ojos. Sintió un escalofrío al recordar todas las noches juntos, desnudos, en la misma cama, susurrando miles de tonterías y riendo al escucharlas.

Iker, al notar movimiento a su derecha, giró la cabeza y la encontró en el quicio de la puerta. Se levantó de la silla y su pecho se infló al volver a verla. Estaba tan bonita con ese vestido playero...

—Violeta —dijo sin más, dando un paso hacia ella. Tragó saliva al darse cuenta de que ella retrocedía—. No te vayas, por favor. Solo quiero hablar. Prometo no abalanzarme sobre ti, como la última vez. Dame unos minutos.

Ella lo miró con seriedad y asintió, sin decir ni una palabra. Iker señaló la silla que se encontraba frente a la de él y tomaron asiento ambos. Había preparado un gran discurso, llevaba días ensayando lo que iba a decirle. Tenían que aclarar tantas cosas... Aunque, llegado el momento, su cabeza se había quedado en blanco y lo único de lo que fue capaz era de observarla como si fuese una diosa terrenal.

—Tú dirás —dijo ella rompiendo el silencio. Se cruzó de brazos y esperó, intentado que no se notase el temblor en sus piernas y la sensación de ahogo que notaba al tenerlo tan cerca.

—Tenía muchas cosas que decirte, pero... ya no sé por dónde empezar —se sinceró. Intentó cogerle la mano, pero ella no se lo permitió—. Te quiero.

—Deja de repetir eso —susurró ella con calma.

—No voy a hacerlo porque es verdad. Eres lo que más quiero en este mundo y, si tengo que pasarme la vida diciéndolo, para que me hagas caso, lo haré.

—Iker, no puedo más —comentó con temblor en los labios y la sensación

de que su voz se rompería en breve—. Esto que ha pasado es muy fuerte y no puedo creerte. No puedo, ni quiero hacerlo.

—Te entiendo, aunque si lo hicieras comprenderías que nada de lo que digo es falso. —Se acercó un poco a ella y le susurró—. No soy capaz de dejar de pensar en ti. Te veo y te siento aunque estés tan lejos. Eres lo mejor que me ha pasado nunca, Violeta Parrish. Fui un ciego y un necio por no darme cuenta al principio y, sí, actué mal, muy mal, pero te aseguro por mi propia vida que en el momento en que me di cuenta de lo que sentía, no volví a tocar a otras. Y no lo hice porque mi corazón te pertenece.

—¿Has terminado ya? —preguntó sin poder evitar que las lágrimas bañasen su cara y la sensación de que todo a su alrededor flotaba.

—No, todavía no. Quiero que me des una nueva oportunidad —le pidió con fe—, quiero que volvamos a empezar, que vuelvas conmigo, que me acompañes a Australia para el rodaje de mi película. Quiero dormir contigo todas las noches, ver esas estúpidas películas románticas que tanto te gustan y hacerte el amor cada vez que me sonrías. Quiero una vida contigo.

Violeta se tapó la cara y lloró con ganas. Eran las palabras más bonitas que le habían dicho en la vida. Estaba tan emocionada que sentía que aquello no podía ser real. Era un sueño, todo lo que un día soñó, pero...

—No puede ser —dijo mirándolo a los ojos.

—Te amo —susurró con las lágrimas resbalando de sus párpados.

—No confío en ti. Empezar de nuevo una relación donde la confianza está muerta es condenarla al fracaso desde el principio.

Iker la cogió de las manos y las apretó.

—Yo haré que vuelvas a fiarte de mí, te lo prometo.

—No va a ser posible. Has roto todo lo que un día pudimos tener juntos —añadió sin poder dejar de llorar, y con el corazón destrozado por tener que pronunciar esas palabras.

—Violeta, te quiero, no nos hagas esto. Nos merecemos una oportunidad.

Ella tragó saliva y alzó la cabeza, intentando no llorar más. Miró a Iker a los ojos y suspiró.

—Si de verdad me quieres, vete de aquí y deja que sane. En este momento nuestra relación no soportaría ni una mínima brisa.

—Pero...

—Vete, Iker.

Él tragó saliva y se limpió las lágrimas.

—¿De verdad es lo que quieres?

—Lo que quiero y lo que necesito.

Al escuchar sus palabras, asintió. Cerró los ojos con fuerza, derrotado por la negativa de Violeta a empezar de nuevo. Se levantó de la silla, hizo un leve movimiento de cabeza a modo de despedida y salió desapareciendo de su vista.

Al saberse a solas, Violeta se llevó las manos a la cara y lloró. Lo hizo con fuerza, descargando todo lo que llevaba dentro y lo que había sido imposible sacar antes. Se sentía tan mal que nada de lo que ocurriese a continuación podría importarle. Sin embargo, sabía que era lo mejor para todos. Su corazón estaba roto y necesitaba un respiro.

CAPÍTULO 27

Permaneció en casa de Carla dos días más antes de regresar a Madrid. Se despidió de la italiana entre lágrimas, agradeciéndole todo lo que había hecho por ella. De esa mala experiencia había conseguido una amiga y eso, al menos, la animaba un poco.

Se reincorporó al trabajo al día siguiente de llegar y la rutina volvió a su vida. Se levantaba, iba a trabajar, regresaba a casa, se acostaba a dormir y lloraba hasta que se quedaba dormida. Al día siguiente vuelta a empezar.

Llegó octubre, y con él el curso universitario. Le vino bien el salir de casa, hablar con más gente y conocer nuevas amistades. Acababa el día más despejada y por las noches las lágrimas dejaron de aparecer, lo único que quedó fue la tristeza. Aunque estaba tan cansada después de las clases y el trabajo que apenas le daba tiempo para pensar demasiado.

La relación con sus padres era fantástica, estaba enamorada de su sobrina y llamaba a Eugenia a menudo para que la dejase dar una vuelta con la niña, en su carricoche. Esa pequeña era lo mejor que tenía y, cada vez que la veía, todo el cansancio y preocupaciones desaparecían.

Todavía tenía noticias de Iker, aunque eso era inevitable. Al ser un actor de renombre, sus apariciones en la televisión eran bastante continuas, además de ser abordada de vez en cuando por la prensa para que confirmase los rumores de ruptura, cosa que nunca hizo. Decidió seguir con el consejo de Jacob y mantenerse alejada de los periodistas. Sabía que, hacía unas semanas, había vuelto a España, pues había estado rodando la película de Amenábar en Australia. De allí había regresado más moreno, más guapo y más delgado. Parecía que todo le iba genial en el trabajo. Acababa de rodar otro spot publicitario con la misma firma de perfume con la que ya lo hizo. Daba la impresión de que estaba bien, aunque en la televisión ya no se le veía sonreír, a no ser que estuviese trabajando y se lo requiriese el guion.

Todavía lo echaba mucho de menos y se preguntaba si algún día lograría no hacerlo. Sin embargo, ese tiempo separados le había hecho mucho bien. Necesitaba sanar, tener espacio para pensar, recapitular y darse cuenta de lo

que realmente era importante para ella. Todo ese tiempo guardando las distancias había sido necesario.

—¡Violeta, jopetas!

La voz de Paula la hizo reaccionar. Sonrió a sus amigos, que habían ido a casa para tomar su acostumbrado té y a charlar un rato.

—¡Parece que has vuelto a tu mundo de fantasía! —la reprendió Oscar, dándole unas suaves palmaditas en el brazo.

—¿Qué pasa? ¿Ya no puedo ni pensar o qué? —se defendió.

—Es que, tía, te pasas el día en las nubes. No nos haces ni caso.

—Tengo muchas cosas en la cabeza, disculpadme.

Oscar miró a Paula y sonrió.

—Vamos a ver, love, tienes que dejar la carrera a un lado, no puedes estar todo el día pensando en animales.

—No estaba pensando en eso.

—Oscar, porfaplís, pareces tontito —lo insultó Paula—. ¿Es que ya no tienes la capacidad de deducción que te caracterizaba?

—Desde que estoy con los preparativos de la boda, la he perdido toda —bromeó.

—Violeta está pensando en cierto actor de cual nombre no quiero acordarme, ¿really?

Ella apoyó la cabeza sobre las manos.

—No puedo evitar hacerlo, mi cabeza funciona sola, chicos.

—¿Todavía lo quieres?

—Sí —admitió sin tapujos—. Cada vez que oigo alguna noticia sobre él, creo que me voy a desmayar por la impresión —aceptó con un poco de rubor en las mejillas.

—¿Sigues enfadada por lo que pasó? —la interrogó Oscar.

Violeta se encogió de hombros.

—No, no estoy enfadada. De hecho, creo que lo perdoné el día que fue a verme a Benidorm.

Sus dos amigos abrieron la boca muy asombrados.

—¡Never in my life, Violeta Parrish, había escuchado algo así! —exclamó Paula—. ¡Lo quieres, no estás enfadada con él! ¿Y sigues manteniendo las distancias?

—¡Qué fuerte, qué fuerte! —gritó Oscar, mientras le mandaba un mensaje a su novia contándole todo.

—No sé, chicos, es que no me atrevo. ¿Y si ya no siente nada por mí? Me

pidió perdón muchas veces y yo lo rechacé todas esas y más. Cualquier otra persona se habría hartado.

—Pero él no lo ha hecho, love —le aseguró Oscar—. No he querido decirte nada, porque nos tenías prohibido hacerlo, but... de vez en cuando coincido con un amigo suyo. ¿Te suena el nombre de Ariel Marchante?

—Sí.

—Ariel me pregunta mucho por ti: si estás bien, si sales con alguien... —Alzó las cejas—. ¡Blanco y en botella, querida!

—¡O sea, claro! Lo envía Iker para que averigüe sobre ti —gritó Paula.

—No creo que él haga eso —rio Violeta más emocionada de lo que quería admitir.

—Te sigue esperando, sweetie.

—Bueno, y... ¿qué me quieres decir con esto?

—¡Pues que espables, mona! Él te quiere y tú también a él. No sé a qué esperas para ir a buscarlo.

—¿Yo?

—¡Of course! —lo secundó Paula—. Él ya lo ha intentado todo y no le has dado una oportunidad, no creo que vuelva a venir a por ti, por miedo a que lo rechaces de nuevo.

La cabeza de Violeta daba mil vueltas por segundo. ¿Ir a por él? ¿Buscar a Iker y comenzar otra vez? Un fuerte burbujeo removió su estómago. Todo su cuerpo vibraba al pensar en la posibilidad de hacerlo. Pero, ¿quería realmente arriesgarse?

La respuesta era obvia. Lo había sido siempre, aunque meses atrás estaba tan dolida que no supo verlo. Por él se arriesgaría una y otra vez, tropezaría con la misma piedra hasta romperse el zapato, se liaría la manta al cuello hasta que acabase ahogada. Quería a ese hombre y lo que sugerían sus amigos, lejos de parecerle grotesco, le encantaba, aunque el miedo al rechazo siempre estuviese ahí presente.

Sabía que un amor así no pasaba todos los días. Un amor tan fuerte y puro como el suyo. Habían cometido errores, pero, ¿quién no los cometía en una relación?

Con el pecho henchido por la anticipación y sabiendo que aquello podría ser la locura más enorme de su vida, miró a sus amigos fijamente. Los agarró por las manos y las apretó, antes de hablar:

—Tenéis razón, voy a por él. Se me ha ocurrido algo que... ¡jopetas, no sé si será demasiado! —rio muy nerviosa—. Pero chicos, antes de hacerlo,

necesito que me ayudéis.

Iker se ató la corbata y, al terminar, se miró en el espejo. Vestido con aquel traje chaqueta de color azul marino estaba espectacular. Esa noche, como era costumbre, se celebraba la fiesta en la que se mostraba por primera vez el spot publicitario del perfume del que era imagen y debía ir elegante, pues a ella asistirían varios medios de comunicación, personas muy importantes y posibles futuros accionistas, además de celebridades del mundo de la televisión.

Cogió los zapatos y se sentó sobre su cama para ponérselos.

Si tenía que ser sincero consigo mismo, no le apetecía nada asistir. De hecho, en los últimos meses no le apetecía hacer nada. Si por él hubiese sido, se habría quedado en casa a ver una película y se hubiera acostado pronto.

Desde la última vez que vio a Violeta, y lo rechazó, el ánimo no le acompañaba para nada. Todavía seguía triste, pensando en lo tonto que fue y en la maravillosa mujer que había perdido por estúpido. Rechazaba todas las proposiciones de las féminas para pasar un buen rato juntos, porque con la única que le apetecía hacerlo era la misma que no quería ni verlo.

Era raro para él no sentir deseo sexual hacia ninguna otra mujer, pero desde que su historia con Violeta acabó, no había vuelto a tocar otra.

La prensa preguntaba a menudo por ella. Los rumores de crisis y ruptura seguían acechando sobre ellos como buitres, sin embargo, jamás abrió la boca para decir nada al respecto. Confirmar aquello significaba aceptar que su romance se había acabado, y no estaba dispuesto a hacerlo. La quería. La quería tanto o más que siempre y, aunque jamás pudiese recuperarla guardaría en su corazón el recuerdo de esos meses tan felices a su lado. Pues, esa chica, lo había hecho más feliz de lo que lo había sido nunca.

El coche de la firma lo esperaba abajo.

Suspiró al saber que iba a tener que pasar una noche fingiendo felicidad y hablando con todo el mundo sobre lo fantástica que era su vida, lo bien que le iba en el cine y la suerte que tenía. Solo esperaba que no se hiciese demasiado tarde.

Antes de cerrar la puerta tras de sí, miró al interior de su casa con anhelo. Montó en el coche y el chófer arrancó de inmediato.

Se encaminaron al Palacio de Neptuno, lugar donde la firma

acostumbraba a realizar sus eventos en España y pararon por la parte de delante, para que Iker pudiese incorporarse a la peculiar alfombra verde que conducía al interior, rodeada de periodistas y curiosos que se acercaron a mirar.

Al bajar del coche, el conductor se marchó, dejando a Iker a merced de la prensa. Los flashes iluminaban su cara y por un momento se sintió confuso. Reaccionó de inmediato, saludando y forzando la sonrisa. Posó junto al photocall en el que aparecía él mismo, ligero de ropa y con una pose de lo más sexual, sujetando el perfume entre las manos. En ese mismo momento, recordó la última vez que hizo aquello. Violeta estaba junto a él, y sonreía feliz y segura a su lado. Apretó la mandíbula para intentar olvidar. Continuó caminando y llegó a la parte que menos le gustaba, el hablar con la prensa, pues sabía que la pregunta maldita caería tarde o temprano.

—¡Iker, Iker, un momento, por favor! —gritó una periodista, que le acercó un micrófono a la boca—. ¿Qué sentiste cuando te propusieron de nuevo ser la imagen de la firma?

Él sonrió y respiró algo más tranquilo.

—Fue una gran sorpresa. Estoy tan agradecido de que hayan decidido volver a confiar en mí que acepté encantado.

—¿Tienes nuevos proyectos a la vista?

—Tengo unos cuantos. El mes que viene comienzo una mini serie que, si todo sale como esperamos, podréis ver el próximo año.

—Genial, estamos desando verla —sonrió la periodista—. Y, por último, se ha especulado mucho sobre los rumores de tu supuesta ruptura con Violeta Parrish, ¿tienes algo que decir al respecto?

Iker se tensó.

—Nada que decir, gracias.

—¡Iker! —Otro periodista lo abordó—. ¡Llevamos mucho tiempo sin verte con Violeta! Eso apunta claramente a un distanciamiento, ¿verdad?

—No tengo nada que hablar sobre ese tema.

—Medios internacionales hablan de un supuesto romance con una actriz croata, ¿es cierto?

—Eso es completamente falso.

—¿Y por qué no se te ve con Violeta nunca? Antes vuestras apariciones eran frecuentes.

—Mire, señor —comenzó a decir Iker bastante molesto—. Lo que yo haga...

Sin embargo, la atención del periodista pasó a otra persona. Le quitó el micrófono de la boca, dejándolo a mitad de la frase y corrió hacia otra parte de la alfombra. Parecía ser que otra celebridad acababa de llegar.

—¡Es ella! —gritó uno de los periodistas.

El resto de la prensa rodeó a la persona en cuestión, formando un gran alboroto.

Iker, bajó la mirada al suelo y continuó caminando hacia el interior del edificio. Quería regresar a casa. Esa noche prometía ser horrible y el nombre de Violeta sonaría por cada rincón, pues la gente quería saber qué había ocurrido.

—¡Violeta, Violeta, por favor! —gritó un periodista a su espalda.

Iker frunció el ceño al escucharlo. ¿Acababa de decir lo que él imaginaba? Dio la vuelta con lentitud.

—¡Violeta, una pregunta para el canal quince!

El mundo de Iker dio un giro radical al ver a la persona con la que hablaban los periodistas.

Ella.

Tragó saliva de forma convulsiva, sin poder quitarle la vista de encima. Estaba tan bonita que pensó que moriría en la dulce agonía de su visión. Enfundada en un precioso vestido plateado recubierto de brillantes, con escote cuadrado y sin mangas. Su peinado era un semi recogido súper sexy, y un delicado maquillaje realzaba la perfección de sus facciones. El corazón de Iker latía tan fuerte que pensó que su pecho no podría soportarlo. Su respiración se aceleró cuando ella lo miró y sonrió. ¿Estaba ocurriendo aquello de verdad? ¿Estaría soñando despierto?

Violeta obvió a la prensa y caminó directamente hacia Iker, que se había quedado hecho un bloque de hielo a mitad de camino. Se colocó frente a él y volvió a sonreírle con nerviosismo.

—Hola.

Él abrió la boca pero no fue capaz de pronunciar palabra. Le costó dos intentos poder hacerlo.

—Ho... hola. —La miró de arriba abajo—. Eres preciosa. Te quiero.

Ella rio y se cogió a su brazo. Acercó su cara y le dio un beso en la mejilla, sintiendo que el cuerpo de él se tensaba.

—No quería dejarte solo esta noche.

—No me dejes solo nunca más —le susurró emocionado, a punto de echarse a llorar.

La prensa los alcanzó y les pusieron los micrófonos en la boca.

—Violeta, ¿a qué se ha debido tu ausencia todo este tiempo?

—Bueno. —Ella rio y se abrazó a su chico—. Como ya sabréis he empezado a estudiar, así que mi vida se ha reducido a eso.

—¿Y lo rumores de separación?

Ella observó al periodista y alzó una ceja.

—¿Nos veis separados? —Rio—. Ah, y por cierto, ya he visto sus películas, podéis preguntarme por todas.

Las carcajadas de la prensa no se hicieron esperar. Tras varias preguntas más, la pareja entró al recinto, donde quedaron a salvo de las cámaras y los periodistas. Al hacerlo, Iker la agarró de la mano y la llevó corriendo a un lugar apartado, donde nadie pudiese verlos.

Acabaron en el hueco de una escalera que llevaba a la parte superior del palacio. La acorraló contra la pared. No podía creer todavía que aquello estuviese ocurriendo. Sin dejar de mirarse a los ojos, Iker le acarició la mejilla. Fue acercando su cara poco a poco y capturó sus labios en un beso suave, pero necesitado, cargado de tanto deseo y ganas que acabaron apretados el uno contra el otro, sin que les importase nada que no fuese ese momento y la exquisita sensación de tenerse.

—Dime que esto es real —le pidió él, juntando sus frentes y cerrando los ojos con fuerza.

—Lo es, estoy aquí, contigo —susurró.

—Prométeme que no te irás.

—No me voy a ir a ningún sitio —contestó sin poder dejar de sonreír, acariciando su fuerte espalda y notando que en su estómago miles de mariposas le hacían cosquillas. Su olor, tan familiar, que la transportaba a ese estado de embriaguez emocional. Todavía no comprendía cómo había podido pasar tanto tiempo separada de él.

—Lo siento, lo siento mi amor, siento todo lo que te he hecho pasar —se disculpó tan arrepentido que creyó que las lágrimas volverían a escapar de sus párpados.

Ella le puso una mano en los labios, para que callase.

—Shsh... se acabaron las disculpas, se acabaron las noches en vela, pensando en qué hubiese sido de nuestra vida juntos, se acabó el echarte de menos tanto que me sentía desvanecer. Se acabaron los malos ratos y las peleas. —Lo volvió a besar con intensidad—. Es nuestro momento, cariño, el momento de ser felices.

Iker le acarició el cabello y la apretó todavía más contra su cuerpo.

—Pensé que no volvería a verte nunca más. ¿Por qué hoy, Violeta? ¿En qué instante cambiaste de parecer?

—Llevo pensando en ello bastante tiempo, pero no me atrevía a dar el paso.

—¿Por qué? —le preguntó frunciendo el ceño—. Si sabías que te estaría esperando.

—No, Iker, no lo sabía. Las cosas terminaron tan mal entre nosotros que... pensé que quizás no querrías saber más de mí.

Él soltó una carcajada y la besó en la frente.

—Estás loca, Violeta Parrish. ¡Eres lo mejor que me ha pasado en la vida! ¿Cómo iba a querer eso? Era yo el que estaba seguro de que jamás volvería a tenerte junto a mí, que había destrozado aquella historia tan especial que teníamos.

—Hubo un tiempo en que yo también lo pensé, pero me di cuenta de que no podía sacarte de mi corazón. —Le sonrió y apoyó su mejilla sobre su torso, quedando totalmente pegada a él—. Sin embargo, necesitaba curar mis heridas, darme cuenta de que podía regresar junto a ti sin reproches o malos recuerdos que me atormentasen. Necesitaba volver a ser capaz de confiar en la persona con la que quería pasar el resto de mi vida. Era lo mejor para mí, y para los dos.

Iker le alzó la barbilla y la hizo mirarlo a los ojos. Devoró sus labios en un beso tan sensual que las piernas de Violeta fallaron y tuvo que agarrarse tan fuerte a él, para no caer, que creyó que le desgarraría la ropa. Sus lenguas disfrutaron de ese sabor tan familiar y querido, sus manos acariciaron el cuerpo del otro, sin querer apartarlas ni un momento. El beso se convirtió en una danza sensual e íntima. Un baile de dos, en el que los sentimientos elevaban aquellas sensaciones y las convertían en magia.

Jadeantes, se miraron con necesidad. Sabían que debían continuar en aquel lugar, y que todavía no podían marcharse de allí. Iker tenía un compromiso que atender.

—Cuando esto acabe, te llevaré a casa. A nuestra casa —dijo él, con un brillo especial en los ojos—, y no voy a permitir que salgas de ella nunca. Te quiero, Violeta, estar sin ti ha sido la peor tortura a la que jamás me he tenido que enfrentar.

—Ahora ya estamos juntos, mi amor. Y te seguiré hasta el fin del mundo si es necesario, porque sin ti no vivo, simplemente existo.

—Mi amor. —Y tras decir aquello se fundieron en otro profundo beso, olvidando dónde estaban y qué habían ido a hacer. Solo importaban ellos, todo lo demás pasó a un segundo plano.

Abandonaron la presentación en cuanto les fue posible y llegaron a casa de Iker sin entretenerse con nada ni nadie. Hicieron el amor con tantas ganas y pasión que acabaron exhaustos pero más felices que nunca. Sus cuerpos se habían echado tanto de menos como sus corazones. Eran perfectos el uno para el otro, encajaban de tal forma que parecían estar hechos a medida. Violeta no podía aguantar la emoción de volver a estar con él. Toda su piel estaba tan sensible que el vello se le erizaba cada vez que la rozaba. Ese era el efecto que provocaba Iker en ella. Era un éxtasis y una completa sensación de plenitud. Fue un acto de amor precioso. Los susurros, las palabras de amor y el querer que el otro estuviese bien, que se sintiese el ser más importante del universo. Se amaban. Y no era un amor perfecto como el de los cuentos, sino que lo que sentían era tan real que sabían que podrían superarlo todo juntos. Habría peleas, discusiones, falta de entendimiento, y lo aceptaban. Sin embargo, aquello que tenían era tan poderoso y especial que lucharían por ello hasta quedar sin fuerzas.

Tumbados en la cama, abrazados y saciados, no podían dejar de sonreír. Iker acariciaba la fina espalda de Violeta y apoyaba el mentón sobre su frente pensando en todo lo que había pasado desde que se encontrasen por primera vez.

—¿Sabes qué pensé cuando te vi por primera vez? —dijo él rompiendo en silencio.

—¿Qué?

—Que eras mona.

—¿Mona? —lo interrogó Violeta alzando una ceja.

Iker rio y la abrazó con más fuerza.

—Sí. Cuando empezamos a hablar me gustaste, aunque me parecías una niña de papá. De hecho, solo fui a ese club obligado por Ariel. —Agradeció mentalmente a su amigo el haberlo hecho—. Conforme pasó la noche, y te escuchaba hablar, me pareciste más y más interesante.

Violeta le dio un suave manotazo en el pecho.

—¡Eso fue por el alcohol, majadero!

—Puede ser, pero me apetecía acostarme contigo. —Su sonrisa se ensanchó todavía más—. Entonces, me diste calabazas y me dejaste alucinado. No estaba acostumbrado a que las mujeres pasasen de mí, sino todo lo contrario.

—Qué hombre más chulo y narcisista, por Dios —bromeó negando con la cabeza.

—Esa noche perdí el interés en volver a verte, sabía que podía tener a millones de mujeres con las que pasarlo bien y no veía el motivo por el que gastar mi tiempo intentando convencer a una. Como sabrás, yo no buscaba encontrar al amor de mi vida.

—Sí, me ha quedado bien claro, créeme.

Iker se incorporó un poco de la cama y la miró a los ojos.

—Pero entonces, la prensa nos vio juntos y las críticas sobre mí mejoraron. —Torció el gesto y se puso serio—. Mi cabeza comenzó a darle vueltas al asunto y... ya sabes lo que pasó: te utilicé, te engañé y te hice creer cosas que no eran.

Violeta suspiró.

—Iker, no tenemos por qué recordar aquello, es pasado.

—Pero quiero hacerlo, mi amor. Fui un imbécil, pero gracias a eso me di cuenta de lo maravillosa que eras. Prometí no tocarte, no quería dañarte más de lo que lo estaba haciendo ya. Decidí poner distancia entre los dos, intentar pasar más tiempo separados, sin embargo... no pude hacerlo. Te comenzaste a meter tanto en mi corazón que me vi cayendo como una mosca en la miel más dulce de todas. Eras todo lo que yo no había imaginado: preciosa, suave, buena, inteligente, divertida y apasionada. Creo que todavía conservo la cara de alucinado de cuando hicimos el amor por primera vez. Sentí algo tan primitivo, tan nuevo y a la vez tan adictivo... —La besó en los labios y sonrió—. Decidí seguir adelante con nuestra aventura, ver hacia dónde nos llevaba. Y me enamoré, Violeta. Me enamoré de ti tan intensamente que decidí confesarte la verdad, pero se me adelantaron. Llegué de Milán dispuesto a hacer las cosas bien, a darte el anillo y a...

Los ojos de Violeta se abrieron, asombrados.

—¿Has dicho anillo?

—Sí, te compré uno y te iba a pedir que te casases conmigo.

—¡Ay, Dios mío! —Se tapó la boca y las lágrimas se amontonaron en sus ojos. Todo su interior se había convertido en energía y sentía la electricidad recorrerla.

—Pero no pude dártelo porque me estabas esperando con una grabación que detonaría la bomba. —Sonrió con tristeza—. Mi vuelta de Milán significó el fin de nuestra relación y el comienzo de mi muerte en vida.

—A mí me ocurrió lo mismo. Fueron los peores meses que he vivido nunca.

—Te amo, Violeta, y voy a conseguir que seas tan feliz que no sepas si duermes o estás despierta. Voy a hacer que no puedas marcharte de mi lado, que desees quedarte conmigo para siempre.

—Ya lo quiero, mi amor, si no es contigo no será con nadie —le aseguró.

—Y... quiero empezar ahora. Hacerte ver que voy en serio, que no estoy jugando y que mi vida depende de tu felicidad. —Alargó la mano y cogió algo que había dentro del cajón. Se colocó frente a ella y le sonrió, sin poder evitar que el nerviosismo comenzase a apoderarse de él.

Violeta lo miró sonriente, sin imaginar qué se proponía... hasta que vio lo que había en su mano. Se tapó la boca y lo miró tan emocionada como nunca.

—¡Oh, Dios mío, Iker! —exclamó a punto de echarse a llorar.

—Violeta Parrish. —Abrió la cajita que portaba en la mano, dejando a la vista un grandioso anillo de compromiso, de platino, con un precioso diamante en el centro. Iker sonrió, igual de emocionado que ella, tragando a cada poco para aguantar las lágrimas—. ¿Me harías el hombre más feliz del mundo convirtiéndote en mi mujer?

—¡Sí, sí, sí! —Se abalanzó a sus brazos y lo besó con tanta emoción y pasión que acabaron de nuevo acostados en la cama—. ¡Claro que me voy a casar contigo, mi amor! Lo haría ya mismo, en esta misma cama, sin ropa, o vestidos con harapos.

—¡Te quiero!

Violeta se limpió una lágrima y miró de nuevo la cajita de su mano.

—¡Ponme el anillo, pónmelo! —dijo entre grititos de alegría.

Iker soltó una carcajada e hizo lo que le pedía. Al colocárselo, le quedaba como un guante, perfecto. Violeta lo miró durante unos segundos, fijamente.

—Es perfecto, parece que lo han hecho para que esté en mi dedo.

—En cuanto lo vi pensé en ti.

—Gracias, Iker —añadió dándole un beso con suavidad—. Soy tan feliz...

—Y yo, amor. —La volvió a abrazar y cerró los ojos, en paz—. Había tantas cosas que echaba de menos... el olor de tu pelo, a esa mezcla de flores y caramelo, el sabor dulce de tus labios, la sonrisa que siempre me dedicabas

al despertar, que me pidieses ver una película abrazados y rieses al ver mi reacción... Incluso echo de menos a Sushi, pasear por la casa y no ver su cara de asesino en serie ya no es lo mismo.

Ella rompió a reír y le dio un pequeño empujón, divertida.

—Estoy segura de que él también te echa de menos.

La sonrisa se le borró a Iker de los labios. Miró a su prometida a los ojos y se mordió el labio inferior.

—¿Y tu padre?

—¿Qué pasa con él? —preguntó Violeta sin entender.

—Ya sabes que no soy santo de su devoción. Fui a hablar con él y...

—¿Fuiste a hablar con mi daddy? —exclamó ella asombrada.

—Sí, quería pedirle disculpas por todo y dejarle claras mis intenciones contigo.

—¿Qué te dijo?

—Ya te lo puedes imaginar, sin embargo, tu madre parecía más interesada en mis palabras.

Violeta besó a su chico en la mejilla y se colocó sobre él, a horcajadas.

—No te preocupes por él, cambiará de parecer cuando te conozca bien. Después de todo, vas a ser su yerno.

—Tu marido —dijo con una gran sonrisa en los labios—. Me encanta cómo suena.

—¿Ah, sí? —preguntó ella juguetona.

—Quiero tener cien hijos contigo, Violeta Parrish, y que todos sean iguales a ti.

—¿Tantos? —se carcajeó, dándole miles de besos en los labios.

—Sí. —Enredó sus dedos entre el cabello de ella y devoró sus labios con ansias.

—Un niño —dijo Violeta con voz soñadora.

Iker la miró asombrado.

—¿Te gustaría que lo intentásemos? —preguntó nervioso.

—Te quiero, Iker, y no hay nada en el mundo que me provoque más dicha que llevar a tu hijo en mi vientre —le susurró con pasión. Sin embargo, se mordió el labio inferior inmediatamente—. Pero... me gustaría que esperásemos un poco.

—¡Gracias a Dios! —dijo llevándose una mano al pecho y haciendo a Violeta explotar en carcajadas—. Si te soy sincero, todavía no me veo ejerciendo de padre.

—Casi te ahogas, cielo.

—Y que lo digas.

Lo besó en los labios y lo abrazó con fuerza, sin poder dejar de reír.

—Ya habrá tiempo para los niños. Ahora, lo que quiero es disfrutar de ti y recuperar el tiempo que hemos perdido. —Lo besó con cariño—. Te amo, Iker, y sé que nuestra vida juntos va ser muy feliz.

Él sintió que su pecho explotaba. Era una felicidad tan intensa la que esa mujer le hacía experimentar, que no pudo hacer otra cosa que reír.

Fundieron de nuevo sus cuerpos en aquel acto tan suyo, tan íntimo y tan especial. Se convirtieron en uno solo, con la seguridad de que sus vidas serían plenas y dichosas siempre que estuviese el uno al lado del otro.

EPÍLOGO

La primavera era su época favorita del año. Le encantaba esa explosión de colores proveniente de las flores, el verde que lo rodeaba todo y ese olor a azahar de los naranjos de la casa de sus padres.

Sentada bajo la sombra de un árbol, observaba con tranquilidad el movimiento que se producía a su alrededor.

Colocó la mano sobre su vientre al sentir otra patadita del niño que crecía dentro de ella. Apenas faltaban dos meses para que saliese de cuentas, sin embargo, el amor que sentían por él era ya tan grande que soñaba a todas horas con ese momento. Quería abrazarlo, cubrirlo de besos e intentar que la vida fuese tan bonita para él como le fuese posible.

El olor a madera ardiendo llegó hasta sus fosas nasales. Desde que estaba embarazada percibía cada pequeño aroma, cada matiz.

Se iba a celebrar una fiesta en el chalet de los Parrish y todavía faltaba mucha gente por llegar, sin embargo, su padre ya estaba al frente del fuego. Como de costumbre, y para no olvidar sus raíces texanas, se iba a hacer una gran barbacoa, pues no había persona que añorase y quisiese a su preciado Austin, la ciudad donde nació, más que Jacob Parrish.

—¡Violet, love! —gritó Paula, corriendo hacia ella con un paquete entre las manos. Tras ella caminaba Oscar, que por nada en el mundo iba a despeinarse a causa de un movimiento brusco, así que avanzaba a su aire, elegante y con un toque afeminado—. Esta fiesta va a estar a otro nivel, ¡me encantan las banderitas que han colocado tus padres en el porche! Es algo como que tan rural...

—¡Amazing! —exclamó Oscar dándole la razón a la rubia—. Va a ser la fiesta más sonada de este año.

—Bueno, no es para tanto —rio Violeta quitándole importancia—. Solo vamos a celebrar que ya terminé la universidad.

—¡O sea, tía, que eres doctora!

—¡Veterinaria! ¡Oh, my god esta mujer...! —rectificó el otro poniendo los ojos en blanco.

—No va a venir demasiada gente. Algunos familiares y amigos nada más. Paula alargó los brazos y le dio la caja que había estado llevando entre manos.

—Toma, es un regalo de Oscar y mío. ¡Te va a encantar, really!

Violeta les dio las gracias y rompió el papel que lo envolvía. Al hacerlo descubrió una foto enmarcada en la que salían los tres juntos el día de la boda de Oscar.

—¡Me encanta, chicos! ¡Y salimos divinos!

—¡A qué sí! —gritaron los otros dos emocionados.

—Y, bueno, ¿dónde están Vasile y Johana? —se interesó Violeta al darse cuenta de que habían llegado solos.

—Johana no podrá venir, está tan gorda que ya no puede con su alma. Ese es el inconveniente de llevar gemelos en la barriga —se carcajeó contento.

—Y mi baby Vasile llegará enseguida —comentó Paula sonriente—. El bufete le ha mandado información sobre un caso que tiene que defender y ha querido echarle un vistazo antes. Pero, don't worry, llegará a tiempo.

—Al final lo consiguió, logró acabar la carrera y comenzar a trabajar en un bufete muy importante —comentó Violeta feliz por él.

Paula alzó la cabeza, orgullosa.

—Yo estaba súper súper convencida de que lo lograría, ¡mi marido puede con todo!

Oscar le dio un suave codazo a Violeta.

—¿Quién la ha visto y quién la ve ahora? Nadie daba ni dos euros por su relación y fíjate, casada y con una criatura de dos años.

—Es verdad, con un niño precioso —sonrió Violeta—. ¿Y dónde está Dimitri? ¿Viene con Vasile?

—No, sweetie, hoy nuestro hijo se queda con mi madre. Ella lo mimaba y nosotros descansamos un poco. —Le guiño un ojo.

—Genial, las parejas también necesitamos algo de tiempo para estar a solas.

Violeta se intentó levantar del suelo, pero con la barriga se sentía tan pesada que la tuvieron que ayudar sus amigos. Caminaron con tranquilidad por el precioso jardín de sus padres y pararon cerca de la piscina cubierta, donde una docena de mesas redondas, con sus respectivas sillas, y vestidas con cubiertos, y flores para la ocasión, les impedía el paso. Desde allí se podía escuchar con claridad la música, country, como no, cortesía de Jacob.

—¡Es todo tan nice! —exclamó Paula, observando hacia todos los lados.

De repente miró a su amiga y frunció el ceño—. Y, por cierto, ¿dónde está tu esposo?

Al nombrar a Iker una sonrisilla asomó por sus labios. No podía evitarlo nunca, y eso que ya había pasado bastante tiempo desde que se casaron. Sin embargo, ese hombre le tenía robado el corazón y estaba segura de que seguiría siendo así hasta que fuesen unos viejecitos gruñones.

Violeta alzó el brazo y señaló hacia delante. Por detrás de un arbusto floreado apareció Iker, imitando los movimientos de un caballo, mientras que llevaba a hombros a una preciosa niña de cinco años, que reía y gritaba encantada.

Al verlo, sus amigos rieron.

—Míralo, ¿quién iba a pensar que ese hombre se convertiría en un padre diez? —preguntó Oscar asombrado por el tremendo cambio de aquel antiguo y conocido mujeriego.

—O sea, es normal, se le cae la baba con su hija —añadió Paula ladeando la cabeza con ternura.

—Sí, Valentina le robó el corazón en cuanto vino al mundo. —Violeta suspiró y sintió que su pecho se henchía al ver a las dos personas más importantes de su vida quererse tanto.

La niña nació un año y nueve meses después de que se reconciasen.

A partir de esa noche, en la que Violeta fue a la presentación, la vida en común no pudo irles mejor. El amor que se profesaban era tan fuerte que los días pasaron sin que se diesen cuenta. Incluso en la actualidad seguía siendo así. Estar con Iker era lo mejor que le había ocurrido, pues, aparte de un amor incondicional y puro, le había dado a una personita preciosa y simpática: su niña. Valentina, a pesar de sus cinco años, era de esas criaturas con alma vieja. Todo lo sabía, hablaba como si tuviese toda la razón del mundo y soltaba unas contestaciones de esas con las que no podías evitar reír a carcajadas.

Aunque, a pesar de ello, hubieron discusiones y enfados. No era fácil compaginar la vida de actor, la de universitaria y la de pareja, con un bebé. Pero con amor no tardaron en salir adelante. Sabían que tenían la mayor suerte de todas por haberse encontrado en ese mundo repleto de gente, y todavía más suerte por tener la oportunidad de haberle dado la vida a ese ángel castaño y de ojos verdes.

Iker cabalgó hacia donde estaban ellos, dejó a Valentina en el suelo y le dio un beso en los labios a su mujer.

—No puedo más, necesito una cerveza —comentó medio ahogado.

La niña tiró de los pantalones de su padre y sonrió.

—¡Papi, quiero que hagas más el caballito!

—Sí, mi vida, solo déjame unos minutos que consiga una botella de oxígeno.

Todos rieron por sus palabras y la niña los miró confusa.

—Mami, ¿para qué quiere papi una botella de oxígeno si estamos rodeados de él?

Violeta cogió en brazos a la pequeña y le dio un gran beso en la mejilla.

—No lo sé, cosas de tu padre, no lo entenderemos nunca.

—Sí, cosas de hombres —soltó la niña como si nada, haciendo que volviesen a troncharse de risa.

De repente, aparecieron caminando Agustina y la madre de Iker. Parloteaban sin parar y su madre alababa sin cesar el nuevo color de pelo de su suegra. Había dejado su habitual pelo rosa chicle para dar paso al azul eléctrico, igual que Lucía Bosé, decía orgullosa.

Al verlos allí reunidos, las dos señoras sonrieron.

—¡Valentina! ¿Te vienes con nosotras? —preguntó Agustina, alisándose una imperceptible arruga de la túnica animal print que llevaba ese día.

La madre de Iker abrió los brazos y la niña corrió hacia ella, para abrazarla.

—Sí, vente con nosotras —la animó Asun—. Tu abuelita Agustina me va a enseñar a leer la mano. ¿Quieres aprender?

Violeta e Iker se llevaron las manos a la cabeza y se miraron horrorizados.

—¡Ay, mamá, ya lo que nos faltaba!

—Tú no te metas, a esta niña le voy a enseñar todo lo que sé.

Cuando las dos mujeres cogieron a la niña por sendas manos y caminaron hacia la casa, Violeta se apoyó en su marido y escondió la cara en su pecho.

—Y luego nos extrañamos de que Valentina conteste de forma rara.

—Deberíamos huir y alejar a esta criatura de esas abuelas —bromeó Iker abrazando a su mujer, con amor, y dándole un suave beso en la coronilla.

—¿Dónde está mi yerno?

Los gritos de Jacob se escucharon por todo el jardín. Violeta y él comenzaron a reír. Desde que los problemas se arreglaron entre ellos, y su padre se aseguró de sus buenas intenciones, no se separaba de él. Todo el mundo acababa harto de que Jacob hablase tanto sobre el marido de su hija

pequeña: que si era el mejor actor, que si era el marido perfecto, que si cuidaba a su hija mejor que nadie, que si le había presentado a su ídolo Barbra Streisand...

—Estoy aquí, Jacob, quería ver si Violeta estaba bien —se excusó Iker abrazando a su mujer.

El padre de ella miró a Oscar y a Paula y sonrió, contento.

—¿Veis? Ya me lo imaginaba yo, si es que este chico es un diamante.

—En bruto —añadió Violeta divertida.

Iker la abrazó con fuerza y le mordió el lóbulo de la oreja.

—¿Tiene quejas de mí, señora Martínez?

—Ninguna —rio ella al sentir sus dientes.

Jacob se carcajeó al verlos tan acaramelados y rodeó por los hombros al marido de su hija.

—¿No pensarás abandonarme, a mí y a las brasas, por una mujer? —bromeó—. Necesito a un hombre para ayudarme.

Oscar alzó la mano y pegó unos saltitos.

—¡Yo, yo me ofrezco!

—¿Tú? —preguntó Jacob alzando una ceja—. ¿Sabes mantener el fuego y hacer carne?

—¡Of course! De pequeño fui a un campamento de Boy Scout.

—¿Really? —se interesó Paula tapándose la boca con las manos—. ¿Puedo ir yo también? O sea, es que sería una pasada estar ahí con el fueguito y eso.

Jacob los miró de arriba abajo, contemplándolos con atención.

—¡Claro, vamos! —Señaló a Iker con el índice—. No te vayas muy lejos, lo mismo te necesito para que les echas agua, porque tienen pinta de que se van a quemar hasta las pestañas postizas.

—¡No me digas eso! —exclamó Oscar horrorizado.

—Vamos, sigue andando. No te irás a echar atrás ahora, ¿verdad?

Paula lo agarró del brazo y lo hizo andar.

—Oscar, sweetie, no te preocupes por las pestañas. —Sonrió y se mordió el labio inferior—. ¡Somos ricos, podemos ponernos más!

—¡Hello, ya contaba con eso! —admitió su amigo.

Violeta e Iker los vieron alejarse entre risas.

Al quedarse a solas se miraron a los ojos y se abrazaron todo lo que la barriga de Violeta les permitió. Se besaron con cariño y juntaron sus frentes, contentos de tener un ratito para ellos. Iker cogió la mano de su mujer y se la

llevó a los labios.

—He pensado que, antes de que nazca el bebé, podríamos dejar a Valentina con los abuelos y hacer un viaje los dos solitos.

Ella sonrió.

—¿Adónde?

—Da igual, el sitio es lo de menos, lo importante es que podamos disfrutar de unos días juntos. —La volvió a besar con intensidad—. Unos días a solas con mi mujer. Cena a la luz de la luna, velas en la bañera mientras nos relajamos, una cama con pétalos de rosa, fresas con chocolate...

—¡Dios, qué bien suena todo eso! —Soltó una carcajada y se apretó contra él—. ¿De dónde sacaría yo la idea de que no eras romántico, señor Martínez?

—Me ha estado infravalorando todo este tiempo, señora Martínez —dijo con un tono burlón. La condujo de nuevo hacia el árbol donde había estado sentada y se dejaron caer juntos. Violeta se colocó de espaldas a él, entre sus piernas. Apoyó la cabeza sobre su pecho y sonrió, con los ojos cerrados—. Entonces, ¿qué me dices? ¿Te gustaría ir?

—Me encantaría, y más sabiendo que a partir de julio vas a estar más ocupado por el rodaje de tu nueva película.

Iker acarició el hombro de su mujer y lo besó, provocando que unas agradables cosquillitas la recorriesen por entero.

—¿Vendréis conmigo a Argentina? No será demasiado tiempo de rodaje, pero no me quiero ni imaginar pasar los días sin veros.

—Iremos contigo, mi amor. Ya te lo dije hace años: estaré siempre a tu lado y te acompañaré a donde vayas.

La besó con ardor, introduciendo la lengua en la boca de su mujer. Fue tierno y delicado, pero con tanto deseo que acabaron jadeantes.

—Te amo, Violeta —susurró con intensidad—. Te quiero cada día más y solo tú me has hecho el hombre más feliz del universo. —Tocó su vientre abultado y sintió una enérgica patada que lo hizo sonreír—. Me has dado una familia, me has dado estabilidad y me has hecho entender que el verdadero amor existe, porque nosotros lo tenemos. No sé qué nos deparará el mañana, no sé si pasaremos malas épocas, si discutiremos por tonterías, si estaremos en desacuerdo en temas importantes. Lo único de lo que estoy seguro es que, juntos, podemos con todo.

—Con todo, mi amor —asintió Violeta con énfasis.